Ken Wilber

BREVE HISTORIA DE TODAS LAS COSAS

Prólogo de Tony Schwartz

Traducción de David González Raga



Numancia, 117-121
08029 Barcelona
España

Superior Izquierda
(SI)
Interior-individual

13
visión-lógica 12
formop 11
conop 10
conceptos 9
símbolos 8
emoción 7
impulso 6
percepción 5
sensación 4
3
irritabilidad 2
1
aprehensión

Superior Derecha
(SD)
Exterior-individual

13 EF3
12 EF2
11 EF1
10 neocórtex complejo
9 neocórtex (cerebro trino)
8 sistema límbico
7 tronco cerebral reptiliano
6 cuerda neural
5 organismos neuronales
4 eucariotas
3 procariotas
2 moléculas
1 átomos

físico-
pleromático 1
2
protoplásmico 3
vegetativo 4
locomotor 5
6
urobórico 7
tifónico 8
arcaico 9
mágico 10
mítico 11
racional 12
centáurico 13

Inferior Izquierda
(II)
Interior-Colectivo
(Cultural)

1 galaxias
2 planetas
3 sistema Gaia
4 ecosistemas heterótrofos
5 sociedades con división del trabajo
6 "
7 grupos/familia
8 "
recolector 9 tribus
hortícola 10 aldeas/tribales
agrario 11 primeras ciudades/imperios
industrial 12 nación/estado
informático 13 planetario

Inferior Derecha
(ID)
Exterior-Colectivo
(Social)

Título original: A Brief History of Everything

Primera edición: Enero 1997
Segunda edición: Abril 1998

ISBN: 84-7245-365-0
Dep. Legal: B-43.091/1997

Fotocomposición: Beluga y Mleka, s.c.p., Córcega, 267, 08008 Barcelona
Impresión y encuadernación: Romanyá/Valls, S.A. Verdaguer, 1,
08786 Capellades (Barcelona)

PRÓLOGO

Hace seis años, en 1989, emprendí un viaje por todo el país en busca de la sabiduría. En el curso de ese viaje me entrevisté y trabajé con más de doscientos psicólogos, filósofos, médicos, científicos y místicos que declaraban conocer las respuestas a las preguntas que yo me estaba haciendo. En la época en que escribí *What Really Matters: Searching for Wisdom in America*, me quedó claro que, entre todos ellos, Ken Wilber constituía una categoría en sí mismo. En mi opinión, él es, y con mucho, la voz más profunda y convincente de la recién nacida sabiduría americana.

Han transcurrido ya veinte años desde que Ken Wilber publicara *El espectro de la conciencia*, un libro, escrito a los veintitrés años de edad, que le convirtió, casi de la noche a la mañana, en el filósofo más completo de nuestro tiempo. *El espectro de la conciencia*, escrito por Wilber en tres meses después de abandonar sus estudios de graduación en bioquímica, plantea que el desarrollo humano atraviesa una serie de estadios que van mucho más allá de lo que suele admitir la psicología occidental. Sólo atravesando con éxito esta secuencia evolutiva, afama Wilber, es posible desarrollar primero una sensación de individualidad sana y experimentar luego una identidad más amplia que trascienda -pero también incluya- al yo personal. De ese modo Wilber unificó a Freud con el Buda, hasta entonces separados por diferencias aparentemente irreconciliables. Y ésa no fue más que la primera de sus muchas y originales contribuciones.

El título del libro que hoy nos ocupa es engañosamente frívolo porque ofrece exactamente lo que promete. Abarcando un amplio sustrato histórico -desde el mismísimo Big Bang hasta el baldío del presente postmoderno-, *Breve historia de todas las cosas* parece dar sentido a los caminos aparentemente contradictorios por los que ha discurrido y todavía sigue discurriendo la evolución -física, emocional, intelectual, moral y espiritual- del ser humano.

Se trata de un libro sobrio y contundente en el que Wilber desarrolla las ideas bosquejadas en sus otros once libros utilizando un estilo sencillo y asequible, el diálogo. El resto de la obra de Wilber requiere, cuanto menos, un cierto conocimiento de las principales tradiciones contemplativas orientales y de la psicología evolutiva occidental, pero *Breve historia de todas las cosas*, por el contrario, está escrito para un auditorio mucho más amplio, cualquier ser humano que tratando de encontrar la sabiduría en la vida cotidiana quede desconcertado ante la gran diversidad de caminos -a menudo contradictorios - que, asegurando conducir a la verdad, yerran en lo fundamental. A quienes terminen de leer este libro con ganas de seguir profundizando en la obra de Wilber recomiendo encarecidamente la lectura de su reciente *Sexo, Ecología, Espiritualidad,* un libro en el que explora con mayor detalle y rigor muchas de las ideas apenas esbozadas aquí.

No conozco a nadie que haya descrito de manera más sistemática y comprehensiva que Wilber el camino del desarrollo del ser humano, el camino de la evolución de la conciencia. Y ciertamente que a lo largo de mi viaje conocí a muchas personas que pretendían estar en posesión de una versión particular de la verdad, pero casi siempre terminé descubriendo que sus conclusiones eran parciales y que, si bien daban cuenta de un determinado conjunto de capacidades y de valores, dejaban, sin embargo, completamente de lado a otras.

Como pronto advertirán, Wilber ha adoptado, en este libro, un enfoque comprehensivo y global. En las páginas siguientes descubrirán una visión coherente que integra las verdades procedentes de una amplia y dispar diversidad de campos -como la física, la biología, las ciencias sociales, las ciencias sistémicas, el arte, la estética, la psicología evolutiva y el misticismo contemplativo, por ejemplo - y que también incorpora movimientos filosóficos tan opuestos como el neoplatonismo, el modernismo, el idealismo y el postmodernismo.

Lo que Wilber afirma es que una determinada formulación de la verdad puede ser válida sin ser completa, puede ser cierta pero sólo en la medida en que funciona y que debe ser considerada como una parte de otras verdades igualmente importantes. Tal vez la herramienta más novedosa y potente que Wilber nos presenta en *Breve historia de todas las cosas* sea la noción de los cuatro «cuadrantes» del desarrollo. El estudio de los centenares de mapas del desarrollo que han bosquejado los diversos pensadores a lo largo de los años -mapas del desarrollo biológico, del desarrollo psicológico, del desarrollo cognitivo y del desarrollo espiritual, por nombrar sólo a unos pocos - llevó a Wilber al reconocimiento de que, muy a menudo, estos mapas estaban describiendo diferentes versiones de la «verdad». Las formas exteriores del desarrollo, por ejemplo, pueden ser valoradas de manera objetiva y empírica pero, como afirma explícitamente Wilber, este tipo de verdad no lleva muy lejos. En su opinión, todo desarrollo comprehensivo también posee una dimensión interna, una dimensión subjetiva e interpretativa que está ligada a la conciencia y la introspección. Pero además, el desarrollo interno y el desarrollo externo, según Wilber, no tienen lugar aisladamente y de manera individual sino que acontecen en el seno de un contexto social y cultural. Estos son los cuatro cuadrantes de los que hablábamos.

Ninguna de estas formas de la verdad -sostiene Wilber recurriendo, para ello, a una serie de vívidos ejemplos- puede ser reducida a las demás. Un conductista, por poner un solo ejemplo, jamás podrá llegar a comprender la experiencia interna de otra persona mediante la mera observación de su conducta externa (ni tampoco, por cierto, de sus correlatos fisiológicos). Es cierto que

la verdad nos hace libres pero sólo si reconocemos la existencia de más de un tipo de verdad.

Breve historia de todas las cosas es un libro que opera a varios niveles. Se trata, en mi opinión, del mapa más exacto del mundo enn que vivimos y del lugar que en él ocupan los hombres y las mujeres. Según señala Wilber, la misma dialéctica del proceso evolutivo implica que cada nuevo estadio evolutivo trascienda los límites de sus predecesores pero imponga, al mismo tiempo, sus propios nuevos límites. Ésta es una visión que honra cualquier búsqueda auténtica de una vida más consciente y plena. «No existe ninguna época definitivamente privilegiada -dice Wilber- y todos nosotros seremos alimento del mañana. El proceso evolutivo prosigue su camino y el Espíritu se encuentra en el proceso mismo, no en un lugar concreto y privilegiado del espacio y del tiempo.»

En otro nivel, Wilber nos ofrece, en *Breve historia de todas las cosas,* una penetrante crítica que nos ayuda a desmitificar y desenmascarar a todos aquellos maestros, técnicas, ideas y sistemas que, prometiendo un camino de acceso a la verdad completa, suelen terminar revelándose parciales, falsos, distorsionados y engañosos. Y también queda claro que, con harta frecuencia, nosotros mismos somos cómplices del engaño. Temerosos de cualquier cambio y con una extraordinaria capacidad para mentirnos a nosotros mismos, somos demasiado proclives a buscar respuestas simples y aferrarnos a ellas como a un clavo ardiendo, lo cual termina estrechando nuestra perspectiva y frustrando nuestro posible desarrollo.

El mensaje de Wilber constituye un acontecimiento infrecuente al que el autor aporta un corazón sincero y un profundo compromiso con la verdad. Su visión se extiende para permitirnos acceder a una imagen lo más amplia posible, pero se niega, sin embargo, a considerar que todos los elementos compositivos son iguales. Wilber, por el contrario, es un especialista en establecer diferencias cualitativas y valoraciones muy sutiles. Y aunque no tema crearse enemigos, es respetuoso con aquellas opi-

niones que discrepan de la suya. Como resultado de todo ello, *Breve historia de todas las cosas* irradia una luz muy peculiar que no sólo ilumina las cuestiones fundamentales de nuestra vida sino que también echa luz sobre decenas de temas confusos y de preguntas sin respuesta de nuestro tiempo (como los roles cambiantes de los hombres y de las mujeres, la continua destrucción del medio ambiente, la diversidad, el multiculturalismo, los recuerdos reprimidos, el abuso sexual de la infancia y el papel que desempeña Internet en la era informática, por nombrar sólo unos pocos).

No concibo una forma mejor de introducir a alguien en la obra de Ken Wilber que la lectura de este libro, un libro que eleva el debate sobre la evolución, la conciencia y la posible transformación del ser humano a una dimensión completamente nueva. Y, en un nivel mucho más práctico, este libro evitará muchos pasos equivocados y muchas desviaciones en cualquier camino de sabiduría que decidamos emprender.

TONY SCHWARTZ

ADVERTENCIA AL LECTOR

En *Hitchhiker's Guide to the Galaxy*, de Douglas Adams, se diseña un superordenador que debe encontrar la última respuesta, la respuesta absoluta, la respuesta que explicaría por completo a «Dios, la vida, el universo y la totalidad de las cosas». Pero el ordenador tarda siete millones y medio de años en llevar a cabo su tarea, y cuando finalmente responde «42» nadie recuerda ya cuál era la pregunta original.

¡Realmente sorprendente! ¡Por fin se ha descubierto la respuesta última! Y ésa respuesta es tan extraordinaria que inmediatamente se lleva a cabo una encuesta para ver si alguien termina por descubrir cuál era la pregunta original. Muchas son las profundas preguntas que se proponen, pero la finalmente ganadora -aquella cuya respuesta última es: «42»- es ¿Cuántos caminos debe un hombre andar?*

Este libro trata precisamente de «Dios, de la vida, del universo y de la totalidad de las cosas», aunque la respuesta, obviamente, es algo más compleja que «42». Este libro reflexiona sobre la materia, la vida, la mente, el Espíritu y el proceso evolutivo que parece unificar a todos esos elementos dispersos en una misma pauta conectiva.

* Primera estrofa de la conocida canción *Blowin' in the Wind*, de Bob Dylan *(N. del T.)*.

He escrito este libro en forma de diálogo, en forma de preguntas y de respuestas, muchas de las cuales han tenido lugar realmente mientras que otras han sido específicamente elaboradas para esta ocasión. Las preguntas son absolutamente reales, son las preguntas que la gente ha solido hacerme sobre mis libros, en general, y sobre mi último libro, *Sexo Ecología, Espiritualidad*, en particular. Pero el lector no tiene la menor necesidad de haber leído ése ni tampoco ninguno de mis otros libros porque, en mi opinión, los tópicos desarrollados aquí son interesantes en sí mismos y no requieren ningún conocimiento previo especializado en estos dominios. (En todo caso, aquellos eruditos que estén interesados en referencias, bibliografía, notas y argumentos más detallados siempre pueden consultar *Sexo Ecología, Espiritualidad.)*

Los primeros capítulos tienen que ver con el cosmos material y con la aparición de la vida. ¿Qué fue lo que impuso orden en el caos? ¿De qué forma la materia dio lugar a la vida? ¿Qué fuerzas son las que están urdiendo el milagroso tejido de la evolución? ¿Existe acaso un «Espíritu» de la ecología? ¿Fue ese Espíritu el que creó la materia?

Los capítulos intermedios investigan la emergencia de la mente, o conciencia, y en ellos rastrearemos la evolución de la conciencia a lo largo de los cinco o seis estadios principales del desarrollo humano (el estadio de los cazadores-recolectores, el estadio hortícola, el agrario, el industrial y el informático). ¿Cuál era el estatus de los hombres y de las mujeres en cada uno de esos estadios? ¿Por qué algunos de ellos subrayaron la importancia del género masculino y otros hicieron lo propio con el femenino? ¿Arroja esto alguna luz sobre la guerra de géneros de nuestros días? ¿Acaso las fuerzas que operan en la evolución del ser humano son las mismas que lo hacen en la evolución del cosmos? ¿Qué relación existe entre el pasado desarrollo del ser humano y los problemas que aquejan a la humanidad actual? ¿Es cierto que si no recordamos nuestro pasado estamos condenados a repetirlo?

Luego prestaremos atención al dominio de lo divino y a la forma en que puede estar relacionado con las fuerzas creativas de la materia, de la vida y de la mente. ¿Cómo, y por qué, la religión ha dado lugar históricamente a la psicología? En la antigüedad, si usted se hallaba confuso o buscaba la respuesta a sus problemas internos acudía a un sacerdote, mientras que hoy en día, sin embargo, busca la ayuda de un psiquiatra. Y lo cierto es que los sacerdotes y los psiquiatras rara vez están de acuerdo. ¿Por qué? ¿Qué fue lo que sucedió? ¿Es que acaso ambos tienen cosas importantes que decimos? ¿Tal vez no sean rivales sino primos hermanos?

¿A quién nos dirigimos cuando buscamos la respuesta a nuestras preguntas? ¿Le preguntamos al superordenador de Adams o tal vez buscamos la respuesta en la religión, la política, la ciencia, la psicología... o quizás nos dirigimos a un gurú o a un amigo vidente? *¿A quién* confiamos, en última instancia, las cuestiones que realmente nos importan? ¿En dónde depositamos nuestra confianza? ¿Existe algún tipo de relación entre las verdades procedentes de todas estas fuentes o acaso cada una de ellas tiene su propia verdad? ¿Existe acaso alguna respuesta equilibrada y armónica en un mundo tan fragmentado como el nuestro?

Los últimos capítulos del libro tratan del colapso de un kosmos ricamente texturado que ha terminado convirtiéndose en un mundo chato *[flatland],* un mundo unidimensional plano y desvaído, el mundo desolado y monocromo de la modernidad y de la postmodernidad. Pero no es nuestra intención la de mirar con ojo acusatorio al mundo moderno -un mundo aparentemente olvidado de la mano de Dios - sino, por el contrario, tratar de descubrir en él la impronta del resplandeciente Espíritu. ¿Dónde está Dios y donde está la Divinidad en las aguas cenagosas en las que nos movemos?

¿Cuántos caminos nos quedan todavía por recorrer? Después de todo, debe haber una respuesta a esta pregunta porque la perplejidad sigue anidando en nosotros y la alegría sale a la superficie en el reconocimiento y la liberación del despertar. Y todos

nosotros sabemos de ese asombro que nos habla en el lenguaje del Dios interior y que, de un modo inexplicable, nos señala el camino de regreso al hogar.

KEN WILBER
Boulder, Colorado
Primavera, 1995

INTRODUCCIÓN

Pregunta: ¿En este libro se habla realmente de sexo?

Ken Wilber: Así es. Y con diagramas.

P: ¿Está usted bromeando?

KW: Sí, estoy bromeando. Pero el hecho es que la sexualidad -y especialmente su relación con el género- constituye uno de los temas fundamentales de este libro.

P: ¿Sexo y género son cosas diferentes?

KW: Es frecuente utilizar el término «sexo», o sexualidad, para hablar de los aspectos *biológicos* de la reproducción humana y reservar el término «género» para referirse a las diferencias *culturales* que se basan en las diferencias sexuales o biológicas. En consecuencia, en el caso de las diferencias sexuales se habla de *hombre* y de *mujer* mientras que, en el caso de las diferencias culturales, los términos que suelen emplearse son, por el contrario, los de *masculino y femenino. Y si* bien las diferencias existentes entre el hombre y la mujer están, de hecho, determinadas biológicamente, las diferencias existentes entre lo masculino y lo femenino, en cambio, son, en gran medida, una creación cultural.

P: El asunto, pues, consistiría en determinar qué rasgos son sexuales y cuáles genéricos.

KW: En cierto modo así es. Las diferencias sexuales existentes entre el hombre y la mujer son fundamentalmente biológicas y, en esa misma medida, son universales e interculturales (todos los machos, por ejemplo, producen esperma y todas las hembras

producen óvulos, dan a luz y amamantan). Pero las diferencias existentes entre lo *masculino y lo femenino,* en cambio, son creadas y moldeadas por las diferentes culturas concretas en las que crecen y se desarrollan los hombres y las mujeres.

Y, si bien las diferencias existentes entre los hombres y las mujeres son biológicas y universales -y, en esa misma medida, inmutables- las diferencias existentes entre lo masculino y lo femenino, en cambio, son un producto cultural que puede, en muchos y muy significativos modos, ser modificado. En este sentido, nuestra cultura se encuentra en el difícil y espinoso proceso de tratar de modificar algunos de estos roles de género.

P: ¿Por ejemplo?

KW: Veamos. El hecho, por ejemplo, de que el cuerpo del hombre suela ser más musculado y fuerte que el cuerpo de la mujer no debe llevamos a concluir que masculino signifique fuerte y asertivo y que femenino signifique débil e inmaduro. En la actualidad estamos atravesando un período de transición en el que están reformulándose y redefiniéndose los roles masculinos y femeninos que ha terminado generando una animadversión mutua que bien podría calificarse de guerra de géneros.

Una parte del problema es que, si bien los roles masculinos y femeninos pueden ser redefinidos y remodelados -una tarea que había sido postpuesta desde hacía mucho tiempo-, no es posible, en modo alguno, modificar las características propias de los hombres y de las mujeres. En tal caso, el exceso de celo en intentar equilibrar las diferencias existentes entre lo masculino y lo femenino nos estaría llevando también a tratar de erradicar las diferencias existentes entre los hombres y las mujeres. Y, si bien la primera es una idea muy acertada, la segunda, en cambio, está abocada el fracaso. En mi opinión, pues, el problema estriba precisamente en reconocer las diferencias.

P: Así pues, desde su punto de vista, algunas de las diferencias existentes entre los hombres y las mujeres son inmutables mientras que otras, por el contrario, deberían ser modificadas. ¿No es así?

KW: Algo así. Si nos dedicamos a investigar las diferencias -tanto de sexo como de género- existentes entre los hombres y las mujeres, llegaremos a descubrir la reiterada presencia, aun en el terreno de lo cultural, de ciertas diferencias en culturas muy diversas. Dicho en otras palabras, las diferencias de sexo no son las únicas que tienden a presentarse en las diferentes culturas sino que también ocurre lo mismo con ciertas diferencias de género.

Es como si las diferencias sexuales biológicas existentes entre los hombres y las mujeres fueran una especie de sustrato básico que tendiera a irrumpir en el campo de la cultura y a manifestarse, en consecuencia, en las diferencias de género. Así pues, aunque el género no esté determinado biológicamente y se halle modelado por la cultura, existen, sin embargo, ciertas constantes propias de cada uno de los géneros que también tienden a presentarse en culturas muy diversas.

P: Hace una década ésta hubiera sido una afirmación más que controvertida. Hoy en día, sin embargo, parece completamente admisible.

KW: Sí. Hoy en día, hasta las feministas más radicales reconocen que, hablando en términos generales, existen grandes diferencias (tanto de sexo como de género) entre la esfera de los valores masculinos y la de los valores femeninos. Los hombres, por ejemplo, tienden hacia la hiperindividualidad, insisten en la importancia de la autonomía, del derecho, de la justicia y de la acción, mientras que las mujeres, por su parte, son más proclives a una conciencia relacional, enfatizan la importancia de la comunidad, del respeto, de la responsabilidad y de la relación. Los hombres, en suma, tienden a subrayar la autonomía y tienen miedo de las relaciones, mientras que las mujeres, por su parte, hacen hincapié en las relaciones y temen la autonomía.

Obviamente, en este punto resulta de capital importancia la obra de Carol Gilligan y Deborah Tannen. Pero lo más sorprendente es que, como usted dice, en el curso de unas pocas décadas, la mayor parte de los investigadores ortodoxos y de las investiga-

doras feministas hayan llegado a coincidir en la existencia de ciertas diferencias esenciales entre las esferas de los valores masculinos y femeninos. Éste es también un tema fundamental en el nuevo campo de estudio conocido como «psicología evolucionaria», un dominio que se ocupa de investigar los efectos de la evolución biológica en los rasgos psicológicos.

El problema consiste en reconocer estas diferencias sin utilizarlas, una vez más, para coartar los derechos de las mujeres. Porque, apenas se proclama la existencia de algún tipo de *diferencias* entre las personas, los privilegiados suelen explotarlas para consolidar sus privilegios. ¿Se da usted cuenta del problema?

P: Sí. Pero parece que hoy en día está ocurriendo exactamente lo contrario. Parece que, en la actualidad, esas diferencias están siendo aprovechadas para demostrar que los hombres son intrínsecamente zafios, una especie de insensibles mutantes testosterónicos que «no pueden dar más de sí». Lo que usted denomina la esfera de valores masculinos se ve asediada desde todos los frentes. El mensaje implícito en este tipo de concepciones es que los hombres deben ser más sensibles, más respetuosos, más amorosos y más comunicativos; ¿por qué, en suma, los hombres son tan diferentes de las mujeres?

KW: En efecto, es como si, para jugar limpio, hubiera que «dar la vuelta a la tortilla». Antiguamente no era extraño tropezar con definiciones de la mujer como un «hombre deficiente» o en las que se hablaba de «envidia del pene» (por hablar sólo de algunas muy conocidas). Hoy en día, en cambio, son los hombres los que están siendo definidos no tanto en función de los atributos positivos que poseen sino de las características femeninas de las que carecen, como si se tratara de «mujeres deficientes». Pero lo cierto es que ambos enfoques son igualmente ridículos, por no decir que despectivos y degradantes para ambos géneros.

El asunto, como anteriormente comenzaba a señalar, consiste en superar dos cuestiones difíciles. La primera de ellas es aclarar cuáles son las principales diferencias existentes entre las esferas de los valores masculinos y femeninos *(á la* Gilligan), y la segunda aprender a valorarlas por igual, y me gustaría subrayar que no estoy hablando de equipararlas sino de valorarlas por igual.

La naturaleza no ha dividido sin motivo alguno a la raza humana en dos sexos y el mero hecho de intentar hacerlo sería simplemente estúpido. Pero, aun los teóricos más conservadores deberían reconocer que, de un tiempo a esta parte, nuestra cultura se ha inclinado predominantemente hacia la esfera de los valores masculinos. Es por ello que ahora nos vemos en el delicado, complejo, escrupuloso y, con frecuencia, suspicaz proceso de tratar de equilibrar los dos platillos de la balanza. Insistiré una vez más en que no se trata de eliminar las diferencias sino de equilibrarlas.

P: ¿Y esta desigualdad se asienta en las diferencias biológicas existentes entre el macho y la hembra?

KW: Así es. Pareciera que, en parte, estas diferencias se asentaran concretamente en las diferencias hormonales. Todos los estudios realizados sobre la testosterona, por ejemplo -estudios de laboratorio, investigaciones interculturales, estudios embriológicos e incluso cuando, por algún motivo médico, debe administrarse testosterona a las mujeres-, apuntan hacia la misma conclusión. Y no quisiera ser grosero pero parece que la testosterona tiene que ver con dos -y sólo dos- grandes impulsos, fornicar y matar.

Y los hombres están afligidos por esta pesadilla biológica casi desde el primer día, una pesadilla que las mujeres apenas pueden imaginar (excepto cuando, por motivos médicos, se les administra testosterona, en cuyo caso enloquecen. Como dijo, una vez, cierta mujer que se hallaba en estas condiciones: «No puedo dejar de pensar en el sexo... ¡Acaben de una vez con todo esto!»). Y, como algunas mujeres dirían, en el peor de los casos, los hombres llegan a fundir y a confundir peligrosamente estos dos impulsos -el impulso que les lleva a fornicar y el impulso que les lleva a matar- con consecuencias nada felices, por cierto.

P: ¿Existe algún equivalente femenino de la testosterona?

KW: Tal vez pudiéramos, en este sentido, hablar de la oxito-

cina, una hormona cuyo mero contacto dérmico afecta a la mujer. La oxitocina ha sido calificada como «la droga de las relaciones» porque es una hormona que induce sentimientos muy fuertes de identificación y relación y lleva a nutrir, sostener y tocar.

Y no es difícil ver que tanto la testosterona como la oxitocina hunden sus raíces en la evolución biológica y que la primera de ellas está ligada a la reproducción y la supervivencia y la segunda al maternaje. La mayor parte de las relaciones sexuales que tienen lugar en el reino animal ocurren en cuestión de segundos. Durante la relación sexual, ambas partes están expuestas a convertirse en presa y ser devoradas, lo cual aporta un nuevo significado a la frase «comida o sexo-» porque usted *es* la comida. Se trata simplemente del «aquí te pillo aquí te mato» y eso es todo. Nada que ver, por tanto, con compartir los sentimientos, las emociones y las caricias. De hecho, la idea o el mito *del hombre sensible* es una invención muy, muy reciente y resulta, por tanto, difícil que los hombres se acostumbren a ella.

Los requerimientos sexuales del maternaje, por su parte, son completamente diferentes. La madre debe estar en constante sintonía con su hijo y debe permanecer atenta las veinticuatro horas del día a los menores signos de hambre y de dolor de su bebé. Y ésa es precisamente la función de la oxitocina, mantener a la madre centrada en las relaciones y muy, muy identificada. Las emociones que ahí se ponen en juego no son las de fornicar y matar sino la de mantenerse continuamente *en relación* -atenta, difusa, preocupada y táctil- con su hijo.

P: ¿Así pues, Míster Sensible es un rol de género que nada tiene que ver con los roles de sexo?

KW: En cierto modo, así es. Esto no significa que los hombres no puedan, o no deban, transformarse en seres más sensibles, algo que, hoy en día, ha terminado convirtiéndose en un imperativo. Pero, para ello, los hombres deben ser *educados;* ése es un rol que tienen que aprender. Y existen muchas razones por las que este rol debe ser aprendido y deberíamos permitirles cometer algún error mientras buscan a tientas su nuevo y extraño lugar.

Y lo mismo podríamos decir con respecto a las mujeres porque una parte de las exigencias a las que debe enfrentarse la mujer en el mundo actual es la de dejar de definirse en función de las relaciones que mantiene y luchar por su autonomía. Ésta, obviamente, es el objetivo fundamental de la gran reivindicación llevada a cabo por el feminismo, que las mujeres comiencen a definirse en función de su autonomía y de sus propios valores intrínsecos y no tan sólo en función de las relaciones que mantiene con algún Otro. Esto no significa, por otra parte, menospreciar el valor de las relaciones, sino simplemente afirmar, que la mujer debe encontrar el camino para respetar su propio yo maduro sin renunciar a sí misma y sacrificarse en aras de Otro.

P. ¿Así pues, tanto los hombres como las mujeres están luchando para liberarse de su determinismo biológico?

KW: De algún modo así es. Pero así funciona la evolución, yendo más allá de donde se encontraba anteriormente. La evolución siempre pugna por establecer nuevos límites y, una vez establecidos, lucha de nuevo tan duramente como pueda por romperlos, por trascenderlos, por ir más allá de ellos y aproximarse a modalidades más globales, integradoras y holísticas. Y aunque los roles sexuales del varón y de la hembra fueron una vez completamente necesarios y adecuados, hoy en día, sin embargo, se han convertido en algo obsoleto, restringido y limitado. Así pues, tanto los hombres como las mujeres están tratando de encontrar formas de trascender sus antiguos roles sin -y ésta es la cuestión más difícil- tratar de erradicarlos. La evolución siempre *trasciende e incluye,* integra y va más allá.

Por ese motivo los hombres siempre tendrán un fundamento de impulsividad testosterónica -como ya hemos dicho, fornicar o matar-, pero esos impulsos pueden ser asumidos y transformados en modalidades más avanzadas de conducta. En cierta medida, los hombres siempre tenderán a rebasar los límites, a romper el envoltorio, a ir más allá y, en ese mismo proceso, en ocasiones insensato y salvaje, llegar a nuevos descubrimientos, a nuevas invenciones y a nuevas modalidades de ser.,

Las mujeres, por su parte, como insisten las feministas radicales, siempre tendrán un fundamento relacional esencialmente oxitocínico pero, sobre ese fundamento, pueden consolidar su autoestima y su autonomía, valorando al yo maduro sin tener, por ello, que renunciar a las relaciones.

Así son, pues, las cosas tanto para los hombres como para las mujeres, trascender e incluir, trascender e incluir. Y hoy en día hemos llegado a un punto crítico de la evolución, un punto en el que los roles sexuales primarios -hiperautonomía para los hombres e hiperrelación para las mujeres- están siendo, en cierto modo, trascendidos; un punto en el que los hombres deben aprender a aceptar su ser relacional y las mujeres deben aprender a aceptar su autonomía. Y, a lo largo de este proceso, ambos parecen asumir características monstruosas ante los ojos del otro. Éste es el motivo, en mi opinión, por el que el respeto mutuo resulta tan importante.

P: Ahora bien, usted dice que nuestra sociedad ha sido una sociedad orientada hacia el varón y que parece haberse puesto en marcha un proceso de equilibrio.

KW: Esto es lo que generalmente se conoce como «patriarcado», un término que suele pronunciarse con desprecio y desagrado. La solución evidente e ingenua es afirmar que los hombres *impusieron* el patriarcado a las mujeres -un despreciable y brutal estado de cosas que perfectamente podían haber sido de otro modo- y que, en consecuencia, los hombres deberían ahora pedir perdón y decir algo así como: «Lo sentimos. No queríamos someteros ni esclavizaros durante cinco mil años. ¿En qué *estaríamos* pensando? ¿Podemos comenzar de nuevo?».

Pero he aquí que las cosas no son tan sencillas. Es incuestionable que existieron determinadas circunstancias que hicieron del «patriarcado» un *statu quo* inevitable durante un largo período del desarrollo humano, pero en la actualidad hemos arribado a un punto en el que esa situación ha dejado ya de ser necesaria. Ahora estamos realmente en condiciones de emprender la «deconstrucción» del patriarcado y de establecer un equilibrio más

equitativo entre las esferas de los valores masculinos y femeninos. Pero esto no supone el colapso de un *statu quo* brutal que bien pudiera haber sido de otro modo, sino que constituye el simple proceso evolutivo de una situación que ya ha dejado de ser necesaria.

P: Lo cual, obviamente, es una forma muy distinta de ver las cosas.

KW: Cierto. Si tenemos en cuenta la perspectiva normal a este respecto -que un puñado de hombres sádicos y hambrientos de poder impusieron violentamente el patriarcado a las mujeres- arribaremos inevitablemente a la conclusión de que los hombres son unos cerdos y las mujeres unas borregas. Si creemos que los hombres decidieron oprimir intencionalmente a la mitad de la raza humana estaremos configurando una imagen completamente lamentable del hombre. De hecho, con o sin testosterona, los hombres no son tan malvados como pretende esa perspectiva.

Pero lo que resulta especialmente increíble de esta explicación del patriarcado es que nos ofrece una imagen extraordinariamente *aduladora* del hombre. Desde este punto de vista, los hombres -que, según las feministas son tan hiperindependientes que no pueden ponerse de acuerdo sobre nada- se las arreglaron para unirse y someter a la mitad de la raza humana y -más asombroso todavía- que *lograron* llevar a cabo esa pretensión en todas las culturas conocidas. Como hombre, esta visión de nuestra capacidades resulta, en cierto modo, halagadora, es la cosa más agradable que las feministas ha dicho sobre los hombres en mucho tiempo. Pero el hecho es que los hombres nunca han sido capaces de crear un sistema de gobierno que perdurase más que unos pocos cientos de años por más que, según las feministas más acérrimas, los hombres perpetuaran este sometimiento masivo durante cinco mil -e incluso hay quienes llegan a decir cien mil - años.

Pero lo verdaderamente espantoso de esta «teoría de la imposición» -que afirma que los hombres oprimieron a las mujeres desde el primer día- es que nos brinda una imagen igualmente

deprimente de las mujeres. Nadie, en realidad, puede ser tan fuerte ni tan inteligente ni tampoco nadie puede ser tan *oprimido.* Esta imagen retrata a las mujeres como borregos, tanto más débiles y/o estúpidas que los hombres. En lugar de ver que, en cada uno de los estadios evolutivos, los hombres y las mujeres *co-crearon* las formas sociales de su interacción, esta perspectiva define a las mujeres primariamente moldeadas por un Otro, con lo cual las feministas están asumiendo y reforzando precisamente la misma imagen de la mujer que pretenden erradicar. Lo cierto, sin embargo, es que ni los hombres son tan cerdos ni las mujeres tan borregas.

Así pues, una de las cosas que intento hacer en este libro es rastrear -basándome en los estudios más recientes realizados por las investigadoras feministas - el poder oculto que han tenido las mujeres y la forma en que han influido en la co-creación de las diversas estructuras culturales de toda nuestra historia, incluyendo también, claro está, al llamado patriarcado. Esta visión, entre otras cosas, libera a los hombres de ser definidos como verdaderos cerdos y también libera a las mujeres de ser definidas como una estúpida manada de animales descerebrados.

P: En el libro usted también rastrea los cinco o seis estadios principales de la evolución humana y examina el estatus de los hombres y de las mujeres en cada uno de esos estadios.

KW: Sí. Una de las cosas que quiero hacer, cuando consideremos los diversos estadios de la evolución de la conciencia humana, es examinar el *estatus* de los hombres y de las mujeres *en cada uno de esos estadios.* Y creo que eso nos permitirá llegar a ciertas conclusiones evidentes.

P: ¿Qué es lo que implica, en términos generales, este enfoque?

KW: *Primero* tenemos que determinar cuáles son las constantes biológicas que se mantienen inalterables interculturalmente. Estas constantes biológicas son muy sencillas y, en ocasiones, hasta triviales (como, por ejemplo, que los hombres tienen una mayor fortaleza física y una mayor movilidad y que las mujeres dan a luz y amamantan). Pero estas diferencias meramente biológicas llegan a tener una extraordinaria influencia en las diferencias culturales de género que aparecen a su alrededor.

P: ¿Por ejemplo?

KW: Por ejemplo ¿qué es lo que supone el que los medios de subsistencia de una cultura concreta dependan del caballo y la ganadería? Como señala Janet Chafetz, las mujeres que participan en estas actividades tienen una tasa muy elevada de abortos y es por ello que el hecho de no participar en la esfera productiva -que, en consecuencia, es llevada a cabo exclusivamente por hombres- constituye una auténtica *ventaja* darwiniana. De hecho, el 90% de las sociedades ganaderas son «patriarcales». Pero no es necesario recurrir a la *opresión* para explicar esta orientación patriarcal porque la evidencia misma sugiere que las mujeres participaron libremente de esta situación.

Si, por otra parte, caemos en la actitud ingenua y reactiva de creer que las mujeres de estas sociedades no estaban haciendo exactamente lo que las feministas modernas piensan que deberían haber estado haciendo, terminaremos arribando a la conclusión de que los hombres son unos cerdos y las mujeres unas borregas, una conclusión sumamente degradante para ambos sexos.

Nadie está negando que esa situación fuera difícil o incluso espantosa, lo único que estamos afirmando es que la polarización de los sexos genera mucho sufrimiento. La evidencia sugiere, de hecho, que las sociedades «patriarcales» eran mucho más duras para el hombre promedio que para la mujer promedio por razones que luego, si usted quiere, podemos pasar a discutir. Pero la ideología y la victimización no nos ayudará mucho a este respecto porque trocar el poder femenino por la victimización femenina constituye una empresa contraproducente que no hace más que reforzar lo que es necesario superar.

P: Usted dice que hay que hacer dos cosas y que la primera de ellas es damos cuenta de las diferencias *biológicas* universales existentes entre ambos sexos.

KW: Así es. Y la segunda consiste en estudiar las distintas formas en que estas diferencias *biológicas* constantes se han ido de-

sarrollando a lo largo de los cinco o seis estadios de la evolución *cultural* del ser humano. El hecho es que, con esta aproximación, podremos llegar a aislar aquellos factores que históricamente han conducido a sociedades más «igualitarias», es decir, a sociedades que han concedido un estatus similar a las esferas de los valores masculinos y femeninos. No estamos hablando de condiciones que hayan igualado a los hombres y a las mujeres -porque tal cosa *nunca* ha ocurrido-, sino que simplemente los han equilibrado. Así pues, si queremos alcanzar una actitud más armónica tendremos que hacernos una idea mucho más clara de las necesidades que deben ser cambiadas y de aquellas otras que no.

Tal vez de este modo podamos aprender a valorar las diferencias existentes entre las esferas de los valores masculinos y femeninos, diferencias que, en opinión incluso de las feministas radicales, parecen tener algún sentido y deberemos aprender a valorar por igual. *Cómo* hacerlo es uno de los temas de los que tendremos que hablar.

El alcance de estas discusiones

P: Los distintos estadios del desarrollo humano forman parte de un proyecto mayor de estudio de la evolución en general, algo que usted ha hecho, por ejemplo, en *Sexo, Ecología, Espiritualidad.* Ahora quisiera que revisáramos brevemente algunos de los puntos principales del proceso evolutivo y tratásemos de formularlos del modo más accesible posible.

KW: Podemos comenzar con el hecho más que sorprendente de que existe un hilo conductor evolutivo común que conecta la materia, la vida y la mente. Estoy hablando de la existencia de ciertas *pautas comunes,* de ciertas leyes o hábitos que se repiten en todos esos dominios, de ciertos patrones comunes que pueden servirnos para comenzar nuestra investigación.

P: Usted también ha investigado los estadios superiores de la evolución de la conciencia, estadios a los que podríamos denominar espirituales.

KW: Así es, y entiendo que usted está hablando ahora de tópicos sugeridos por Schelling, Hegel, Aurobindo y muchos otros teóricos de la evolución, tanto orientales como occidentales. El hecho es que, desde una perspectiva no dual, la evolución se considera *el Espíritu-en-la-acción,* Dios-en-la-creación, un proceso en el que el Espíritu va desplegándose, manifestándose y actualizándose cada vez más en la medida en que va atravesando los distintos estadios del proceso de desarrollo. El Espíritu no es un estadio particular ni una ideología concreta ni tampoco un dios o una diosa preferidos sino la totalidad del proceso dee desarrollo, un proceso infinito que, aunque se halla completamente presente en cada uno de los estadios finitos, deviene cada vez más accesible en cada nueva apertura evolutiva.

Así pues, podemos considerar -al igual que lo hacen las grandes tradiciones de sabiduría del mundo entero- a los estadios superiores de este desarrollo evolutivo como los estadios superiores o más profundos en los que el Espíritu deviene consciente de sí mismo, despierta a sí mismo y comienza a tomar conciencia de su auténtica naturaleza.

Suele hablarse de estos estadios superiores del desarrollo como estadios místicos o «avanzados» pero, en realidad, se trata de estadios muy concretos, muy tangibles, muy reales, estadios asequibles para usted y para mí, estadios que constituyen nuestros potenciales más profundos. Y la observación cuidadosa de estos estadios a la luz de la evolución nos ayuda a comprender lo que ellos están desplegando y nos ayuda también a sustentar sus afirmaciones y a darles un sentido muy concreto.

Y estos estadios superiores -que, en el pasado, han sido alcanzados por algunos individuos, los más extraños, los más avanzados, los más dotados, la vanguardia de su tiempo- pueden proporcionarnos ciertas pistas sobre lo que la evolución colectiva nos depara a cada uno de nosotros el día de mañana.

P: Usted ha descubierto que las grandes tradiciones espirituales del mundo caen en dos campos muy amplios y diferentes.

KW: Así es. Si prestamos atención a los diferentes intentos

realizados por el ser humano para comprender lo divino -intentos llevados a cabo tanto en Oriente como en Occidente, tanto en el Norte como en el Sur-, llegaremos a darnos cuenta de la existencia de dos tipos diferentes de espiritualidad a las que denomino espiritualidad *Ascendente y* espiritualidad *Descendente.*

El camino ascendente es un camino puramente trascendental y ultramundano. Se trata de un camino puritano, ascético y yóguico, un camino que suele despreciar -e incluso negar- el cuerpo, los sentidos, la sexualidad, la Tierra y la carne. Este camino busca la salvación en un reino que no es de este mundo, considera que el mundo manifiesto, el *samsara,* es algo malo o ilusorio, y su única aspiración consiste en escapar por completo de la rueda. De hecho, quienes sostienen este enfoque -los ascendentes- suelen considerar a quienes sostienen la visión opuesta -los descendentes- como si estuvieran engañados o incluso como si fueran malvados. El camino ascendente glorifica la unidad no la multiplicidad, la vacuidad no la forma, los cielos no la Tierra.

El camino descendeAte, por su parte, afirma exactamente lo contrario. Éste es un camino esencialmente intramundano, un camino que no glorifica la unidad sino la multiplicidad. El camino descendente enaltece la Tierra, el cuerpo, los sentidos e incluso la sexualidad, un camino que llega incluso a identificar al Espíritu con el mundo sensorial, con Gaia, con el mundo de lo manifiesto y que ve en la salida del sol y de la luna todo el Espíritu que una persona puede llegar a desear. Se trata de un camino puramente inmanente que rechaza toda trascendencia. Para los descendentes, de hecho, toda forma de ascenso constituye la encarnación del mal.

P: Una de las cosas que queremos discutir es la historia de la «guerra» entre los ascendentes y los descendentes, dos bandos enfrentados que aparecen a los ojos del adversario como el mismísimo diablo.

KW: Sí. Entre ellos existe una guerra declarada desde hace casi dos mil años, una guerra en ocasiones cruel y encarnizada.

Desde la época que va de san Agustín a Copérnico, Occidente se movió siguiendo un ideal puramente ascendente, un ideal esencialmente ultramundano, un ideal según el cual la. salvación y la liberación final no pueden ser halladas en este mundo, en esta Tierra, en esta vida. Tal vez nuestra vida concreta puede estar bien pero, desde ese punto de vista, las cosas realmente importantes sólo ocurren después de la muerte, en el dominio de lo ultramundano.

Con el advenimiento de la modernidad y de la postmoderni dad, en cambio, asistimos a una profunda subversión de este punto de vista, una transformación en la que los ascendentes desaparecen de escena y dejan su lugar a los descendentes.

P: Lo que usted denomina «el imperio de los Descendentes» es otro de los tópicos fundamentales a los que deberemos prestar atención. Según usted, el mundo moderno y el mundo postmoderno se hallan casi completamente atrapados en una concepción y una visión del mundo meramente descendente, lo que usted denomina el «mundo chato».

KW: Así es, un «mundo chato», la idea de que el único mundo que existe es el mundo sensorial, empírico y material, un mundo en el que no existen dimensiones superiores ni dimensiones más profundas, ni tampoco, por cierto, estadios superiores de evolución de la conciencia. Desde este punto de vista, lo único realmente existente es lo que podemos percibir con nuestros sentidos o asir con nuestras manos, un mundo completamente despojado de cualquier tipo de energía ascendente, un mundo ajeno a toda trascendencia. Y, de hecho, los descendentes consideran que cualquier tipo de ascenso o de trascendencia es, en el mejor de los casos, un error, y un mal en el peor de ellos.

Bienvenido, pues, al mundo chato, bienvenido al mundo exclusivamente descendente. Los modernos y los postmodernos vivimos sumidos en un mundo puramente descendente, el mundo chato y desvaído de las formas sensoriales ininterrumpidas, el mundo anodino de las superficies monótonas y carentes de valor. El dios, o la diosa, del capitalismo, del marxismo, del industria-

lismo, de la ecología profunda, del consumismo o del ecofeminismo es el dios de lo que puede verse con los ojos, percibirse con los sentidos, registrarse con los sentimientos o venerarse con las sensaciones, un dios al que puede hincarse el diente y que se agota en las formas.

Nos consideremos espirituales o no, todos los habitantes de este mundo chato adoramos a un dios puramente descendente, a la diosa de los sentidos, al mundo de las sensaciones, al mundo monocromo de la localización simple, al mundo que puede tocarse con los dedos. Nada hay más elevado ni más profundo para nosotros que el dios que cabe dentro de nuestro campo uisaal-

El cómo y el porqué de todo esto es algo que todavía deberemos discutir.

P: Usted afirma que las grandes tradiciones no duales orientales y occidentales siempre han tratado de integrar los caminos ascendente y descendente.

KW: Sí, siempre han intentado equilibrar la trascendencia con la inmanencia, la unidad con la multiplicidad, la vacuidad con la forma, el *nirvana* con el *samsara,* el cielo con la Tierra.

P: ¿La «no dualidad» se refiere a la integración entre el camino ascendente y el camino descendente?

KW: Fundamentalmente así es.

P: Ése es otro punto que también queremos discutir, las corrientes de la espiritualidad ascendente y de la espiritualidad descendente y la forma de integrarlas.

KW: Esto es muy importante porque tanto los exclusivamente ascendentes como los exclusivamente descendentes, al despedazar al Kosmos en sus fragmentos favoritos, no hacen más que fomentar la violencia de esta confrontación tratando de convertir y someter al otro bando, hurgando en sus heridas y contagiándose así su enfermedad.

Pero no es en la confrontación mutua entre las dos corrientes donde hallaremos la armonía sino tan sólo en la integración entre ellas. Los ascendentes y los descendentes sólo podrán salvarse, por así decirlo, uniéndose. Y quienes no contribuyan a esta integración no sólo destruirán la única Tierra de la que disponemos sino que también dificultarán el acceso al único Cielo que, de otro modo, podríamos alcanzar.

PRIMERA PARTE:

EL-ESPÍRITU-EN-ACCIÓN

1. LA PAUTA QUE CONECTA

P: Comenzaremos, pues, nuestra historia con el mismo Big **Bang** y, a partir de ahí, trataremos de rastrear el camino recorrido por la evolución desde la materia hasta la vida y, desde ésta, hasta la mente. Luego, con la emergencia de la mente, de la conciencia humana, prestaremos atención a los cinco o seis grandes estadios por los que ha atravesado la evolución de la humanidad. Y todo esto lo ubicaremos en el contexto de la espiritualidad, del significado de la espiritualidad, de las diversas formas que ha ido asumiendo ésta a lo largo de la historia y de las diversas formas que pueda asumir en el futuro. ¿No es así?

KW: Así es. Se trata de una especie de breve historia de todo. Y, aunque parezca algo muy pretencioso, este intento se apoya en lo que yo llamo «generalizaciones orientadoras», lo cual simplifica extraordinariamente las cosas.

P: ¿Qué es exactamente una generalización orientadora?

KW: Una generalización orientadora es una verdad amplia y general procedente de los diferentes campos del conocimiento humano -la física, la biología, la psicología, la sociología, la teología y la religión- sobre las que existe muy poco desacuerdo.

En la esfera del desarrollo moral, por ejemplo, nadie coincide plenamente con todos los pormenores de los estadios del desarrollo moral descritos por Lawrence Kohlberg ni tampoco existe un acuerdo generalizado sobre los detalles concretos de la reconceptualización de ese mismo esquema realizada por Carol Gilligan.

Pero en lo que sí existe un acuerdo amplio y general es en que el desarrollo moral atraviesa no menos de *tres grandes estadios*.

En el momento del nacimiento, el ser humano no está todavía socializado en ningún tipo de sistema moral (y, en este sentido, es «preconvencional»). Más tarde asimila un esquema moral general que representa los valores fundamentales de la sociedad en la que se halla inmerso (y deviene «convencional»). Y, en un momento posterior del desarrollo, el individuo puede comenzar a reflexionar sobre su propia sociedad y distanciarse críticamente de ella para alcanzar una cierta capacidad de transformarla (momento en el cual alcanza un estadio «postconvencional»).

Así pues, aunque los detalles reales y el significado concreto de esa secuencia evolutiva se hallen todavía sujetos a debate, todo el mundo coincide en la existencia universal, hablando en sentido amplio, de esos tres grandes estadios. Éstas son *generalizaciones orientadoras* que nos muestran, con un elevado grado de acuerdo, que los bosques importantes han sido ya localizados, aunque todavía no terminemos de estar de acuerdo en el número concreto de árboles que contienen.

El hecho es que, si tenemos en cuenta las generalizaciones orientadoras que nos proporcionan las diferentes ramas del conocimiento -desde la física y la biología hasta la psicología y la teología- sobre las que existe un amplio grado de acuerdo, podremos arribar a algunas conclusiones sorprendentes y, con frecuencia, profundas, que -por más extraordinario que puedan parecernos- no encarnan más que nuestro acuerdo-general-sobre-el-conocimiento. Es como si las perlas del conocimiento ya hubieran sido encontradas y sólo_ nos faltara enhebrarlas para componer el collar.

P: ¿Así que a lo largo de nuestra discusión iremos construyendo una especie de collar?

KW: Efectivamente. De este modo, las amplias generalizaciones orientadoras nos permitirán ir esbozando un amplio mapa orientador del lugar que ocupan los hombres y las mujeres en el universo, la vida y el Espíritu. Podemos rellenar como queramos

los detalles concretos de este mapa, pero sus rasgos generales estarán firmemente asentados en las generalizaciones orientadoras, simples pero estables, que nos proporcionan las diversas ramas del conocimiento humano.

El Kosmos

P: Vamos a examinar el curso del desarrollo evolutivo a través dee los diversos dominios, desde la materia hasta la vida y, desde ésta, hasta la mente, tres grandes dominios a los que usted denomina materia (o cosmos), vida (o biosfera) y mente (o noosfera) y a_ los que, en conjunto, se refiere con el término «Kosmos».

KW: Sí. Fueron los pitagóricos quienes acuñaron el término «Kosmos», un término que nosotros solemos traducir como cosmos. Pero su significado original no era el que le damos hoy en día cuando hablamos del «cosmos» o del «universo» como universo exclusivamente *físico*, sino a la naturaleza y al proceso pautado de todos los dominios de la existencia, desde la materia hasta la mente y, desde ésta, hasta Dios.

Por ese motivo quisiera rescatar el término Kosmos. Y, como usted acaba de señalar, el Kosmos incluye el cosmos (o fisiosfera), la bios (la biosfera), la psique o nous (la noosfera) y la theos (la teosfera o el dominio divino).

Podemos darle muchas vueltas al punto exacto en el que la materia se convierte en vida -o el cosmos se convierte en bios-, pero, como señala Francisco Varela, la autopoyesis (la capacidad de autorreplicación) no tiene lugar en el cosmos sino en bios, en los sistemas vivos. Se trata de un *emergente* fundamental y profundo -algo asombrosamente nuevo-, y trataremos de rastrear diversas transformaciones o emergentes profundos de este tipo en. el curso de la evolución del Kosmos.

P: Así que nuestra discusión no estará tan centrada en el cosmos como en el Kosmos.

KW: Exactamente. La mayor parte de las cosmologías están

contaminadas por el sesgo materialista que las lleva a presuponer que el cosmos físico es la dimensión más real y que todo lo demás debe ser explicado con referencia al plano material. Pero ése es un enfoque brutal que arroja a la totalidad del Kosmos contra el muro del reduccionismo hasta que todos los dominios de la existencia -excepto el físico- terminan desangrándose lentamente hasta morir ante nuestros ojos. ¿Es ésta una forma adecuada de tratar al Kosmos?

No, en mi opinión, nosotros no tenemos que hacer cosmología sino Kosmología.

Los veinte principios: La pauta que conecta

P: Podemos comenzar esta Kosmología revisando las características de la evolución en los diversos reinos, una revisión de la que usted ha extraído *veinte principios* fundamentales que parecen comunes a toda forma de evolución, desde la materia hasta la vida y la mente.

KW: Correcto.

P: ¿Podemos ver algunos ejemplos de estos veinte principios para ilustrar de qué estamos hablando? El principio número 1 dice que la realidad está compuesta de totalidades/partes, u «holones». ¿La realidad está compuesta de «holones»?

KW: No creo que esto resulte muy extraño ni muy confuso. Arthur Koestler acuñó el término «holón» para referirse a una entidad que es, al mismo tiempo, un *totalidad y* una *parte* de otra totalidad. Y si usted observa atentamente las cosas y los procesos existentes no tardará en advertir que no son sólo totalidades sino que también forman parte de alguna otra totalidad. Se trata, pues, de totalidades/partes, de holones.

Así por ejemplo, un átomo forma parte de una molécula, una molécula forma parte de una célula, una célula forma parte de un organismo, etcétera. Cada una de estas entidades no es, pues, una parte ni una totalidad sino una totalidad/parte, un holón.

El hecho es que no existe nada que no sea, de un modo u otro, un holón. Desde hace unos dos mil años hay abierto un debate filosófico entre los atomistas y los holistas sobre cuál es la realidad última, si la totalidad o la parte. Mi respuesta, obviamente, es contundente: la realidad última no es ni totalidad ni parte o, si lo prefiere, es ambas a la vez. Mire hacia donde mire, todo el camino hacia arriba o todo el camino hacia abajo, no verá más que totalidades/partes en todas direcciones.

Hay un antiguo relato sobre este punto que habla de un rey que se dirigió a un sabio para preguntarle por qué la Tierra no se caía en el espacio. El sabio le respondió que «la Tierra estaba apoyada sobre un león». Entonces el rey preguntó nuevamente: «¿Y sobre qué se apoya el león?». «Sobre un elefante», contestó el sabio. «¿Y el elefante», continuó inquiriendo el rey, «sobre qué descansa?». «El elefante descansa sobre una tortuga», fue la respuesta del sabio. «Y sobre qué se,apoya...», iba a insistir nuevamente el rey, cuando el sabio le atajó diciéndole: «Sobre otra tortuga, Su Majestad, a partir de ahora una tortuga se apoya sobre otra».

Tortugas todo el camino hacia abajo y holones todo el camino hacia abajo. No importa cuán abajo descendamos porque siempre terminaremos descubriendo holones que descansan sobre holones que, a su vez, descansan sobre otros holones. Hasta las mismas partículas subatómicas se desvanecen en una nube virtual de burbujas dentro de burbujas, de holones dentro de holones, en una *infinidad* de ondas de probabilidad. Holones todo el camino de descenso.

P: Y también, como usted dice, holones todo el camino de ascenso, sin arribar nunca a una Totalidad última.

KW: Así es. No existe ninguna totalidad que no sea, al mismo tiempo, *parte* de otra totalidad. Y así ocurre de manera indefinida e interminable. El tiempo discurre y las totalidades de hoy serán las partes del mañana...

Aun la misma «totalidad» del Kosmos no es más que una *parte* de la totalidad del momento siguiente, y así *indefinidamente.*

En ningún momento arribamos *a la* totalidad, porque tal cosa no existe, porque sólo existen, y por siempre, totalidades/parte.

Así pues, el primer principio afirma que la realidad no está compuesta de cosas ni de procesos, de totalidades ni de partes, sino de totalidades/partes, de holones, todo el camino ascendente, y todo el camino descendente.

P: Así que la realidad no está compuesta de partículas subatómicas.

KW: Por supuesto que no. Asumir tal cosa constituiría una aproximación profundamente reduccionista que privilegiaría al universo material y físico y, entonces, cualquier otra cosa -desde la vida hasta la mente y, desde ésta, hasta el Espíritu- debería *derivarse* de las partículas subatómicas. Y no *es* así como funcionan las cosas.

Pero advirtamos que una partícula subatómica es, en sí misma, un holón. Y lo mismo ocurre con una célula, con un símbolo, con una imagen o con un concepto. Todas esas entidades son, antes que nada, holones. Así que el mundo no está compuesto de átomos, de símbolos, de células ni de conceptos, el mundo está compuesto de holones.

Y, puesto que el Kosmos está compuesto de holones, descubrir *lo que todos los holones tienen en común* puede permitirnos comenzar a vislumbrar lo que tiene en común la evolución en todos los dominios. Holones en la fisiosfera, holones en la biosfera, holones en la psicosfera, holones en la teosfera, cómo se despliegan y qué pautas comunes presentan todos ellos.

P: Lo que todos los holones tienen en común. ¿Es así como ha llegado a formular los veinte principios?

KW: En efecto.

Individualidad y Comunión

P: De modo que el principio 1 afirma que el Kosmos está compuesto de holones. El principio 2 afirma que todos los holones comparten ciertas características.

KW: Muy bien. El hecho de que cada holón sea una totalidad/parte implica dos «tendencias» -o dos «impulsos», podríamos decir-: la tendencia a conservar su *totalidad y* la tendencia a conservar su *parcialidad.*

En primer lugar, los holones tienen que conservar su propia totalidad, su propia identidad, su propia autonomía, su propia *actividad y,* si fracasa en el intento de mantener o conservar su propia actividad o su propia identidad, simplemente deja de existir. Así pues, una de las características de los holones, sea cual fuere el dominio que estemos considerando, es la *individualidad, la* capacidad para conservar su propia integridad frente a las presiones externas que, de otro modo, podrían llegar a eliminarlo. Esto es algo cierto tanto para *los* átomos como para las células, los organismos o las ideas.

Pero un holón no es sólo una totalidad que deba conservar su individualidad, sino que además también es una parte de algún otro sistema, de alguna otra totalidad. Y es por ello que, además de tener que conservar su propia autonomía como *totalidad,* también debe adaptarse simultáneamente como *parte* de alguna otra totalidad. Su propia existencia depende de su capacidad de adaptación al ambiente, algo tan cierto para los átomos como para las moléculas, los animales o los seres humanos.

Así pues, los holones no sólo tienen su propia *individualidad* como totalidad sino que también deben adaptarse en *su comunión* como parte de otra totalidad. Y si fracasan en alguna de estas dos funciones, simplemente desaparecen y dejan de existir.

Trascendencia y disolución

P: Esto es precisamente lo que afirma el segundo principio, cada holón posee individualidad y comunión, capacidades a las cuales usted denomina «horizontales». ¿Qué ocurre con las capacidades «verticales»? ¿Qué ocurre con la «autotrascendencia» y con la «autodisolución»?

KW: Si un holón fracasa en el intento de conservar su integridad y las relaciones que mantiene con otras individualidades, termina destruyéndose y, cuando tal cosa ocurre, el holón termina disgregándose en los subholones que lo componen: las células se descomponen en moléculas que, a su vez, se descomponen en átomos que, bajo la presión adecuada, pueden seguir «disolviéndose» indefinidamente. Pero lo verdaderamente fascinante es que cuando los holones se descomponen lo hacen en un sentido inverso al que fueron construidos. Y esta descomposición es «autodisolución» o disgregación en los subholones que los componen, los cuales, a su vez, pueden seguir descomponiéndose en sus propios subholones, etcétera.

Pero sigamos considerando, por el momento, el extraordinario proceso de construcción, el proceso de emergencia de nuevos holones, el hecho, por ejemplo, de que las moléculas inertes se agrupen para configurar células vivas.

Hoy en día nadie cree ya en la resbaladiza explicación neodarwiniana estándar de la *selección natural.* Evidentemente, la selección natural darwiniana constituye uno de los mecanismos a través de los cuales opera la evolución, pero esta selección sólo tiene lugar entre aquellas transformaciones que *ya* han ocurrido merced a mecanismos que absolutamente nadie comprende.

P: Póngame un ejemplo.

KW: Tomemos, por ejemplo, la noción de que las alas no son más que una mutación evolutiva de las patas delanteras. La producción de un ala plenamente funcional -porque media ala carecería de todo valor funcional- a partir de una pata exige la presencia de un centenar de mutaciones previas. Media ala no es mejor que una pierna ni tampoco es mejor que un ala completa puesto que con ella no se puede correr ni se puede volar. Una media ala carece, por tanto, de todo valor adaptativo. En otras palabras, con media ala uno se convierte simplemente en alimento. Pero las alas sólo funcionarán si esas mutaciones intermedias *tuvieran lugar al mismo tiempo* en un animal y en otro

animal del sexo opuesto para que luego puedan encontrarse, comer algo, aparearse y tener descendencia con alas realmente funcionales.

Esto es algo tan absurdo, tan infinita, absoluta y completamente disparatado que el concepto de mutación azarosa no puede llegar a explicarlo. La inmensa mayoría de las mutaciones son letales ¿cómo podemos, pues, pensar en cientos de mutaciones no letales -o, aunque sólo se tratase de cuatro o cinco, que para el caso da lo mismo- aconteciendo simultáneamente? Es cierto que, una vez que ha tenido lugar esta extraordinaria transformación, la selección natural se encarga de seleccionar las mejores alas de las alas menos operativas. Pero ¿qué ocurre con las mismas alas? Ésta es, ciertamente, una pregunta para la que nadie tiene, hasta el momento, una respuesta satisfactoria.

Por el momento, todo el mundo está de acuerdo en hablar de «evolución cuántica», de «evolución puntuada», de «evolución emergente» -de holones sumamente complejos y de emergentes radicalmente nuevos que llegan a la existencia en un extraordinario salto cuántico- sin la menor presencia *-cualquiera que ésta sea-* de formas intermedias. Son miles de mutaciones no letales simultáneas las que han tenido que ocurrir al mismo tiempo para que las alas o los globos oculares, pongamos por caso, hayan podido sobrevivir.

No obstante, nosotros hemos decidido que estas extraordinarias transformaciones ocurren (porque es innegable que lo hacen). Es por ello que muchos teóricos, como Erich Jantsch, por ejemplo, califican a la evolución como «autorrealización a través de la autotrascendencia». La evolución forma parte de un insólito proceso de *autotrascendencia,* un proceso que tiene la asombrosa capacidad de ir más allá de donde anteriormente se encontraba. La evolución constituye un proceso trascendente que incorpora lo que era anteriormente y le agrega componentes insólitamente nuevos. Es así como el impulso a la autotrascendencia se halla inmerso en el mismo entramado del Kosmos.

Los cuatro impulsos de todos los holones

P: Y éste es el cuarto «impulso» del que participan todos los holones. Así que, en cada uno de los niveles, la individualidad y la comunión operan, por así decirlo, «horizontalmente», mientras que «verticalmente» también existe el impulso a ascender a un nivel superior (autotrascendencia) y el impulso a descender a un nivel inferior (autodisolución).

KW: Efectivamente. Todos los holones son totalidades/partes y, en consecuencia, su existencia se halla sujeta a varios «impulsos», el impulso a seguir siendo una totalidad (actividad), el impulso a seguir siendo una parte (comunión), el impulso a ascender (trascendencia) y el impulso a descender (disolución). Esto es precisamente lo que afirma el principio número 2, que todos los holones se hallan sujetos a estos cuatro impulsos.

Éste es un ejemplo del funcionamiento de los veinte principios. El resto de los principios considera lo que ocurre cuando estas fuerzas interactúan entre sí. El impulso autotrascendente produce vida de la materia y mente de la vida. Y los veinte principios simplemente se ocupan de rastrear las pautas comunes que podemos encontrar en la evolución de los holones (sean materiales, vitales, mentales y hasta tal vez sean incluso aplicables a los estadios espirituales).

P: De modo que en la evolución existe algún tipo de unidad...

KW: Sí, ése es precisamente el asunto. El proceso *continuo* de autotrascendencia opera a través de *discontinuidades,* saltos y mutaciones creativas. Así pues, una de las pautas comunes que asume la evolución en todos esos dominios es la presencia de discontinuidades en el proceso evolutivo que impiden que la mente sea reducida a la vida y que la vida sea reducida a la materia. En ese sentido, el proceso de desarrollo mantiene unificado al Kosmos, convirtiéndolo en un un¡-verso, en una sola canción.

La emergencia creativa

P: Una canción que usted titula Espíritu-en-acción o Dios-en-la-creación. Más tarde me gustaría volver sobre este punto pero, por el momento, prosigamos. El principio número 3 afirma que los holones emergen.

KW: Sí. Como decíamos anteriormente, la evolución es, en parte, un proceso de autotrascendencia que siempre va más allá de donde se encontraba anteriormente. Y, en este innovador proceso, en este proceso emergente, en este proceso creativo, aparecen nuevas entidades, se despliegan nuevas pautas y brotan nuevos holones. Ese extraordinario proceso unifica lo fragmentado y globaliza los meros agregados. El Kosmos, dicho de otro modo, parece desplegarse en saltos cuánticos de emergencia creativa.

P: Y ése es el motivo por el cual un determinado nivel no puede ser reducido a sus componentes inferiores, a los subholones que lo componen.

KW: Sí. Lo que quiero decir es que usted puede analizar la totalidad en sus partes constitutivas y que ése sería un quehacer perfectamente válido. Pero debe saber que, en tal caso, lo que tendrá serán partes, no la totalidad. Usted puede desmontar un reloj y analizar todas sus partes pero de ese modo jamás llegará a saber la hora que es. Y lo mismo ocurre con los holones porque la totalidad de un holón no se halla en ninguna de sus partes. Si tenemos en cuenta este punto acabaremos con el furor reduccionista que ha contaminado a la ciencia occidental desde sus mismos orígenes. Gracias a las ciencias sistémicas la mente científica está comenzando a comprender que vivimos en un universo de emergencia creativa.

P: Aunque todavía existan muchos reduccionistas, el peso del reduccionismo, no obstante, parece haber menguado. Apenas si es necesario explicar ya por qué el reduccionismo es «malo» en y por sí mismo. Y el antirreduccionismo significa, en cierto modo, que el Kosmos es creativo.

KW: ¿No le parece sorprendente? Whitehead enumeraba sólo tres «categorías últimas» -es decir, conceptos que debemos tener en cuenta para pensar sobre cualquier otra cosa-, la creatividad, la unidad y la multiplicidad. (Y dado que cada holón es realmente una unidad/multiplicidad, esas categorías quedan reducidas a holones creativos.)

Pero el hecho es, como dijo Whitehead, «el último principio metafísico es *el avance creativo hacia la innovación*». La emergencia creativa de nuevos holones. ¡Creatividad y holones, ésas son las categorías básicas que debemos tener en cuenta antes de pensar en cualquier otra cosa!

Y esto es precisamente lo que afirma el principio número 3: los holones emergen. Cada holón posee estas cuatro capacidades básicas (individualidad, comunión, autodisolución y autotrascendencia). Así es como se va creando el Kosmos.

P: Esto sería adelantar un poco las cosas y por el momento no quisiera entrar en ello. Usted relaciona la creatividad con el Espíritu.

KW: ¿Qué es la creatividad sino otro modo de nombrar al Espíritu? Si, como decía Whitehead, la creatividad es un fundamento *último* -algo con lo que se debe contar antes de poder tener cualquier otra cosa-, ¿qué es el «último sustrato metafísico» sino el Espíritu? Y por Espíritu también entiendo al término budista «Vacuidad», del que también vamos a hablar. Pero el Espíritu, o la Vacuidad, da lugar a la forma, de ella emanan las nuevas formas y los nuevos holones.

Ya hemos dicho que la ciencia *está de acuerdo* en que la autotrascendencia está entretejida en la misma urdimbre del universo. De qué otro modo podríamos denominar a esa creatividad autotrascendente sino Espíritu, Vacuidad, creatividad, holones.

P: En este punto también ha habido, en determinados círculos científicos, un cierto cambio hacia una lectura más espiritual e idealista de la creación.

KW: En cierto modo. El Big Bang ha convertido en idealista a todo aquel que piense. Primero no había absolutamente nada,

luego tiene lugar el Big Bang y ¡he aquí que aparece algo! Esto es muy extraño. De la vacuidad más completa emerge todo el mundo de lo manifiesto.

Para la ciencia tradicional esto ha supuesto un duro golpe porque impone un límite de tiempo al estúpido azar que, según se suponía, explicaba el universo. ¿Recuerda usted aquel ejemplo de los mil monos y Shakespeare, un ejemplo según el cual el azar podía dar lugar al universo ordenado?

P: ¿El que afirmaba que, disponiendo de suficiente tiempo, un puñado de monos aporreando las teclas de una máquina de escribir terminarían escribiendo una obra de teatro de Shakespeare?

KW: ¡Disponiendo de suficiente tiempo! La probabilidad de que, de ese modo, los monos pudieran escribir una obra de Shakespeare sería de uno entre diez elevado a cuarenta. Tal vez algo así pudiera ocurrir en un lapso de mil billones de años. Pero el hecho es que el universo no tiene mil billones de años sino sólo doce mil millones de años.

Y esto ha cambiado *completamente* las cosas. Los cálculos efectuados por los científicos, desde Fred Hoyle hasta RB. Salisbury, muestran de manera contundente que en doce mil millones de años ni siquiera existe la posibilidad de producir *una simple enzima*.

En otras palabras, algo distinto al azar es lo que está empujando al universo. El azar era la tabla de salvación, el dios, de los científicos tradicionales porque servía para explicarlo todo. El azar -y un tiempo infinito[1] podría llegar incluso a crear el universo. Hoy en día, sin embargo, los científicos saben que no disponen de un tiempo interminable y, en consecuencia, su antiguo dios ha fracasado miserablemente. Ese dios ha muerto, el azar no puede explicar al universo porque, de hecho, es precisamente el azar lo que el universo se está esforzando laboriosamente por superar, es precisamente el azar lo que se ve superado por el impulso autotrascendente del Kosmos.

P: Lo cual es otra forma de decir que la autotrascendencia está integrada en el universo o, como usted mismo dice, que la autotrascendencia constituye uno de los cuatro impulsos de todo holón.

KW: Así lo creo yo. El Kosmos tiene un impulso formativo, un *telos*. El Kosmos tiene una dirección y se dirige hacia algún lugar. Su sustrato es la Vacuidad, su impulso es la organización de la forma en holones cada vez más coherentes. Vacuidad, creatividad, holones.

P: Lo cual es aprovechado por los «creacionistas religiosos» porque dicen que concuerda con lo que afirma la Biblia y el Génesis.

KW: Bien, ellos se han apoderado de la evidencia creciente de que la explicación científica tradicional ha dejado de ser válida. Es la creatividad, y no el azar, el que construye el Kosmos. Pero ello no significa que usted pueda equiparar a la creatividad con su dios particular favorito. De ello no se sigue que en ese vacío pueda usted postular la existencia de un dios poseedor de las características concretas que a usted más le agraden (como, por ejemplo, que dios es el dios exclusivo de los judíos, de los hindúes, de los pueblos indígenas, que dios está cuidando de mí y que es bueno, justo y misericordioso). Debemos ser muy cautelosos con este tipo de caracterización antropomórfica restrictiva. Ese precisamente es uno de los motivos por los que prefiero utilizar el término «vacuidad», otro modo de nombrar a lo ilimitado y lo incalificable.

Pero los fundamentalistas, los «creacionistas», se aprovechan de estas vacaciones en el hotel de la ciencia para abarrotar el congreso con sus delegados. Ellos consideran que la apertura -la creatividad- es un *absoluto* y equiparan a ese absoluto con su dios mítico favorito, atribuyéndole rasgos inspirados en sus propias tendencias egoicas, comenzando con el hecho de que si usted no cree en ese dios particular se freirá para siempre en el infierno, lo cual no hace más que reflejar el estado mental exacto de quienes creen en concepciones tan rudimentarias.

Por ese motivo creo que deberíamos ser muy cuidadosos con la forma en que nos referimos a la apertura espiritual del Kosmos. Porque el hecho es que el Espíritu o la Vacuidad es incalificable, pero no es inerte ni inmutable porque su creatividad, en última instancia, es la que da lugar a la emergencia de nuevas formas. Vacuidad, creatividad, holones.

Dejémoslo aquí por el momento. ¿De acuerdo? Más tarde volveremos sobre este mismo tópico.

La holoarquía

P: Muy bien. Acabamos de ver el principio número 3, que afirma que «los holones emergen». El principio número 4, por su parte, dice que los holones emergen holoárquicamente. ¿Qué es eso de la holoarquía?

KW: Holoarquía es el término que utiliza Koestler para referirse a la jerarquía, un término que hoy, por cierto, tiene una muy mala prensa porque la gente suele confundir jerarquías de dominio con jerarquías naturales.

Una jerarquía natural es simplemente un orden de totalidad creciente (como, por ejemplo, las partículas, los átomos, las células y los organismos, o las letras, las palabras, las frases y los párrafos) en el que la totalidad de un determinado nivel de la jerarquía forma parte de la totalidad propia del siguiente nivel.

En otras palabras, las jerarquías normales están compuestas de holones y es por ello que, según Koestler, podríamos perfectamente llamar «holoarquía» a la «jerarquía», algo absolutamente adecuado porque casi todos los procesos de crecimiento -desde la materia hasta la vida y, desde ésta, hasta la mente- discurren a través de holoarquías naturales hacia órdenes de holismo y totalidad creciente (totalidades que se convierten en partes de nuevas totalidades).

P: Son las jerarquías de dominio las que enloquecen a la gente.

KW: Y existe un buen motivo para ello. Cuando un determinado holón de una jerarquía natural abandona su lugar e intenta dominar a la totalidad termina imponiendo una jerarquía de dominio, una jerarquía patológica (algo que ocurre, por ejemplo, cuando una célula cancerosa somete a la totalidad del cuerpo,

cuando un dictador fascista tiraniza al cuerpo social o cuando un ego represivo esclaviza al organismo).

Pero la curación de las holoarquías patológicas no consiste en desembarazarse de la holoarquía -algo, por otra parte, imposible de llevar a cabo - sino más bien en reintegrar al holón arrogante al lugar que le corresponde en la holoarquía natural. Pero los críticos de la jerarquía -sus nombres son legión- confunden a las holoarquías patológicas con las holoarquías en general y terminan arrojando al niño junto al agua de la bañera.

P: Porque ellos afirman que el intento de desembarazarse de las jerarquías es una forma de holismo.

KW: Cuando lo cierto es exactamente lo contrario, porque la única alternativa realmente holística es la holoárquica. Cuando los holistas dicen que «la totalidad es mayor que la suma de las partes» están queriendo decir que la totalidad está ubicada en un nivel holoárquicamente superior o más profundo de organización que las partes, lo cual, evidentemente, presupone la existencia de una jerarquía, de una holoarquía. Las moléculas aisladas se agrupan en una célula gracias a propiedades que trascienden a las de las simples moléculas aisladas. En este sentido, la célula se halla ordenada holoárquicamente, puesto que sin holoarquías no hay totalidades sino tan sólo conglomerados.

En otras palabras, los llamados «holistas» que se dedican a negar la existencia de las holoarquías son, en realidad, «conglomeristas», una forma solapada de reduccionismo.

P: Pero son muchas las feministas y los ecofilósofos que afirman que cualquier tipo de holoarquía o «categorización» es opresivo e incluso fascista. Según ellos, todo ordenamiento vertical *[ranking]* de valores es un rasgo del «viejo paradigma», un rasgo «patriarcal» y opresivo que debe ser reemplazado por una visión relacionante del mundo *[linking].* En este punto son muy agresivos y sus acusaciones son sumamente virulentas.

KW: Pero el hecho es que no hay modo de evitar la jerarquía. Hasta los mismos teóricos antijerárquicos que usted menciona *tienen su propia jerarquía,* tienen su propia *categorización.* Sin

ir más lejos, según ellos, relacionar es *mejor* que ordenar, lo cual, evidentemente, presupone la existencia implícita de una escala de valores, aunque su misma negativa a admitir esa situación convierte a su jerarquía en algo inconsciente, oculto y reprimido. Se trata de una jerarquía que niega la jerarquía, de un sistema de categorización que dice que categorizar es malo.

P: ¿Algo a lo que usted denomina «contradicción performativa»?

KW: Sí. El hecho es que la postura antijerárquica es profundamente contradictoria y ése es también el motivo por el cual esos teóricos suelen asumir una actitud tan hipócrita. Está claro que tienen una jerarquía pero se trata de una jerarquía inconsciente y pobremente elaborada. Y con esta jerarquía disfrazada arremeten contra el resto de las jerarquías muy satisfechos consigo mismos porque se creen «libres» de toda esta sucia categorización. De este modo, se dedican a culpar a los demás por hacer precisamente lo mismo que ellos están haciendo sin querer admitirlo. Se trata, como ve, de una cuestión completamente ridícula.

P: Pero como usted mismo ha subrayado, la noción de jerarquía ha servido como justificación de muchos abusos.

KW: Así es. Pero la solución no estriba en desembarazarse de toda jerarquía o de toda holoarquía, lo cual resultaría imposible. El mismo intento de desembarazarse de toda categorización es una forma de categorizar. Negar la jerarquía está basado, lo queramos o no, en un tipo de jerarquía. El universo está compuesto de holones y los holones existen holoárquicamente y, en consecuencia, no es posible escapar a esta jerarquía anidada. Nuestro intento, por el contrario, trata de diferenciar entre las holoarquías *normales y* las holoarquías *patológicas* o de *dominio.*

P: De modo que no hay forma de escapar de las holoarquías.

KW: Efectivamente, porque no hay modo de escapar de los holones. Toda pauta evolutiva y de desarrollo procede a través de un proceso de holoarquización, a través de un proceso de órdenes de totalidad e inclusión creciente, una forma de *categorizar* en función de la capacidad *holística.* Éste es el motivo por el cual el principio básico del holismo es la holoarquía: las dimensiones

superiores o más profundas proporcionan un principio, un «aglutinante», una pauta, que une *y vincula* partes que, de otro modo, estarían separadas, en conflicto y aisladas, en una unidad coherente, en un espacio en el que las partes separadas participan de una totalidad común y escapan, de ese modo, al destino de ser una mera parte, un mero fragmento.

Así pues, el hecho de establecer relaciones es realmente importante, pero hay que tener en cuenta que sólo es posible dentro de un ordenamiento y una holoarquía en un entorno holoárquico que posibilita la unión y la relación. De otro modo, no habría totalidades sino sólo conglomerados.

Y cuando un determinado holón quiere convertirse en totalidad y dejar de ser parte, esa holoarquía natural o normal termina degenerando en una holoarquía patológica, en una holoarquía de dominio, otro modo de hablar de la enfermedad, de la patología y de la insania (ya sea física, emocional, social, cultural o espiritual). Y si nosotros «atacamos» a esas jerarquías patológicas no es para desembarazarnos de toda jerarquía sino para permitir la emergencia de las jerarquías normales o natuvales y posibilitar, de ese modo, el proceso de crecimiento y desarrollo.

El camino que todo lo engloba

P: Muy bien. Repasemos ahora lo visto hasta el momento. El primer principio afirma que el Kosmos está compuesto de holones, todo el camino hacia arriba y todo el camino hacia abajo. El segundo dice que todos los holones disponen de cuatro capacidades fundamentales: individualidad, comunión, trascendencia y disolución. El tercero afirma que los holones emergen. Y el cuarto dice que los holones emergen de manera holoárquica.

KW: Sí. Ésos son los cuatro primeros principios.

P: Veamos ahora el principio número 5: Cada holón emergente trasciende pero incluye a su(s) predecesor(es).

KW: La célula, por ejemplo, trasciende -o va más allá- que

sus componentes moleculares pero, obviamente, también los incluye. Las moléculas trascienden e incluyen a los átomos que, a su vez, trascienden e incluyen a las partículas...

El hecho es que, puesto que todos los holones son totalidad/partes, la totalidad *trasciende* pero las partes *son incluidas.* En esta trascendencia, los conglomerados se convierten en totalidades; en la inclusión, las partes son igualmente aceptadas e integradas, unidas en una totalidad y un-espacio compartido _que los libera del lastre de ser un mero fragmento.

La evolución, por tanto, constituye un proceso de trascendencia e inclusión, un proceso que trasciende e incluye. De este modo es como comenzamos a aproximarnos al núcleo del Espíritu-en-acción, el secreto mismo del impulso evolutivo.

2. EL IMPULSO SECRETO

P: ¿El impulso secreto de la evolución?

KW: Una molécula trasciende e incluye a los átomos que la componen. *Trasciende,* en el sentido de que posee ciertas propiedades emergentes, nuevas o creativas que son algo más que la simple sumatoria de sus elementos compositivos. Éste es el tópico fundamental de la teoría sistémica y del holismo en general, la aparición de nuevos niveles de organización que no pueden ser reducidos, en modo alguno, a las dimensiones anteriores sino que las trascienden. Pero este nuevo nivel de organización también es *inclusivo* porque los holones anteriores perduran a modo de componentes del nuevo holón. Así pues, trasciende pero *incluye.*

P: De tal modo que el nivel superior posee las cualidades esenciales del nivel inferior más algo adicional.

KW: Así es, ésa es otra manera de formular lo que dijo Aristóteles cuando afirmó que todo lo inferior se halla en lo superior pero que no todo lo superior está en lo inferior. Y esto es lo que *necesariamente* determina la existencia de las jerarquías u holoarquías: las células contienen moléculas pero no viceversa, las moléculas contienen átomos pero no viceversa, las frases contienen palabras pero no viceversa. Y es éste *pero no viceversa* el que determina la jerarquía, la holoarquía, el orden de totalidad creciente.

Lo superior y lo inferior

P: ¿Existe algún otro argumento más claro para determinar qué nivel es «superior» o qué nivel es «inferior»? ¿Existe alguna regla simple para determinar qué es lo superior y qué lo inferior en una determinada secuencia?

KW: Tomemos cualquier desarrollo evolutivo, por ejemplo, el que va de los átomos a las moléculas y, desde éstas, hasta las células y los organismos, una secuencia de totalidad creciente, de holones cada vez mayores, cada uno de los cuales trasciende pero incluye a sus predecesores. Si, en una especie de experimento imaginario, «destruimos» un determinado tipo de holón, todos los holones *superiores* serán también destruidos pero no ocurrirá lo mismo con los *inferiores.* Este sencillo experimento imaginario puede ayudarnos a determinar qué es lo superior y qué es lo inferior en una determinada secuencia.

Si usted, por ejemplo, destruye todas las moléculas del universo también destruirá todos los niveles superiores (las células y los organismos) pero ello no afectará, sin embargo, a ninguno de los niveles inferiores (los átomos y las partículas subatómicas).

P: Lo comprendo. De modo que cuando hablamos de niveles de organización «superior» y de niveles de organización «inferior» no nos estamos refiriendo tan sólo a un «juicio de valor» relativo.

KW: Así es, estamos hablando de niveles de organización estructural. Porque el hecho es que las holoarquías no son nada arbitrarias, no son meras invenciones del odioso patriarcado o de una ideología fascista. Si usted destruye algún tipo particular de holón destruirá también todos los holones superiores. Pero los holones inferiores pueden funcionar perfectamente bien sin los superiores, los átomos pueden existir sin las moléculas pero las moléculas no pueden existir sin los átomos. Esta es una regla muy sencilla que nos sirve para determinar con claridad qué es lo superior y qué es lo inferior en una determinada holoarquía.

Esta regla funciona en cualquier tipo de secuencia evolutiva,

en cualquier holoarquía, desde el desarrollo moral hasta la adquisición del lenguaje, la especialización biológica, la programación de ordenadores y las traslaciones de los ácidos nucleicos. No hay excepciones en virtud del hecho de que las totalidades dependen de las partes pero no viceversa. Y es este «no viceversa» el que implica la existencia de una holoarquía, de un orden de totalidad creciente.

P: Éste es el argumento -con el cual usted demuestra que la biosfera es superior a la fisiosfera.

KW: Sí. Si usted destruyera la biosfera -es decir, si destruyera toda forma de vida-, el cosmos, o fisiosfera, podría seguir existiendo. Pero si lo que destruyera fuera la fisiosfera estaría también destruyendo a la biosfera. Y esto ocurre porque la biosfera trasciende e incluye a la fisiosfera, pero no viceversa. La fisiosfera constituye un nivel de organización estructural inferior a la biosfera. Éste es el significado de organización superior y organización inferior. Y, en este sentido, el bios es *superior y* el cosmos es *inferior.*

P: Y, del mismo modo, la noosfera es superior a la biosfera.

KW: Exactamente del mismo modo. La noosfera aparece con la capacidad de elaborar imágenes mentales, una facultad que surge con ciertos mamíferos, como los caballos. Pero, para los fines de nuestro ejemplo y para mostrar sus implicaciones, quisiera limitar la noosfera a las mentes más desarrolladas y a las producciones culturales del ser humano. A fin de cuentas, en ambos casos arribaríamos a las mismas conclusiones.

Durante los millones de años anteriores a la emergencia de la mente humana, anteriores a la aparición de la noosfera, la biosfera existió perfectamente bien. Y, del mismo modo, si usted destruyera la noosfera, la biosfera seguiría existiendo. Pero si destruyera la biosfera también destruiría, con ello, todas las mentes humanas porque la biosfera forma parte de la noosfera, pero no viceversa. La biosfera, pues, constituye un nivel de organización estructural inferior a la noosfera. La noosfera no es una parte de la biosfera sino que la trasciende y la incluye.

P: Así que la fisiosfera forma parte de la totalidad superior de la biosfera que, a su vez, forma parte de la totalidad superior de la noosfera y no a la inversa.

KW: Efectivamente.

Profundidad y amplitud

P: ¿Por qué, entonces, hay tanta gente que confunde estos tópicos y los entiende al revés?

KW: Probablemente porque confunden tamaño, o *amplitud,* con *profundidad y* suelen creer equivocadamente que gran amplitud significa gran profundidad.

P: ¿A qué se refiere exactamente cuando habla de «profundidad» y de «amplitud»?

KW: El número de niveles de' cada holoarquía tiene que ver con la *profundidad y* el número de holones de cada nivel concreto se refiere a la *amplitud.*

P: Así que si los átomos tienen una profundidad de uno, por ejemplo, las moléculas tienen una profundidad de dos y las células una profundidad de tres.

KW: Algo por el estilo. Lo que nosotros queremos decir cuando hablamos de «nivel» es un tanto arbitrario. Es como una casa de tres pisos. Podemos contar cada uno de los pisos como un nivel, que es lo que normalmente hacemos, en cuyo caso la casa tendría *una profundidad de tres* niveles; pero también podríamos contar cada uno de los peldaños de la escalera como un nivel. Supongamos que hubiera veinte escalones separando a un piso del siguiente, en ese caso podríamos decir que la casa tiene sesenta niveles, o que la casa tiene una profundidad de sesenta.

Pero el caso es que, aunque esas escalas sean relativas o arbitrarias, su ubicación relativa, sin embargo, *no* lo es. En este sentido, da lo mismo que digamos que la casa tiene tres niveles o que tiene sesenta niveles porque el segundo piso siempre estará más elevado que el primero. Y, en la medida en que utilicemos la mis-

ma escala relativa, no tendremos ningún tipo de problema, del mismo modo que tampoco lo tendremos si utilizamos de manera coherente la escala Fahrenheit o la escala Celsius para medir la temperatura del agua.

Así que podemos decir que los quarks tienen una profundidad de uno, los átomos una profundidad de dos, los cristales una profundidad de tres, las moléculas una profundidad de cuatro, etcétera. La profundidad es real sin importar la escala relativa que decidamos utilizar.

P: Así pues, profundidad y amplitud.

KW: Lo que suele confundir a la gente es que la evolución procede creando niveles sucesivamente *más profundos y menos amplios.* Y es por ello que tiende a confundir *magnitud, tamaño o amplitud* con *profundidad y,* de ese modo, termina invirtiendo por completo el orden de significado.

P: La evolución produce más profundidad y menos amplitud. Esto es lo que afirma el principio número 8 (nos hemos saltado algunos de ellos). ¿Podría usted dar algún ejemplo de este principio?

KW: Existen menos organismos que células, menos células que moléculas, menos moléculas que átomos y menos átomos que quarks. Cada uno de esos niveles tiene una mayor *profundidad* pero también una menor *amplitud.*

La razón, obviamente, es que lo superior trasciende e incluye a lo inferior y, en consecuencia, siempre habrá, sin excepción alguna, menos de lo superior y más de lo inferior. No importa cuántas células haya en el universo, siempre habrá más moléculas; no importa cuántas moléculas haya en el universo, siempre habrá más átomos; no importa cuántos átomos haya en el universo, siempre habrá más quarks.

Así pues, *mayor profundidad* pero *menor amplitud* que sus predecesores. El holón individual es más profundo y el colectivo menos profundo. Y dado que la gente tiende a pensar que mayor es mejor tienden a confundir completamente la dirección del significado y terminan invirtiendo los órdenes del ser. Dan la vuelta a la realidad y terminan venerando a lo mayor como si se tratase de lo mejor.

P: Un holón trasciende e incluye a sus predecesores -tiene *mayor* profundidad que ellos-, pero el tamaño de la población de lo más profundo es *menor.* La llamada pirámide del desarrollo.

KW: Sí. La Figura 2.1 procede del libro de Ervin Laszlo *Evolution: The Grand Synthesis,* que suele ser adecuadamente considerado como un resumen claro y exacto de la visión científica moderna de la evolución. Ahí puede ver muy claramente la pirámide del desarrollo. Cuando se dan las condiciones materiales favorables emerge la vida, cuando se dan las condiciones vitales favorables emerge la mente (y, podríamos seguir agregando que cuando se dan las condiciones mentales favorables emerge el Espíritu).

En este diagrama puede usted ver que, cuando aumenta la profundidad vertical, disminuye la amplitud horizontal. Es interesante, en este punto, constatar que ésta es también la conclusión a la que ha arribado, siguiendo su propio camino, la filosofía perenne.

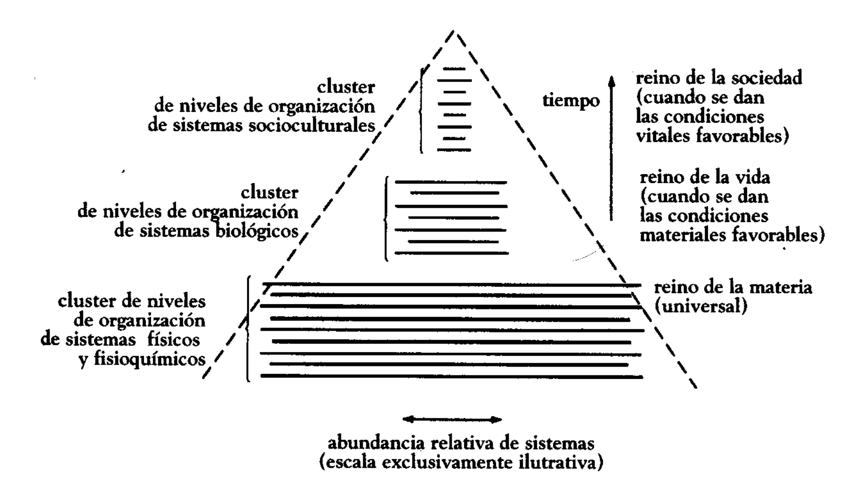


Figura 2.1. Los reinos de la evolución. De Ervin Lazslo, *Evolution: The Grand Synthesis* (Boston: Shambhala, 1987), pág. 55.

P: ¿Qué es la filosofía perenne?

KW: Podríamos decir que la filosofía perenne constituye el núcleo de las grandes tradiciones de sabiduría del mundo entero. La filosofía perenne sostiene que la realidad es una Gran Holoarquía de ser y de conciencia que va de la materia hasta la vida, la mente y el Espíritu. Cada dimensión trasciende e incluye a las dimensiones inferiores en una holoarquía anidada que, en ocasiones, suele representarse mediante círculos, o esferas, concéntricas, una «trascendencia e inclusión» que está perfectamente reflejada en la Figura 2.2.

Cada nivel incluye a sus predecesores y les agrega sus propias cualidades emergentes, cualidades que no estaban presentes en las dimensiones anteriores. De este modo, cada dimensión sucesiva es «mayor» que la anterior, en el sentido de que engloba más y que posee, en consecuencia, una mayor profundidad. Y vere-

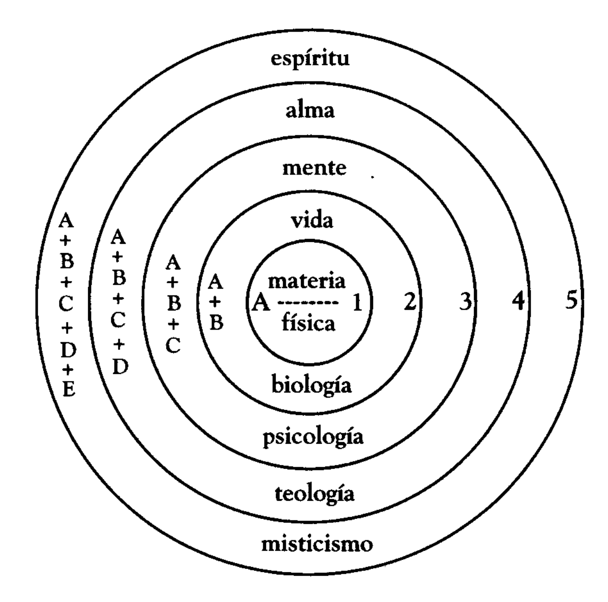


Figura 2-2. Mayor profundidad.

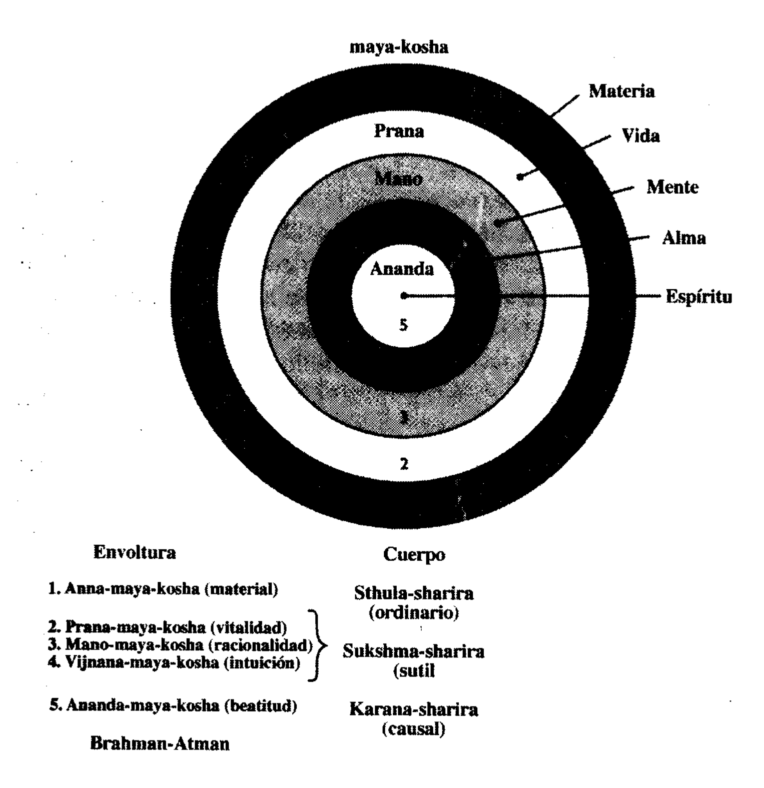


Figura 2. 3. Menor amplitud

mos que, como muestra la Figura 2.2, la *identidad* de los holones individuales realmente *se expande* para incluir más y más del Kosmos.

Pero dado que la *amplitud* real de los holones sucesivos es cada vez *menor* -dado que el número de holones de cada nivel superior es menor-, este mismo diagrama también suele ser representado, como muestra la Figura 2. 3, en el sentido opuesto. Mayor profundidad significa que hay menos holones que alcancen esa profundidad -significa menos amplitud- y así el tamaño de la población real es, como indica la Figura 2. 3 (la versión que nos ofrece la filosofía perenne sobre la pirámide del desarrollo), cada vez más y más pequeño.

P: Así que debemos recordar ambas progresiones: mayor profundidad y menor amplitud.

KW: Sí. Y cuando hablemos de la evolución, deberemos recordar estos dos diagramas. El primer diagrama representa «la trascendencia e inclusión», un aumento real en el grado de globalización, inclusión, identidad y desarrollo, «mayor» en el sentido de «más profundo» porque contiene o *engloba* cada vez más niveles o dimensiones de realidad interna como parte de su ponfiguración, de su mismo ser, de su individualidad compositiva y es, por ello, más *significativo, significa o* indica que más parte del Kosmos es *interno* a él, del mismo modo que una molécula contiene átomos y los engloba en su propio ser.

Pero el segundo diagrama nos recuerda que el número de holones que realmente actualizan estas dimensiones más profundas es cada vez menor. La Figura 2. 2 representa, pues, la profundidad, mientras que la Figura 2. 3, representa, en cambio, la amplitud, una aumenta mientras que la otra disminuye, mayor profundidad y menor amplitud.

La conciencia kósmica

P: Pero el nivel superior, el Espíritu, que no es tanto un nivel como la totalidad de los niveles, ¿no se halla, acaso, en todas partes?

KW: Cada nivel trasciende e incluye a sus predecesores pero el Espíritu lo trasciende todo y, en consecuencia, lo incluye todo. Está completamente más allá de este mundo pero también incluye a todo holón individual de este mundo. Impregna toda manifestación pero no es una mera manifestación. Está totalmente presente en cada nivel o dimensión pero no es ningún nivel o dimensión concreta. Lo trasciende y lo incluye todo como el sustrato o Vacuidad sin fundamento de toda manifestación.

El Espíritu es el «nivel» superior de la holoarquía pero es también el papel sobre el que se dibuja la totalidad de la holoarquía; es el peldaño superior de la escalera pero también la madera de la

que está construida; es, al mismo tiempo, el principio y el fin de toda la secuencia evolutiva. Creo que este punto quedará más claro en la medida en que prosigamos con nuestro desarrollo.

P: No quisiera avanzar las cosas pero creo que esto también comporta una ética medioambiental.

KW: Sí. El punto central de una verdadera ética medioambiental es que se supone que los seres humanos trascendemos e incluimos a todos los holones. El hecho de que la materia, la vida y la mente constituyan elementos compositivos de nuestra propia estructura debería también llevarnos a valorar a todos esos holones, no sólo por su propio *valor intrínseco (lo* que sería lo más ¡importante), sino también porque constituyen el mismo fundamento compositivo en nuestro propio ser y destruirlos sería *literalmente* un suicidio. No es que dañando a la biosfera nos dañáramos indirectamente a nosotros mismos, sino que también lo hacemos directamente porque la biosfera está literalmente en nuestro interior como una parte de nuestro propio ser, de nuestra individualidad compositiva y, en consecuencia, dañar a la biosfera no sólo es un problema externo sino que constituye una especie de suicidio interno.

Así que nosotros podemos tener una visión profundamente ecológica sin ser *meros* ecólogos y reducirlo todo a la simple biosfera. Lo que menos necesitamos es una aproximación ecológica que privilegie una vuelta regresiva a la vida unidimensional, a la red chata de la vida. La noosfera trasciende e incluye la biosfera, la cual, a su vez, trasciende e incluye la fisiosfera, por ello necesitamos una aproximación que trascienda e incluya la ecología.

P: Pero hay muchos ecofilósofos y ecofeministas que hablan de una unidad mística con toda la naturaleza, de lo que Bucke denominó «conciencia cósmica», una experiencia en la que todos los seres son vistos bajo una luz igual, sin ningún tipo de jerarquía, ni superior ni inferior, como elementos integrantes de la gran red de la vida.

KW: Sí, en los estadios superiores del desarrollo humano es frecuente ese tipo de experiencia mística de igualdad.

Pero aquí hay dos cuestiones muy diferentes. Como muestra la Figura 2. 2, la identidad humana puede llegar a expandirse hasta incluir a la Totalidad (llamémosla conciencia Kósmica o *unio mystica).* En tal caso, la identidad individual se expande hasta el Espíritu y engloba al Kosmos, lo trasciende todo y lo incluye todo. Y eso es perfecto, pero ocurre que el número de seres humanos que realmente actualizan esa identidad suprema es muy, muy pequeño. En otras palabras, cuanta mayor es la profundidad menor es la amplitud.

Pero, en esa experiencia, la identidad de la conciencia es, en realidad, una identidad con la Totalidad, con el Kosmos. Y, en esa identidad, todos los seres, superiores o inferiores, sagrados o profanos, son vistos como manifestaciones perfectas del Espíritu, precisamente tal y como son, ni superiores ni inferiores. La *profundidad última* es una unidad última con la Totalidad, con el Kosmos.

Pero, aunque todos los seres sean igualmente manifestaciones del Espíritu, esta *realización* no se da *por igual* en todos los seres sino que es el resultado de un largo proceso evolutivo del desarrollo, crecimiento y trascendencia.

Y la visión chata de los teóricos de la red-de-vida simplemente se centra en la igualdad de ser, dejando de lado la holoarquía de realización. Ellos consideran que, puesto que un camarón y un simio son manifestaciones perfectas de lo Divino (lo cual es completamente cierto), no hay ninguna diferencia de profundidad entre uno y otro (lo cual es completamente reduccionista en el peor de los sentidos).

Nosotros queremos una ética medioambiental que, valorando a todos los holones sin excepción como manifestaciones del Espíritu, sea también capaz, al mismo tiempo, de valorar las diferencias pragmáticas de valor intrínseco y comprender que es mucho mejor golpear a una piedra que a un simio, que es mucho mejor comerse una zanahoria que una ternera y que es mucho mejor alimentarse de granos que de mamíferos.

Si usted está de acuerdo con todas estas afirmaciones es que reconoce la existencia de gradaciones de profundidad, de gradaciones de valor intrínseco, y entonces reconocerá también la existencia de una holoarquía de valores. La mayor parte de los ecofilósofos están de acuerdo con estas afirmaciones pero no pueden señalar el motivo por el que sostienen una jerarquía que niega las jerarquías y afirman la bioigualdad, lo cual no sólo es una auténtica contradicción sino que también paraliza toda acción pragmática y colapsa todo valor intrínseco.

El espectro de la conciencia

P: Muy bien. Más adelante (en la Tercera Parte) me gustaría volver sobre todo esto pero, por el momento, sigamos hablando de la dirección de la evolución, del *telos* del Kosmos, que no es el azar sino la direccionalidad.

KW: Así es, la evolución tiene una dirección, un principio que, como suele decirse, pone orden en el caos y supone, dicho de otro modo, un impulso hacia el logro de una mayor profundidad. En este sentido, cada nuevo desarrollo supone una victoria sobre el caos que implica la aparición de un sentido y aumenta el valor intrínseco del Kosmos.

P: Eso es precisamente lo que afirma el principio número 12, el último que quisiera discutir. Usted señala que, según este principio, la evolución *tiende,* de manera general, a moverse en la dirección de una complejidad creciente, de una diferenciación/integración creciente, de una organización/estructuración creciente, de una autonomía relativa creciente, de un *telos* creciente.

KW: Sí. Esos son algunos de los indicadores típicamente aceptados -quiero decir, científicamente aceptados - de la evolución. Esto no significa la inexistencia de la regresión y de la disolución (porque, de hecho, la disolución es una de las cuatro capacidades de todo holón) y tampoco supone que cualquier desarrollo a corto plazo deba seguir esas direcciones. Como dice Michael Murphy, la evolución discurre a través de una línea que

se asemeja más a los meandros de un río que a una línea de progreso ininterrumpido en una sola dirección. Pero, considerada a largo plazo, la evolución sigue un *telos,* una dirección, que resulta particularmente evidente con la diferenciación creciente que conduce desde un átomo hasta una ameba y un simio.

Todas esas descripciones científicas podrían resumirse diciendo que el impulso básico de la evolución es la profundidad creciente. Este es el impulso autotrascendente del Kosmos, ir más allá de donde estaba anteriormente y, de ese modo, subsumir lo que era anteriormente y aumentar su grado de profundidad.

P: Pero usted también parece relacionar todo esto con la conciencia al afirmar que «cuanto mayor es la profundidad de un holón mayor es también su grado de conciencia».

KW: Así es. Conciencia y profundidad son sinónimos. Cada holón tienen un determinado grado de profundidad que va aumentando, al igual que lo hace la conciencia, a lo largo del proceso evolutivo. Sea cual fuere la profundidad que tengan los átomos, las moléculas son todavía más profundas. Y, en este mismo sentido, las células son más profundas que las moléculas, las plantas más que las células y los primates más que las plantas.

Existe un espectro de profundidades, un espectro de conciencia. Y el proceso evolutivo consiste en el desarrollo de ese espectro, un proceso en el que la conciencia se despliega cada vez más, se actualiza cada vez más y se manifiesta cada vez más. Espíritu, conciencia y profundidad no son más que nombres diferentes para la misma cosa.

P: Y, dado que la profundidad está en todas partes, la conciencia también está en todas partes.

KW: La conciencia es simplemente la apariencia de la profundidad vista desde el interior, desde dentro. Ciertamente, la profundidad está en todas partes, la conciencia está en todas partes y el Espíritu está en todas partes. Y, en la medida en que la profundidad aumenta, la conciencia también despierta y el Espíritu se desarrolla cada vez más. Así pues, decir que la evolución produce una mayor profundidad es otra forma de decir que despliega una mayor conciencia.

P: Usted utiliza los términos «desplegar» *[unfolds] y «*englobar» *[enfolds].*

KW: En cada nueva trascendencia, el Espíritu está *desplegándose* a sí mismo, con lo cual también *engloba* a su propio ser en cada nuevo estadio. Trascender e incluir, producir y contener, crear y amar, Eros y Agape, desplegar y englobar son formas diferentes de decir lo mismo.

Podríamos resumir esto de modo muy sencillo diciendo que, dado que la evolución *va más allá* de donde se encontraba anteriormente, también debe *englobar lo* que era anteriormente y que su misma naturaleza es la de trascender e incluir, una direccionalidad inherente, un impulso secreto, hacia la profundización creciente, hacia el valor intrínseco creciente, hacia la conciencia creciente. Para que la evolución tenga lugar debe moverse en esa dirección. ¡No hay otra dirección posible!

P: ¿Cuál es el punto fundamental?

KW: Son varios. Por una parte, el universo tiene una dirección yy nosotros también tenemos una dirección. El movimiento tiene un sentido y el proceso de inclusión tiene un valor intrínseco. Como dijo Emerson, nosotros yacemos en el regazo de inteligencia inmensa, que es uno de los nombres del Espíritu. Existe un tema inscrito en el rostro original del Kosmos, una pauta grabada en el muro de la Nada, un sentido en cada uno de sus gestos y una bendición en cada una de sus miradas.

Nosotros -y con nosotros todos los seres- estamos inmersos en ese significado, flotando en una corriente de respeto y de valor profundo, de significado último, de conciencia intrínseca. Nosotros somos parte y parcela de esta inmensa inteligencia, de este Espiritu-en-acción, de este Dios-en-la-creación. No tenemos que pensar en dios como una figura mítica ajena a toda esta representación, a todo ese espectáculo, ni tampoco debemos considerarlo como una diosa inmanente perdida entre sus creaciones. La evolución es simultáneamente dios y diosa, trascendencia e inmanencia al mismo tiempo. Es inmanente al mismo proceso, está entrelazado en la misma urdimbre del Kosmos pero trascien-

de por doquier sus propias producciones y se renueva de continuo instante tras instante.

P: Trasciende e incluye.

KW: Exactamente. Y, en mi opinión, nosotros estamos llamados a despertar a este proceso, el Espíritu en nosotros está llamado a devenir consciente'-o, como algunos dirían, superconsciente- de sí mismo. En los pasos que conducen de la subconsciencia a la conciencia y, desde ésta, a la supraconciencia, la profundidad aumenta en la dirección de su propio reconocimiento hasta que finalmente terminamos despertando completamente fundidos con esa Totalidad radiante.

¿Qué piensa usted a este respecto? ¿Le parece una locura? ¿Considera que los sabios y los místicos están locos? ¿Por qué todos ellos nos ofrecen versiones diferentes de la misma historia? La historia de despertar un buen día y descubrir que es uno con el Todo de un modo atemporal, eterno e infinito.

Sí, tal vez todos ellos estén locos, tal vez sean meros idiotas ante el rostro del Abismo, tal vez necesiten de un terapeuta que les comprenda, tal vez eso ppdría ayudarles.

Pero entonces me pregunto si la secuencia evolutiva realmente va desde la materia hasta el cuerpo y, desde ésta, hasta la mente, el alma y el Espíritu, trascendiendo e incluyendo cada vez con mayor profundidad, mayor conciencia y mayor globalidad. Y, tal vez, en los dominios superiores de la evolución, tal vez, sólo tal vez, la conciencia del individuo llegue a rozar el infinito en un abrazo total que englobe a la totalidad del Kosmos, en una conciencia Kósmica en la que el Espíritu despierte a su auténtica naturaleza.

Esto, al menos, es plausible. Dígame: ¿le parece, acaso, esta historia, una historia glosada por todos los místicos y sabios del mundo, más absurda que la que nos ofrece el materialismo científico de que todo esto no es más que un cuento contado por un idiota, henchido de rabia y de furia que no significa absolutamente nada? Preste mucha atención y responda. ¿Cuál de estas dos historias le parece realmente más absurda?

Le diré lo que pienso al respecto. Yo creo que los sabios constituyen la avanzadilla del impulso secreto de la evolución; pienso que ellos son la vanguardia del impulso autotrascendente que siempre va más allá de donde se encontraba anteriormente; considero que ellos encarnan el impulso esencial del Kosmos hacia una mayor profundidad y expansión de la conciencia; creo, en fin, que ellos cabalgan a lomos de un rayo de luz dirigiéndose hacia una cita con Dios.

Y también creo que ellos apuntan a la misma profundidad en usted, en mí y en todos nosotros. Creo que ellos están conectados a la Totalidad, que el Kosmos canta con su voz y que el Espíritu resplandece en sus *ojos.* Y también creo que ellos pregonan el rostro del mañana, un rostro que nos abre al corazón de nuestro propio destino, un destino que está también presente ahora mismo en la atemporalidad de este instante y que, en ese asombroso reconocimiento, la voz del sabio se convierte en su propia voz, *los ojos* del sabio se convierten en sus propios *ojos,* usted habla con la lengua de los ángeles y se ilumina con el fuego de una comprensión que nunca ha nacido y que nunca morirá, reconociendo su auténtico Rostro en el espejo del Kosmos, descubriendo que su identidad es, en realidad, el Todo y que usted ya no es una mera *parte* de esa corriente, sino que *es* la totalidad de la corriente, la Totalidad que no se despliega en torno a usted sino en su mismo interior. Las estrellas ya no brillan ahí sino aquí, las supernovas se originan en su corazón y el sol brilla en el interior de su conciencia. Al trascenderlo todo usted también lo abraza todo. Y no se trata de una Totalidad final sino tan sólo de un proceso interminable en el que usted es la apertura, la claridad o la Vacuidad pura en la que se despliega, incesante, milagrosa, eterna y luminosamente, la totalidad del proceso.

El juego ha terminado, la pesadilla de la evolución ha concluido y usted se halla exactamente en el mismo punto en el que estaba antes de comenzar la representación. Con la súbita conmoción de lo absolutamente evidente, usted reconoce su propio Rostro Original, el rostro que tenía antes del Big Bang, el rostro

de la completa Vacuidad que sonríe en toda criatura y que resplandece como la totalidad del Kosmos y todo se desvanece en esa mirada primordial en la que lo único que perdura es la sonrisa y el reflejo de la luna en un estanque tranquilo, en medio de una noche transparente como el cristal.

3. DEMASIADO HUMANO

P: ¡Pero, por el momento, lo supraconsciente es algo que se encuentra mucho más adelante! Hasta ahora sólo hemos recorrido el tramo del camino evolutivo que conduce hasta la emergencia del ser humano, la aparición de la noosfera. Usted ha señalado que cada uno de los principales estadios de la evolución de la conciencia humana cumple los veinte principios, como si en la evolución que va de la fisiosfera hasta la biosfera y la noosfera existiera una continuidad global.

KW: Una continuidad que le da un cierto sentido ¿no es así? Y cuando la evolución se adentra en el terreno de la noosfera, podemos esbozar -basándonos en la obra de numerosos investigadores (entre los cuales podemos destacar a Jean Gebser, Pitirim Sorokin, Robert Bellah, Jurgen Habermas, Michel Foucault y Peter Berger, por nombrar sólo a unos pocos)- las «visiones del mundo» predominantes en las diversas épocas del desarrollo humano, las visiones del mundo arcaica, mágica, mítica, racional y existencial.

P: Visiones que se corresponden con los principales estadios del desarrollo tecnológico y económico.

KW: Que eran, como podemos ver en la Figura 5. 2, el recolector, el hortícola, el agrario, el industrial y el informático.

P: Para cada uno de los cuales usted ha bosquejado las modalidades de producción económica, de visión del mundo, de tecnología, de perspectiva moral, de código legal, de religión...

KW: Y es ahora cuando podemos comenzar a examinar el estatus de los hombres y de las mujere4¸en cada uno de esos estadios. Porque el estatus relativo de unos y de otras ha experimentado grandes cambios a lo largo del desarrollo y nuestra intención es la de descubrir los factores que han contribuido a provocar esos cambios.

P: Lo cual incluye al «patriarcado».

KW: Así es. Basándonos en la obra de las recientes investigadoras feministas (Kay Martin, Barbara Voorhies, Joyce Nielsen y Janet Chafetz, por ejemplo) podemos reconstruir con bastante exactitud el estatus relativo de los hombres y de las mujeres en cada uno de los cinco grandes estadios del desarrollo evolutivo del ser humano.

Gerhard Lenski, por ejemplo, habla de los cinco o seis estadios fundamentales de la evolución tecnológica y económica; Chafetz y Nielsen nos hablan del estatus relativo de los hombres y de las mujeres en cada uno de esos estadios evolutivos y Gebser y Habermas nos ayudan a vislumbrar las visiones del mundo relacionadas con cada uno de esos estadios.

Utilizando estas fuentes -y muchas otras que no vamos siquiera a mencionar- podemos extraer ciertas conclusiones sobre el estatus relativo de los hombres y de las mujeres en cada uno de esos estadios y, lo que resulta todavía más importante, aislar los factores que han contribuido a establecer esas diferencias de estatus.

Recolectores

P: Veamos ahora unos pocos ejemplos para comprender a qué se está usted refiriendo.

KW: En las sociedades recolectoras (también llamadas sociedades cazadoras y recolectoras) los roles de los hombres y de las mujeres se hallaban clara y rotundamente definidos y separados porque, en el 97% de los casos, los hombres se ocupaban de la caza y las mujeres de la recolección y la crianza de los niños.

Pero, al tratarse de una época en la que apenas si existían posesiones -de hecho ni siquiera se había inventado la rueda-, no se prestaba una especial atención a la esfera de los valores masculinos y femeninos. El trabajo de los hombres era el trabajo de los hombres y el trabajo de las mujeres era el trabajo de las mujeres y esos dos ámbitos nunca se entremezclaban -había tabúes muy fuertes al respecto, ligados sobre todo a la menstruación femenina-, pero eso no parece haberse traducido en una diferencia significativa de estatus.

Es por ello que estas sociedades son ensalzadas por algunas feministas aunque no creo que ninguna de ellas disfrutase -sino todo lo contrario, por cierto- con la inflexibilidad de los roles de género.

P: ¿Cuándo aparecieron estas sociedades?

KW: Las sociedades recolectoras comenzaron a aparecer en el período que va desde hace un millón hasta hace unos cuatrocientos mil años. Como dice Habermas, lo que diferenció a los seres humanos de los simios y de los homínidos no fue el surgimiento de la economía ni la aparición de las herramientas, sino la invención del rol del padre, lo que él denomina «familiarización del macho». Al participar tanto de la caza (productiva) como de la familia (reproductiva), el padre estableció un puente entre estas dos esferas de valores que determinó el punto de partida de la evolución específicamente humana. Dado que la mujer embarazada no participaba en la caza, esta tarea, lo quisiera o no -y sospecho que, en la mayor parte de los casos, no lo quería-, recayó sobre el macho.

Pero con la familiarización del macho asistimos al comienzo de una tarea singular, extraordinaria y duradera, una verdadera pesadilla para toda civilización subsiguiente, la domesticación de la testosterona.

Fornicar o matar, pero ahora al servicio del hombre familiar. ¿No le parece algo muy curioso? En cualquier caso, la estructura tribal se construyó en base a este linaje familiar o de parentesco y las relaciones con las diferentes tribus, con los diferentes linajes de parentesco, eran, cómo decirlo, sumamente resbaladizas puesto que estabas del lado del fornicar o estabas del lado del matar.

Según afirma Lenski, la población de estas tempranas tribus recolectoras era de unas cuarenta personas y su esperanza de vida promedio era de unos 22,5 años. No estamos hablando, evidentemente, de las tribus indígenas de la actualidad (que se han visto sometidas a lo largo de miles de años a diferentes modalidades de desarrollo) sino de la estructura tribal original. De este modo, la estructura tribal básica de las tribus recolectoras estaba estructurada en torno a un linaje de parentesco cuya subsistencia se basaba en la caza y en la recolección preagrícola.

Los ecomasculinistas (los ecólogos profundos) están particularmente orgullosos de este período, en gran parte porque cogen lo que les agrada de estas sociedades e ignoran el resto, como si tal cosa fuera posible.

P: Les gustan estas sociedades porque les parecen ecológicas.

KW: Pero el hecho es que algunas sociedades tribales primordiales fueron realmente ecológicas mientras que otras, en cambio, no lo fueron. Hubo tribus que practicaron el talado y la quema de bosques y también hubo otras que fueron responsables de la extinción de numerosas especies. Como dice Theodore Roszak en *The Voice of the Earth,* una visión «sagrada» de la naturaleza no garantiza, en modo alguno, la existencia de una cultura ecológica aunque exista cierta perspectiva antimoderna que guste de imaginarlo así.

Los hombres y las mujeres, en todo tiempo y en todo lugar, han saqueado a la naturaleza, principalmente por una cuestión de *pura ignorancia.* Aun la tan admirada cultura maya desapareció a causa de haber esquilmado los bosques tropicales en los que se asentaba. La ignorancia moderna con respecto al medio ambiente es mucho más peligrosa simplemente porque ahora disponemos de medios mucho más poderosos para destruirlo. Tal vez la ignorancia tribal haya sido menos destructiva pero, en cualquier caso, ignorancia es ignorancia. No hay, pues, que equiparar a la *ausencia* de medios de las sociedades recolectoras con la *presencia* de sabiduría.

Es cierto que hoy en día muchas personas reverencian a las

sociedades tribales ancestrales aludiendo a su «sabiduría ecológica», a su «respeto por la naturaleza» o a su «comportamiento no agresivo», pero no creo que, hablando en términos generales, la evidencia permita sostener este tipo de asertos. Mi admiración por las sociedades tribales primordiales se asienta en razones completamente diferentes, porque todos nosotros somos hijos e hijas de las tribus. En ellas se asientan literalmente nuestras raíces, ellas constituyen nuestros orígenes, el fundamento de todo lo que ocurrió posteriormente, la estructura sobre la que se erigió el desarrollo subsiguiente del ser humano, el sustrato esencial sobre el que reposa nuestra historia.

El linaje de las tribus de hoy en día, de las naciones de hoy en día, de las culturas de hoy en día y de los logros de hoy en día, se deriva de forma ininterrumpida de esos holones tribales primordiales sobre los que se asienta el árbol genealógico de toda la humanidad. Y rastreando desde esta perspectiva a nuestros ancestros estoy admirado por la asombrosa creatividad -la extraordinaria creatividad *original*- que permitió a la humanidad elevarse sobre la naturaleza y comenzar a construir una noosfera, el mismo proceso que traerá los cielos a la Tierra y elevará la Tierra a los cielos, el mismo proceso, si lo prefiere, que terminará finalmente agrupando a todos los pueblos del mundo en el seno de una tribu global.

Pero para que tal cosa ocurriera, las tribus primordiales originales debieron descubrir una forma de trascender su linaje tribal de parentesco *aislado,* debieron alcanzar una forma de llegar a lo transtribal y no fue la caza sino la agricultura la que proporcionó los medios para esta nueva trascendencia.

Hortícola

P: Así que la cultura recolectora terminó dando lugar a la agricultura. Usted diferencia entre dos tipos muy distintos de culturas basadas en el cultivo, las hortícolas y las agrarias.

KW: Así es. La cultura hortícola se basa en la azada o en el simple palo de cavar mientras que la cultura agraria, por su parte, se asienta en el arado, más pesado y que necesita, por tanto, ser tirado por animales.

P: No pareciera tratarse de una distinción tan importante ¿para qué, entonces, subrayarla?

KW: Porque, aunque no lo parezca, se trata de una diferencia realmente extraordinaria. Una mujer embarazada puede usar fácilmente un palo de cavar o un simple arado y, en tal caso, las madres eran tan capaces como los hombres de llevar a cabo las tareas hortícolas. Y así lo hicieron. De hecho, en esas culturas las mujeres producían cerca del *80%* de los alimentos mientras que los hombres todavía se ocupaban de la caza. No resulta sorprendente, por tanto, que un tercio de esas culturas tuvieran deidades exclusivamente femeninas, que otro tercio tuvieran deidades masculinas y femeninas y que el estatus de las mujeres y de los hombres en tales sociedades fuera aproximadamente equiparable, aunque sus roles, no obstante, fueran marcadamente diferentes.

P: Eran sociedades matriarcales.

KW: Yo diría, más bien, que se trataba de sociedades matrifocales. El significado exacto del *matriarcado* es el de gobierno o dominio de la madre. Y, en este sentido, jamás ha habido sociedades estrictamente matriarcales. Esas sociedades eran más bien «igualitarias», sociedades en las que los hombres y las mujeres gozaban aproximadamente del mismo estatus, en muchas de las cuales el parentesco se transmitía por línea materna y se organizaban de forma «matrifocal». Como ya hemos dicho, cerca de un tercio de estas sociedades tenían deidades exclusivamente femeninas -especialmente la Gran Madre en sus diversas versiones-, y también podríamos afirmar que *casi toda sociedad conocida en la que la Gran Madre desempeña un papel importante es hortícola.* Hoy en día sabemos que casi todas aquellas sociedades en las que advertimos la presencia de una religión de la Gran Madre tenían un sustrato hortícola (un proceso que comenzó alrededor del año -10.000 tanto en Oriente como en Occidente).

P: Que es, por cierto, la época favorita de las ecofeministas.

KW: Así es, estas sociedades y unas pocas sociedades marítimas. De este modo, los ecomasculinistas prefieren las sociedades recolectoras mientras que las ecofeministas se inclinan por las sociedades hortícolas de la Gran Madre.

P: Porque vivían en armonía con los ciclos estacionales de la naturaleza y estaban orientadas ecológicamente.

KW: Sí. En la medida en que se realizaran los sacrificios rituales humanos anuales necesarios para mantener satisfecha a la Gran Madre y la cosecha fuera fructífera todo iba bien con la naturaleza. Según Lenski, la esperanza de vida promedio de estas sociedades era de unos veinticinco años, algo perfectamente natural.

Como ve, se trata del mismo problema que hay con los ecomasculinistas, que exaltan a las tribus recolectoras porque suponen que se hallaban en estrecho contacto con la naturaleza incontaminada. ¿Pero qué es una «naturaleza incontaminada»? Según las ecofeministas, las primeras sociedades dedicadas al cultivo vivían de acuerdo a los ritmos estacionales de la naturaleza, en contacto con una tierra que era naturaleza pura no adulterada por los seres humanos. Los ecomasculinistas, por su parte, condenan desaforadamente todo tipo de cultivo como una especie de profanación de la naturaleza porque, al plantar, ya no se está simplemente recolectando lo que la naturaleza ofrece sino que uno está interfiriendo artificialmente con ella, está escarbando en ella, está erosionando su rostro con la tecnología, está, de algún modo, comenzando a violar la tierra. Es así como el cielo de las ecofeministas es el umbral del infierno de los ecomasculinistas.

Según los ecomasculinistas, la sociedad hortícola pertenece a la Gran Madre y fue bajo sus auspicios cuando comenzó a perpetrarse el horrible crimen del cultivo, el crimen masivo que profana la tierra y coloca, por vez primera, al ser humano por encima del amable gigante de la naturaleza. Y, siguiendo con esa línea de pensamiento, exaltar este período del desarrollo de la humanidad es, simplemente, de una arrogancia imperdonable.

P: Parece, pues, que usted no echa de menos a las sociedades recolectoras ni a las sociedades hortícolas.

KW: Evolución significa movimiento ¿no es así? ¿Quiénes somos nosotros para decir, desde un determinado momento histórico, que todo lo ocurrido en el pasado fue un error colosal, un abominable crimen? ¿Según quién, exactamente? ¿Es que si realmente estuviéramos en manos del Gran Espíritu o de la Gran Madre pensaríamos que ellos no saben realmente lo que están haciendo? ¿Qué tipo de arrogancia es *ésa?*

En todo caso, estamos tres o cuatro grandes épocas tecnológicas por delante de ese momento y dudo que, por más que lo deseáramos, la evolución accediera a dar marcha atrás.

P: Usted habla a menudo de «la dialéctica del progreso».

KW: Sí. La idea es que cada fase evolutiva termina topando con sus propias limitaciones intrínsecas y que éstas actúan como una especie de estímulo para el impulso autotrascendente porque crean un estado de perturbación, de caos incluso, del que el sistema escapa evolucionando hacia un nivel supraordenado, el llamado orden que surge del caos (autotrascendencia). Este nivel nuevo y superior trasciende las limitaciones de sus predecesores pero también introduce limitaciones y problemas que no pueden ser resueltos en su propio nivel.

En otras palabras, cada nuevo paso evolutivo hacia adelante tiene su precio. Los viejos problemas son desarticulados o resueltos sólo para introducir dificultades nuevas y, a menudo, más complejas. Pero los románticos regresivos -sean ecomasculinistas o ecofeministas- consideran los *problemas* de la nueva etapa y los comparan con los *logros positivos* de la etapa precedente, pretendiendo, de este modo, que todo ha ido cuesta abajo desde el momento en que se abandonó su pasado favorito, una comparación que, por cierto, me parece completamente perversa.

Creo que todos debemos reconocer y respetar los muchos y grandes logros de las culturas más antiguas de todo el mundo y tratar de conservar e incorporar su sabiduría. Pero el tren, para bien o para mal, se halla en movimiento y lo ha estado desde el primer

día; y si tratamos de conducir mirando tan sólo el espejo retrovisor es probable que causemos accidentes todavía peores.

P: Usted señala que nuestra época también terminará sepultada en el pasado.

KW: No existe ninguna época definitivamente privilegiada. El proceso continúa y, en algún momento, todos nosotros seremos alimento del mañana. Y el Espíritu se encuentra en el proceso mismo, no en un lugar concreto del espacio o del tiempo.

Agraria

P: Me gustaría regresar a este punto más adelante pero, por el momento, sigamos hablando de las sociedades hortícolas y del paso al estadio agrario. Aunque ambas se basan en el cultivo, el cambio de la azada por el arado parece haber tenido consecuencias realmente extraordinarias.

KW: Absolutamente extraordinarias. Un palo de cavar puede ser fácilmente manejado por una mujer embarazada pero no ocurre lo mismo con un arado tirado por un animal. Y, como han señalado Joyce Nielsen y Janet Chafetz, las mujeres que trataron de hacerlo sufrieron una elevada tasa de abortos, es decir, que el hecho de *no* arar conllevó una ventaja darwiniana y que la invención del arado supuso una auténtica transformación.

En primer lugar, los hombres producían ahora prácticamente todos los alimentos. No es que el hombre quisiera hacerlo y que, para conseguirlo, «sometiera» u «oprimiera» a la mano de obra femenina, es decir que *tanto los hombres como las mujeres decidieron,* de un modo u otro, que la dura labor del arado era cosa de hombres.

El hecho es que las mujeres no eran corderos ni los hombres eran cerdos. El «patriarcado» fue una co-creación consciente de los hombres y de las mujeres frente a circunstancias realmente duras. Ciertamente, para los hombres no era como pasar un día en la playa; ni siquiera era la mitad de divertido que, por ejemplo,

el gran juego de la caza, al cual habían tenido, en gran medida, que renunciar. Además, para algunos investigadores como Lenski y Chafetz, por ejemplo, si tenemos en cuenta ciertas escalas objetivas de «calidad de vida», en estas sociedades «patriarcales», los hombres lo tenían mucho peor que las mujeres. Digamos, para comenzar, que los hombres eran los únicos a quienes se reclutaba para la defensa y que sólo a ellos se les pedía que arriesgaran su vida por el Estado. La idea de que el patriarcado era un club de señoritos en la que sólo había diversión, diversión y diversión se basa en una investigación muy pobremente documentada e ideológicamente muy sesgada.

Porque lo que realmente nos enseñan estas distintas sociedades es que los dos sexos estaban fuertemente *polarizados,* es decir, que sus esferas de valores se hallaban muy divididas y compartimentadas, que ambos sexos, en suma, sufrían terriblemente.

P: ¿Esto es lo que ha sucedido con el patriarcado?

KW: Sí. La polarización de los sexos. Las sociedades agrícolas han tenido la estructura más sexualmente dicotomizada de toda sociedad conocida. Pero en ningún modo se trataba de una conspiración masculina sino que era simplemente lo mejor que esas sociedades podían hacer, en esa época, bajo su modalidad de organización tecnológica.

No debería sorprendemos, pues, descubrir que, cuando los hombres comenzaron a ser virtualmente los únicos productores de alimento, las figuras de las deidades de esas culturas pasaron de ser femeninas a ser casi exclusivamente masculinas. *Aparecieran donde apareciesen,* un asombroso 90% de las sociedades agrícolas tienen únicamente deidades primarias masculinas.

P: Usted dice que «donde las mujeres trabajaban el campo con una azada dios era mujer y donde los hombres lo hacían con un arado dios era hombre».

KW: Esquemáticamente hablando, así es. Es cierto que el dios y la diosa pueden tener un significado transpersonal más profundo -algo sobre lo que hablaremos más adelante-, pero para la *modalidad promedio* de la conciencia humana propia de ese período histórico, esas imágenes míticas solían representar realidades mucho más prosaicas. Y, en muchos de los casos, lo que representaban era la realidad tecnoeconómica propia de esa determinada sociedad, quién era, en definitiva, el que llevaba la comida a casa.

P: Donde dios es un hombre... ¿Ése es uno de los significados del «patriarcado»?

KW: Sí, y el patriarcado, el gobierno del padre, es un término muy apropiado. Porque cuando las *relaciones sociales* comenzaron a organizarse en tomo a las fuerzas básicas de producción -en este caso el arado (y aquí rozamos brevemente la raíz del discurso de Marx)- el hombre comenzó a dominar la esfera *pública* en materia de gobierno, educación, religión y política mientras que la mujer dominaba la esfera *privada* de la familia, el hogar y la casa. Esta división se conoce generalmente como el varón productivo y la hembra reproductiva. Las sociedadés agrícolas empezaron a florecer entre el -4000 y el -2000, tanto en Oriente como en Occidente, un modelo de producción predominante hasta el advenimiento de la revolución industrial.

El mismo alcance tuvo el hecho de que la agricultura creara un excedente masivo de alimentos que liberó a un gran número de individuos -un gran número de hombres - para acometer, a gran escala, tareas ajenas a la producción y recolección de alimentos. Es decir, la tecnología agrícola emancipó a algunos hombres de las tareas productivas aunque las mujeres siguieran todavía atadas a las labores reproductivas. Esto permitió el surgimiento de unas clases altamente especializadas, ya que los hombres podían entonces dedicar su tiempo libre no sólo a tareas de subsistencia sino a quehaceres culturales. Fue entonces cuando se inventaron las matemáticas, la escritura, la metalurgia y la guerra especializada.

Ese superávit liberó al hombre, sometido aún a la testosterona («fornicar o matar»), y le llevó a emprender la tarea de construcción de los primeros grandes imperios militares y, alrededor del -3000. surgieron a lo ancho del globo los Alejandros, los Césa-

res, los Sargones y los Khans, grandes imperios que, paradójicamente, comenzaron a aglutinar a tribus separadas y enfrentadas en un mismo orden social. Y estos imperios míticos terminarían dando lugar, con el advenimiento del racionalismo y la industrialización, a las modernas naciones estado.

De este modo también, el cultivo agrícola permitió que una clase de individuos pudiera liberarse y comenzara a reflexionar en su propia existencia. Las grandes culturas agrícolas trajeron consigo los primeros intentos de tareas puramente *contemplativas*, intentos que ya no ubicaban *exclusivamente* al «Espíritu» en la biosfera «ahí fuera» (etapa mágica, recolectora, y comienzos de la hortícola) ni tampoco «allí arriba» en los cielos míticos (estadio mítico, estadio hortícola y comienzo del estadio agrícola) sino más bien «aquí adentro», a través de la puerta de la subjetividad profunda, de la conciencia interior, de la meditación y de la contemplación. Es así como aparecieron los grandes sabios axiales que...

P: ¿Axiales?

KW: Es el término que utiliza Karl Jaspers para referirse a ese significativo período de la historia que comenzó alrededor del siglo -vi, tanto en Oriente como en Occidente, un período que dio origen a los grandes «sabios axiales», Gautama Buda, Lao-Tsé, Parménides, Sócrates, Platón, Patanjali, Confucio, los sabios de las Upanishads, etcétera.

P: Todos ellos hombres.

KW: Efectivamente. Agrario es *siempre* fundamentalmente masculino. Y una de las grandes tareas de la espiritualidad del mundo postmoderno consiste en compensar y equilibrar esta espiritualidad orientada hacia lo masculino con su correlato femenino. Cortar por lo sano y deshacernos de las enseñanzas de esas grandes tradiciones de sabiduría sería simplemente catastrófico, sería como rechazar la rueda por el simple hecho de que la hubiera inventado el hombre.

Casi todas las grandes tradiciones surgieron en un clima en el que los hombres hablaban directamente con Dios y en el que las mujeres lo hacían indirectamente a través de sus maridos.

Industrial

P: Quisiera precisar más el tema de la espiritualidad masculina y de la espiritualidad femenina, de lo que usted denomina espiritualidad «ascendente» y espiritualidad «descendente», y de la forma en que podemos contribuir a equilibrar estos dos enfoques.

Pero antes terminemos con el período agrícola y con el cambio al período industrial... ¿cómo se relaciona todo esto con la «modernidad»?

KW: Los términos «modernidad» y «postmodernidad» suelen utilizarse en una desconcertante variedad de formas. Pero «modernidad» suele referirse a los hechos que comenzaron a ponerse en marcha con la Ilustración, desde Descartes hasta Locke y Kant, y al desarrollo tecnológico concomitante que pasó de la época feudal y agraria con una visión mítica del mundo a la industrialización y a la visión racional del mundo. Y la «postmodernidad» suele referirse, en sentido amplio, a todo el abanico del desarrollo postilustrado, que también incluye el desarrollo postindustrial.

P: Así que estamos en los comienzos de la modernidad, en el cambio del período agrícola al período industrial...

KW: La industrialización, con todos sus horrores y con todos sus terribles efectos secundarios, fue, antes que nada, una forma de garantizar la supervivencia recurriendo a la tecnología y aplicando, en esta ocasión, en lugar del trabajo físico, la energía de las máquinas sobre la naturaleza. Siempre que las sociedades agrícolas han necesitado del trabajo físico humano para la subsistencia (para cultivar la tierra) han recompensado *inevitablemente* a la fortaleza y a la movilidad del varón. Ninguna sociedad agrícola conocida ha tenido nada que se asemejase -ni siquiera remotamente - a los derechos de la mujer.

Pero al cabo de un siglo de industrialización -en el que las máquinas de género neutro pasaron a ser más importantes que la fortaleza física del varón- apareció, por primera vez a gran escala en la historia, el movimiento de liberación de la mujer. El li-

bro *Vindication of the Rights of Women,* de Mary Wollstonecraft, escrito en 1792, es el primer tratado feminista de la historia.

No se trata de que, después de un millón de años de opresión, engaño y borreguismo las mujeres se hubieran vuelto súbitamente más inteligentes, más fuertes y más decididas, sino que, por primera vez en la historia, las estructuras sociales habían evolucionado hasta un punto en el que la fuerza física dejó ya de determinar de forma tan abrumadora el poder cultural. Al cabo de unos pocos siglos -un simple pestañeo en tiempo evolutivo- las mujeres se movilizaron con la velocidad del rayo para conseguir el derecho legal a ser las propietarias de sí mismas, a votar y a «ser sus propias personas», es decir, a ser dueñas de su propia identidad.

P: Y los datos parecen sustentar este punto de vista. ¿No es así?

KW: Las pruebas empíricas presentadas por las investigadoras feministas que he mencionado anteriormente sugieren que, como dice Chafetz, el estatus de la mujer en las sociedades industriales tardías es *superior* al conseguido en cualquier otra sociedad productora de excedentes de la historia (incluida la hortícola).

Las mujeres que han condenado en voz alta a la sociedad industrial tardía (y a la sociedad informática) y que glorifican a las sociedades hortícolas de la Gran Madre han dejado de tener en cuenta la evidencia o han seleccionado los aspectos más atractivos del ayer ignorando, al mismo tiempo, sus facetas más desastrosas y comparan a ese «Edén» con las miserias de la modernidad, un empeño, por cierto, muy sospechoso.

Y no estamos diciendo que el mundo actual no requiera cambios, tanto para los hombres como para las mujeres. Recordemos que la polarización de los sexos es brutal tanto para los hombres como para las mujeres y que ambos deben liberarse de la terribles limitaciones de la polarización agraria. La industrialización comenzó a permitir esta emancipación, comenzó a expandir los roles de género más allá de los determinantes meramente biológicos -a trascender y a incluir-, pero nosotros debemos seguir trabajando por la liberación y por la trascendencia.

P: ¿Por ejemplo?

KW: Cuando ya no se presupone automáticamente que los hombres sean quienes se ocupen de la producción y de la defensa asistimos a un aumento en la esperanza de vida promedio de los hombres que se aproxima entonces al de las mujeres. Y, del mismo modo, también vemos que la mujer está más emancipada de los roles ligados a la mera reproducción, el hogar o la casa. Las brutalidades son iguales y compartidas y espero que la liberación sea igualmente compartida y beneficiosa para ambos sexos. En todo caso, opino que los hombres tienen más que ganar porque, en Estados Unidos al menos, las encuestas demuestran de manera consistente que una gran mayoría de hombres apoya la enmienda de la igualdad de derechos mientras que una inmensa mayoría de mujeres se opone a ella, lo cual, desafortunadamente, impide que siga adelante.

P: ¿Y qué opina sobre la industrialización y la crisis ecológica? Probablemente se trate de una de las facetas más negativas de la modernidad, de «la dialéctica del progreso».

KW: Me parece una auténtica catástrofe. Pero el hecho es que se trata de una situación muy delicada. La causa primordial del desastre ecológico es, como decía anteriormente, la ignorancia. Lo único que puede permitir a los hombres y a las mujeres de hoy en día armonizar sus acciones con la biosfera es el conocimiento científico de la biosfera, el conocimiento de las formas concretas en que se relacionan todos los holones de la biosfera, incluyendo a los holones biológicos del ser humano. El simple respeto sagrado por la biosfera no basta para poner fin al proceso de degradación del medio ambiente. Una visión sagrada de la naturaleza no impidió que la inocente y simple ignorancia de numerosas tribus las llevase a expoliar al medio ambiente, tampoco impidió que los mayas devastaran los bosques tropicales y no tiene por qué impedir que nosotros hagamos una vez más lo mismo.

Roszak señala que son únicamente las ciencias modernas -las ciencias ecológicas y las sistémicas, por ejemplo- las que pueden mostrarnos directamente cómo y por qué nuestras acciones están

destruyendo la biosfera. Si las tribus primordiales hubieran sabido que talar y quemar sus bosques arruinaba sus hábitats y ponía en peligro su supervivencia -si realmente lo hubieran sabido con una certeza científica- no cabe la menor duda de que hubieran sido algo más cautelosos a la hora de proceder a la biodestrucción. Si los mayas hubieran sabido que, al destruir los bosques tropicales, estaban destruyéndose a sí mismos, hubieran acabado, o al menos hubieran frenado su expoliación del medio ambiente. Pero, sea inocente o arrogante, sagrada o profana, la ignorancia es la ignorancia y toda ignorancia destruye la biosfera.

P: Pero los medios han cambiado.

KW: Y éste es, en realidad, el segundo punto que quisiera destacar. La ignorancia respaldada por la tecnología primordial o tribal es capaz de infligir un daño limitado, pero *esa misma* ignorancia apoyada por la industria es capaz de destruir la totalidad del planeta. Tenemos, pues, que separar estos dos puntos, la ignorancia y los medios de que disponemos para ejercerla, porque con la modernidad y la ciencia tenemos, por vez primera en la historia, una forma de superar nuestra ignorancia, en el mismo instante preciso en que hemos creado los medios para que esa ignorancia resulte globalmente genocida.

P: Ésas son malas noticias y buenas noticias, al mismo tiempo.

KW: Ése es precisamente el *quid* de la modernidad. Finalmente sabemos más pero si no actuamos en concordancia con lo que sabemos terminaremos todos muertos, lo cual aporta un nuevo significado a la frase de Confucio «Que puedas vivir en un tiempo interesante».

4. LA GRAN REVOLUCIÓN POSTMODERNA

P: Ahora que ya conocemos el fundamento tecno-económico de cada época estamos en condiciones de examinar las correspondientes *visiones del mundo* ¿Qué es lo que puede decir a este respecto?

KW: Cada uno de los estadios de desarrollo de la conciencia **nos** ofrece una visión diferente del mundo; en cada uno de ellos, el mundo parece -es, en realidad- diferente. A medida que emergen y se desarrollan nuevas capacidades cognitivas, el Kosmos se contempla a sí mismo con ojos diferentes y, en consecuencia, ve cosas completamente distintas.

Por mera conveniencia, suelo denominar -como puede ver en la Figura 5. 2- a estas visiones del mundo con los nombres de arcaica, mágica, mítica, racional y existencial, con la posible existencia de estadios todavía superiores.

P: ¿Así que ésas son las diferentes formas en las que podemos ver el mundo?

KW: Sí, pero debemos ser muy cuidadosos. Tal vez usted opine que esto sea rizar el rizo pero realmente se trata de algo fundamental, porque no es que exista un mundo concreto y predeterminado que pueda ser contemplado de maneras diferentes sino que, en la medida en que el Kosmos llega a conocerse a sí mismo *más* plenamente, emergen *diferentes mundos.*

Esto es como una bellota que crece hasta llegar a convertirse en roble. Un roble no es sólo una imagen distinta del mismo mundo inmutable presente en la bellota, porque el roble tiene, en su ser, componentes completamente nuevos y distintos *a* los que podemos encontrar en la bellota. El roble tiene hojas, ramas, raíces, etcétera, que no se hallan en la «visión del mundo» o «espacio del mundo» propia de la bellota. Del mismo modo, las diferentes visiones del mundo crean diferentes mundos, actualizan diferentes mundos, lo cual es algo muy distinto al hecho de contemplar al mismo mundo de manera diferente.

La frontera postmoderna

P: Comprendo la diferencia pero ciertamente me parece secundaria. ¿Por qué insiste tanto en ella?

KW: Porque, de hecho, se trata de una diferencia crucial que constituye, en muchos sentidos, la frontera que separa la visión moderna del conocimiento de la visión postmoderna. Y no quisiera dejar de lado esta extraordinaria revolución en el conocimiento humano.

No hay otra forma, en realidad, de seguir esta discusión a menos que hablemos de las trascendentales diferencias existentes entre los abordajes modernos y postmodernos del conocimiento. Pero no todo es tan difícil y árido, ya que, en muchos sentidos, constituye la clave para descubrir al Espíritu en el mundo postmoderno.

P: Muy bien. Así que moderno y postmoderno...

KW: ¿Ha oído usted hablar del «nuevo paradigma» del conocimiento?

P: Sólo sé que todo el mundo parece esperar la aparición de *algún* tipo de nuevo paradigma.

KW: Sí, *nadie* parece querer ya el *viejo* paradigma, el paradigma de la Ilustración, el paradigma moderno, newtoniano, cartesiano, mecanicista, espejo de la naturaleza, reflexivo; nombres, todos ellos, que suelen pronunciarse con desprecio y disgusto.

Pero, llamémosle como le llamemos, ese paradigma se considera hoy exasperantemente obsoleto o, al menos, seriamente limitado y todo el mundo está ansioso por alcanzar el nuevo paradigma postmoderno o postilustrado.

Pero si realmente queremos comprender cómo debe ser un paradigma auténticamente postmoderno deberíamos comenzar comprendiendo el paradigma que tan desesperadamente intentamos derrocar.

P: Debemos comprender el paradigma fundamental de la Ilustración.

KW: Así es. Y el paradigma fundamental de la Ilustración es conocido como *el paradigma de la representación,* un paradigma según el cual, por una parte está el yo o sujeto y, por la otra, el mundo sensorial o empírico, y según el cual el único conocimiento válido consiste en trazar *mapas* del mundo empírico, del simple mundo «predeterminado» objetal. Y, en el caso de que el mapa sea exacto, en el caso de que represente o se corresponda adecuadamente con el mundo empírico, entonces decimos que es «verdad».

P: De ahí que se le llame el paradigma de la representación.

KW: Así es. El mapa puede ser un mapa real, una teoría, una hipótesis, una idea, una mesa, un concepto o algún tipo de representación, algún tipo de mapa, en suma, del mundo objetivo.

Todos los grandes teóricos de la Ilustración, ya sean holistas o atomistas -o cualquier otra postura intermedia ubicada entre ambos extremos- han suscrito el paradigma de la representación, la creencia en un mundo empírico objetivo que puede ser pacientemente cartografiado utilizando una metodología empírica.

Y recuerde también que poco importa que el sea mundo atomista u holista. En lo que todos ellos están de acuerdo es en el mismo paradigma cartográfico.

P: ¿Y qué hay de malo con el paradigma de la representación? Si no me equivoco, eso es precisamente lo que estamos haciendo de continuo.

KW: No es que esté equivocado sino que es estrecho y limitado. Pero las dificultades del paradigma de la representación son muy sutiles e hizo falta mucho tiempo -varios siglos, en realidad - para comprender cuáles eran las limitaciones.

Hay muchas formas de resumir las limitaciones del paradigma de la representación -la idea de que el conocimiento consiste fundamentalmente en cartografiar al mundo-, pero la forma más sencilla de formular el problema sería decir que los mapas *dejan fuera al cartógrafo.* ¡El paradigma de la ilustración ignora por completo el hecho de que el cartógrafo pueda aportar algo a la imagen!

P: Refleja y cartografía pero deja fuera al cartógrafo.

KW: Sí. Y todos los distintos enfoques *postmodernos* del paradigma ilustrado *están de acuerdo en atacar al paradigma de la representación,* todos ellos arremeten en contra del paradigma de la reflexión, en contra del paradigma «espejo de la naturaleza», en contra de la idea de que existe un único mundo empírico, una sola naturaleza empírica, y que el conocimiento sólo consiste en reflejar o cartografiar el único mundo real. Todos los enfoques «postilustrados» o «postmodernos» coinciden en que la idea de «reflejar la naturaleza» es completa, irremisible y definitivamente ingenua.

Comenzando especialmente con Kant y siguiendo luego con Hegel, Schopenhauer, Nietzsche, Dilthey, Heidegger, Foucault y Derrida -los grandes teóricos «postmodernos»-, todos ellos han rechazado al paradigma cartográfico porque ni siquiera tiene en cuenta al yo que está cartografiando el mapa.

Porque el yo no sobrevuela la tierra, tiene sus propias características, sus propias estructuras, su propio desarrollo, su propia *historia, y* todo eso influye y determina lo que ve y lo que *puede* llegar a ver en el supuesto mundo «único» que le rodea. ¡Esa especie de paracaidista que contempla el mundo desde fuera está hundido hasta el cuello en contextos y sustratos que determinan el alcance de su visión!

De modo que el gran descubrimiento postmoderno ha sido

que ni el yo ni el mundo son simples datos sino que existen en contextos y sustratos que tienen una historia, un desarrollo.

P: Que evolucionan.

KW: Así es, que evolucionan. El cartógrafo no es una mónada desencarnada, ahistórica, aséptica, aislada y encerrada en sí misma que permanece intocada por el mundo que está cartografiando. El yo no tiene una *esencia* inmutable sino que tiene una *historia* y el cartógrafo hará *mapas completamente diferentes* en cada uno de los distintos estadios de su propia historia, de su propio proceso de crecimiento y desarrollo.

A lo largo de este proceso evolutivo, el sujeto representará el mundo de manera completamente diferente basándose no tanto en lo que realmente está «fuera de aquí» -en alguna especie de mundo predeterminado -sino *en lo que el sujeto mismo aporta a la imagen.*

P: La «revolución copernicana» de Kant, la idea de que no es tanto el mundo el que configura a la mente sino la mente la que configura al mundo.

KW: No en todos los casos pero sí en muchos realmente importantes. Y Hegel añadió el punto crucial, el punto que, de una forma u otra, define a todas las teorías postmodernas: la mente, el sujeto, *«sólo puede concebirse inmersa en un proceso de desarrollo».*

Nietzsche, por ejemplo, convertiría esto en genealogía, el estudio de la historia de una visión del mundo que damos por sentada, que creemos sin más que posee todo el mundo, pero que, de hecho, ha demostrado ser completamente limitada y ubicada históricamente. Y, de una forma u otra, todos los caminos postmodemos conducen hasta Nietzsche.

P: Así que el punto es...

KW: Que el sujeto no es algo separado, aislado y predeterminado, una especie de minúscula entidad completamente formada que caiga, a modo de paracaidista, sobre la tierra y comience entonces a «cartografiar» cándidamente lo que ve en el mundo «real», en el territorio «real», en el mundo predeterminado.

El sujeto, por el contrario, está *ubicado* en contextos y corrientes de su propio desarrollo, de su propia historia, de su propia evolución, y las «imágenes» que tiene del «mundo» dependen, en gran medida, no tanto «del mundo» como de «su propia historia».

P: Lo comprendo. ¿Y cómo se relaciona todo esto con lo que estábamos hablando?

KW: Bien. Una de las cosas que quiero hacer es *trazar la historia de estas visiones del mundo,* la historia de la evolución en el dominio humano, la historia de las diversas formas en las que ha ido desplegándose el Espíritu-en-acción a través de la mente humana. En cada uno de estos estadios, el Kosmos se contempla a sí mismo con nuevos ojos y, en consecuencia, crea nuevos mundos anteriormente inexistentes.

Dos caminos en la postmodernidad

P: Así que estas visiones del mundo están en desarrollo.

KW: Sí. Y el gran descubrimiento postmoderno es que las visiones del mundo están en desarrollo, que ni el mundo ni el yo están predeterminados.

Y ante este descubrimiento de «lo no predeterminado» que le ofrece un paisaje en el que nada es fundacional, el teórico se encuentra frente a una encrucijada en la que se le abren los *dos caminos* que mencionamos a continuación.

El primer camino, probablemente el más concurrido, es el *constructivismo* extremo, la llamada *versión dura* de «lo no predeterminado». Es decir, dado que las visiones del mundo no están predeterminadas, usted puede concluir diciendo que son arbitrarias, que simplemente han sido «construidas» por las distintas culturas basándose en algo tan poco substancial como los simples cambios de gusto.

Es así como aparecen todos esos libros con títulos tales como *La construcción social del sexo, La construcción social de la comida, La construcción social del trabajo, La construcción social del atuendo,* etcétera... y creo que no tardaremos en ver algo así como *La construcción social del intestino largo.*

Todo está «socialmente construido», ése es el mantram del ala radical del postmodernismo. Desde este punto de vista, las distintas visiones culturales del mundo son completamente arbitrarias y se hallan ancladas en el poder, los prejuicios o cualquier tipo de «ismo» (el sexismo, el racismo, el especismo, el falocentrismo, el capitalismo, el logocentrismo o, mi favorito, el falologocentrismo... ¡Me pregunto si eso funcionará con pilas!

P: ¿Estos enfoques tienen algún tipo de interés?

KW: Claro que lo tienen. Lo único que ocurre es que el constructivismo duro es demasiado radical, demasiado extremista. De hecho, las visiones del mundo no son tan arbitrarias sino que están *constreñidas* por las corrientes mismas del Kosmos, corrientes que *delimitan* lo que una determinada cultura puede llegar a «construir». No encontrará usted una visión del mundo consensual, por ejemplo, en la que los hombres den a luz o en el que las manzanas caigan hacia arriba. Hasta el mismo Derridh. está de acuerdo en que las visiones del mundo no son tare arbitrarias como parecen, no han sido «meramente construidas» en el sentido de ser completamente relativas y arbitrarias.

Un diamante seguirá cortando el cristal sin importar las palabras que utilicemos para designar a ese proceso, ya sea «diamante», «cortar» y «cristal». ¡No vamos a echarlo todo por la borda y negar la preexistencia del mundo sensoriomotor! Y es este mundo sensoriomotor -el cosmos y el bios- el que constriñe la visión del mundo «desde abajo», por así decirlo.

Además, la construcción social también se halla limitada y *constreñida* por las corrientes de la misma noosfera que están, a su vez, en proceso de evolución y desarrollo -es decir, que también siguen los veinte principios que hemos mencionado anteriormente-, y esas corrientes constriñen y delimitan las posibilidades de construcción.

Así pues, las corrientes reales del Kosmos constriñen -de

éstas y de otras muchas formas- nuestras visiones del mundo, ¡mpidiéndolas ser meras alucinaciones colectivas. Como luego veremos, las distintas visiones del mundo también deben cumplir ciertas exigencias que se adapten a las corrientes reales del Kosmos.

P: ¿No es cierto que suele asociarse a Foucault con este tipo de constructivismo radical?

KW: Sí, él emprendió este camino para terminar descubriendo que se trata de un callejón sin salida.

P: ¿De qué modo?

KW: El constructivismo radical termina volviéndose contra sí mismo. Desde ese punto de vista, todas las visiones del mundo son arbitrarias y no existen verdades universales porque toda verdad es relativa y depende de la cultura en la que está inmersa. Pero lo cierto es que esa postura pretende ser universal. Es como si dijera que toda verdad es relativa *exceptuando la mía*, porque la mía es absoluta y universalmente cierta. Yo soy el único que tiene la verdad universal y todos ustedes, pobres necios, son relativos y dependen de la cultura.

Ésta es la gran contradicción que se esconde detrás de todos los movimientos radicales del multiculturalismo postmoderno. Y *su* verdad absoluta termina mostrándose muy ideológica, muy hambrienta de poder y muy elitista, en el peor sentido del término. El mismo Foucault llegó a calificar esta postura -que sostuvo en sus primeros intentos - de «arrogante», un punto que la mayor parte de sus seguidores americanos no parecen haber comprendido puesto que siguen negando la verdad para imponer su propia voluntad.

De hecho, el constructivismo radical que afirma que no hay verdad alguna en el Kosmos, sólo conceptos que unos hombres imponen sobre otros, no es más que una forma postmoderna de nihilismo. Y cuando este nihilismo mira el rostro del Kosmos, no ve más que una interminable sala de espejos que sólo le devuelve el molesto reflejo de su ego elevado al infinito. El núcleo oculto de ese nihilismo es el narcisismo que lleva a ignorar la verdad

y a reemplazarla por el ego del teórico. ¡Ése es el principal movimiento de las universidades americanas!

P: Así que uno de los caminos del postmodernismo conduce al constructivismo radical.

KW: Sí. Ésa es la versión dura, una versión demasiado extrema, demasiado constructivista.

La otra es una aproximación más moderada, un constructivismo más comedido cuya principal versión es, hoy en día, desarrollista o evolutiva. Estoy hablando, en sus numerosas y muy variadas formas, de Hegel, Marx, Nietzsche, Heidegger, Gebser, Piaget, Bellah, Foucault, Habermas, etcétera.

Este enfoque reconoce que el mundo y la visión del mundo no están completamente predeterminados sino que se desarrollan históricamente. De este modo, su interés se centra simplemente en *investigar la historia real y* el desarrollo de estas visiones del mundo, no como una serie de movimientos meramente arbitrarios, sino como una pauta evolutiva o desarrollista que se halla parcialmente gobernada por las corrientes de la misma evolución.

P: Gobernada por los veinte principios.

KW: Desde mi punto de vista así es, pero quiero insistir en que se trata de mi propia versión.

Lo realmente importante, en cualquier caso, es que, en la mayor parte de estos enfoques evolutivos, cada visión del mundo da lugar a las visiones subsiguientes cuando sus *limitaciones inherentes* resultan patentes. Esta situación genera una gran conmoción y caos, por así decirlo, del que, si el sistema no termina colapsándose, escapa *evolucionando* hacia una pauta *más organizada.* Estas pautas nuevas y superiores resuelven o diluyen los problemas anteriores pero también conllevan sus propias dificultades y sus propias limitaciones intrínsecas, limitaciones que *no pueden* ser resueltas en su propio nivel, el mismo proceso evolutivo que vemos en todos los dominios.

P: Usted califica a estas visiones del mundo como arcaica, mágica, mítica, racional y existencial, apuntando incluso la posible existencia de estadios superiores todavía por venir.

KW: Sí, ésa es una forma muy general de resumirlo. Más tarde, si usted quiere, podremos discutir los pormenores concretos de estas visiones del mundo pero conviene recordar, por el momento, que estas visiones «mentales» del mundo están correlacionadas con las modalidades «materiales» de producción propias de cada uno de los estadios de la evolución del ser humano. Así, las visiones del mundo que acaba de mencionar se relacionan, respectivamente, con *los* estadios recolector, hortícola, agrario, industrial e informático. Es por ello que suelo referirme conjuntamente a ellas con los nombres de mítico-agraria, racional-industrial, etcétera, comprendiendo que, en cualquier caso, existen todo tipo de híbridos y de solapamientos (ver Figura 5. 2).

P: Dicho en una frase...

KW: Que la visión del mundo es la mente del Espíritu y que su fundamento es su cuerpo, y que este cuerpo-mente evoluciona y, a lo largo del proceso de actualización del Espíritu, va dando lugar *a nuevos mundos,* resplandecientes flores en la primavera kósmica, no tanto a modo de un Big Bang [Gran Explosión] como de un Big Bloom [Gran Florecimiento].

El gran descubrimiento postmoderno es que, en cada uno de los distintos estadios de desarrollo, el mundo parece diferente porque *es,* en realidad, diferente.

Al filo del mañana

P: Tengo dos preguntas técnicas. ¿De qué modo concreto supera el último de los dos caminos postmodernos mencionados el llamado dualismo cartesiano?

KW: El paradigma de la representación era dualista en el sentido de que el cartógrafo no formaba realmente parte del mundo que estaba cartografiando. O eso, al menos, era lo que se creía. El cartógrafo simplemente permanecía frente a un mundo predeterminado y cartografiado, como si se tratara de dos entidades que no tuvieran absolutamente nada en común.

La mayor parte de las aproximaciones realizadas por el «nuevo paradigma» siguen cayendo en esta trampa dualista pensando que el problema se resolverá cuando tracemos *un mapa más exacto* del territorio. Desde ese punto de vista, consideran que, para salvar el dualismo, basta con abandonar el mapa atomista y mecanicista y hacerse con otro más holista y sistémico.

Pero, como Hegel (entre otros) señaló claramente, de ese modo, el problema no se resuelve sino que tan sólo se sutiliza, por así decirlo. Este punto de vista todavía asume que el proceso del pensamiento es esencialmente diferente del mundo real y que puede reflejarlo de manera exacta y holística o hacerlo de manera inexacta y atomística. Pero ambas perspectivas, sin embargo, *siguen asentándose* en una forma u otra del dualismo cartesiano.

Como dijo Hegel, lo que debemos comprender es que los pensamientos no sólo son un reflejo de la realidad sino que también constituyen un movimiento de esa misma realidad. El pensamiento es una realización de lo que se quiere conocer y no el simple reflejo de algo que no tiene la menor relación con él. El cartógrafo, el yo y el sujeto pensante y cognoscente son, al mismo tiempo, productos y representaciones de lo que se quiere conocer y representar.

El pensamiento, en suma, es, en sí mismo, un movimiento de lo que se quiere conocer. No es que exista un mapa, por una parte, y un territorio, por la otra -ése es precisamente el dualismo cartesiano-, sino que el mapa, en sí mismo, es una representación del territorio que está tratándose de cartografiar.

El enfoque no dualista no niega, en modo alguno, el paradigma de la representación, lo único que dice es que, a un nivel mucho más profundo, el pensamiento, en sí mismo, *no puede* alejarse de las corrientes del Kosmos, porque es un producto y una representación de esas mismas corrientes. ¡O, dicho de otro modo, que la filosofía no debe dedicarse tanto a clarificar los mapas *y corregir* sus errores de ajuste con la realidad como *a clarificar* las corrientes profundas de las que el pensamiento no puede alejarse por más que quiera!

P: ¿Dicho en términos más sencillos?

KW: En el Zen existe un dicho: «Aquello de lo que uno puede alejarse no es el verdadero Tao», lo cual, dicho en otras palabras, significa que, en cierto modo, nuestro conocimiento consiste en corregir las inexactitudes de nuestros mapas pero también, y a un nivel mucho más profundo, que existe un Tao, un camino, una tendencia del Kosmos, de la que nunca podremos -por más que quisiéramos - desviarnos. Y parte de nuestro trabajo consiste en establecer contacto con esta corriente profunda, con este Tao, y tratar de expresarlo, elucidarlo y celebrarlo.

Y si permanecemos atrapados en tratar de revisar nuestros mapas, olvidaremos las formas en las que tanto los mapas correctos como los incorrectos son expresiones equiparables del mismo Espíritu.

Así pues, los enfoques del tipo «nuevo paradigma» (como el que sustentan los ecofilósofos, por ejemplo) están repitiéndonos de continuo que nos hemos desviado de la naturaleza, lo cual es completamente cierto. Pero el hecho es que, por más cierto que sea, eso sólo demuestra que esos teóricos no han comprendido el verdadero Tao, el Tao del que nunca hemos podido -ni podremos- desviarnos. Ésa es la verdad más profunda que las tradiciones genuinamente no duales, tanto orientales como occidentales, están intentando elucidar, ¡lo único que realmente puede permitirnos superar el dualismo cartesiano!

En cualquier caso, creo que todo esto quedará más claro cuando hablemos de los niveles superiores del desarrollo ¿no le parece?

P: Ésa es, por cierto, mi segunda pregunta técnica. Si las visiones del mundo han evolucionado desde lo arcaico hasta lo mágico, lo mítico, lo racional y lo existencial, ¿quién puede negar la existencia de visiones superiores del mundo?

KW: Sí, ése es realmente el punto, ¿no le parece? Podríamos decir, parafraseando la conocida frase, que «hay más cosas en los cielos y en la tierra de las que soñamos en nuestra más alocada visión del mundo».

Jamás pudo la magia soñar siquiera que terminaría siendo desbancada por el mito. Y los dioses y diosas míticos ni remotamente pudieron imaginar que la razón terminaría relegándolos al olvido. Y aquí estamos nosotros, con nuestra presuntuosa visión racional del mundo, creyendo que nada superior podrá caer de los cielos, conmover nuestros mismos cimientos y barrer nuestras más sólidas percepciones.

Pero es muy probable que lo transracional permanezca al acecho detrás de la esquina, ésa es la nueva bestia y se trata, por cierto, de una bestia muy hambrienta. Cada nuevo estadio trasciende e incluye y es completamente inevitable, es absolutamente cierto, que el día de mañana el sol brillará en uq, mundo que, en muchos modos, trascenderá a la razón...

Y, por citar a otro famoso teórico, «Abróchense los cinturones porque va a ser un viaje muy turbulento».

Trascendencia y represión

P: ¿En qué se basa usted para decir que una visión del mundo es mejor que otra?

KW: No olvide que cada nueva visión del mundo trasciende e incluye a su predecesora. La emergencia y el desarrollo de un nuevo estadio de conciencia incluye los componentes fundamentales de las visiones anteriores del mundo agregándoles, al mismo tiempo, las nuevas percepciones diferenciadas propias del estadio anterior. Trascender e incluir. Y cuanto más inclusiva sea una visión del mundo más adecuada es.

No se trata, por tanto, de que la visión anterior del mundo esté completamente equivocada y que la nueva visión del mundo sea totalmente correcta. Lo anterior fue una vez apropiado pero lo nuevo lo es todavía más. Si no fuera más adecuado, la evolución no podría haberlo seleccionado, no podría apresar las corrientes del Kosmos y quedaría arrinconado al borde del camino, flotando a la deriva como el desecho de lo que pudo haber sido.

Obviamente, esto no significa que una visión «superior» del mundo no tenga sus propias limitaciones intrínsecas sino todo lo contrario. Dondequiera que exista una posibilidad de *trascendencia* también existe y, por el mismo motivo, una posibilidad de *represión.* Lo superior no sólo puede trascender e incluir sino que también puede trascender y reprimir, excluir, alienar o disociar.

Es por ello que, al contemplar la emergencia de las distintas visiones del mundo, tenemos que mantener una constante vigilancia ante las posibles *represiones y disociaciones* que han ocurrido y que todavía siguen ocurriendo en el proceso histórico.

El hecho es que, en cualquiera de los niveles, *el animal que puede trascender puede también reprimir.* Los mayas habían pasado ya de la sociedad recolectora a la sociedad hortícola, lo cual *no sólo* supone que pudieron comenzar a congregar en tomo a su estructura social más amplia y consolidada a diversas tribus rivales y que el cultivo también les permitió emancipar a una clase de sacerdotes para ocuparse de las matemáticas, la astronomía y un sofisticado calendario, *sino también* que se hallaban en condiciones de expoliar los bosques tropicales, algo que las sociedades recolectoras jamás pudieron hacer. Y esa trascendencia de las sociedades recolectoras que les llevó a disociarse de la biosfera terminó resultando completamente suicida.

En este sentido, podríamos decir que los mayas no diferenciaron e integraron sino que disociaron y alienaron; no trascendieron e incluyeron sino que reprimieron y negaron. La biosfera es un componente interno de los holones humanos y, al acabar con ella, aseguraron su propia destrucción.

Así que este punto -trascendencia versus represión- constituye un tema absolutamente fundamental del desarrollo histórico y debemos percatamos cuidadosamente de los signos de la represión en cada uno de los distintos estadios de la evolución, individual y colectiva, del ser humano. Y esto incluye, obviamente, a los grandes problemas inherentes al racionalismo y a la industrialización.

P: Así que cada nueva visión del mundo debe enfrentarse a sus propios problemas.

KW: Yo diría más bien que *crea* su propios problemas. La solución al viejo problema consiste en la creación de uno nuevo, ambos aparecen juntos pero los nuevos se evidencian en el momento en que la visión del mundo se aproxima a su propia defunción. Esto es lo sorprendente y ésta es la pesadilla que ensombrece a todas las visiones del mundo.

Y hemos llegado a un punto en que la visión mental, racional e industrial del mundo está topando con los problemas *inherentes* a su propia estructura y nosotros tenemos que luchar contra nuestras propias limitaciones. Hemos encontrado al enemigo y resulta que está dentro de nosotros, en la lucha que sostiene lo *moderno* para dar lugar a lo *postmoderno.*

Si escuchamos atentamente podremos oír los estertores que anuncian la muerte de la visión moderna del mundo, después de haber cumplido ya su cometido. Y la forma en que gestionemos colectivamente este punto determinará la aparición de una visión nueva y más adecuada del mundo que resuelva estos problemas o que nos conduzca a la extinción, sepultados entre los cascotes del derrumbamiento de nuestra visión del mundo.

El Espíritu ha tropezado ya con las limitaciones propias de este estadio de su desarrollo. La extraordinaria flor de la modernidad florece en su última primavera y no puede hacer otra cosa más que esperar y contemplar cómo sus hojas caen marchitas en el sueño de un resplandeciente mañana. ¿Cuál será la realidad que nos deparará el futuro?

5. LAS CUATRO ESQUINAS DEL KOSMOS

P: ¿Sería adecuado decir que, en su opinión, nos estamos aproximando al límite de la visión racional-industrial del mundo?

KW: Sólo si interpretamos muy cuidadosamente esta afirmación. La aparición de la modernidad -y por «modernidad» me refiero concretamente a la visión racional-industrial del mundo, a la visión general del mundo sostenida por la Ilustración- cumplió con funciones muy importantes, entre las cuales cabe destacar la instauración de la democracia, la abolición de la esclavitud, el surgimiento del feminismo liberal, la diferenciación (que más tarde explicaré) entre el arte, la ciencia y la moral, la emergencia de la ecología y las ciencias sistémicas, la ampliación de la esperanza de vida promedio en unas tres décadas, la irrupción de la relatividad y del perspectivismo en los dominios del arte, la ciencia y la moral, el paso de una moral etnocéntrica a una moral mundicéntrica y, en general, la superación, en muchas y muy significativas formas, de las jerarquías sociales de dominio.

Se trata de unos logros realmente extraordinarios y quienes se dedican a criticar a la modernidad mientras disfrutan alegremente de sus muchos beneficios, están sosteniendo, a mi juicio, una actitud sumamente hipócrita.

Por su parte, los frívolos paladines de la modernidad como un progreso continuo ignoran los recalcitrantes problemas que la

modernidad jamás ha podido -y probablemente jamás podrá- llegar a resolver.

P: ¿Se refiere a los problemas o limitaciones intrínsecas a la misma modernidad?

KW: Así es, a las limitaciones inherentes a la visión racional-industrial del mundo.

P: ¿Qué es lo que se requiere exactamente para «trascender la modernidad» y adentrarnos en la «postmodernidad»?

KW: Trascender e incluir a la modernidad -o, lo que es lo mismo, trascender e incluir al racionalismo y a la industrialización- supondría, en pocas palabras, lo siguiente. En lo que respecta a la vertiente *trascendente,* implicaría 1) abrirnos a modalidades de conciencia que trasciendan la mera razón y 2) participar en estructuras tecnológicas y económicas que vayan más allá de la industrialización. Una transformación, en otras palabras, de la conciencia que tenga lugar en el seno de una transformación de las instituciones. Cualquiera de ellas, por sí sola, no funcionaría.

P: Un cambio, pues, transracional y transindustrial.

KW: Sí. Pero recuerde que tal cambio no debería dejar de lado al racionalismo ni a la industrialización sino que debería *incluirlos* como componentes de una visión más equilibrada, más global y más integrada que las incorporase y que también las limitara, un enfoque al que podríamos denominar racionalidad sostenida o industrialización sostenida.

Pero el hecho es que, abandonado a sus propios recursos, el racionalismo y la industrialización han terminado convirtiéndose en cánceres del cuerpo político, crecimientos desmedidos de consecuencias malignas. El racionalismo y la industrialización se han extralimitado, han excedido sus funciones y han terminado derivando hacia un tipo u otro de jerarquía de dominio. Trascender la modernidad supone contrarrestar o limitar esas facetas opresivas aunque rescatando también sus aspectos positivos y beneficiosos. Cualquier transformación futura deberá trascender e incluir a la modernidad, incorporar sus elementos compositivos fundamentales y limitar su poder.

Y es evidente que esta nueva y extraordinaria transformación que todo el mundo parece estar anhelando también portará consigo sus propios problemas y limitaciones. Servirá para superar alguno de los problemas intrínsecos del racionalismo y a la industrialización, lo cual es excelente, pero también creará y desencadenará sus propias y graves dificultades inherentes.

Y si es *a esto -y* no a lo que afirman algunos radicales utópicos de la Nueva Era- a lo que nos referimos concretamente cuando hablamos de una posible transformación futura, entonces sí, creo que esta transformación se halla definitivamente en marcha.

Los cuatro cuadrantes

P: De modo que cualquier transformación futura deberá implicar, al mismo tiempo, un cambio de conciencia y una transformación institucional.

KW: Así es, al menos parcialmente. Deberá implicar una nueva visión del mundo que se halle integrada en un nuevo sustrato tecno-económico, con una nueva modalidad de sensación de identidad que posea sus propias pautas conductuales.

P: Muy bien. Esto nos lleva directamente a lo que usted ha denominado *los cuatro cuadrantes* (ver Figura 5. 1). Pero antes de hablar de los cuatro cuadrantes me gustaría saber cómo arribó usted a este concepto. No recuerdo haberlo visto anteriormente y me pregunto cómo pudo haberlo elaborado.

KW: ¿Se refiere usted a los pasos mentales que he tenido que dar para llegar al concepto de los cuatro cuadrantes?

P: Sí.

KW: Muy bien. Si presta atención a lo que dicen los diversos teóricos del «nuevo paradigma» -desde los holistas hasta las ecofeministas, pasando por los ecólogos profundos y los pensadores sistémicos- descubrirá que todos ellos están proponiendo diferentes tipos de holoarquía o jerarquía. Hasta los filósofos antijerárquicos nos proponen su propia jerarquía, una jerarquía que suele afirmar que los átomos forman parte de las moléculas que, a su vez, forman parte de las células que, a su vez, forman parte de los organismos individuales que, a su vez, forman parte de las familias que, a su vez, forman parte de las culturas que, a su vez, forman parte de la biosfera total. Ésa es la jerarquía que nos proponen los teóricos antijerárquicos, ésa es su holoarquía y, a menos que haya alguna confusión con respecto al significado del término «biosfera», se trata de una holoarquía con la que coincido plenamente.

Del mismo modo, los investigadores ortodoxos también nos ofrecen sus propias jerarquías. Hay jerarquías del desarrollo mo-

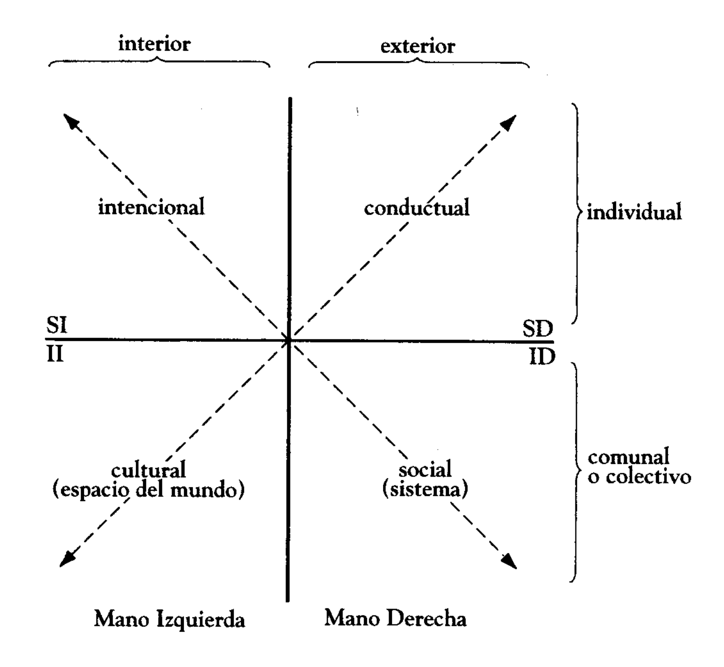


Figura 5. 1. Los cuatro cuadrantes

ral, jerarquías del desarrollo del ego, jerarquías del desarrollo cognitivo, jerarquías de las necesidades del yo, jerarquías de los mecanismos de defensa, etcétera. Y éstas también me parecen plenamente acertadas. Miremos donde miremos, desde el marxismo hasta el estructuralismo, la lingüística y la programación de ordenadores, vemos un continuo despliegue de todo tipo de holoarquías evolutivas.

Dicho con otras palabras, lo comprendamos o no, la mayor parte de los mapas del mundo son holoárquicos debido a que no hay forma alguna de escapar de las holoarquías (porque los holones están en todas partes). Existen literalmente centenares y centenares de mapas holoárquicos antiguos y modernos procedentes de todo el mundo -desde Oriente hasta Occidente y desde el Norte hasta el Sur-, muchos de los cuales incluyen también al cartógrafo.

De modo que yo simplemente comencé pasando revista a todos esos mapas holoárquicos -convencionales, nueva era, orientales y occidentales, premodernos, modernos y postmodernos-, mapas procedentes de la teoría sistémica, de la Gran Cadena del Ser, de los vijnanas budistas, de Piaget, Marx, Kohlberg, los koshas vedánticos, Loevinger, Maslow, Lenski, la Cábala, etcétera. He hecho literalmente cientos de esos listados, cientos de esos mapas, hasta terminar enmoquetando mi casa con ellos.

Al principio creía que todos ellos se referían al mismo territorio, por así decirlo, pensaba que eran distintas versiones de una holoarquía esencialmente similar. Eran tantas las similitudes y solapamientos existentes entre todos ellos que esperaba que el hecho de compararlos y contrastarlos entre sí me permitiera descubrir la holoarquía básica que todos ellos -cada uno a su modo- estaban tratando de representar.

Pero cuanto más me esforzaba más evidente me resultaba que mi intento resultaría infructuoso. Es innegable que las distintas holoarquías comparten grandes similitudes, pero también lo es que tienen profundas diferencias cuya naturaleza exacta no resulta, en modo alguno, evidente. Y, lo más desconcertante de todo es

que, en algunos de esos mapas holoárquicos, los holones parecían *crecer* a medida que el desarrollo progresaba mientras que, en otros, en cambio, parecían *menguar* (todavía no comprendía que la evolución discurre produciendo más profundidad y menos amplitud). Era algo tan confuso que, en un determinado momento, decidí dejarlo todo de lado y olvidarme porque la investigación no me estaba llevando a ningún lugar.

Cuanto más observaba las diversas holoarquías, más claro me resultaba que realmente se trataba de *cuatro tipos* de holoarquías *muy diferentes*, de cuatro tipos de secuencias holísticas completamente distintas. Tal vez, como usted dice, nadie haya reparado anteriormente en este punto porque se trata de algo estúpidamente simple, pero el hecho es que, en cualquier caso, se trataba de algo nuevo para mí. A partir del momento en que redistribuí las distintas holoarquías en estos cuatro grupos todo pareció cobrar sentido. Entonces fue cuando comprendí que la holoarquía de cada grupo se ocupaba, en realidad, del mismo territorio aunque globalmente considerado dispongamos, por así decirlo, de cuatro territorios diferentes.

P: Y a estos cuatro territorios, a estos cuatro tipos diferentes de secuencias holísticas, les llamó los cuatro cuadrantes.

KW: Sí. Esto es lo que trata de reflejar la Figura 5. 1. En la Figura 5. 2 he añadido algunos ejemplos. Debo subrayar que esta figura sólo nos ofrece unos pocos ejemplos de cada cuadrante, los suficientes, sin embargo, para permitirnos vislumbrar la idea general que estoy tratando de transmitir.

De modo que entonces me pregunté por la relación que existe entre estos cuatro tipos diferentes de holoarquía porque no podía tratarse de secuencias holísticas radicalmente diferentes sino que, de algún modo, debían estar relacionadas entre sí.

Finalmente comprendí que el fundamento de los cuatro cuadrantes es increíblemente sencillo y que simplemente se refieren a los aspectos *interior y exterior* de cada holón, tanto en sus formas *individuales* como en sus formas *colectivas*. De ahí los cuatro cuadrantes.

Superior Izquierda
(SI)
Interior-individual

13 visión-lógica
12 formop
11 conop
10 conceptos
9 símbolos
8 emoción
7 impulso
6 percepción
5 sensación
4
3
2 irritabilidad
1 aprehensión

Superior Derecha
(SD)
Exterior-individual

13 EF3
12 EF2
11 EF1
10 neocórtex complejo
9 neocórtex (cerebro trino)
8 sistema límbico
7 tronco cerebral reptiliano
6 cuerda neural
5 organismos neuronales
4 eucariotas
3 procariotas
2 moléculas
1 átomos

1 físico-pleromático
2
3 protoplásmico
4 vegetativo
5 locomotor
6
7 urobórico
8 tifónico
9 arcaico
10 mágico
11 mítico
12 racional
13 centáurico

Inferior Izquierda
(II)
Interior-Colectivo
(Cultural)

1 galaxias
2 planetas
3 sistema Gaia
4 ecosistemas heterótrofos
5 sociedades con división del trabajo
6 "
7 grupos/familia
8 "
9 tribus — recolector
10 aldeas/tribales — hortícola
11 primeras ciudades/imperios — agrario
12 nación/estado — industrial
13 planetario — informático

Inferior Derecha
(ID)
Exterior-Colectivo
(Social)

Por ese motivo sostengo que los cuatro cuadrantes representan simplemente los aspectos interior y exterior, singular y plural de todos los holones (una distinción, insisto, bien sencilla). Las cuatro holoarquías tienen, pues, que ver con aspectos reales de holones reales, y ése es el motivo por el cual aparecen reiteradamente en los diversos mapas procedentes de todos los confines del mundo.

Parece, pues, que las cuatro esquinas del Kosmos constituyen una realidad muy fundamental.

Lo intencional y lo conductual

P: Veamos algunos ejemplos.

KW: Muy bien. Las Figuras 5. 1 y 5. 2 nos muestran los cuatro cuadrantes, los cuadrantes *interior y exterior* de lo *individual* y de lo *colectivo.*

Podemos comenzar con los aspectos interior y exterior del holón individual, en otras palabras, con el cuadrante superior izquierdo y con el cuadrante superior derecho (dos cuadrantes representados más detalladamente en la Figura 5. 3).

Si se fija en la primera columna de la derecha podrá ver la holoarquía que nos ofrece cualquier manual de biología. Cada nivel trasciende pero incluye a sus predecesores; cada uno incluye lo esencial de los niveles anteriores pero le agrega sus propias características distintivas, sus propios emergentes, cada uno sigue los veinte principios, etcétera.

No le resultará difícil advertir que todas ésas son descripciones *externas,* que ése es el aspecto que presentan los holones considerados desde un punto de vista externo objetivo y empírico. Así pues, cualquier texto científico le brindará una detallada descripción del sistema límbico, de sus componentes, de su bioquímica, del momento y la forma en que evolucionó, de las relaciones que mantiene con otras partes del organismo, etcétera. Y también es muy probable que descubra ahí que el sistema límbico (ya se trate del sistema límbico de un caballo, de un ser humano o de un simio) constituye el asiento de ciertas *emociones* fundamentales, como el sexo, la agresividad, el miedo y el deseo.

aprehensión	átomos
irritabilidad	células (genética)
sensación rudimentaria	organismos metabólicos (por ejemplo, plantas)
sensación	organismos protoneurales (por ejemplo, celentéreos)
percepción	organismos neuronales (por ejemplo, anélidos)
percepción/impulso	cuerda neural (peces/anfibios)
impulso/emoción	tronco cerebral (reptiles)
emoción/imagen	sistema límbico (paleomamíferos)
símbolos	neocórtex (primates)
conceptos	neocórtex complejo (seres humanos)
SUPERIOR IZQUIERDO	SUPERIOR DERECHO

Figura 5. 3. El interior y el exterior del individuo

Pero lo cierto es que esos libros no le ofrecerán la menor descripción de esas emociones porque las emociones pertenecen a la *experiencia interior* del sistema límbico. Las emociones y la conciencia que las acompaña son lo que cualquier holón con sistema límbico experimenta *desde dentro,* desde el *interior.* Y las descripciones científicas *objetivas* no están interesadas en la experiencia interior porque no hay modo objetivo y empírico de acceder al espacio interno. Los sentimientos sólo pueden *experimentarse* desde dentro. Cuando usted experimenta un estado de alegría interior, por ejemplo, no se dice a sí mismo -ni aun en el caso de que sea neurofisiólogo- «¡Hummm! ¡Qué día más límbico tengo», sino que describe esos sentimientos en términos íntimos, personales, emocionales *y subjetivos:* como, por ejemplo, «Me siento maravillosamente bien», «¡Qué gran cosa estar vivo!» o algo por el estilo.

Es por ello que, en la columna de la Mano Izquierda, usted puede ver una lista de algunos de los tipos básicos de *conciencia*

subjetiva o interior que se corresponden con las distintas *formas objetivas o exteriores* enumeradas en la columna de la Mano Derecha. La «irritabilidad» -la capacidad de responder activamente a los estímulos del medio- aparece con las células; las sensaciones emergen con los organismos neuronales; las percepciones con la cuerda neural; los impulsos con el tronco cerebral; las emociones fundamentales con el sistema límbico, etcétera.

Ésta es también una holoarquía, pero una holoarquía subjetiva e interna. Cada nivel trasciende pero también incluye a sus predecesores, cada uno sigue los veinte principios, etcétera. Y esta holoarquía de la izquierda, al igual que ocurre con la de la derecha, se basa en evidencias que, si usted quiere, podemos también pasar a discutir.

Pero el punto que nos interesa recalcar es que las dimensiones de la Mano Izquierda se refieren al interior, a esa *profundidad interna* que es la *conciencia* misma.

P: Usted decía antes que profundidad es conciencia o, lo que es lo mismo, que la conciencia es la apariencia de lo profundo visto desde dentro.

KW: Exactamente. La Mano Izquierda refleja lo que los holones parecen desde dentro mientras que la Mano Derecha refleja lo que los holones parecen desde fuera. Interior y exterior, conciencia y forma, subjetivo y objetivo.

P: Y nosotros estamos más familiarizados con el cuadrante superior derecho simplemente porque forma parte del mapa científico estándar, objetivo y empírico.

KW: Sí. Y podemos dar por sentado que se trata de un mapa suficientemente exacto, puesto que funciona. Este mapa nos ofrece la holoarquía típica de los holones individuales descrita en términos objetivos: desde los átomos hasta las moléculas, las células (primero rudimentarias, o procariotas, y luego más avanzadas o eucariotas); los organismos simples (comenzando con una red neural y prosiguiendo luego con una cuerda neural más avanzada); después los organismos más complejos (desde los reptiles hasta los paleomamíferos) y finalmente los seres humanos (que

poseen un complejo cerebro trino que incluye un tronco *reptiliano,* un sistema límbico *paleomamífero* algo más nuevo y un complejo *neocórtex* capaz de sustentar la lógica abstracta y lingüística y la visión lógica, que trasciende e incluye a sus predecesores). (En la Figura 5. 2 he incluido también la existencia de capacidades más complejas -que explicaré más adelante - a las que he denominado EF1, EF2, EF3.)

No tenemos por qué coincidir plenamente con la ubicación exacta de todo lo que presentamos en la Figura 5. 3 pero la mayoría de los autores estaría de acuerdo en que *algo* así es lo que ocurre.

Lo cultural y lo social

P: Hemos hablado de la mitad superior del diagrama, la individual, pero ¿qué ocurre con la mitad inferior, la colectiva?

KW: Los holones individuales *sólo* existen en una *comunidad* de holones de análoga profundidad. Para ello debemos examinar cuidadosamente las dos columnas de la Figura 5. 3 y descubrir los tipos de holones *comunales* que están siempre asociados a los holones *individuales.*

P: Y este aspecto comunal tiene siempre una faceta interior y una faceta exterior que se corresponden con el cuadrante inferior izquierdo y con el cuadrante inferior derecho.

KW: Sí.

P: A los que usted denomina «lo cultural» y «lo social».

KW: Sí. «Lo cultural» se refiere al conjunto de significados, valores e identidades *interiores* que compartimos con quienes participan de una comunidad similar a la nuestra, ya se trate de una comunidad tribal, de una comunidad nacional o de una comunidad mundial. Y «lo social», por su parte, se refiere a las *formas* materiales e institucionales externas de la comunidad (su fundamento tecno-económico, sus estilos arquitectónicos, sus códigos de escritura y el tamaño de sus poblaciones, por ejemplo).

Así pues, hablando en términos muy generales, «lo cultural» tiene que ver con la *visión del mundo* que compartimos colectivamente y «lo social», en cambio, con el *fundamento material* de esa visión del mundo. (Evidentemente, ahora estoy hablando de la forma en que se presenta en los holones humanos, luego hablaremos de lo que ocurre en el caso de los holones no humanos.) Social significa, pues, cualquier componente objetivo, concreto y material, y especialmente el componente tecno-económico (al que hemos calificado como recolector, hortícola, agrario, industrial, etcétera) y las estructuras geopolíticas (ideas, estados, federaciones mundiales, etcétera). Todos ellos, como muestra la Figura 5. 2, ejemplifican las formas externas de lo colectivo.

P: Creo que esto queda ya suficientemente claro. Pasemos ahora a hablar de los holones no humanos, de los que difícilmente pensamos que posean una visión del mundo, un espacio o una cultura común.

KW: Si la conciencia es profundidad y si la profundidad aparece en todo el camino hacia abajo, ellos también comparten profundidad todo el camino hacia abajo... también existe una cultura todo el camino hacia abajo.

P: ¿Perdón?

KW: Dicho en otras palabras, si los holones comparten exterioridad, también comparten interioridad.

P: «Cultura», por así decirlo.

KW: Así es. Y por cultura o espacio del mundo de los holones, simplemente me refiero al espacio común al que ellos *pueden* responder. Los quarks no responden a todos los estímulos presentes en el medio sino que sólo *registran* el estrecho rango de lo que tiene significado para ellos, de lo que les *afecta*. Los quarks (al igual que todos los holones) sólo responden a lo que *se ajusta a su espacio del mundo*, todo lo demás constituye un territorio extraño que les es ajeno. El estudio de aquello a lo que los holones *pueden* responder es el estudio de los espacios del mundo que comparten, es el mundo común al que todos los holones de similar profundidad pueden responder, es, en suma, su cultura compartida.

P: Muy bien. Veamos ahora algún ejemplo.

KW: Las culturas no humanas pueden ser muy sofisticadas. Los lobos, por ejemplo, comparten un espacio emocional. Todos ellos poseen un sistema límbico cuyo correlato interior son ciertas emociones básicas. Un lobo se orienta a sí mismo y a sus semejantes mediante el uso de cogniciones emocionales básicas que no son de un rango reptiliano y sensoriomotor sino afectivo. Recuerde que los lobos pueden cazar y agruparse en manadas gracias a que utilizan un sistema de señales muy sofisticado. No le extrañe, pues, que diga que comparten un espacio emocional.

Pero todo lo que cae *fuera* de ese espacio *no es registrado* por ellos. Quiero decir que usted puede leerles *Hamlet* pero no, por ello, conseguirá que le entiendan. Para ellos, usted *y Hamlet* no serán más que comida por la que disputar.

El asunto es que un holón sóld responde *-de hecho, sólo puede responder-* a aquellos estímulos que caen dentro de su espacio, que se ajustan a su visión del mundo. Cualquier otra cosa es como si no existiera para ellos.

P: Y lo mismo ocurre en el caso de los seres humanos.

KW: Efectivamente, lo mismo ocurre en el caso de los seres humanos. En la época en que la evolución alcanza el neocórtex (el complejo cerebro trino, con sus correlatos internos, las imágenes, los símbolos y los conceptos), su espacio fundamental se ha articulado en sofisticadas estructuras cognitivas. Estas visiones del mundo *incorporan* los componentes fundamentales de los espacios del mundo anteriores -como la irritabilidad celular, los instintos reptilianos y las emociones de los paleomamíferos- pero les *agregan* nuevos componentes que articulan y desarrollan nuevas visiones del mundo.

Recordemos que, en cada uno de esos estadios, el Kosmos parece diferente porque, de hecho, *es* diferente y que, en cada uno de los estadios, el Kosmos se ve a sí mismo con nuevos ojos y se abre a nuevos mundos anteriormente inexistentes.

Estos espacios culturales del mundo son los que he enumera-

do en la parte inferior izquierda de la Figura 5. 2. Y como usted puede ver, evolucionan de lo físico a lo vegetativo y reptiliano («urobórico» o serpentino), lo límbico-emocional («tifónico»), lo específicamente homínido y lo propiamente humano, atravesando así una serie de estadios diferentes (arcaico, mágico, mítico, racional, centáurico [o existencial]) con la posible existencia de estadios superiores todavía sin desplegar.

Y estas distintas visiones del mundo están ligadas a las formas *exteriores* de las distintas *estructuras sociales* que sostienen a cada una de las visiones del mundo y a los individuos que las componen (una vez más todo el camino hacia abajo). Por ejemplo, desde el procariótico sistema de Gaia a las sociedades basadas en la división del trabajo (los organismos neuronales), los grupos/familias de los paleomamíferos y las formas más humanas de las tribus *recolectoras, las* aldeas *hortícolas, los* imperios *agrarios, los* estados *industriales y* las federaciones *informáticas* globales. Esta es la secuencia completa que nos muestra la evidencia disponible, hasta el momento, sobre el cuadrante inferior derecho.

P: ¿Y estos cuatro cuadrantes están relacionados entre sí del mismo modo?

KW: Del modo que usted quiera. El hecho es que no es posible reducir ningún cuadrante a otro. Yo tengo mi propia opinión a este respecto pero ahora no es el momento de exponerla. Sólo quisiera subrayar, a modo de *generalización orientadora,* que no es posible reducir ninguno de estos cuadrantes a otro sin violentarlos y distorsionarlos. Debemos, pues, dar por sentado que cada uno de ellos posee su propia integridad y que ciertamente se interrelacionan, interactúan o tienen correlatos en los demás. Con esto nos bastará para seguir adelante. Creo que cuando hablemos de las diferentes verdades propias de cada cuadrante comprenderá más claramente lo que quiero decir.

A modo de ejemplo

P: En algún momento, usted ha utilizado el ejemplo de un pensamiento, de un holón pensamiento, y ha dicho que no se trata simplemente de «un» pensamiento que exista aisladamente sino que tiene sus correlatos en los cuatro cuadrantes. Me gustaría que se explayara brevemente en ese ejemplo.

KW: Muy bien. Supongamos que tengo el pensamiento de ir a la tienda de comestibles. Cuando tengo ese pensamiento lo que realmente estoy experimentando es el pensamiento mismo, el pensamiento interior y su significado, los símbolos, las imágenes, la idea de ir a la tienda, todo lo cual tiene que ver con el cuadrante superior izquierdo.

Pero cuando estoy experimentando ese pensamiento también están teniendo lugar cambios correlativos en mi cerebro (un aumento en la secreción de dopaminá, presencia de acetilcolina en el espacio intersináptico que permite la transmisión del impulso nervioso, un aumento de las ondas beta cerebrales o lo que fuere). Todas ésas son conductas observables de mi cerebro, algo que puede ser contemplado empíricamente desde el exterior y que puede ser registrado científicamente. Y todo eso tiene que ver con el cuadrante superior derecho.

Ahora bien, ese pensamiento interno sólo cobra sentido en el contexto de un determinado sustrato cultural. Si yo hablara un lenguaje diferente mi pensamiento estaría compuesto por símbolos distintos y también tendría significados diferentes. Si yo viviera en una sociedad tribal de hace un millón de años, ni siquiera podría pensar en «ir a la tienda de comestibles» sino que tal vez pensara que «ha llegado el momento de matar al oso». El hecho es que mis pensamientos individuales emergen en un determinado *sustrato cultural* que los articula y les da significado. De hecho, si no existiera en el seno de una comunidad de individuos con quienes hablo, ni siquiera podría «hablar conmigo mismo».

Así pues, la comunidad cultural impone un determinado *sustrato intrínseco* a cualquiera de mis pensamientos individuales.

Los pensamientos no brotan en mi cabeza procedentes de la nada sino que lo hacen en un determinado sustrato cultural y, aunque yo tratase de ir más allá de ese sustrato, jamás podré escapar completamente de él (en realidad, ni siquiera hubiera podido articular ningún tipo de pensamiento). Los casos ocasionales de «niños lobos» -humanos nacidos y criados en la selva- demuestran claramente que el cerebro humano aislado de un entorno cultural no produce pensamientos lingüísticos por sí solo. El yo no es, en modo alguno, la mónada autónoma y autogenerada que suponía la Ilustración.

Mis pensamientos individuales, en suma, sólo existen en el marco de un amplio sustrato de prácticas, lenguajes y significados culturales sin el cual no podría articular el menor pensamiento individual. Y este amplio sustrato es mi cultura, mi visión cultural del mundo, mi espacio, todo lo cual tiene que ver con el cuadrante inferior izquierdo.

Pero la misma cultura tampoco es algo desencarnado que cuelgue idealmente en medio de ninguna parte sino que tiene *componentes materiales* (del mismo modo que mis pensamientos individuales tienen componentes materiales cerebrales). Todo evento *cultural* tiene su correlato *social, y* estos componentes sociales concretos son las modalidades tecnológicas, las fuerzas de producción (hortícola, agraria, industrial, etcétera), las instituciones concretas, los códigos y pautas escritas, las ubicaciones geopolíticas (aldeas, poblados, estados, etcétera), etcétera. Y estos componentes sociales materiales, es decir, empíricamente observables -el *sistema social* real-, resultan cruciales a la hora de determinar los tipos de visión cultural del mundo.

Así pues, mis supuestos «pensamientos individuales» presentan, al menos, cuatro facetas, cuatro aspectos: intencional, conductual, cultural y social. Y usted puede dar vueltas como quiera a este círculo: el sistema social influye en la visión cultural del mundo, que impone los límites a los pensamientos individuales que usted pueda tener, los cuales, a su vez, tendrán sus propios correlatos en la fisiología cerebral. El hecho es que todos los cuadrantes están relacionados entre sí, todos son mutuamente determinantes, todos son causa y, a su vez, efecto de los otros tres.

P: Porque todos los holones presentan esas cuatro facetas, los cuatro cuadrantes.

KW: Así es. Cada holón participa de estos cuatro aspectos, de estos cuatro cuadrantes. No se trata de que un holón determinado exista en uno u otro de estos cuadrantes, sino de que cada holón comparte estos cuatro cuadrantes, estos cuatro aspectos. Es como un diamante que tuviera cuatro facetas, cuatro caras.

Obviamente, las cuatro facetas son muy complejas y se hallan muy entremezcladas, pero son, al menos, cuatro. Cuatro es el número *mínimo* que debemos utilizar para comprender cualquier holón. Y esto es especialmente válido en el caso de las transformaciones superiores, de los estados superiores de conciencia, que pronto veremos.

La forma de las cosas por venir

P: Comenzamos esta discusión hablando de las transformaciones, en general, y de cualquier posible transformación venidera, en particular.

KW: Esta transformación está ya teniendo lugar, con usted o sin usted, conmigo o sin mí, pero si queremos participar en ella, si queremos descubrir estas corrientes evolutivas operando en nuestro propio ser -si queremos colaborar conscientemente con el Espíritu-en-acción-, los cuatro cuadrantes pueden ayudarnos a orientarnos más eficazmente, a tornarnos más conscientes de lo que ya está ocurriendo, de la corriente que ya fluye a nuestro alrededor, a través de nosotros y dentro de nosotros mismos.

Podríamos decir que el Espíritu se manifiesta como los cuatro cuadrantes. El Espíritu no es una especie de Yo superior, de Gaia o de conciencia, no es la red de la vida, la suma total de todos los fenómenos objetivos o una especie de conciencia trascendental. El Espíritu existe en y como los cuatro cuadrantes, los cuatro

puntos cardinales, como si dijéramos, del Kosmos conocido, que son necesarios para navegar con seguridad.

Supongo que queremos hablar de cómo será la próxima transformación -de cómo serán los estadios espirituales superiores-, de cómo emergerán y se manifestarán en los cuatro cuadrantes. ¿Qué es un Yo superior? ¿Qué es un funcionamiento cerebral más elevado? ¿En qué consistirá la transformación del cuerpo y de la mente? ¿Qué aspecto tendrá una cultura más elevada o más profunda? ¿De qué modo se integrará todo ello en un sistema social? ¿Qué aspecto asumirá una conciencia más profunda? ¿Cómo se asentará todo esto en nuevas instituciones sociales? ¿Dónde se hallará ahí lo sublime?

¿Cómo podemos participar simultáneamente en todos esos cuadrantes sin centrarnos exclusivamente en el Yo, en Gaia o en la federación mundial? Porque todo esto emergerá en conjunto o no lo hará en modo alguno.

P: Como si se tratara de un solo bloque.

KW: Así es, como si se tratara de un solo bloque. Los estadios superiores o más elevados del desarrollo de la conciencia presentan pautas más profundas y amplias en el yo, en la conducta individual, en la cultura y en la sociedad - institucional, conductual, cultural y social-, en los cuatro cuadrantes.

Y si no tenemos todo esto en cuenta la transformación comenzará sin nosotros. La transformación ocurrirá -está, de hecho, ocurriendo- pero nosotros seguiremos apoltronados en nuestro cuadrante favorito, explicando a quien quiera escucharnos que somos los poseedores del nuevo paradigma, mientras la transformación zarpa sin nosotros. No tener en cuenta los cuatro cuadrantes supone negarse a participar en las fuerzas que ya están en juego. Pero, de ese modo, entraremos renqueando en el futuro, con una sonrisa impostada y sin haber activado estas corrientes en nuestro propio ser, con lo cual terminaremos naufragando y quedaremos varados en la orilla de este extraordinario torrente. Si confundimos nuestras muletas con la liberación teminaremos entrando heridos en el futuro.

6. LAS DOS MANOS DE DIOS

P: La verdad os hará libres pero, como usted acaba de señalar, ¡cada cuadrante encierra un tipo diferente de verdad!

KW: Sí, pero ésa es, en realidad, una buena noticia, porque el hecho de reconocer y comprender las diferentes verdades puede sintonizamos más adecuadamente con el Kosmos, una sintonización que puede terminar conduciéndonos incluso a la armonización con el Todo, a la misma conciencia kósmica. ¿Le parece algo muy difícil? Porque el hecho es que tal vez no lo sea, tal vez se trate de algo muy sencillo. Pero, en mi opinión, para que estas diferentes verdades puedan llegar a hablarnos y expresarse a través nuestro, antes tenemos que llegar a comprenderlas.

Estas verdades están detrás de gran parte de la gran revolución postmoderna y constituyen la clave que nos permite acceder a las dimensiones interiores y trascendentes; ellas nos hablan elocuentemente en el lenguaje de los dioses y de los ángeles ocultos; ellas apuntan, en general, al mismo corazón de los holones y nos invitan a adentramos en el mundo interno; son el antídoto al mundo chato y descolorido de la actualidad. Podríamos llegar incluso a decir que estos cuatro tipos de verdad son los cuatro rostros que asume el Espíritu en el mundo manifiesto.

P: No me negará que se trata de algo muy complejo.

KW: En realidad es lo más gozoso que puede llegar a experimentar el ser humano. Pero hay una forma muy fácil de resumir todo esto y pronto le resultará sencillo, muy sencillo.

Veamos, mientras tanto, la Figura 6. 1, que constituye una pequeña muestra de los teóricos cuyas verdades concretas se han circunscrito a un determinado cuadrante. Será útil, en este sentido, ver algunos ejemplos de cada uno de ellos.

La mente y el cerebro

P: Muy bien, comencemos, pues, por ahí. Usted ha ubicado a la mente -a la experiencia vivida, a las imágenes, los símbolos, los sentimientos y los pensamientos- en el cuadrante superior izquierdo y al cerebro en el cuadrante superior derecho. ¿Con ello quiere decir, acaso, que el cerebro y la mente no son lo mismo?

KW: Aunque admitamos que se trata de aspectos íntimamente relacionados no cabe la menor duda de que, por el momento al menos, también son diferentes en muchos -y muy importantes - sentidos. Lo único que he hecho ha sido tener en cuenta estas diferencias y tratar de explicarlas.

Cuando los neurofisiólogos, por ejemplo, estudian el cerebro humano, se ocupan del estudio de sus distintos componentes objetivos, la estructura neuronal, los diversos tipos de sinapsis, los neurotransmisores (como la serotonina y la dopamina, por ejemplo), las pautas de ondas electroencefalográficas, etcétera. Pero todos ésos son aspectos *objetivos, o externos,* del ser humano y, aunque el cerebro se halle en el «interior» del organismo humano, el neurofisiólogo sólo puede llegar a conocerlos de un modo objetivo y externo.

Pero usted no puede ver su cerebro como un objeto a menos que abra su cráneo y utilice un espejo. Ésa sería la única forma en la que podría verlo. Lo que sí puede hacer es ver y experimentar directamente su *mente* ahora mismo de un modo íntimo e inmediato. La mente es la apariencia *interna* de su conciencia mientras que el cerebro, en cambio, constituye su apariencia *externa.*

P: Y ambos aspectos no se parecen en nada.

KW: Así es. Su cerebro se asemeja a un gran pomelo arrugado, pero su mente no tiene -ni remotamente- ese aspecto, su mente se parece a lo que está experimentando ahora mismo (imágenes, impulsos y pensamientos). Tal vez terminemos concluyendo que la mente y el cerebro son casi idénticos, que son facetas paralelas, dualistas, o lo que fuere, pero no podemos negar que, fenomenológicamente hablando, se trata de dos aspectos completamente distintos.

P: ¿Pero qué me dice de la idea de que realmente son lo mismo aunque todavía no hayamos llegado a descubrirlo?

	CAMINOS DE LA MANO IZQUIERDA	CAMINOS DE LA MANO DERECHA
	• Interpretativo • Hermenéutico • Conciencia	• Monológuico • Empírico, positivista • Forma
INDIVIDUAL	Freud C.G. Jung Piaget Aurobindo Plotino Gautama Buda	B.F. Skinner John Watson John Locke Empirismo Conductismo Biología molecular, neurología, etcétera
COLECTIVA	Thomas Kuhn Wilhelm Dilthey Jean Gebser Max Weber Hans-Georg Gadamer	Teoría de sistemas Talcott Parsons Auguste Comte Karl Marx Gerhard Lenski

Figura 6. 1. Algunos teóricos representativos de cada cuadrante

KW: Un experto del cerebro, un neurofisiólogo, por ejemplo, puede llegar a saberlo todo sobre mi cerebro, puede conectarme a un electroencefalógrafo, puede hacerme un escáner TEP [tomografía de emisión de positrones], puede marcar determinadas zonas con trazadores radiactivos, puede cartografiar mi fisiología, verificar la tasa de neurotransmisores, puede llegar, en suma, a saber lo que está haciendo cada átomo de mi cerebro y, aun así, ignorar hasta el más sencillo de mis pensamientos.

Se trata de algo realmente extraordinario porque, en el caso de que quisiera saber lo que está ocurriendo en mi *mente, sólo* tendría una forma de saberlo, *preguntármelo.* No existe, absolutamente ninguna otra forma de que alguien pueda saber cuáles son mis pensamientos a no ser que me lo pregunte, que hable y se comunique conmigo. Y si yo no quiero decírselo, jamás llegará a saber el contenido concreto de mis pensamientos. Evidentemente, puede torturarme y forzarme a decírselo pero, aun en ese caso, el hecho seguirá siendo el mismo porque, para ello, deberá obligarme *a hablar.*

Así pues, usted puede llegar a saberlo todo sobre mi cerebro y, sin embargo, ignorarlo todo sobre los contenidos concretos de mi mente porque, para conocer esos contenidos, tendrá que hablar conmigo. En otras palabras, deberá implicarse en un *diálogo* -no en un monólogo-, deberá comprometerse en un intercambio *intersubjetivo y* dejar de estudiarme como un *objeto* de investigación empírica, como un objeto de su mirada empírica.

Como veremos claramente más adelante, la mirada empírica, la mirada «monológuica», la mirada objetivadora, el mapeado empírico, nos permite acceder a todas las dimensiones de la Mano Derecha porque, en tal caso, usted sólo está estudiando el exterior, la superficie, la vertiente de la Mano Derecha de los holones (como ocurre, por ejemplo, en el caso del cerebro).

Pero sólo podrá acceder a las dimensiones propias de la Mano Izquierda, a las dimensiones *interiores,* a través de la comunicación y la interpretación, a través del «diálogo» y de la aproximación «dialóguica», que no consiste tanto en *contemplar* exterioridades como en *compartir* interioridades. No tanto, pues, objetividad como intersubjetividad, no tanto superficies como profundidades.

Ésa es la razón de que, por más tiempo que estudie mi cerebro, jamás podrá llegar a conocer mi mente. El estudio objetivo tal vez le permita conocer mi cerebro pero sólo podrá llegar a conocer mi mente hablando conmigo.

El camino de la Mano Izquierda y el camino de la Mano Derecha

P: Lo cual nos lleva directamente a las diferencias existentes entre el camino de la Mano Izquierda y el camino de la Mano Derecha.

KW: Así es. Casi desde el mismo comienzo del surgimiento de cualquier gran búsqueda de conocimiento, las diversas aproximaciones -tanto orientales como occidentales - han caído en uno u otro de estos dos grandes campos, interior versus exterior, izquierda versus derecha. ¡Y esto es algo que podemos advertir tanto en el dominio de la psicología (Freud versus Watson), como en el de la sociología (Weber versus Comte), la filosofía (Heidegger versus Locke), la antropología (Taylor versus Lenski), la lingüística (hermenéutica versus estructuralismo) e incluso la teología (Agustín versus Tomás de Aquino)!

Existen también unas pocas aproximaciones que tienen en cuenta tanto las dimensiones de la Mano Izquierda como las de la Mano Derecha -lo cual sería evidentemente mi recomendación- pero, en la mayor parte de los casos, nos encontramos con una enconada lucha entre estos dos enfoques igualmente importantes aunque raramente integrados. En mi opinión, ambos enfoques son absolutamente indispensables para nuestra comprensión de la condición humana y resulta absolutamente crucial comprender la distinta aportación realizada por cada uno de ellos.

Como pronto veremos, resulta casi imposible comprender el desarrollo espiritual superior sin tener en cuenta ambos caminos.

La mirada monológuica: La clave del camino de la Mano Derecha

P: Vayamos paso a paso. Comencemos con el camino de la Mano Derecha...

KW: Todo lo que existe en la Mano Derecha, todos los aspectos de la mitad derecha de la Figura 5. 2, son objetos, exterioridades que pueden ser vistas empíricamente, de una forma u otra, con los sentidos o con sus extensiones (los microscopios, los telescopios, el equipamiento fotográfico, etcétera). Todas ellas son *superficies* que pueden ser *vistas,* todas tienen localización simple y usted no tiene que *hablar* con ninguna de ellas. Usted puede observar su *conducta objetiva,* como lo hace cuando observa la conducta de los átomos, de las células, de las poblaciones, de los individuos, de las sociedades o de los ecosistemas.

P: Al que también podría calificarse como camino «monológuico».*

KW: Si, todos los aspectos de la Mano Derecha son fundamentalmente monológuicos, lo cual significa que pueden ser vistos en un monólogo. Usted no tiene que acceder a su interioridad, a su conciencia, no requiere de un *diálogo* ni de un intercambio mutuo de profundidades porque sólo está observando exterioridades.

Si están haciendo un TAC [tomografía axial computerizada] de su cerebro, por ejemplo, los técnicos de laboratorio sólo hablarán con usted en el caso de que resulte imprescindible. «¿A su mente le importaría mover un poco la cabeza hacia este lado?» Los técnicos no se ocupan de su profundidad interior porque lo único que les interesa es su superficie externa (aun en el caso de que esa superficie se halle «dentro» de usted). ¿Acaso cuando los técnicos de laboratorio están tomando esta imagen objetiva de su cerebro le ven a usted de algún modo?

No, usted no está siendo tratado como un *sujeto* de la *comunicación* sino como un mero *objeto* de *la observación monológuica y* eso es precisamente lo que convierte a la medicina empírica en algo tan deshumanizado. El técnico de laboratorio no está interesado en los aspectos de la Mano Izquierda (ni en su conciencia, sus sentimientos, sus significados, sus valores, sus intenciones, sus esperanzas y sus miedos), sino tan sólo en los de la Mano Derecha. Su único interés son los hechos, la exterioridad, lo cual es algo adecuado y completamente comprensible. Ése es su cerebro.

Pero lo cierto es que, de ese modo, jamás podrán llegar a ver su mente.

P: Las feministas se quejan de ser un objeto de la mirada masculina.

KW: Exactamente. Las mujeres se quejan de ser consideradas como un objeto -un objeto sexual, en este caso- de la mirada masculina. El hecho, en realidad, es el mismo, la misma mirada monológuica que le reduce de sujeto de comunicación a objeto de observación, una mera loncha de carne, un objeto carente de profundidad. «Él nunca me habla», suelen decir las mujeres casadas, y es comprensible que se rebelen ante eso y, del mismo modo, los hombres, por su parte, se ven convertidos en objetos pasivos cuando su única misión se ve reducida a la solución de cuestiones prácticas.

No hay nada erróneo en el camino empírico y científico de la Mano Derecha, lo único que tenemos que decir al respecto es que sólo nos proporciona una visión parcial. Vivir exclusivamente en función de la Mano Derecha es como vivir perpetuamente bajo la mirada de un técnico de laboratorio, mero empirismo, observa-

* He elegido los términos monológuico, dialóguico y transióguico -en lugar de monológico, dialógico y translógico- porque considero que transmiten más claramente el doble sentido que Wilber les otorga refiriéndose, al mismo tiempo, al tipo de lógica subyacente y a la modalidad de comunicación característica de cada una de ellas *(N. del T.).*

ción monológuica, conductismo, superficies brillantes y objetos monocromos carentes de interioridad, de profundidad y de conciencia.

No quisiera ahora adelantar acontecimientos pero sí me gustaría mencionar brevemente que la tragedia del paradigma de la Ilustración fue precisamente que, en su empeño empírico, terminó reduciendo las dimensiones de la Mano Izquierda del Kosmos a las dimensiones de la Mano Derecha, convirtiendo así a las profundidades interiores en meras superficies externas, con lo cual llegó a la conclusión de que el único conocimiento que merecía la pena era el *simple cartografiado* de la exterioridad empírica y, en consecuencia, dejó de lado al mismo cartógrafo -la conciencia, el interior, las dimensiones de la Mano Izquierda- que, uno o dos siglos después, despertó horrorizado en un universo sin valor, en un universo sin significado, sin profundidad, sin cualidades, en el universo descualificado gobernado por la observación monológuica, en el mundo inhumano del técnico de laboratorio.

Y ahí fue donde comenzó la revolución postmoderna.

La interpretación: La clave del camino de la Mano Izquierda

P: Esto forma parte de nuestra próxima discusión (ver Capítulo 7). Por el momento, sigamos hablando de las diferencias existentes entre los caminos de la Mano Izquierda y de la Mano Derecha.

KW: Muy bien. Si volvemos ahora nuevamente a la Figura 5.2, advertirá que cualquiera de los holones de la Mano Derecha puede ser abordado desde una perspectiva empírica. Todos ellos poseen una *localización simple* porque ése es el correlato físico-material de todos los holones. Eso es lo que ocurre con cada aspecto de la Mano Derecha, podemos señalarlo y decir «aquí está», podemos tocarlo con el dedo, por así decirlo. Aquí está el cerebro, aquí está la célula, aquí la ciudad y aquí el ecosistema. ¡Hasta es posible determinar la ubicación más probable de una determinada partícula subatómica en un momento dado!

Pero no es posible hacer nada de eso con ninguno de los aspectos de la Mano Izquierda porque éstos *carecen de localización simple.* Se puede señalar el cerebro, una roca o una ciudad pero no es posible hacer lo mismo con la envidia, el orgullo, la conciencia, el valor, la intención o el deseo. ¿Qué es el deseo? Trate de señalarlo y verá que no puede hacerlo del mismo modo que puede apuntar a una roca porque el deseo es una dimensión *interna y* carece, por tanto, de *localización simple.*

¡Pero eso no significa que no sea real! Tan sólo significa que carece de localización simple y, en consecuencia, es invisible al microscopio, al telescopio o a cualquiera de los artilugios a los que suele recurrir la ciencia empírico-sensorial.

P: ¿Cómo podemos, pues, acceder, o «ver», esa profundidad interior?

KW: Aquí es donde entra en escena la *interpretación.* Todos los caminos de la Mano Derecha requieren de la percepción, mientras que todos los caminos de la Mano Izquierda requieren de la interpretación.

Y para ello existe una razón muy sencilla puesto que las superficies pueden ser vistas pero las profundidades deben ser interpretadas. Cuando usted y yo estamos hablando, usted no mira una superficie, un rostro sonriente, un objeto empírico. Usted no observa lo que yo hago, usted quiere saber lo que siento, lo que pienso, lo que está ocurriendo en mi interior, en mi conciencia.

Por esa razón me formula ciertas preguntas. «¿Qué está ocurriendo? ¿Qué piensa sobre aquello? ¿Qué siente al respecto?» Y yo le digo ciertas cosas -hablamos- y usted tiene que imaginarse lo que quiero decif, usted debe *interpretar* mis palabras. Usted debe interpretar el significado concreto de cada una de mis afirmaciones. ¿Qué quiere usted decir con esto? ¡Ah, ya comprendo, usted quiere decir aquello! Y así durante todo el rato.

La única forma posible en la que usted puede acceder a mi interioridad es la interpretación. Nosotros *tenemos* que hablar y us-

ted *debe* interpretar. Esto es absolutamente imprescindible. Aunque usted fuera un gran vidente y pudiera leer los contenidos de mi mente, todavía debería imaginar el significado de mis pensamientos y, para ello, debería interpretar lo que hubiera visto.

P: Algo muy distinto a lo que ocurre con la mirada monológuica.

KW: Así es. Se trata de algo completamente diferente de la simple observación y registro de las superficies que poseen una localización simple, de los informes relativos a lo que uno puede ver, ya se trate de rocas, células, ecosistemas o componentes del cerebro. ¡La profundidad no se asienta en la superficie esperando a ser contemplada! La profundidad debe ser comunicada y la comunicación debe ser interpretada.

Es por ello que todo lo que se halla en la mitad izquierda de la Figura 5. 2 requiere de algún tipo de interpretación, puesto que la interpretación es *la única via* que nos permite acceder a la profundidad.

Existe, pues, una diferencia muy sencilla entre la derecha y la izquierda: *las superficies pueden ser vistas pero las profundidades deben ser interpretadas.*

P: ¡Y se trata, por cierto, de una distinción muy clara!

KW: Sí. Y éste es precisamente el motivo por el cual, como veremos, los caminos de la Mano Derecha están siempre preguntando: «¿Qué *hace* esto?», mientras que los de la Mano Izquierda, en cambio, preguntan: «¿Cuál es su *significado?*».

Esto es extraordinariamente importante porque nos ofrece dos abordajes muy diferentes a la conciencia y a su comprensión. Ambos caminos tienen contribuciones muy importantes que hacer pero deben ser cuidadosamente integradas y equilibradas. Y esto, a su vez, determina la forma en que nos aproximamos a los estadios superiores del desarrollo de la conciencia, tanto en las transformaciones individuales como en las transformaciones colectivas, porque está directamente ligado a nuestra evolución espiritual.

Estamos hablando, por así decirlo, de las Manos Derecha e Izquierda de Dios, de la forma en que el Espíritu se manifiesta en el mundo. ¡Y para comprender plenamente esa manifestación necesitamos de ambas manos!

¿Qué significa este sueño?

P: Veamos algunos ejemplos de estos dos caminos. Comencemos con la psicología.

KW: El psicoanálisis constituye básicamente una aproximación interpretativa propia de la Mano Izquierda mientras que el conductismo clásico es una aproximación empírica característica de la Mano Derecha.

El título del primer gran libro de Freud *-La interpretación de los sueños-* resulta sumamente revelador, en este sentido, porque los sueños constituyen un acontecimiento interior. Los sueños están compuestos de símbolos y los símbolos sólo pueden ser comprendidos mediante la interpretación. ¿Qué es lo que *significa* un sueño? Uno de los grandes descubrimientos de Freud fue que los sueños no son incoherentes sino que poseen un significado, un significado oculto que puede ser interpretado y llevado a la luz.

La forma más sencilla de resumir a Freud sería hablar de la «curación por la palabra» - *¡el diálogo* cura! (un abordaje, por tanto, que no es monológuico sino dialóguico)- y señalar que podemos aprender a interpretar más adecuadamente nuestras profundidades. Estamos aquejados de síntomas, como la ansiedad o la depresión, que nos confunden. ¿Por qué estoy tan deprimido? ¿Qué es lo que esto significa? El psicoanálisis nos enseña a observar nuestros sueños, nuestros síntomas, nuestras depresiones y nuestras ansiedades y a comprender su significado. Y es posible aprender a interpretar todo esto de un modo que arroje luz sobre mi interioridad.

Tal vez entonces descubra que tengo una rabia oculta hacia mi padre ausente y que esa rabia se encuentra disfrazada como síntomas de depresión. Yo había malinterpretado inconscientemente esta angustia como depresión pero, a lo largo del proceso de la

terapia, aprenderé a reinterpretar más exactamente esta depresión. Entonces descubriré que «triste» significa «enojado» y deberé permanecer en contacto con ese aspecto enojado de mi profundidad, un aspecto que había tratado de ocultar de mí mismo malinterpretándolo, disfrazándolo y traduciéndolo de manera equivocada.

Y, cuanto más exactamente interprete mi profundidad y más claro me resulte que «triste» significa «enojado», más leves serán mis síntomas y menos deprimido me hallaré. Cuanto más fielmente interprete mis profundidades, menos expuesto me hallaré a su doloroso sabotaje.

P: Éste es un ejemplo, pues, de una aproximación interpretativa propia del camino individual de la Mano Izquierda, una aproximación típica del cuadrante superior izquierdo.

KW: Sí. Pero eso no sólo es aplicable al psicoanálisis. De hecho, todas las «terapias de la palabra» -desde ciertas terapias cognitivas hasta las terapias interpersonales, la terapia junguiana, la terapia gestalt y el análisis transaccional- se basan en el mismo principio de descubrir *una interpretación más adecuada de nuestra profundidad interior*, un *significado* más adecuado a mis sueños, mis síntomas, mis profundidades, mi vida y todo mi ser.

Mi vida no es un simple conjunto de eventos objetivos chatos dispuestos frente a mí como las rocas con localización simple que supuestamente contemplo hasta llegar a ver con claridad sus superficies, sino que también encierra un componente profundamente subjetivo que debo llegar a comprender e interpretar. Dicho de otro modo, no sólo tiene superficie sino que también tiene profundidad y, si bien las superficies deben ser vistas, las profundidades, en cambio, deben ser interpretadas, de modo que, cuanto más adecuadamente pueda interpretar mis propias profundidades, más transparente será mi vida, más claramente podré verla y comprenderla, menos me confundirá y menos desconcertado me hallaré ante su opacidad.

P: ¿Qué es lo que ocurre con las terapias que se ocupan del

cuadrante superior derecho? ¿Qué sucede con las aproximaciones externas a lo individual?

KW: En su caso extremo, las aproximaciones propias del cuadrante superior derecho, como el conductismo o la psiquiatría biológica, por ejemplo, no tienen absolutamente nada que ver con la interpretación, la profundidad, la interioridad y la intencionalidad. No se interesan tanto por lo que ocurre «dentro» de la «caja negra» como por la conducta observable, por lo empírico, por lo externo. De hecho, muchos de estos abordajes ni siquiera creen en la existencia de esa interioridad.

El conductismo trata simplemente de descubrir la respuesta observable que usted quiere consolidar o eliminar e intenta reforzarla o extinguirla selectivamente. Su interioridad no tiene la menor importancia y, en consecuencia, no requiere del concurso de su conciencia. El terapeuta conductista se ocupa de diseñar condicionamientos operantes que refuercen las conductas deseables y extingan las indeseables.

Algo parecido ocurre con la psiquiatría puramente biológica, en la que el terapeuta administra una determinada droga -Prozac, Xanal, Elavil- para provocar una estabilización de las pautas conductuales. Muchos psiquiatras administran la droga en la primera consulta y, a partir de ese momento, quedan periódicamente con usted -una vez al mes, pongamos por caso-, para asegurarse de que han logrado el efecto deseado. También es cierto que algunos psiquiatras se comprometerán en una pequeña charla, pero no es eso lo que ocurre en la mayor parte de los casos y nuestro interés es el de ofrecer «ejemplos puros» del cuadrante superior derecho.

El hecho es que la psiquiatría biológica pura, al igual que el conductismo puro, no requiere de su presencia, es decir, no hace el menor intento por comprender el significado de sus síntomas. En esos abordajes no existe ninguna interpretación profunda de sus afirmaciones, ningún intento de aumentar su autoconocimiento, ningún intento de explorar su profundidad interior y de llegar a una comprensión más clara de su propio ser.

P: Pero eso no supone que debamos condenar a esas aproximaciones exteriores.

KW: No, ésa sería otra equivocación, pero esta vez en sentido contrario. Todo holón presenta cuatro vertientes, todo holón participa de los cuatro cuadrantes. El empirismo y el conductismo constituyen una excelente aproximación a la vertiente externa de los holones. Y, mientras ésa sea toda su aspiración, están en lo cierto y merecen todo nuestro apoyo.

El problema, obviamente, es que ese abordaje no da para mucho y es muy fácil llegar a condenarlo porque no sólo niega la importancia sino hasta la *existencia* misma del resto de los cuadrantes. Para quienes sustentan ese punto de vista, la depresión no tiene que ver con la ausencia de valores o con la pérdida del sentido de la vida sino con una baja concentración de serotonina. Es por ello que le atiborrarán de serotonina pero no moverán un dedo para ocuparse de las cosas que realmente le interesan.

En otras palabras, mi depresión puede estar interiormente causada por el abandono de mi padre ausente que puede ir acompañado por el correlato externo de un bajo nivel de serotonina en el cerebro. En tal caso, el Prozac podrá, hasta cierto punto, compensar el desequilibrio de serotonina -lo cual resulta muy adecuado y, en ocasiones, sumamente beneficioso-, pero el hecho es que eso no me ayudará lo más mínimo a comprender mi sufrimiento interior, *a interpretarlo* de un modo que tenga sentido para mí y me ayude a ser transparente ante mí mismo. Es por ello que, si usted no está interesado en comprender su profundidad, el Prozac puede ayudarle a conseguir sus objetivos.

Pero si lo que usted realmente desea es comprender sus profundidades e interpretarlas más adecuadamente, entonces tendrá que *hablar con* alguien que conozca esas profundidades y haya ayudado a otros a interpretarlas más adecuadamente. Ese diálogo intersubjetivo con un terapeuta le ayudará a recorrer el camino que conduce a una interpretación más adecuada y entrar en un círculo intersubjetivo que le ayude a interpretar y articular más

claramente sus profundidades, con lo cual disminuirá su confusión y será cada vez más transparente ante sí mismo.

Y esta transparencia puede, como luego veremos, llegar a permitirle vislumbrar la Divinidad presente en su profundidad más honda. Pero, en cualquiera de los casos, nada de esto se develará ante usted si sigue insistiendo en aferrarse a las meras superficies.

La ciencia social versus la comprensión cultural

P: ¿Y qué ocurre con lo colectivo? ¿Qué ocurre con las aproximaciones propias del camino inferior izquierdo e inferior derecho, los aspectos *cultural y social,* respectivamente? ¿Uno es interpretativo y el otro empírico?

KW: Sí. La sociología, al igual que la psicología, se ha dividido, casi desde su mismo origen, en dos grandes campos, el interpretativo (Mano Izquierda) y el naturalista o empírico (Mano Derecha). Uno de ellos se ocupa de investigar la cultura y los significados culturales e intenta comprender esos significados *inte nos* con una actitud *comprensiva.* El otro, en cambio, se pa del estudio del sistema social, de las estructuras y funcion s sociales *desde el exterior,* con un abordaje positivista y em frico. Es por ello que el primero se pregunta ¿qué es lo que significa?, mientras que el último está mucho más interesado en saber ¿qué es lo que usted hace?

P: Considerémoslas separadamente.

KW: La comprensión del significado *cultural es* una cuestión *interpretativa.* Para ello, usted deberá aprender el lenguaje, sumergirse en la cultura y descubrir el significado de las diferentes prácticas. Y esto es precisamente lo que hacen las ciencias culturales hermenéuticas -Wilhelm Dilthey, Max Weber, Martin Heidegger, Hans-Georg Gadamer, Paul Ricoeur, Clifford Geertz, Mary Douglas, Karl-Otto Apel, Charles Taylor y Thomas Kuhn, por nombrar sólo a algunos de sus más destacados representantes.

Todos estos abordajes implican una resonancia empática, todos ellos exigen compartir y hablar, todos son, en suma, dialóguicos e interpretativos. Su objetivo no consiste tanto en comprender la conducta externa como su significado interno. Su intención es la de penetrar en el interior de la caja negra y adentrarse en las dimensiones de la Mano Izquierda, lo cual necesariamente requiere de la interpretación.

Pero la mayor parte de las ciencias sociales *empíricas* se limitan a estudiar distantes la *conducta* de las sociedades (la tasa de nacimientos, las modalidades de producción, los estilos arquitectónicos, las tasas de suicidio, la cantidad de dinero en circulación, la demografía, los cambios migratorios, las modalidades tecnológicas, etcétera, todas ellas conductas externas, no intenciones internas). Casi todos los datos estadísticos que acabamos de señalar pueden ser recogidos sin necesidad de hablar con los nativos de esa cultura, sin la presencia de ninguna desagradable caja negra.

Es por ello que la mayor parte de estas aproximaciones son monológuicas, empíricas y conductuales. De lo que se trata es de observar la *conducta* de un «sistema social de acción», no de inquirir por el significado interior o profundo de esa cultura. Y, en la medida en que investigue significados o valores, usted estará casi completamente supeditado al sistema social. Así es como funcionan las ciencias sociales estándar positivistas, naturalistas y empíricas (August Comte, Karl Marx, Talcott Parsons, Niklas Luhmann, Gerhard Lenski, etcétera).

P: ¿En qué difieren las aproximaciones de la Mano Izquierda y de la Mano Derecha, cuando estudian, pongamos por caso, la danza hopi de la lluvia?

KW: La primera de ellas, la aproximación de la Mano Izquierda, la aproximación interpretativa, querrá saber cuál es el significado de la danza de la lluvia. ¿Cuál es el significado de esa danza para los pueblos nativos que la practican? ¿Por qué la valoran? Y, en la medida en que el investigador interpretativo se convierte en un «observador participante», él o ella comienza a comprender

que la danza de la lluvia constituye una celebración de la sacralidad de la naturaleza y una forma de pedir a la divinidad que bendiga la tierra con la lluvia. Y usted sabe esto porque es lo que le cuentan los practicantes ante su intento de comprenderles.

Los caminos de la Mano Derecha, por su parte, no tienen nada que ver con todo esto, ya que su única intención es la de descubrir la *función* con la que cumple la danza en la *conducta* global del *sistema social.* No están interesados en el significado que los nativos *atribuyen* a su danza sino en el papel que desempeña dentro del sistema global observable. Por ello, al margen de lo que digan los nativos, llegan a la conclusión de que la danza es una forma de cohesionar socialmente al sistema, en otras palabras, que la danza promueve la integración social.

P: Si no le entiendo mal, usted está diciendo que ambos enfoques son correctos.

KW: Así es. Se trata de dos abordajes distintos -uno desde la Mano Izquierda y el otro desde la Mano Derecha- al mismo holón. La Mano Izquierda trata de comprender lo que dice la danza, cuál *es* su significado, cuál es su valor intrínseco, algo que sólo puede comprenderse *desde el interior* de la cultura. La Mano Derecha, por su parte, lo que quiere comprender es lo que la danza *hace,* la *función* global con la que cumple en la *conducta* observable de un determinado sistema social, algo que sólo puede determinarse *desde el exterior* del sistema en una forma distante e imparcial. Éstos son los objetivos de los caminos de la Mano Izquierda y de la Mano Derecha.

La hermenéutica

P: «Hermenéutica» significa interpretación.

KW: Sí. La hermenéutica es el arte y la ciencia de la interpretación. La hermenéutica se originó como una forma de comprender la interpretación misma porque cuando usted interpreta un texto hay buenas y malas formas de proceder.

En general, los filósofos continentales, especialmente en Alemania y en Francia, se han interesado por los aspectos interpretativos de la filosofía, mientras que los filósofos anglosajones de Gran Bretaña y Estados Unidos han soslayado la interpretación y se han dedicado fundamentalmente a los estudios pragmáticos y empírico-analíticos. ¡La vieja disputa entre el camino de la Mano Izquierda y el camino de la Mano Derecha!

Este es el motivo por el cual Thomas Kuhn y Charles Taylor causaron tanto revuelo con su noción de paradigma (la idea de que las «teorías científicas objetivas» se hallan inmersas en contextos que determinan sus interpretaciones) y con la publicación de su ensayo titulado *La interpretación y las ciencias del hombre,* en donde Taylor demostraba la necesidad de comprender los contextos de la interpretación para comprender los movimientos culturales. El hecho es que esta visión sólo podía impactar a los filósofos anglosajones, para los que el paradigma del conocimiento es la observación monológuica: «Yo veo la roca».

Así pues, recuerde que la «hermenéutica» es la clave que nos permite adentrarnos en las dimensiones de la Mano Izquierda. La Mano Izquierda es profundidad y la interpretación es *la única forma* posible de acceder a las profundidades. Como diría Heidegger, la interpretación funciona en todo el camino de descenso para el cual el mero empirismo resulta casi completamente inútil.

P: Pero, según los empiristas, la interpretación no es objetiva y, en consecuencia, no es «realmente real».

KW: Es como estudiar *a Hamlet. Si* usted trata de estudiar empíricamente *a Hamlet* descubrirá que está compuesto de tantos gramos de tinta y de tantas resmas de papel. Eso es todo lo que podrá llegar a saber empíricamente sobre *Hamlet,* que está compuesto de equis gramos de tinta, que se halla, a su vez, compuesta de tales moléculas, compuestas, a su vez, de tales átomos... ése es todo el conocimiento que puede proporcionarle el cuadrante superior derecho.

Pero si lo que usted quiere realmente saber es *el significado* de *Hamlet* no tendrá más alternativa que leerlo, sumergirse en una interpretación subjetiva e *interpretar su* significado.

Y está claro que éste no es un asunto meramente objetivo (lo cual, por otra parte, no significa que se trate de una mera fantasía subjetiva). Y esto es muy importante, porque los científicos empíricos insisten de continuo en que si algo no es empíricamente cierto no es verdad en modo alguno. Pero el hecho es que la interpretación no es una fantasía subjetiva, el hecho es que hay buenas interpretaciones de *Hamlet y* que hay malas interpretaciones de *Hamlet. Hamlet* no tiene nada que ver, por ejemplo, con las alegrías de la guerra, ésa sería una mala interpretación, una interpretación errónea.

P: ¿Existen criterios para validar las interpretaciones?

KW: Efectivamente. El hecho de que las dimensiones de la Mano Izquierda posean una faceta fuertemente interpretativa no significa que sean arbitrarias, que carezcan de todo fundamento o que no sean más que meras fantasías subjetivas. Hay buenas interpretaciones y hay malas interpretaciones, hay interpretaciones correctas e interpretaciones falsas o incorrectas, interpretaciones más adecuadas e interpretaciones más inadecuadas.

Y esto sólo puede determinarlo la comunidad de quienes compartan el mismo nivel de profundidad. Como suelo decir, *Hamlet no* significa «que tenga usted un buen día», una interpretación que sería fácilmente *rechazada* por todos aquellos que hayan leído y estudiado el texto, es decir, por todos aquellos que hayan penetrado en su interior y compartan el mismo nivel de profundidad.

Aun en el caso de que usted aporte su propia interpretación individual sobre *Hamlet -lo* cual es absolutamente correcto-, esa interpretación estará arraigada en las realidades y los contextos de su vida real. ¡En cualquier caso, el hecho es que la interpretación no es algo meramente arbitrario!

El conocimiento interpretativo es tan importante como el conocimiento empírico y, en cierto sentido, más importante todavía. Pero, evidentemente, es más complejo y requiere más sofisticación que las obviedades a que nos tiene acostumbrados la observación monológuica. Pero todavía existen -¡y es una ver-

dadera lástima! - ingenuos que sólo creen en la existencia de las cosas que poseen una localización simple... aunque su creencia carezca de localización simple.

Toda interpretación depende del contexto

P: Usted afirma que la característica fundamental de la interpretación es que siempre *depende del contexto.*

KW: Sí. La regla fundamental de la interpretación es que toda interpretación depende del contexto. El significado, por ejemplo, de la palabra «corteza» es distinto en la frase «la corteza de un árbol» que en la frase «la corteza cerebral» y es el contexto, a fin de cuentas, el que nos ayuda a determinar cuál de ambas interpretaciones es la correcta.

Y ese contexto se encuentra, a su vez, inmerso en contextos mayores y así sucesivamente mientras nos movamos dentro de un «circulo hermenéutico». La razón, evidentemente, es que sólo existen holones y que los holones se hallan transfinitamente anidados, holones dentro de holones y contextos dentro de contextos, hasta el infinito.

El hecho de que todo significado esté determinado por el contexto y que los contextos sean ilimitados convierte a la interpretación en una actividad muy «escurridiza», algo que han evidenciado claramente Derrida y los deconstruccionistas aunque, en sus formas más radicales, los deconstruccionistas niegan todo significado, lo cual es autodeconstruccionista y termina conduciendo al puro nihilismo.

Pero nosotros no tenemos por qué resbalar con ellos. Cuando hablamos de holones anidados -de contextos que se encuentran dentro de contextos - sólo queremos decir que, para comprender el significado, debemos tener en cuenta el contexto y que, cuantos más contextos tengamos en cuenta -todo el camino de ascenso y todo el camino de descenso-, más rica será nuestra interpretación.

La interpretación no humana

P: ¿Y el componente interpretativo es aplicable también a los ámbitos no humanos?

KW: Sí, siempre y cuando usted desee conocer sus *interioridades.* ¿Qué otra cosa podría hacer si quisiera adentrarse en el interior de un holón?

Cuando usted se relaciona con su perro, no sólo le interesa su conducta externa. Tenga en cuenta que los seres humanos y los perros comparten un sistema límbico similar y que, en consecuencia, también comparten un *espacio emocional común* («tifónico»). Es este espacio común el que le permite darse cuenta de que su perro está triste, tiene miedo, está contento o tiene hambre. Y casi todas las personas interactúan con esas profundidades, casi todas participan de ellas. Cuando su perro está feliz es fácil compartir esa felicidad, pero para ello usted habrá debido *interpretar lo* que su perro está sintiendo. Obviamente, no se tratará, en este caso, de una comunicación verbal o lingüística sino de una *resonancia empática* con la interioridad de su perro, con su profundidad, con su nivel de conciencia (que tal vez no sea tan elevado como el suyo pero que no es por ello inexistente).

Así que usted interpreta empáticamente... y el perro hace lo mismo con usted; cada uno puede *resonar* con la interioridad del otro. Ambos comparten un espacio común, en este caso un espacio emocional común y usted podrá elaborar conceptualmente esa comunicación, cosa que su perro no podrá hacer. Pero, como usted sabe, las emociones básicas de su perro son bastante similares a las suyas. Usted interpreta los sentimientos internos de su perro y se relaciona con ellos. Eso es todo lo que puede compartir con un perro, ¿no le parece?

Obviamente, cuanto menos elevado es el holón, cuanta menos profundidad tenga, cuanto menor sea su nivel de conciencia, menor será también su interioridad y, en consecuencia, más difícilmente podrá usted llegar a interpretar y compartir algo con él. Por cierto que también existen personas que parecen relacionar-

se muy bien con las piedras... pero usted mismo puede extraer las consecuencias de ese hecho.

P: Es el *sustrato común* -en este caso, el espacio emocional común- que comparten usted y su perro *el* que posibilita un cierto tipo de comunicación.

KW: Correcto. El espacio común proporciona el *contexto común* que permite la interpretación y posibilita el hecho de compartir. Como ya hemos dicho, toda interpretación requiere de un contexto y, en este caso, el contexto lo proporciona el espacio emocional común, la cultura común que compartimos con los perros.

Evidentemente, también compartimos espacios inferiores, un espacio físico (la gravedad), un espacio vegetativo (la vida), un espacio reptiliano (el hambre). En este sentido, el hecho de compartir un tronco reptiliano con los lagartos nos permite también participar de un cierto espacio común, pero no cabe duda de que lo que podemos compartir con ellos resulta menos divertido, ¿no le parece? Con las rocas, por ejemplo, sólo compartimos la masa y la gravedad. Cuanto menor es el grado de profundidad, tenemos menos espacios comunes y menos cosas, por tanto, que compartir. Lo único que usted puede compartir con su piedra favorita es el hecho de caer a la misma velocidad.

P: Y cuando alcanzamos contextos específicamente humanos...

KW: Cuando alcanzamos contextos específicamente humanos, *además* de los sustratos anteriores -celular, tronco reptiliano, sistema límbico-mamífero- *también* compartimos complejos contextos cognitivos, conceptuales y lingüísticos. Y nuestras interpretaciones mutuas se arraigan en esos *sustratos culturales comunes* (cuadrante inferior izquierdo). No hay otro modo en que pueda tener lugar la comunicación.

P: Y esos sustratos se hallan en proceso de evolución.

KW: Sí. Los cuatro cuadrantes evolucionan, todos ellos siguen los veinte principios. En el caso de los seres humanos, el sustrato cultural -el cuadrante inferior izquierdo- evoluciona desde lo arcaico hasta lo mágico, lo mítico, lo racional y lo existencial, con la posible existencia de visiones todavía superiores del mundo. Y cada una de estas visiones del mundo gobierna las distintas *formas* en que *podemos* interpretar el Kosmos.

¿Cómo interpreta usted el Kosmos? ¿Lo hace mágicamente, míticamente, racionalmente o acaso comienza a hacerlo de manera transracional?

Porque usted puede comenzar a darse cuenta de que no existe un mundo dado esperando ser estúpidamente reflejado por la observación monológuica.

P: No debemos, pues, sorprendernos de que las ciencias humanas se hayan dividido siempre en estos dos campos -Mano Izquierda versus Mano Derecha- y que las superficies puedan ser vistas pero que las profundidades deban ser interpretadas.

La interpretación espiritual

P: ¿En qué sentido es importante la interpretación en las experiencias o en las transformaciones espirituales?

KW: ¿A qué se refiere?

P: Supongamos que tengo una experiencia directa de iluminación interior, una deslumbrante experiencia extática de luz interior.

KW: La experiencia misma es, en realidad, directa e inmediata y usted puede devenir uno con esa luz. Pero cuando sale de ese estado y quiere comunicarme algo sobre él, cuando quiere hablar conmigo sobre esa experiencia, cuando quiere incluso decirse algo a sí mismo sobre ella, deberá *interpretarla.* ¿Qué era esa luz? ¿Era Jesucristo, la mente del Buda, un arquetipo, un ángel, un extraterrestre o un estado cerebral? ¿De qué se trataba, de Dios o de un pedazo de alimento sin digerir, de la Divinidad o de un empacho?

¡No le queda más remedio, pues, que interpretar! Y en el caso de que decida que se trató de una experiencia auténticamente espiritual ¿de qué tipo fue? ¿Fue una experiencia de Alá, de Keter,

de kundalini, del savikalpa samadhi, del arquetipo junguiano o de las formas platónicas? Y debe tener en cuenta que ésta no es una cuestión irrelevante y carente de interés, no es un asunto meramente teórico, o académico, sino todo lo contrario. Porque la forma en que usted interprete esa experiencia determinará también la forma en que se aproxime a los demás y la comparta con el mundo, la forma en que la integre en su propia sensación de identidad, la forma en la que hable de ella a los demás y hasta la forma en que usted mismo piense a ese respecto. ¡Todo lo cual determinará su relación futura con esa luz!

Y, al igual que ocurre con todas las interpretaciones -ya sean la de *Hamlet o* la de la luz interior-, hay *buenas* interpretaciones y hay *malas* interpretaciones. ¿Y la suya es una buena o una mala interpretación?

En otras palabras, aun en el caso de que la experiencia de luz estuviera más allá de la mente, aun en el caso de que se hallara más allá de las palabras, usted todavía es un componente individual. Y, al no ser un mero Espíritu -cosa que, tal vez, fuera la luz-, usted está compuesto de mente, cuerpo y materia y deberá orientarse mentalmente hacia esa experiencia de algún modo, deberá interpretarla, explicarla y darle sentido. Y si no puede *interpretarla adecuadamente* es muy probable que termine indigestándosele. Si no es capaz de integrarla con el resto de su ser es que no ha podido interpretarla adecuadamente y, si no ha podido interpretarla, no sabrá lo que *significa y su* extraordinaria profundidad se le escapará, le confundirá y terminará oscureciéndole.

P: Así pues, la interpretación también desempeña un papel muy importante en las experiencias espirituales o transmentales.

KW: Definitivamente. En la actualidad, hay mucha gente que está teniendo este tipo de experiencias espirituales o transmentales -experiencias de los estadios superiores, o más profundos, de la evolución de la conciencia-, pero pocos *saben cómo interpretarlas.* Tienen intuiciones extraordinarias pero las interpretan de una forma muy inadecuada, con lo cual abortan toda posible transformación subsiguiente, la hacen descarrilar, la sabotean.

P: ¿Qué ejemplos podría dar de «mala» interpretación? ¿Cómo podemos saber si una interpretación es «mala»?

KW: Recuerde que una de las reglas fundamentales de interpretación es que todo significado *depende del contexto.* Así que cualquier intento de interpretar las experiencias espirituales debería tener en cuenta *los cuatro cuadrantes.* Necesitamos una visión que englobe a «todos los cuadrantes», una interpretación que tenga en cuenta todas las dimensiones del Kosmos.

Lo que ocurre hoy en día es que muchas personas interpretan su experiencia basándose exclusivamente en las realidades de uno solo de los cuadrantes - ¡y, en algunos casos, de un nivel dentro de un cuadrante!-, lo cual colapsa los otros cuadrantes, truncando la interpretación y mutilando la plenitud de la experiencia misma.

P: ¿Qúe quiere usted decir con esto?

KW: Mucha gente interpreta sus experiencias espirituales exclusivamente en función del cuadrante superior izquierdo, considerándola en términos de un Yo superior, de una conciencia superior, de formas arquetípicas, de pautas eneagramáticas, del cuidado del alma, de la voz interior, de la conciencia trascendental, etcétera, pero, de ese modo, tienden a soslayar por completo los componentes culturales, sociales y conductuales. Sus interpretaciones desestiman las relaciones existentes entre el Yo superior y el resto de los cuadrantes, y la experiencia es interpretada narcisistamente como una mera extensión de su yo. El movimiento de la Nueva Era, por ejemplo, nos ofrece innumerables ejemplos de este tipo de interpretaciones que sólo subrayan el cuadrante del Yo.

Hay otros, por su parte, que consideran que estas experiencias son un mero subproducto de los estados del cerebro (el cuadrante superior derecho). Pero esta interpretación, que concluye que la experiencia es el simple resultado de las ondas cerebrales theta, de la liberación masiva de endorfinas, de la sincronización interhemisférica, etcétera, también soslaya los componentes sociales y culturales, por no mencionar los estados interiores de la

conciencia. Se trata, en este caso, de una interpretación hiperobjetiva y exclusivamente tecnológica.

Otros -en particular los teóricos ecológicos del «nuevo paradigma»- interpretan estas experiencias fundamentalmente en función del cuadrante inferior derecho. Para ellos, la «realidad última» es la red empírica de la vida, Gaia, la biosfera o el sistema social, y la totalidad de los holones se ven así reducidos a una mera hebra de esa extraordinaria trama. Estas aproximaciones amputan los estadios interiores del desarrollo de la conciencia y reducen todos los componentes de la Mano Izquierda a meras fibras del entramado empírico de la Mano Derecha. Pero, de este modo, se confunde gran amplitud con gran profundidad y la profundidad vertical termina colapsándose en la amplitud horizontal, lo cual conduce a diversas formas de lo que ha sido correctamente calificado como ecofascismo.

Otros, por último, tratan de interpretar sus experiencias espirituales exclusivamente en términos de la conciencia cultural colectiva y de una próxima transformación de la visión del mundo (el cuadrante inferior izquierdo). De este modo, no obstante, se soslaya el papel que pueden desempeñar la conciencia individual y las instituciones sociales para fomentar ese tipo de experiencias. Etcétera, etcétera, etcétera.

P: Todo lo cual tiende a ser muy parcial.

KW: Así es. Todas las interpretaciones que se basan en «un solo cuadrante» tienen su parte de verdad pero, en la medida que no prestan atención al resto de los cuadrantes, terminan mutilando la experiencia original. Su desarrollo, en consecuencia, de la intuición espiritual es muy pobre y fragmentaria y las interpretaciones fragmentarias no fomentan el desarrollo posterior de la experiencia espiritual sino que pueden incluso llegar a abortarlo.

P: Así que el punto es...

KW: Dado que el Espíritu-en-acción se manifiesta en los cuatro cuadrantes, cualquier interpretación adecuada de la experiencia espiritual debería tenerlos en consideración a todos ellos. No es sólo que nosotros estemos compuestos de niveles diferentes

(materia, cuerpo, mente, alma y Espíritu) sino que cada uno de esos niveles, a su vez, se manifiesta en cuatro facetas distintas (intencional, conductual, cultural y social).

Y esta visión multi-nivel, multi-cuadrante, es especialmente importante en los estadios superiores y más profundos del crecimiento y desarrollo del ser humano, en los estadios superiores de la evolución de la conciencia y del desarrollo de la comunidad. Cualquier posible transformación futura descansa en esos estadios superiores más profundos a los que sólo se puede acceder en toda su riqueza y plenitud cuando respetamos y valoramos los distintos tipos de verdad que se despliegan para liberamos.

Así que, en mi opinión, deberíamos sintonizar con todas las facetas del Kosmos, deberíamos establecer contacto con las verdades procedentes de las cuatro esquinas del Kosmos, cada una de las cuales nos habla con una voz diferente. Y, si prestamos suficiente atención, escucharemos que el susurro de esas voces termina fundiéndose en un armonioso coro que nos invita amablemente a regresar a nuestro auténtico hogar.

De la sintonía *[attunement]* a la liberación *[atonement] y,* desde ahí, hasta la unidad *[at-onement],* una unidad en la que nos fundimos en el abrazo totalizador que nos aguarda en el mismo borde de la conciencia kósmica.

Pero, para ello, es preciso que escuchemos con mucha atención.

7. EN SINTONÍA CON EL KOSMOS

P: Debemos prestar mucha atención para llegar a escuchar las cuatro voces distintas de la verdad.

KW: La verdad, hablando en un sentido amplio, implica estar *sintonizado* con lo real, es decir, estar realmente en contacto con lo verdadero, con lo bueno y con lo bello.

Y eso también supone que podemos estar alejados de lo real, que podemos estar perdidos, oscurecidos, confundidos o equivocados en nuestras valoraciones, que podemos, en suma, estar alejados de lo verdadero, alejados de lo bueno y alejados de lo bello.

A lo largo de su evolución, el ser humano ha ido descubriendo, a través de un doloroso proceso de acierto y error, las distintas formas de comprobar nuestro grado de sintonía con el Kosmos, las distintas formas de saber si estamos en contacto con la verdad o extraviados en la falsedad, si estamos respetando la bondad o si la estamos eclipsando, si estamos alentando la belleza o, por el contrario, fomentando la fealdad.

La humanidad, en otras palabras, ha trabajado muy duro para poder llegar a establecer las *pruebas de validez* que pueden ayudarnos a determinar si estamos en contacto con lo real, si estamos adecuadamente sintonizados con toda la fecunda diversidad del Kosmos.

P: ¿Y cuáles son estas pruebas de validez?

KW: Las pruebas de validez son las formas en que nos conectamos con el Espíritu, las formas en que nos sintonizamos con el

Kosmos. Las pruebas de validez nos obligan a hacer frente a la realidad, ellas ponen freno a nuestras fantasías egoicas y a nuestro egocentrismo, ellas exigen la evidencia del resto del Kosmos -¡obligándonos, por así decirlo, desde el exterior!-, son los contrapesos, por así decirlo, encargados de equilibrar el Kosmos.

P: Tal vez pudiéramos revisar los cuatro cuadrantes y resumir brevemente cuáles son esas cuatro verdades y cuáles las pruebas que se utilizan para determinar su validez.

KW: Son las que enumeramos en la Figura 7. 1. ¡Y después de nuestra revisión, le prometo que resumiremos todo esto de manera muy sencilla!

La verdad proposicional

P: ¿Existe alguna definición sencilla de «verdad»?

KW: La mayor parte de las personas consideran que la verdad es representacional, es decir, que constituye una especie de mapa que se corresponde con algún tipo de territorio. En este sentido, puedo formular una determinada afirmación, una *proposición* que se refiera o represente algo del mundo concreto - «fuera está lloviendo», por ejemplo-, y, si usted quiere comprobar la validez o «el estatus de verdad» de mi afirmación, saldrá al exterior y verá si efectivamente llueve o no. Y, en el caso de que realmente esté lloviendo, concluirá que mi afirmación es una afirmación verdadera.

P: O una proposición verdadera.

KW: Así es. Se trata de un proceso de correspondencia simple. Salir al exterior para comprobar si la proposición *se corresponde* o se ajusta a los hechos y confirmar, de ese modo, si el mapa refleja adecuadamente el territorio. (Habitualmente las cosas son más complejas y el asunto no consiste tanto en verificar el mapa como en tratar de falsario y, en el caso de no conseguirlo, concluir que es lo suficientemente exacto.) Pero la idea esencial es que las verdades representacionales, o proposicionales, se

refieren a un *estado objetivo de cosas y* se corresponden de manera bastante precisa con esos procesos, objetos o asuntos.

P: De modo que la verdad proposicional está estrechamente ligada a las dimensiones exteriores objetivas propias de la Mano Derecha.

KW: En efecto. Los cuadrantes superior derecho e inferior derecho se refieren al aspecto observable, empírico y externo de los holones. Todos ellos tienen una *localización simple,* todos pueden ser vistos fácilmente y es por ello que las verdades proposicionales son las que relacionan nuestras afirmaciones con esos procesos, con esos objetos o con esos asuntos. (Ésta es la llamada teoría correlacional de la verdad.)

	INTERIOR Caminos de la Mano Izquierda	EXTERIOR Caminos de la Mano Derecha
INDIVIDUAL	*SUBJETIVO* *veracidad* sinceridad integridad honradez Yo	*OBJETIVO* *verdad* correspondencia representación proposicional ello
COLECTIVA	nosotros *rectitud* ajuste cultural comprensión mutua justicia *INTERSUBJETIVO*	ello *ajuste funcional* red de la teoría sistémica funcionalismo estructural tejido del sistema social *INTEROBJETIVO*

Figura 7. 1. Criterios de validez

Y todo esto está muy bien y es muy importante y en modo alguno niego la validez general de la representación empírica. Lo único que ocurre es que ésta no es la totalidad de la historia... ni siquiera su parte más interesante.

Veracidad

P: De modo que un determinado estado objetivo de cosas -el cerebro, los planetas, los organismos o los ecosistemas- puede ser adecuadamente representado mediante el cartografiado empírico. Y todos los mapas empíricos pueden ser considerados como versiones diferentes de la afirmación «fuera está lloviendo», es decir, proposiciones objetivas.

KW: Sí. Pero si prestamos atención al cuadrante superior izquierdo -a la *interioridad* de cualquier holón individual- nos encontraremos con un tipo de prueba de validez completamente diferente. Aquí ya no se trata de saber si fuera está lloviendo sino de saber si estoy diciéndole la verdad o estoy mintiéndole. No se trata, pues, de verificar si el mapa se ajusta al territorio objetivo sino de si es posible confiar en el cartógrafo.

Y tampoco se trata tanto de verdades objetivas como de verdades interiores. Quiero decir que usted siempre puede salir al exterior y verificar por sí mismo si llueve o si no llueve, pero que la *única* posibilidad de que dispone para conocer mi interioridad, **mi** profundidad, es -como hemos dicho en el capítulo anterior- preguntarme, *hablar* conmigo. Porque, cuando yo le hablo de mi estado interno, puedo decirle la verdad, pero también *puedo estar mintiéndole* (puedo ocultarle información, distorsionarla o engañarle, mentirle en suma), y el diálogo y la interpretación es la única vía a través de la cual puede usted conocer mi interior.

Así que para navegar adecuadamente por el océano de la Mano Derecha deberemos utilizar el criterio de la verdad proposicional -de la «verdad», para abreviar-, mientras que para hacerlo por el de la Mano Izquierda tendremos que usar el criterio

de la *veracidad,* de la sinceridad, de la honestidad y de la honradez. No se trata, pues, tanto de la *verdad objetiva* como de la *veracidad subjetiva,* dos criterios, de hecho, completamente diferentes.

P: ¿Dos criterios de validez diferentes?

KW: En efecto. Y ésta no es una cuestión trivial porque los eventos interiores no poseen una localización simple sino que están *ubicados* en estados de conciencia y, como ya hemos visto, para acceder a ellos no basta con la mirada monológuica sino que es necesario recurrir a la comunicación y a la interpretación.

Y, en esta comunicación, *yo puedo mentirle intencionadamente.* Por razones muy diversas, yo puedo tratar de falsear mi interioridad, puedo tratar de mostrarle algo distinto a lo que es, puedo, por decirlo así, arrojar las dimensiones de la Mano Izquierda contra el muro del engaño, puedo, en suma, mentirle.

Pero además -y esto es realmente esencial-, también puedo mentirme a mí mismo, también puedo tratar de ocultarme facetas diferentes de mi propia interioridad. Y tanto si lo hago de manera intencional como si lo hago de manera «inconsciente», *falsearé mi profundidad y* mentiré sobre mi interioridad.

En cierto modo, el «inconsciente» es el locus de todas las formas en que me he mentido a mí mismo. Tal vez haya comenzado a mentirme a causa de algún trauma, quizás lo haya aprendido de mis padres y hasta es posible que se trate de un mecanismo de defensa ante una verdad muy dolorosa. En cualquiera de los casos, sin embargo, mi inconsciente es el locus de mi insinceridad, de mi falta de veracidad conmigo mismo, de mi falta de franqueza con respecto a mi profundidad subjetiva, a mi estatus interior, a mis deseos y a mis intenciones profundas. El inconsciente, por decirlo de otro modo, es el locus de la mentira.

P: Cuando anteriormente hablábamos del psicoanálisis y de las terapias interpretativas usted ha señalado que su objetivo era el de ofrecernos interpretaciones más veraces.

KW: De eso precisamente estamos hablando ahora. El objetivo de la «psicología profunda» y de la terapia consiste en ayudar

a la gente *a interpretarse* a sí mismos más *verazmente.* La Mano Izquierda requiere de la interpretación y no resulta, por ello, sorprendente que su criterio terapéutico fundamental sea la interpretación más veraz y más adecuada.

Anteriormente hablábamos de la «tristeza» y del «enojo» por la ausencia de mi padre y decíamos que tal vez, en algún momento temprano de mi vida, comencé a interpretar mi enfado como depresión. Quizás estaba enojado con mi padre por no estar presente, pero esa rabia, no obstante, era muy peligrosa para un niño porque podría haberme llevado a matar a mi padre y, como yo quena a mi padre, fue mejor no experimentar esa rabia. Ésa es la causa de que me enoje y me culpe a mí mismo, así es como concluyo que soy un ser despreciable, que no soy bueno, que soy una mierda, con lo cual mi enojo termina transformándose en depresión.

De una forma u otra, he terminado tergiversando mi interior, he distorsionado mi profundidad, he comenzado a llamar «tristeza» al enfado y he llevado conmigo esta mentira. El hecho de no poder ser sincero conmigo mismo -porque eso conllevaría el gran dolor de querer matar al padre a quien amo - me obliga a mentir y, al hacerlo, mi «sombra», mi «inconsciente» se convierte en el locus de la mentira, en el punto focal de mi insinceridad, en el escondrijo interno en el que me escondo de mí mismo.

Pero, al mentirme a mí mismo -y olvidar luego esa mentira-, le miento también a usted sin saberlo siquiera. Podré parecer muy sincero porque, de hecho, si me he mentido a mí mismo terminaré creyendo honestamente que le estoy diciendo la verdad; tan sincero, de hecho, que, si me somete a la prueba de un detector de mentiras, éste ratificará que le estoy diciendo la verdad (esto es, por cierto, lo que ocurre con muchas de las pruebas empíricas).

Finalmente, el hecho de haber interpretado erróneamente mi profundidad me llevará a interpretar incorrectamente la suya. Al distanciarme de mi profundidad -al disociarme, reprimir o alie*nar- distorsionaré también las interpretaciones* de esa profun-

didad tanto *en mí mismo* como en *los demás y* mis interpretaciones estarán sujetas con mentiras y morarán en la insinceridad. Al malinterpretarme a mí mismo no me quedará más remedio que malinterpretarle a usted.

En tal caso, es muy probable que, de uno u otro modo, usted termine advirtiéndolo. Tal vez yo diga algo tan disparatado que usted tenga que responder «¡Pero no es eso lo que yo quiero decir!», mientras piensa: «¿De dónde habrá sacado *tal cosa*?».

P: De modo que las distintas terapias interpretativas, como el psicoanálisis, la gestalt o el análisis junguiano, por ejemplo, le ayudarán a volver a establecer el contacto con sus profundidades y a interpretarlas más adecuadamente.

KW: Exactamente. La idea no es elaborar un plano más exacto del mundo objetivo sino eliminar las resistencias, permitirle adentrarse en sus profundidades interiores y aprender a expresarlas más verazmente, tanto a los demás como -lo que es más importante - a usted mismo.

De este modo, su *profundidad* comenzará entonces a ajustarse a su *conducta* y no existirá tanta diferencia entre sus palabras y sus acciones; es decir, su izquierda comenzará a adaptarse a su derecha, «su palabra comenzará a ajustarse a su paso» y su Mano Izquierda empezará a saber lo que está haciendo su Mano Derecha. Y a eso es precisamente a lo que nos referimos cuando hablamos de una persona íntegra, el tipo de persona que usted sabe que no le miente porque tampoco se miente a sí misma.

Obviamente, si usted vive en el mundo del técnico de laboratorio -del empirista, del conductista, del teórico de sistemas, del escurridizo cibernético, de la locura monológuica, en suma-, sólo estará interesado en verdades monológuica, en superficies objetivas, en conductas empíricas, en redes de sistemas, y no prestará atención a la profundidad, la sinceridad y la veracidad interna. ¡De hecho, no hay nada en los mapas empíricos que se asemeje -aunque sólo sea vagamente - a la veracidad!

Así pues, la veracidad carece de localización simple y, al no tratarse de un estado de cosas meramente empírico, tampoco aparece en ninguno de los mapas empíricos (en los mapas de los físicos, de los biólogos, de los neurólogos, de los sistémicos o en los de los ecosistémicos). ¡Porque no se trata de una cuestión de la Mano Derecha sino de la Mano Izquierda!

Su vida entera, su conciencia, su profundidad, en fin, radican en su Mano Izquierda y, si usted quiere vivir esa profundidad, deberá reconocerla en sí mismo a través de la veracidad, la sinceridad y la honradez.

El camino a la profundidad se halla bloqueado por el engaño y la mentira. Es por ello que, en el momento en que usted quiera adentrarse en la *interioridad,* deberá superar el principal obstáculo que se levanta en su camino, el engaño y la mentira.

Es la veracidad, a fin de cuentas, la que nos permite navegar por ese dominio, y es con ella, precisamente, con la que trabajan todas las terapias de la Mano Izquierda buscando interpretaciones más veraces de mi propia profundidad interna.

P: No obstante, las diferentes terapias interpretan las cosas de manera diferente.

KW: Sí y ése es el tema de una larga discusión. Se podría decir que las diferentes terapias interpretativas difieren en la profundidad que quieren sondear o, dicho de otro modo, en la altura que pretenden alcanzar. El cuadrante superior izquierdo es, como hemos dicho, un *espectro de la conciencia,* un espectro de los diferentes niveles de evolución de la conciencia. Y las diferentes terapias apuntan a diferentes niveles del espectro, centrando su interpretación en alguno de ellos.

Como decíamos anteriormente, toda interpretación está *ligada al contexto y* las diferentes terapias se mueven en torno a un determinado contexto preferido desde el que llevan a cabo sus interpretaciones, lo cual no significa, por cierto, que estén equivocadas sino tan sólo que debemos identificar cuál es ese contexto, que tenemos que contextualizar sus interpretaciones.

Los freudianos, por ejemplo, centran su atención en el nivel emocional-sexual, los terapeutas cognitivos enfatizan el nivel verbal y los terapeutas transpersonales hacen hincapié en lo espi-

ritual. Todos ellos, sin embargo, hacen frente a las distorsiones, las mentiras y los engaños con los que nos ocultamos a nosotros mismos determinados aspectos de esas distintas dimensiones, mentiras y distorsiones que oscurecen nuestras emociones, merman nuestra autoestima y enturbian nuestra esencia espiritual.

P: De este modo es posible diseñar un modelo espectral global que incluyera a todos los niveles del espectro de la conciencia y a las terapias más adecuadas a cada nivel.

KW: Así es. Ésa es una de las funciones de un modelo espectral, un modelo en el que -como veremos en la Segunda Parte- están trabajando actualmente muchos investigadores. (Quienes estén interesados en este tema pueden leer *Trascender el Ego,* una excelente introducción escrita por Roger Walsh y Frances Vaughan.)

Quisiera subrayar que, si las despojamos de su unilateralidad y de su exclusividad, todas las terapias interpretativas de la Mano Izquierda tienen muchas cosas interesantes que enseñarnos, todas ellas tienen algo importante que decirnos sobre los distintos estratos del yo -de la conciencia- y sobre las *interpretaciones más veraces* que pueden ayudarnos a acceder a las distintas dimensiones.

Porque el hecho es que no basta con la verdad para alcanzar la libertad, lo que realmente nos hace libres es la veracidad.

Rectitud

P: ¿Qué es lo que ocurre con el cuadrante inferior izquierdo?

KW: El hecho es que el mundo *subjetivo* está *ubicado* en un espacio *intersubjetivo,* en un espacio cultural que *permite* la emergencia del espacio subjetivo. Sin este sustrato cultural mis pensamientos individuales carecerían de todo sentido y ni siquiera dispondría de las herramientas necesarias para interpretar mis propios pensamientos, de hecho, ni siquiera tendría pensamientos, sería, por decirlo de algún modo, un «niño lobo».

En otras palabras, uno de los grandes descubrimientos de los movimientos postmodernos o postilustrados es la imposibilidad de separar el espacio *subjetivo* del espacio *intersubjetivo.*

Así pues, la prueba de validez del cuadrante inferior izquierdo no es la verdad proposicional *objetiva* ni la veracidad *subjetiva* sino el *ajuste intersubjetivo. A* fin de cuentas, el sustrato cultural es el que proporciona el *contexto común* en el que mis pensamientos y mis interpretaciones cobran-sentido. Es por ello que el criterio de validez propio de este cuadrante es el «ajuste cultural» a ese sustrato.

P: ¿Cuál es, exactamente, el objetivo de este criterio de validez? Hemos hablado de verdad objetiva, de veracidad subjetiva y... ¿de qué cosa intersubjetiva?

KW: El objetivo es la *comprensión mutua* y, con ello, no me refiero a la necesidad de *estar de acuerdo* con los demás sino a la posibilidad de *comprendernos* porque, en caso contrario, difícilmente podremos participar de una cultura común. ¿Cómo es posible que usted y yo dispongamos nuestros espacios subjetivos de tal modo que podamos tenernos mutuamente en cuenta" ¿Cómo es posible encontrar un trasfondo cultural común en el que sea posible la comunicación? ¿Cómo es posible llegar a un ajuste cultural y disponer de un significado común? ¡Esta es, en suma, la condición *necesaria* para que tenga lugar *cualquier tipo* de comunicación!

P: De modo que el objetivo, en este caso, no es tanto el de cartografiar la verdad objetiva ni la sinceridad como la comprensión mutua.

KW: Sí, y esto presenta muchos aspectos diferentes. Si queremos vivir en el mismo espacio tenemos que ponernos de acuerdo con respecto a una ética y una ley común y, para ello, es necesario recurrir a algún tipo de identidad supraordenada con respecto a nuestros yoes individuales, una identidad colectiva común que nos permita reconocernos en los demás y tratarlos con el adecuado respeto.

Todo esto tiene que ver con el *ajuste cultural,* con el sustrato

común de significado, pertenencia y justicia. En otro lugar he descrito ese sustrato como si se tratara de una especie de contrato que firmáramos conscientemente, algo parecido a un contrato social. Es este sustrato común el que nos permite llegar a un acuerdo mutuo sobre, por ejemplo, la edad de votación o el límite máximo de velocidad en la autopista. Todo esto forma parte del ajuste cultural, de la forma en que nos ponemos de acuerdo sobre las reglas y los significados comunes que posibilitan la convivencia.

Pero el hecho es que gran parte de este ajuste cultural dista mucho de ser consciente y tiene lugar a un nivel tan profundo que simplemente nos pasa desapercibido. Existen estructuras lingüísticas y prácticas culturales tan profundas que todavía no hemos llegado a reconocerlas y comprenderlas (éste es uno de los temas, por cierto, que más interesaron a Heidegger). Pero procedan de donde procedan, ¡no hay modo alguno de escapar a estas redes intersubjetivas que son la condición misma del espacio subjetivo!

No obstante, lo realmente soprendente no es el hecho de que podamos pronunciar una palabra como, por ejemplo, «perro», y a continuación señalar un perro y decir «eso es lo que significa». ¡Lo realmente sorprendente es que *usted* sepa lo que yo quiero decir cuando pronuncio la palabra «perro»! Si nos olvidamos por un momento del cartografiado empírico y centramos nuestra atención en la comprensión intersubjetiva, no podremos, por menos, que coincidir en que se trata de algo ciertamente excepcional, porque, para ello, es necesario que, de algún modo, cada uno de nosotros habite en el interior del otro, que usted y yo *compartamos* nuestra *profundidad.* Cuando apuntamos a la *verdad y* estamos ubicados en la *veracidad,* podemos conseguir el milagro de la *comprensión mutua.* Y si el Espíritu existe, es aquí donde deberíamos comenzar a buscarlo.

P: Ése es, pues, el ajuste cultural o la justicia.

KW: Así es, justicia, bondad y rectitud común. ¿Cómo podemos lograr el bien común? ¿Qué es lo correcto y apropiado para nosotros, qué es lo que puede permitirnos morar en el mismo espacio cultural con un mínimo de dignidad y de justicia? ¿Cómo disponer nuestros espacios subjetivos para alcanzar el espacio intersubjetivo común, el mundo común, la cultura común de la que depende nuestra identidad subjetiva?

¡No se trata de una disposición de objetos como la que tiene lugar en el espacio de la localización simple, sino que se trata de una disposición de sujetos en el espacio interno de la cultura!

Y ésta no es la veracidad ni la verdad sino la bondad.

P: Por eso usted dice que el ajuste cultural, o la justicia, tiene que ver con todo tipo de cuestiones, desde la ética, la moral y el derecho hasta la identidad grupal y colectiva, el contexto cultural,etcétera.

KW: Así es, a todo lo que hemos resumido como visión del mundo, al espacio común que denominamos «lo cultural», al cuadrante inferior izquierdo.

Y recuerde que este espacio cultural existe en todo tipo de holones, incluso en los más simples y menos sofisticados. *La intersubjetividad se halla inmersa en el entramado de todos los niveles del Kosmos.* No se trata de que el Espíritu esté en «mí», en «ello» o en «ellos», sino que está en «nosotros», en todos *nosotros.*

Y, como veremos cuando consideremos la ética medioambiental, nuestro objetivo apunta al logro de una *justicia* que incluya a todos los seres sensibles para producir el *bien* más profundo para todos *nosotros.*

Ajuste funcional

P: ¿Cuál es la diferencia existente entre el cuadrante superior derecho y el cuadrante inferior derecho? Porque usted ha dicho que requieren criterios de validez diferentes.

KW: El cuadrante superior derecho es el exterior de los *individuos,* mientras que el cuadrante inferior derecho es el exterior de los *sistemas.* Así, el criterio de validez del cuadrante superior derecho es la verdad proposicional en sentido estricto, una pro-

posición que se refiere a un hecho individual. En el cuadrante inferior derecho, por su parte, la proposición se refiere al sistema social y su criterio de validez es el *ajuste funcional, la* forma en que los diversos holones se agrupan en el sistema objetivo global.

P: ¿Pero el cuadrante inferior izquierdo no implica también sistemas? Según dice usted, el ajuste cultural es la forma en la que los individuos se agrupan en el sustrato cultural global. ¿No es eso también una teoría de sistemas?

KW: No, no lo es. Y más adelante quedará claro este punto cuando hablemos de la rebelión postmoderna contra la modernidad ilustrada. En cierto sentido, la revolución postcartesiana evidencia claramente que la *teoría sistémica* constituye una de las modalidades más inadecuadas del *dualismo cartesiano.*

P: Me gustaría profundizar más en este punto porque el hecho es que los teóricos de sistemas afirman haber *superado* el paradigma fundamental de la Ilustración.

KW: Pero eso no es cierto. Como ya hemos visto, el paradigma fundamental de la Ilustración era el paradigma de la representación -el paradigma cartográfico, el paradigma monológuico-, y eso es precisamente lo que hacen los teóricos de sistemas. Así pues, por más que insistan, el hecho es que en modo alguno han superado el paradigma fundamental de la Ilustración.

Es cierto que tanto el cuadrante inferior derecho como el cuadrante inferior izquierdo tratan con «sistemas», en sentido amplio (porque toda la mitad inferior es comunal o colectiva), pero el cuadrante inferior izquierdo describe los sistemas *desde dentro,* desde el *interior y,* en consecuencia, tiene que ver con la conciencia, los valores, las visiones del mundo, la ética y las identidades colectivas. El cuadrante inferior derecho, por su parte, describe el sistema en términos puramente objetivos y exteriores, desde fuera, y no se preocupa tanto por la forma de compartir intersubjetivamente los valores colectivos en la comprensión mutua sino que centra exclusivamente su interés en la forma en que su correlato objetivo se *ajusta funcionalmente* a un sistema social global poseedor de localización simple.

No es de extrañar, pues, que la teoría de sistemas no nos hable de principios éticos, valores intersubjetivos, actitudes morales, comprensión mutua, veracidad, sinceridad, profundidad, integridad, estética, interpretación, hermenéutica, belleza, arte o cualquier otro aspecto de este tipo. Abra cualquier texto de teoría de sistemas y no encontrará en él *nada* de lo que acabo de mencionar sino tan sólo sus *correlatos externos* objetivos. Lo único que encontrará en la teoría de sistemas son bits de información moviéndose a través de canales de procesamiento, bucles de retroalimentación cibernéticos y procesos dentro de procesos de redes de representaciones monológuicas, una secuencia interminable de nidos dentro de nidos, la localización simple, en suma, no del individuo sino del sistema social y de la red de procesos objetivos.

Y todo ello, sin embargo, es cierto, pero soslaya la interioridad, la experiencia real, los valores y la vida; presta la adecuada atención a la Mano Derecha de lo colectivo pero renuncia por completo a la Mano Izquierda.

P: ¿Pero por qué no dice usted -como hacen los sistémicos - que la teoría de sistemas es la realidad básica de la cual los aspectos subjetivos son simplemente partes, partes de la gran red? La red, por definición, lo abarca todo.

KW: ¡Sí, pero eso es así por definición exterior! ¡La gran red siempre posee localización simple! De este modo, el enfoque sistémico «salva» la distancia existente entre lo subjetivo y lo objetivo *reduciendo* a todos los sujetos a objetos del sistema «holístico», reduciendo todas las facetas subjetivas e intersubjetivas al mero ajuste interobjetivo, el ajuste funcional, el ajuste monológuico.

Eso es, pues, lo que hace el paradigma fundamental de la Ilustración. Y ése es el motivo por el cual teóricos como Taylor, Foucault y Habermas han denunciado a la teoría de sistemas de ser cómplice de la misma pesadilla reduccionista que convierte a todas las facetas de la Mano Izquierda en descripciones típicas de la Mano Derecha en el gran sistema, en la gran red.

P: Lo que usted califica de *reduccionismo sutil.*

KW: Así es, reduccionismo sutil. El reduccionismo burdo lo reduce todo al cuadrante superior derecho, pero el reduccionismo sutil -una reacción, su suma, de rechazo ante aquél- opera de otro modo. En el mismo momento en que reducimos todos los aspectos de la Mano Izquierda a sus correlatos de la Mano Derecha, caemos en el reduccionismo sutil. La Mano Derecha se mueve dentro del ajuste funcional amplio y de la visión sistémica, así que parece ser muy holista y omniinclusiva, pero el hecho es que termina destruyendo la interioridad del Kosmos y arruinando la vida de todos los holones.

Sistemas objetivos que se mueven en sistemas que, a su vez, se hallan dentro de otros sistemas; átomos que forman parte de células que, a su vez, forman parte de organismos que forman parte de ecosistemas, que forman parte de la biosfera, etcétera. En otras palabras, *ajuste funcional.* La verdad del cuadrante inferior derecho se encuentra en la forma en que los distintos holones individuales encajan funcionalmente dentro del gran sistema holístico, de la forma en que cada uno constituye una hebra de la gran trama interrelacionada que es la realidad primordial. Es por ello que el teórico de sistemas está siempre hablando de sistemas colectivos (de Gaia, del ecosistema, de redes interrelacionadas, de la trama de la vida, de mapas de flujo de información cartografiados objetivamente, de federaciones planetarias, de redes globales, etcétera)... pero lo hace, no obstante, en términos objetivos y monológuicos.

Y no es que eso sea falso sino que simplemente soslaya las dimensiones de la Mano Izquierda. De este modo, como han señalado recientemente los eruditos que se han ocupado del tema, los teóricos sistémicos luchan admirablemente en contra del reduccionismo burdo, pero quedan atrapados en la locura monológuica del reduccionismo sutil, la esencia misma de la pesadilla de la Ilustración.

P: La teoría de sistemas afirma ser una ciencia monológuica.

KW: Sí. Y no voy a discutir con ellos porque eso es, en mi opinión, lo que hacen. Lo malo es que dicen que eso es todo.

P: ¿La diferencia existente entre el cuadrante inferior izquierdo y el ajuste cultural y el cuadrante inferior derecho y el ajuste funcional se asemeja a los dos distintos abordajes de la danza de la lluvia de los que hemos hablado?

KW: Exactamente. El enfoque propio del cuadrante inferior izquierdo (cuyo criterio de validez, no lo olvidemos, es la comprensión mutua) estudia la comunidad desde el punto de vista de un observador participante e intenta *comprenderla desde dentro.* Lo que usted quiere hacer cuando se convierte en un observador participante es adentrarse en el significado interior de la comunidad, algo que sólo podrá comprender cuando entienda su *ajuste cultural,* cuál es el significado de la danza, una comprensión basada en la forma en que encaja en el vasto sustrato de significados y prácticas culturales y lingüísticas propias de la comunidad. Y, como ya hemos dicho, el observador participante, el hermeneuta interpretador, puede descubrir que la danza forma parte de un ritual sagrado con la naturaleza. Ése es su significado interior, un significado al que sólo podrá acceder cuando se sumerja en el sustrato cultural común, en el espacio común o en el *contexto común* que le permita elaborar *interpretaciones* adecuadas.

El científico de sistemas, el teórico de sistemas, por su parte, no está interesado en nada de eso, no está interesado en los significados interiores sino en la *función* con la que cumple la danza dentro del *sistema social* global. Para él, lo que *dicen* los nativos carece de toda importancia porque lo que realmente le interesa es que la danza forma parte de un sistema social objetivo y que este sistema objetivo determina, en muchos modos, lo que hacen los participantes. Desde su punto de vista, la función *real* de la danza es la de contribuir al mantenimiento autopoyético del sistema. La danza, pues, forma parte del intento del sistema social por mantener su integridad, su *ajuste funcional,* proporcionando un ritual común que aumente su cohesión social. Y eso es algo que puede ser determinado observando la danza desde una perspectiva *objetiva,* desde una perspectiva «empírica», positivista, objetiva y monológuica. Y usted hasta podría hacer un diagrama de flujo con

todo ello, ¡que no tendría, por cierto, nada que ver -puede creerme- con el modo en que los nativos experimentan la danza!

P: Pero supongo que usted no está diciendo que uno de esos abordajes sea correcto y que el otro esté equivocado.

KW: No, en mi opinión ambos son correctos. Lo que ocurre es que uno de ellos se aproxima al holón sociocultural desde el interior mientras que el otro lo hace desde el exterior. Uno de ellos tiene que ver con la forma en que los *sujetos* se agrupan en el espacio cultural -la forma en que usted y yo podemos alcanzar cierta comprensión mutua en el espacio *intersubjetivo*-, mientras que el otro está ligado a la forma en, que los objetos se agrupan en el espacio físico, en el sistema objetivo global, en el mundo *interobjetivo.* Uno de ellos recurre a la hermenéutica, a la interpretación de la profundidad *interior* mientras que el otro utiliza la observación empírico-analítica, el análisis objetivo de la *conducta* observable. ¿Qué es lo que significa? versus, ¿qué es lo que hace?

Ambos enfoques son completamente válidos y el uno es el correlato del otro, ambos son, en suma, la forma en que se manifiestan las vertientes izquierda y derecha del Espíritu. Pero, lamentablemente, se trata de dos disciplinas que no se llevan muy bien y se hallan enzarzadas en una rivalidad que bien podríamos evitar.

Conclusión: Los cuatro rostros del Espíritu

P: Muy bien. Tenemos, pues, cuatro cuadrantes diferentes, cada uno de los cuales posee un tipo diferente de verdad, una voz distinta. Y, como hemos visto en la Figura 7. 1, cada uno de ellos tiene una forma distinta de verificar su verdad, un criterio distinto de validez.

KW: Sí. Todas éstas son formas válidas de conocimiento porque están *arraigadas* en la realidad de las cuatro facetas características de cada holón. Y, por consiguiente, cada uno de los cuatro criterios de validez pueden ser confirmados o refutados por la comunidad de sujetos que se hallen capacitados para ello. Cada uno de ellos exige una prueba de validez diferente que nos oriente en nuestra búsqueda del conocimiento. Cada uno de ellos puede ser falseado *en sus propios dominios, lo* cual significa que la evidencia posterior puede llegar a terminar demostrando su inadecuación. (Bien podemos, pues, ignorar las reivindicaciones de cualquier cuadrante que afirme ser el único que merece la pena.)

Y, a lo largo de siglos y de milenios, la humanidad ha ido aprendiendo, a través de un largo y doloroso proceso de acierto y error, los procedimientos básicos utilizados por las distintas pruebas de validez.

P: Ése es el motivo por el que resultan tan importantes.

KW: Definitivamente. Estas verdades constituyen un auténtico tesoro de la colectividad, un tesoro conquistado con sangre, sudor y lágrimas, ganando terreno a la falsedad, el error y la mentira. A lo largo de millones de años, la humanidad ha ido *aprendiendo* lentamente a diferenciar la verdad de la apariencia, la bondad de la maldad, la belleza de la fealdad y la sinceridad del engaño.

Las cuatro verdades son los cuatro rostros a través de los cuales se manifiesta el Espíritu mientras que los criterios de validez son las formas en que conectamos con el Espíritu, las formas en que sintonizamos con el Kosmos. Como decíamos al comienzo de este capítulo, los criterios de validez nos obligan a afrontar la realidad, ellos ponen freno a nuestras fantasías egoicas y a nuestro egocentrismo, ellos exigen la evidencia del resto del Kosmos -¡obligándonos desde el exterior!-, son los contrapesos, podríamos decir, del Kosmos.

Son estos distintos caminos de la verdad los que nos llevan más allá de nosotros, fuera de nosotros mismos, y nos obligan a refrenar nuestro egocentrismo y adaptarnos a verdades cada vez más amplias y más profundas. Desde la sintonía *[attnement]* a la expiación *[atonement]* y, desde ahí, a la unidad *[at-onement],* hasta que, en una súbita conmoción, podamos llegar a reconocer

nuestro Rostro Original, el Rostro que nos insta en voz baja pero insistente a recordar la Verdad, la Bondad y la Belleza.

El Kosmos nos susurra desde todos sus rincones. Dejemos, pues, que la sinceridad, la verdad, la bondad y la belleza resplandezcan como el marchamo de la radiante Vacuidad que nunca estuvo -y que nunca podrá estar- lejos de nosotros.

8. LA BONDAD, LA VERDAD Y LA BELLEZA

P: Quisiera ahora que nos adentráramos en los estadios superiores o transpersonales, pero me gustaría que, antes de hacerlo, resumiera -y que lo hiciera con la sencillez anteriormente prometida- los cuatro cuadrantes, sus distintas verdades y los criterios de validez propios de cada uno de ellos.

KW: Muy bien. Para comenzar, convendrá establecer la siguiente distinción fundamental: todo lo que se halla en la Mano Derecha puede ser descrito en el lenguaje del «ello», todo lo que se halla en el cuadrante superior izquierdo puede ser descrito en el lenguaje del «yo» y todo lo que se halla en el cuadrante inferior izquierdo puede ser descrito en el lenguaje del «nosotros».

P: «Yo», «nosotros» y «ello», por el momento es muy sencillo.

El Gran Tres

P: ¿Éstos son los tres lenguajes que están señalados en las esquinas interiores de la Figura 7. 1 ?

KW: Así es. El lenguaje del «ello» es un lenguaje objetivo y neutral, un lenguaje carente de valores; es el lenguaje, en suma, utilizado por las ciencias empíricas, analíticas y sistémicas (des-

de la física hasta la biología, la cibernética, la sociología positivista, el conductismo y la teoría de sistemas). Se trata, en otras palabras, de un lenguaje monológuico, de un lenguaje que monologa con «ellos», con meras superficies.

El lenguaje del «ello» se ocupa de describir la faceta exterior de los objetos y sus interrelaciones, la superficie de todo lo que puede ser observado y de las pautas que pueden ser vistas con los sentidos o con sus extensiones, sin importar que se trate de superficies empíricas «internas» (como su cerebro o sus pulmones) o de superficies «externas» (como los ecosistemas). De hecho, hasta la misma información que discurre por las vías nerviosas suele definirse como entropía negativa (un lenguaje, como ve, sumamente objetivo) y que no requiere de su presencia.

El lenguaje del «yo», por su parte, *es* su presencia, su conciencia, su conciencia subjetiva. Todo lo que se halla en el cuadrante superior izquierdo suele describirse en el lenguaje del «yo», en el lenguaje propio de la subjetividad interior, el componente subjetivo de cualquier holón.

Obviamente, el «yo», o la subjetividad, es mayor cuanta mayor es la profundidad y un simio tiene, por así decirlo, más subjetividad que un gusano. Pero el hecho es que el «yo» no puede ser descrito en el lenguaje del «ello» porque, en tal caso, convertiríamos al sujeto en un mero objeto, algo a lo que todos nos resistimos porque, de algún modo, sabemos que los sujetos son comprendidos mientras que los objetos son manipulados.

P: El mundo del técnico de laboratorio...

KW: Sí, ése es un ejemplo. Y la gente sabe de manera instintiva que todo tipo de reduccionismo es peligroso porque termina tratando a los «yoes» como «ellos», meras hebras del gran tejido (y que poco importa, en este sentido, que se trate de objetos colectivos o que se trate de objetos individuales).

P: ¿Y qué ocurre con el tercer lenguaje?

KW: El tercer lenguaje, el lenguaje del «nosotros», es el propio del cuadrante inferior izquierdo, la dimensión intercultural o intersubjetiva. El cuadrante superior izquierdo tiene que ver con

la forma en que «yo» veo al mundo, mientras que el cuadrante inferior izquierdo tiene que ver con la forma en que «nosotros» vemos al mundo, con la visión colectiva del mundo propia de un tiempo, lugar y cultura determinados. Y, como ya sabemos, estas visiones del mundo evolucionan a lo largo del tiempo y dan lugar a las visiones arcaica, mágica, mítica, racional, etcétera, del mundo a las que ya hemos aludido.

Así pues, disponemos de tres grandes lenguajes, tres lenguajes distintos dirigidos a tres dominios diferentes. Y el hecho de no diferenciar esos lenguajes ha terminado provocando una gran confusión.

P: Usted se refiere a estos tres dominios con el nombre de «el Gran Tres».

KW: Sí. El Gran Tres no es más que una versión simplificada de los cuatro cuadrantes, puesto que los dos cuadrantes de la Mano Derecha son exterioridades objetivas, o «ellos», y bien podríamos simplificar los cuatro cuadrantes hablando del Gran Tres, del «yo», del «nosotros» y del «ello».

De modo que, cuando decimos que un determinado holón participa de los cuatro cuadrantes -o, dicho de manera abreviada, del Gran Tres-, también podríamos decir que presenta estos tres aspectos, estas tres facetas y que sólo puede ser descrito teniéndolos a los tres en cuenta. Y la razón por la que no podemos reducir ninguno de los lenguajes a los demás es la misma por la que tampoco podemos reducir ninguno de los cuadrantes a los demás. Para describir a un holón deberemos *utilizar los tres lenguajes,* de otro modo privilegiaremos -como normalmente suele ocurrir- un cuadrante, o un lenguaje, sobre los demás.

P: Muy bien. Usted ha hablado del Gran Tres en muchos sentidos diferentes, como la moral, la ciencia y el arte o como la Bondad, la Verdad y la Belleza platónica.

KW: Sí. Veamos ahora algunas de las distintas formas que puede asumir el Gran Tres:

Yo (superior izquierdo): la conciencia, la subjetividad, el yo,

la expresión de uno mismo (incluyendo el arte y la estética), la veracidad y la sinceridad.

Nosotros (inferior izquierdo): la ética, la moral, las visiones del mundo, los contextos comunes, la cultura; el significado intersubjetivo, la comprensión mutua, la adecuación y la justicia.

Ello (Mano Derecha): la ciencia, la tecnología, la naturaleza objetiva, las formas empíricas (incluyendo el cerebro y el sistema social) y la verdad proposicional (ajuste individual y ajuste funcional).

La ciencia -la ciencia empírica- se ocupa de objetos, de pautas empíricas, de «ellos»; la moral y la ética, por su parte, se preocupan del «nosotros» y del mundo intersubjetivo, y el arte, por último, tiene que ver con la belleza en el ojo del espectador, con el «yo». Dicho de otro modo, estamos hablando de las tres grandes categorías platónicas, de la Bondad (la moral, el «nosotros»), la Verdad (la verdad proposicional, la verdad objetiva propia del «ello») y la Belleza (la dimensión estética percibida por cada «yo»).

El Gran Tres también tiene que ver con los tres mundos del que habla Sir Karl Popper (objetivo [ello], subjetivo [yo] y cultural [nosotros]) y con las tres pruebas de validez de Habermas (verdad objetiva, sinceridad subjetiva y ajuste intersubjetivo).

Y, algo históricamente muy importante, el Gran Tres se evidencia también en la decisiva trilogía de Kant, *La critica de la razón pura* (la ciencia objetiva), *La critica de la razón práctica* (la moral) *y La crítica del juicio estético* (el juicio estético y el arte). Podríamos dar muchos ejemplos al respecto pero con éstos ya puede usted hacerse una imagen global del Gran Tres.

P: Muy bien. Me gustaría que ahora volviéramos al paradigma fundamental de la Ilustración, a la «modernidad» y que tratara de explicarlo desde el punto de vista del Gran Tres.

Creo que esto es algo muy importante porque todos los enfoques del «nuevo paradigma» dicen haber superado el paradigma de la Ilustración, mientras que usted, en cambio, afirma que todavía permanecen atrapados en él. Usted ha dicho, por ejemplo, que la teoría de sistemas todavía se encuadra dentro del paradigma de la Ilustración. ¿Cuál fue, desde la perspectiva del Gran Tres, el paradigma fundamental de la Ilustración?

KW: El paradigma fundamental de la Ilustración redujo todos los «yoes» y todos los «nosotros» a meros «ellos». La corriente principal del pensamiento ilustrado creía que el lenguaje del «ello» -al que, por cierto, consideraba como el único «realmente real»- servía para capturar toda la realidad. Pero, de este modo, redujo el Gran Tres al chato uno del lenguaje del «ello»; en otras palabras, redujo todas las dimensiones de la Mano Izquierda a sus correlatos de la Mano Derecha, una forma sutil de reduccionismo. ¿Le parece claro?

P: ¿Rechazó a la conciencia y a la moral en favor de la ciencia?

KW: Sí, al menos en cierto sentido. Pero el mejor modo para llegar a comprender los aspectos negativos de la modernidad y de la Ilustración consiste en comprender, antes que nada, sus contribuciones *positivas.* Recuerde que cada estadio evolutivo tiene su propia «dialéctica de progreso» o, dicho en pocas palabras, que cada nuevo estadio del desarrollo porta consigo buenas y malas noticias. Y hasta ahora hemos estado subrayando algunas de las malas noticias, lo cual no tiene mucho sentido si no tratamos también de comprender las correspondientes buenas noticias. Es por ello que quisiera resumir ahora brevemente las buenas noticias porque, de otro modo, la mera retórica antimodernista nos dejaría estancados en un callejón sin salida.

Las buenas noticias. La diferenciación del Gran Tres

P: ¿Podría enumerar las «buenas noticias» de la modernidad desde el punto de vista del Gran Tres?

KW: Sí. Según teóricos como Weber o Habermas, por ejemplo, la modernidad logró, por vez primera en la historia, *diferenciar* completamente el Gran Tres; es decir, diferenciar el arte, la

moral y la ciencia o el yo, la cultura y la naturaleza. A partir de entonces, esos tres dominios dejaron de estar fundidos y confundidos sincréticamente.

Los modernos solemos dar por sentado que esta diferenciación es un hecho y tendemos a olvidar que, desde el punto de vista del mito, el arte, la ciencia y la moral religiosa se hallaban indisolublemente fundidas. ¡No digo que estuvieran integradas sino que estaban fundidas, algo, por cierto, completamente diferente!

Veamos ahora uno de mis ejemplos favoritos, la muy aceptada y estimada «refutación» del descubrimiento de Galileo sobre las lunas de Júpiter: «Siete son las ventanas de que disponen los animales en la morada de la cabeza; a través de ellas el aire penetra en el tabernáculo del cuerpo, para iluminarlo, calentarlo y alimentarlo. ¿Cuáles son estas siete partes del *microcosmos?* Dos fosas nasales, dos ojos, dos oídos y una boca. Del mismo modo, en el *macrocosmos* de los cielos también hay dos estrellas benévolas, dos infaustas, dos luminarias y el inestable e indiferente Mercurio. De éstas y otras muchas semejanzas existentes en la naturaleza, como los siete metales, etcétera, que sería tedioso enumerar, no cabe más conclusión que la de que el número de planetas debe ser necesariamente siete».

P: ¿Así que la existencia de siete orificios corporales implicaba *necesariamente* la existencia de siete planetas?

KW: Sí o, dicho en otras palabras, que los espacios subjetivo y objetivo se hallaban tan pobremente diferenciados que lo que ocurría en uno debía necesariamente gobernar lo que ocurría en el otro. Y lo mismo podríamos decir con respecto a los espacios subjetivo y cultural, que se hallaban tan pobremente diferenciados que, si usted estaba en desacuerdo con la Iglesia, con el sustrato cultural, no sólo era considerado un *hereje* sino que también era convicto de haber cometido un *crimen* político. ¡Dése cuenta de que el hecho de que esos dos ámbitos no hubieran llegado siquiera a diferenciarse suponía que la Iglesia podía juzgarle por *hereje y* el Estado por *traición!*

En otras palabras, en todos estos casos, los dominios del «yo», del «nosotros» y del «ello» no se hallaban claramente diferenciados. ¡Repito que no estoy diciendo, con ello, que no estuvieran *integrados* sino que *ni siquiera habían llegado a diferenciarse, lo* cual es algo completamente distinto!

Comprendo que haya ciertos teóricos del «nuevo paradigma» a quienes les guste considerar a esta indisociación mítica como una especie de paraíso holístico, un paraíso, sin embargo, en el que dudo que les agradase vivir porque, en ese entorno, la mayor parte de las nociones que sostiene su «nuevo paradigma» serían acusadas de herejía y traición, una eventualidad para la cual las culturas mítico-imperiales de todo el mundo han ideado numerosas y muy desagradables soluciones. Dicho en otras palabras, creo que están muy mal informados o que son muy poco sinceros cuando elogian las excelencias de la visión mítica del mundo.

P: Así que la Ilustración, o modernidad, fue la que inició la diferenciación del Gran Tres.

KW: Sí. Y, como evidencian las tres *Críticas* de Kant -el mejor ejemplo que se me ocurre en este sentido-, lo hizo a gran escala.

Esto supuso un verdadero salto cuántico en la capacidad del ser humano. Y éste es el motivo por el cual la extraordinaria diferenciación del Gran Tres -la diferenciación entre el arte, la moral y la ciencia- ha sido calificada. por Weber y Habermas como la *dignidad* de la modernidad, algo con lo que estoy completamente de acuerdo. «Dignidad» en el sentido de que los dominios del «yo», del «nosotros» y del «ello» pudieron, a partir de entonces, proseguir su camino sin la intrusión o incluso el castigo violento de los otros dominios. A partir de ese momento, usted podía mirar a través del telescopio de Galileo sin el temor de ser quemado en la hoguera. Y no cabe la menor duda de que se trata, ciertamente, de muy buenas noticias.

La diferenciación del Gran Tres comportó numerosísimas ventajas. Veamos sólo unas pocas:

• La diferenciación entre sí mismo (yo) y la cultura (nosotros) permitió que el individuo escapase del sometimiento a las jerarquías de dominio míticos propias de la Iglesia o del Estado y pudiera participar, con su voto, en la aparición de la democracia.

• La diferenciación entre la mente (yo) y la naturaleza (ello) posibilitó la separación entre el poder biológico y el derecho noosférico, contribuyendo, de ese modo, al desarrollo de los grandes movimientos de liberación (incluidas las mujeres y los esclavos) La aparición, pues, del feminismo liberal y del abolicionismo y la difusión de los movimientos culturales.

• La diferenciación entre la cultura (nosotros) y la naturaleza (ello), permitió que la verdad dejara de estar sometida a las mitologías de la Iglesia y del Estado, lo cual contribuyó al surgimiento de la ciencia empírica, de la medicina, de la física y de la biología. El surgimiento de las ciencias ecológicas. Etcétera, etcétera, etcétera.

P: De modo que la democracia, el feminismo, las ciencias ecológicas y la abolición de la esclavitud son algunas de las buenas noticias que trajo consigo la modernidad, y todas ellas están directamente ligadas a la diferenciación del Gran Tres. ¿Qué podría ahora decir con respecto a las malas noticias?

Las malas noticias: La disociación del Gran Tres

KW: Hemos visto que uno de los veinte principios es que la evolución procede a través de un proceso de *diferenciación e integración.* Las buenas noticias son que la modernidad ha aprendido *a diferenciar* el Gran Tres, las malas, por el contrario, que todavía no ha aprendido *a integrarlo.*

Es así como el *esplendor* de la modernidad comenzó a deslizarse hasta terminar convirtiéndose en su *miseria,* porque el Gran Tres todavía no sólo no está equilibrado e integrado, sino que ¡ha terminado *disociándose!*

Y ésta es, en realidad, una muy mala noticia, porque el Gran Tres terminó siendo presa del saqueo de las aproximaciones más agresivas del dominio del «ello».

Así fue como, por diversas razones que, si usted quiere, podemos pasar a discutir, *los grandes avances realizados en el dominio del «ello»* -los espectaculares descubrimientos realizados por las ciencias técnicas y empíricas- comenzaron a eclipsar a los avances realizados en los dominios de «yo» y del «nosotros» y la ciencia comenzó a usurpar el lugar de la conciencia y de la moral.

Los grandes e innegables avances de las ciencias empíricas que tuvieron lugar en el período que va desde el Renacimiento hasta la Ilustración, nos hicieron creer que toda la realidad podía ser abordada y descrita en los términos objetivos propios del lenguaje monológuico del «ello» e, inversamente, que si algo no podía ser estudiado y descrito de un modo objetivo y empírico, no era «realmente real». Así fue como el Gran Tres terminó reducido al «Gran Uno» del materialismo científico, las exterioridades, los objetos y los sistemas científicos.

Y así fue también como las aproximaciones del «ello» comenzaron *a colonizar* los dominios propios del «yo» y del «nosotros». Todo conocimiento tenía que ser conocimiento objetivo del «ello» y la realidad comenzó a asemejarse a un conjunto de «ellos», carentes de sujeto, de conciencia, de yo, de moral, de virtud, de valor, de interioridad y de profundidad. Las dimensiones de la Mano Izquierda del «yo» terminaron colapsándose en el gran «ello» de la Mano Derecha.

P: Y el Gran Tres se colapsó en el chato Gran Uno.

KW: Exactamente. Y tal vez inicialmente este proyecto tuviera algún sentido, porque todos los holones tienen una vertiente objetiva, una Mano Derecha y, como puede apreciar fácilmente en la Figura 5.2, todo componente de la Mano Izquierda tiene un correlato empírico y objetivo en la Mano Derecha (y aun en el caso de que usted tuviera una experiencia extracorporal, esa experiencia comportaría ciertos cambios cerebrales).

Y puesto que la investigación empírica y monológuica es *muchísimo más sencilla* que la compleja interpretación hermenéutica intersubjetiva y la comprensión empática recíproca, *tuvo cierto sentido* comenzar restringiendo el conocimiento al dominio empírico de las dimensiones de la Mano Derecha. Eso es algo muy comprensible y hasta diríamos que, en cierto sentido, noble.

Eso fue precisamente lo que hizo el paradigma fundamental de la Ilustración porque, para el ego racional, la búsqueda del conocimiento consistió en cartografiar o reflejar el mundo en el lenguaje del «ello», lo que Rotry ha denominado adecuadamente «el espejo de la naturaleza».

P: El paradigma cartográfico, el paradigma de la representación.

KW: Sí pero, de ese modo, se deja simultáneamente de lado al cartógrafo y a la interioridad. Para esa labor no se requiere ningún tipo de interpretación porque, según ella, el mundo es evidentemente «preexistente» y su única función consiste simplemente en cartografiar un mundo «dado» de antemano, el mundo de la localización simple.

Desde este punto de vista, la naturaleza constituye *un sistema perfectamente armónico e interrelacionado,* un gran sistema del «ello», y el conocimiento consiste en cartografiar minuciosa y empíricamente ese sistema en el lenguaje del «ello».

Ese fue el objetivo fundamental de la Ilustración, el gran sistema armónico del «ello», el sistema «holístico».

P: No obstante, los teóricos del «nuevo paradigma» sostienen que lo único fundamental del paradigma ilustrado fue su *atomismo* y que todos sus esfuerzos se orientan a superar el atomismo y reemplazarlo por el *holismo* o teoría de sistemas.

KW: Sí, eso es, al menos, lo que dicen. Pero lo cierto es que están confundidos, están muy confundidos. No sé quién comenzó a cometer este absurdo error pero se trata de un error auténticamente garrafal.

P: He subrayado la parte en la que usted cita este tópico en su libro y quisiera ahora leerlo para nuestra audiencia.

Estos holistas chatos afirman, por ejemplo, que el gran «legado negativo» de la Ilustración fue su ontología atomista y divisoria. Pero el atomismo no fue precisamente el tema predominante de la Ilustración. Como veremos detalladamente y, como casi todos los historiadores de esta época han dejado muy claro, el tópico dominante de la Ilustración fue «la armonía del ordenamiento interrelacionado del ser», una armonía de sistemas que estaba por detrás de todo lo demás, desde la gran «mano invisible» de Adam Smith hasta «el gran ordenamiento interrelacionado» de John Locke y «la vasta totalidad armoniosa de seres mutuamente interrelacionados» de los reformistas y los teístas.

Por dar sólo unos pocos ejemplos, Charles Taylor representa la conclusión -prácticamente irrefutada- de los eruditos de que «para la corriente principal de la Ilustración, la naturaleza, como sistema global interrelacionado de la realidad objetiva en la que todos los seres, incluido el hombre, tenían un modo natural de existencia que se imbricaba con todos los demás, proporcionaba el modelo fundamental para la felicidad y, en consecuencia, para el bien. La Ilustración desarrolló un modelo de la naturaleza, incluida la naturaleza humana, como una totalidad armónica cuyas partes encajaban perfectamente» y también que «la unidad del orden era considerada como un conjunto interrelacionado cuyas acciones configuraban una totalidad armoniosa». Como dijo Alexander Pope hablando en nombre de toda una generación: «Tal es la gran armonía del Mundo que surge del Orden, Unión y pleno Consentimiento de las cosas en donde lo pequeño y lo grande, lo débil y lo fuerte han sido hechos para servirse [mutuamente], no para sufrir ni para invadir sino para fortalecer, y en la que las Partes se relacionan con el Todo, Todas sirven y son servidas y nada permanece aislado».

La Encyclopédie, bastión del pensamiento ilustrado, había anunciado que «todo en la naturaleza está interrelacionado» y Lovejoy señala que los ilustrados «tendían a hablar con elocuencia de la perfección del Sistema Universal como un todo». (Sexo, Ecología, Espiritualidad, pág. 155.)

KW: Sí, el tópico dominante de la Ilustración fue el concepto de la «gran red» de la vida, un gran ordenamiento de entidades completamente interrelacionadas. Es cierto que, como los eruditos han demostrado fehacientemente, desde Demócrito existían unos pocos atomistas, pero esos atomistas en modo alguno representaban la corriente principal de la Ilustración.

P: ¿Cuál fue, pues, el «legado negativo» de la Ilustración?

KW: Bien, como ya hemos visto, el concepto de la «gran trama de la vida» era, en realidad, holista e interrelacionado, pero sólo tenía en cuenta las holoarquías propias de las dimensiones de la Mano Derecha. Es decir, que no reconocía las holoarquías de la Mano Izquierda *en sus propios términos* sino que *colapso* al Gran Tres en el Gran Uno, reduciendo así a la trama del «yo», del «nosotros» y del «ello» en un chato sistema de «ellos» interrelacionados.

El Gran Tres de la conciencia, la cultura y la naturaleza quedó así reducido a la naturaleza sensorial, y todo conocimiento real debía, en consecuencia, *reflejar* esa *única* realidad. Ése fue el paradigma de la reflexión, el espejo de la naturaleza, el colapso del Kosmos.

¡Y la teoría sistémica no trata de remediar el legado negativo de la Ilustración sino que prolonga la misma pesadilla!

P: Forma parte de la visión chata del mundo.

KW: Así es, forma parte de lo que Mumford llamó el universo descualificado. El lenguaje del «ello» es un lenguaje carente de valores, un lenguaje de *cantidades* absolutamente desprovisto de *cualidades. Si* usted se dedica a describirlo todo en términos cuantitativos, en términos de variables, sistemas y procesos externos y objetivos, no podrá establecer ningún tipo de distinción cualitativa y lo único que tendrá será un universo *descualificado.*

Recuerde que todo lo que se halla en la Mano Derecha posee una localización simple y que puede ser *mayor o menor* pero que nunca será *mejor* ni *peor.* Desde este punto de vista, la tolerancia es mejor que el fanatismo, pero una roca no es mejor que un planeta. El hecho de que la Mano Derecha tenga algún tipo de extensión física permite que sea cuantificada y contada, 1, 2, 3, 4, *5...* pero, de este modo, lo único que usted conseguirá serán cantidades, no morales. Y aunque siete puede ser *mayor* que tres no, por ello, es *mejor.* El hecho es que, si usted comienza tratando al mundo entero como un objeto -sea holista o no-, terminará despojándolo de todo valor, descalificando, de otro modo, al Kosmos.

Y si, después de hacer esto, se detiene para mirar a su alrededor, descubrirá horrorizado que está de pie en un mundo chato y monótono, en un mundo sin significado, sin profundidad, sin interpretación, sin belleza, sin bondad, sin virtud, sin nada sublime, un puñado de «ellos» holísticos funcionalmente adecuados.

P: La famosa cita de Whitehead: «un asunto aburrido, mudo, inodoro, incoloro, el simple despliegue interminable y absurdo de lo material».

KW: Así es. Y no olvide que esa cita termina diciendo «que ha terminado, en consecuencia, arruinando a la filosofía moderna», aunque el hecho, desde mi punto de vista, es la vida moderna la que ha terminado siendo arruinada. El mismo paso que nos ha conducido del interior al exterior, de la mente al cerebro y de la compasión a la serotonina, nos ha llevado también de lo valioso a lo inútil, de la virtud a la ausencia de virtud y de lo importante a lo absurdo.

Y, si usted cree que el gran dominio del «ello» es la *única* realidad, tendrá que afirmar también que los valores y las virtudes son «meramente subjetivas», es decir, que dependen de decisiones personales que no se hallan ancladas en ningún tipo de realidad substancial. Y, en tal caso, jamás llegará a advertir que la profundidad es inherente al Kosmos, que los valores son inherentes al Kosmos y que la conciencia es inherente al Kosmos.

Y todo eso se niega, se desvanece y se pierde en ese mundo monocromo. No debería sorprenderse de que, después de extirpar la conciencia, la virtud y el valor del Kosmos, su propia vida le parezca carente de todo sentido. *Lamentarse* por este estado de cosas es como asesinar a sus padres y lamentarse posteriormente de ser huérfano.

Y este chato reduccionismo es todavía más insidioso en el caso de que usted sea un teórico de sistemas, porque, en tal caso, usted creerá que ha asentado las bases en su gran-sistema-del-«ello», creerá que tiene toda la realidad, creerá haber capturado a la totalidad, creerá hallarse en camino a la salud cuando lo único que habrá hecho es salir literalmente de su propia mente.

La misión de la postmodernidad: La integración del Gran Tres

P: ¿Cómo podemos superar el legado negativo de la Ilustración?

KW: Digamos, para comenzar, que la superación del legado negativo de la Ilustración *no* consiste en reemplazar el atomismo monológuico con el holismo monológuico, con la chata teoría de sistemas, porque en ambos casos incurriríamos en el reduccionismo que caracteriza a la Mano Derecha, aunque el primero de ellos burdo y el segundo, por su parte, sutil.

No deberíamos, pues, buscar la solución *regresando* a la indisociación mítica o mágica del Gran Tres en la que el yo, la cultura y la naturaleza *todavía* no se habían diferenciado. Debemos desembarazarnos de la miseria de la modernidad (la disociación) sin renunciar, en cambio, a sus facetas más esplendorosas (la diferenciación).

De modo que, si la tarea de la modernidad fue la diferenciación del Gran Tres, la misión de la postmodernidad es la de llegar a integrarlo. Son las mismas corrientes de la evolución -los veinte principios- las que nos compelen a la diferenciación y la integración, y todavía nos hallamos a mitad de este camino.

P: Ése es el gran reto al que se enfrenta la postmodernidad.

KW: Sí, pero eso no significa que todo lo que se conoce con el nombre de «postmoderno» constituya un intento de llevar a cabo esa integración. La mayor parte del pensamiento postmodemo es regresivo y trata de salvar las disociaciones de la modernidad regresando al período anterior a la diferenciación del

Gran Tres, un intento regresivo y narcisista que confiere a gran parte del «postmodernismo» su quejido egocéntrico.

En mi opinión, las corrientes más genuinas de la postmodernidad -desde Hegel hasta Heidegger, Habermas, Foucault y Taylor- están intentando recuperar el equilibrio respetando por igual a la ciencia, la moral y la estética y no simplemente reduciendo una a la otra en un desenfreno de violencia teórica.

Eso es precisamente lo que yo estoy buscando, formas de integrar la mente, la cultura y la naturaleza en el mundo postmodemo, formas de respetar al Espíritu en los cuatro cuadrantes, formas de reconocer los cuatro rostros del Espíritu -o simplemente el Gran Tres - y sintonizamos con él, de ubicarnos en él y de honrar, por igual, a la Bondad, la Verdad y la Belleza.

El Gran Tres espiritual

P: Aquí es donde comenzamos a adentramos en el dominio espiritual. Usted ha relacionado al Gran Tres con las nociones del Buda (un ser espiritualmente realizado), el Dharma (la verdad que realizó) y el Sangha (la comunidad de quienes están intentando esta realización).

KW: Así es. Éste es el Gran Tres cuando la evolución de la conciencia penetra en los dominios superiores, supraconscientes o transpersonales. Obviamente, esto es así si utilizamos la terminología budista, otros lo harán de otro modo.

P: Examinemos brevemente estos tres aspectos de uno en uno.

KW: La Figura 5.2 sólo enumera algunos de los hitos que jalonan el desarrollo de la conciencia colectiva hasta el momento presente, hasta la racionalidad moderna («formop» y «visión-lógica» del cuadrante superior izquierdo).

Más allá de esos estadios descansan los dominios transracionales, o transpersonales o, hablando con más propiedad, los dominios espirituales, de los que pronto hablaremos. Y el hecho es que el desarrollo superior también tiene lugar *en los cuatro cua-*

drantes o, dicho en forma simplificada, en el Gran Tres; se trata de una evolución que también tiene lugar en los dominios del «yo», del «nosotros» y del «ello».

Y el «yo» último es el Buda, el último «nosotros» el Sangha y el último «ello» el Dharma.

P: ¿Por qué no se extiende un poco más sobre este punto?

KW: Podemos decir esto de formas muy diferentes.

Cuando usted es absolutamente *sincero* consigo mismo realizará y *reconocerá* finalmente que «Yo soy el Buda», que Yo soy Espíritu. Menos que eso es una mentira, la mentira del ego, la mentira de la sensación de identidad separada, la contracción ante el rostro del infinito. En la Suprema Identidad, los rincones más profundos de su conciencia intersectan directamente con el Espíritu. «No soy yo sino Cristo quien vive en mí», lo cual significa que el último «yo» *es* Cristo. Y no estoy hablando de un estado que emerja por vez primera sino de un estado atemporal que usted actualiza y reconoce. Cuando usted afirma «Yo soy el Buda», está siendo absolutamente *sincero* y está afirmando la Belleza última.

Y el último ajuste o encaje cultural es que «todos nosotros somos miembros de la comunidad del Espíritu». *Todos los seres sensibles* -y, de hecho, todos los holones- participan de la naturaleza del Buda, todos ellos tienen conciencia, profundidad, valor intrínseco y Espíritu. Es por ello que todos somos miembros de la asamblea de todos los seres, de la iglesia mística, del último «nosotros». Ésta es la última ética, la Verdad última.

El último «yo», el último «nosotros» y el último «ello», el Buda, el Sangha y el Dharma.

P: Éste es el motivo por el cual la comprensión de los cuatro cuadrantes, o del Gran Tres, resulta tan importante para entender el desarrollo espiritual superior.

KW: Sí, eso es lo que pienso. El Espíritu se manifiesta por igual en los cuatro cuadrantes y por ello los cuatro cuadrantes (o simplemente el Gran Tres) deben ser tenidos en cuenta para la actualización plena, completa e ininterrumpida del Espíritu.

P: ¿El Buda?

KW: Bien. Todavía no hemos hablado de los estadios superiores del cuadrante superior izquierdo pero el hecho es que en ellos van desplegándose estadios de conciencia más profundos o más elevados hasta el momento en que el «yo» individual descubre su identidad previa con el Espíritu, concíbalo como lo conciba. Los budistas dirían que el yo individual descubre su naturaleza anterior como Vacuidad y que el yo aislado y alienado se relaja en el sustrato radicalmente abierto, vacío y transparente de toda manifestación. Los sufíes la denominan la Identidad Suprema, la identidad entre el alma y la Divinidad. En el Zen, por su parte, se habla del verdadero Yo, que es no-yo, de la ausencia de todo yo individual, de la Vacuidad primordial que es transparencia de toda forma.

No importa ahora la forma en que usted interprete esa Identidad Suprema porque, lo haga como lo haga, así es como funciona. El hecho es simplemente que el yo individual descubre un Trasfondo primordial e incalificable en el que intersecta con el sustrato del Kosmos. El «yo» último de todos y cada uno de los holones, de todos y cada uno de los seres sensibles, es no-yo, la naturaleza del Buda, la mente del Buda. El «yo» último es el Buda, ése es el cuadrante superior izquierdo.

P: ¿El Dharma?

KW: El Dharma se refiere al Espíritu como hecho objetivo, como un Estado de Cosas objetivo. El último «Ello» del Kosmos es el Dharma, la Verdad, la Mismidad, la Talidad, la Identidad Esencial de todos los holones, la Condición misma de todas las condiciones, la Naturaleza misma de todas las naturalezas, la Esidad misma de todos los holones, ése es el Dharma. La Verdad objetiva es que todos los holones, tal y como son, en su Esidad, son manifestaciones perfectas de la Vacuidad, del Espíritu. ¡Ésa es la última Verdad!

P: ¿Y el Sangha?

KW: *Sangha* significa reunión o comunidad, es el «nosotros» del Espíritu, en la terminología mística cristiana es la Iglesia, la

comunión mística de Cristo. Ésta es la vertiente intersubjetiva de la realización, la cultura de lo Divino, el cuadrante inferior izquierdo.

El hecho es que, precisamente porque el Espíritu se manifiesta por igual en los cuatro cuadrantes, o en el Gran Tres, podemos describirlo *subjetivamente* como la mente de Buda, como el «yo» del Espíritu, como la Belleza; desde un punto de vista *objetivo* podemos describirlo como Dharma, como el «ello» del Espíritu, como la Verdad última, y *culturalmente* hablando podemos, por último, describirlo como Sangha, como el «nosotros» del Espíritu, como la Bondad última.

Los cuatro cuadrantes, o el Gran Tres, son facetas diferentes del Espíritu, aspectos distintos de la Vacuidad. Cuando la Vacuidad se manifiesta, lo hace como sujeto y como objeto, y cada uno de ellos puede ser singular o plural. Es así como aparecen los cuatro cuadrantes o, dicho de modo resumido, el Gran Tres. De modo que el Espíritu puede -y debe- ser descrito utilizando los tres lenguajes, el lenguaje del «yo», el lenguaje del «nosotros» y el lenguaje del «ello».

Y todos estos dominios están en proceso de desarrollo y evolución, lo cual significa que cada uno de ellos va desplegando cada vez más su naturaleza espiritual y, en consecuencia, la actualiza cada vez más. Y en las cumbres más elevadas de esta evolución, el «yo», el «nosotros» y el «ello» devienen transparentes a su auténtica naturaleza e irradian con mayor claridad la gloria del sustrato que son.

Y en esa conciencia radiante, todo «Yo» se convierte en Dios, todo «Nosotros» se transforma en la más sincera veneración a Dios y todo «Ello» se convierte en el templo más resplandeciente de Dios.

SEGUNDA PARTE:

LOS LOGROS SUPERIORES DEL ESPÍRITU-EN-ACCIÓN

9. LA EVOLUCIÓN DE LA CONCIENCIA

P: Quisiera hablar ahora acerca de la evolución de la conciencia que conduce desde los estadios inferiores hasta los estadios más elevados, los estadios espirituales o transpersonales.

KW: Éstos son los estadios recorridos por el yo interno en su camino hacia la Identidad Suprema, el camino que conduce desde la subconsciencia hasta la supraconciencia, pasando por la autoconciencia, el camino del desarrollo del Espíritu, el extraordinario arco de la evolución de la conciencia que conduce desde el aislamiento hasta la Unidad.

La Figura 9. 1 representa de manera simplificada el curso de esta evolución, pero me gustaría antes señalar que todo esto tiene que ver concretamente con el cuadrante superior izquierdo, con los estadios internos de la evolución de la conciencia. No nos referiremos, pues, ahora a los correlatos que tienen lugar en el cuadrante superior derecho, a los cambios que acontecen en el tronco cerebral, el sistema límbico, el neocórtex, las pautas de ondas del cerebro (los llamados estados alfa, beta, theta o delta), la sincronización interhemisférica, los desequilibrios patológicos de los neurotransmisores, etcétera.

Y tampoco consideraremos las corrientes culturales (inferior izquierda) ni las estructuras sociales (inferior derecha), factores, todos ellos, extraordinariamente importantes -y hasta insepara-

bles, diría-, del desarrollo de la conciencia individual. ¿Qué significa ajustar e integrar el yo a una cultura enferma? ¿Qué significa ser un nazi bien integrado? ¿Se trata, acaso, de un enfermo mental o es que tal vez los únicos sanos de una sociedad nazi son las personas mal ajustadas?

Todas éstas son preguntas muy importantes puesto que todo holón presenta esas cuatro vertientes y cualquier malformación -cualquier patología o cualquier «enfermedad» - en cualquiera de los cuadrantes repercute sobre todos los demás. Así pues, una sociedad cuya modalidad de producción (inferior derecha) sea alienante -una sociedad en la que los trabajadores reciben un salario miserable por un trabajo esclavizante, por ejemplo- se reflejará en una baja autoestima de los trabajadores (superior izquierda) y en un funcionamiento químico del cerebro (superior derecha) que puede llegar a institucionalizar el abuso del alcohol como forma de automedicación. Y, del mismo modo, una visión del mundo que infravalore a las mujeres tenderá a atrofiar el potencial individual femenino y abocará a un funcionamiento neuroquímico que exija el uso del Prozac. Y lo mismo ocurre en cualquiera de los cuatro cuadrantes. Dañe cualquiera de ellos y verá cómo la lesión se reproduce en todos los demás.

De momento, sin embargo, ignoraremos todo eso -dejaremos de lado la terapia familiar, la bioquímica del cerebro, las pautas de onda cerebrales, el análisis cultural y el análisis social- y focalizaremos toda nuestra atención en el cuadrante superior izquierdo.

¡Pero no extraigamos, de ello, la conclusión de que los otros cuadrantes son menos importantes! De hecho, estamos aproximándonos a una comprensión que considera que las «patologías» individuales constituyen la parte emergente de un enorme iceberg que incluye las visiones del mundo, las estructuras sociales y el acceso cultural a la profundidad. Y no es que la terapia individual carezca de importancia sino que, en cierto sentido, resulta secundaria. Centremos, pues, por el momento, toda nuestra atención en el cuadrante superior izquierdo.

Los estadios superiores del desarrollo

P: La Figura 9. 1 nos ofrece un breve resumen del cuadrante superior izquierdo.

KW: Así es. Si comparamos ahora la Figura 9. 1 con la Figura 5. 2 advertiremos que esta última se prolonga hasta la estructura «visión lógica» (el estadio 6 de la Figura 9. 1), por la simple razón de que sólo nos muestra los estadios de conciencia promedio alcanzados por la colectividad hasta este momento y no registra ninguno de los estadios superiores, o más profundos, que sí nos ofrece, en cambio, la Figura 9. 1.

P: ¿Lo cual nos lleva de inmediato a preguntar si esto significa que alguien que viviera en un pasado mítico-agrario, pongamos por caso, tenía cerrada la puerta de acceso a esos estadios superiores?

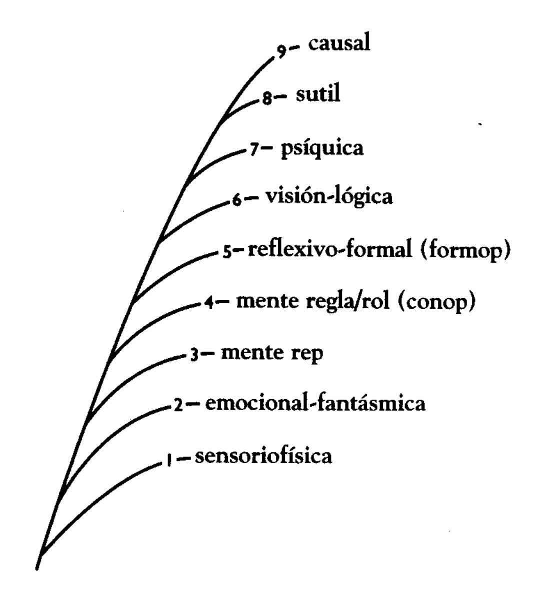


Figura 9. 1. Las estructuras básicas de la conciencia.

KW: No, en modo alguno. En cualquier época que consideremos existen ciertas personas que están por encima del promedio y otras que se hallan por debajo. El cuadrante inferior izquierdo se refiere simplemente al nivel promedio alcanzado en ese momento histórico.

Cada sociedad dispone de un determinado *centro de gravedad,* podríamos decir, en torno al cual gravitan la ética, las normas, las reglas y las instituciones básicas propias de esa cultura, un centro de gravedad que proporciona la cohesión cultural y la integración social características de esa sociedad concreta.

Ese centro de gravedad cultural actúa como una especie de imán sobre el desarrollo individual, de manera que si usted se halla por debajo del nivel promedio, el centro de gravedad tenderá a impulsarle hacia arriba, mientras que si, por el contrario, intenta elevarse por encima de él, tenderá a dificultar el ascenso. De este modo, el centro de gravedad cultural constituye una especie de trazador del desarrollo, un imán que atrae al individuo hasta el nivel de desarrollo de la conciencia esperable en esa sociedad. A partir de ese momento, el desarrollo dependerá del esfuerzo y de la suerte porque será necesario vencer la resistencia de ese imán que obstaculiza el ascenso. Pero lo cierto es que, en cualquiera de los dos casos -tanto si se halla por debajo como si se halla por encima del promedio-, usted será un «marginado».

P: Así que existen diferencias entre la modalidad promedio y la modalidad avanzada propia de cada cultura.

KW: Correcto. Supongamos, por ejemplo, que, dentro de quinientos años, un antropólogo que estudiara Estados Unidos tropezara con los escritos de Krishnamurti y llegara a la conclusión de que todo el mundo era como él. Esto, que es evidentemente absurdo, es precisamente lo que muchos teóricos de la Nueva Era están haciendo cuando estudian las épocas pasadas. Estos teóricos focalizan su atención en un sujeto representativo de *la modalidad de conciencia más avanzada* propia de esa época -un chamán, por ejemplo- y extraen la conclusión de que *la modalidad promedio* característica de ese período histórico era chamánica, de que hace cien mil años todo el mundo era chamán. Pero lo cierto es que hace cien mil años casi nadie era chamán; el chamán -y tal vez no hubiera más que uno en cada tribu - era un individuo muy especial, un individuo sumamente dotado y la inmensa mayoría de la población distaba mucho de poseer una conciencia chamánica. De hecho, la gran mayoría era completamente ajena a la modalidad de conciencia superior a la que accedía el chamán y se hallaba aterrorizada por su poder.

Por eso lo *primero* que he intentado hacer en mi estudio sobre esas épocas pasadas es determinar el centro de gravedad promedio -arcaico, mítico, racional, existencial, etcétera-, seleccionando luego cuidadosamente a esos individuos especiales, esa élite que se elevaba -a menudo con grandes dificultades- por encima de la modalidad promedio de conciencia de su tiempo (el chamán, el yogui, el santo y el sabio). Estas modalidades superiores -o más profundas - de la conciencia son lo que, en la Figura 9. 1, denominamos niveles supraconscientes del desarrollo *(psíquico, sutil, causal y no dual).*

La escalera, el escalador y la vision

P: Éstos son los cuatro estadios del desarrollo superior que quisiera discutir. Pero ¿se asemeja realmente este proceso -como refleja la Figura 9.1- a una «escalera»? ¿Y se trata realmente de estadios discretos?

KW: Ciertamente, la Figura 9. 1 se asemeja a una escalera, lo cual ha llevado a muchas personas a suponer erróneamente que los modelos evolutivos son rígidamente «lineales».

La mejor forma de interpretar la Figura 9. 1 sería considerarla como si se tratara de una serie de círculos o de esferas anidadas en la que los niveles superiores trascienden e incluyen a sus predecesores, una *holoarquía de actualización* en la que cada estadio *despliega y engloba* a sus predecesores. La Figura 9. 1 representa simplemente un corte de ese pastel concéntrico y usted

podría representar la misma figura como una serie de círculos concéntricos (que es exactamente lo que hemos hecho, si recuerda, en la Figura 2. 2). De hecho, la Figura 9. 1 es simplemente una versión ampliada de la Figura 2. 2: materia [sensoriomotor], cuerpo [emocional y vital], mente [de la mente-rep a la mente visión-lógica], alma [psíquico y sutil] y Espíritu [causal y no dual]. Y, como pronto veremos, esta gran holoarquía de la conciencia constituye la columna vertebral de las grandes tradiciones de sabiduría que encontramos universalmente en casi todas las culturas.

Pero -y esto es lo más importante- esos nueve niveles o círculos anidados sólo tienen que ver con uno de los tres aspectos ligados al proceso de desarrollo de la conciencia. Aun en el caso de que considerásemos a la Figura 9. 1 como una «escalera», también tendríamos que tener en cuenta al *escalador* que asciende por ella y a las diferentes *visiones* o paisajes que nos proporciona cada uno de los peldaños ¡ninguno de los cuales constituye un simple proceso lineal!

P: Así pues, escalera, escalador y paisaje. Veamos ahora lo que ocurre con la escalera de los círculos anidados.

Las estructuras básicas: La escalera

KW: En la Figura 9. 1 hemos representado los nueve niveles, o círculos, constitutivos de las *estructuras básicas* de la conciencia.

No es preciso detallar ahora esos estadios pero digamos, a modo de recordatorio, que la Figura 9. 1 incluye: sensaciones y percepciones (sensorio-físico), impulsos e imágenes (fantásmico-emocional), símbolos y conceptos (mente-rep, abreviatura de mente representacional), reglas concretas (mente regla/rol o mente «conop», abreviatura de mente operacional concreta), mente reflexivo-formal («formop»), visión-lógica (integradora) y luego los estadios superiores o transpersonales (psíquico, sutil y causal).

(El papel en el que está representada la figura constituye el estadio «supe flor», que no es tanto un estadio como el sustrato vacío y no dual en el que tiene lugar todo este despliegue.)

En breve volveremos sobre este punto pero digamos, por el momento, que esta lista no es, en modo alguno, exhaustiva, sino que tan sólo constituye una muestra representativa de algunos de los hitos fundamentales que jalonan el proceso de desarrollo de la conciencia.

P: Pero si realmente se trata de esferas anidadas ¿por qué sigue representándola como una escalera?

KW: Porque la metáfora de la escalera sirve para representar que los distintos componentes fundamentales de la conciencia emergen en estadios discretos y que, si usted destruye un peldaño inferior, todos los peldaños que se encuentran por encima de él se verán también dañados. De modo que, cuando quiero subrayar los niveles de crecimiento implicados, suelo recurrir a la metáfora de la escalera. Donde la metáfora de la escalera se muestra ciertamente inadecuada es en el hecho de que los estadios superiores no se asientan realmente sobre los inferiores sino que lo *engloban* en su propio ser (del mismo modo que la célula contiene moléculas que, a su vez, contienen átomos), ya que se trata, como ya he dicho, de una holoarquía anidada.

Como evidencian las Figuras 5. 2, 5. 3 y 9. 1, a lo largo del proceso de desarrollo las imágenes emergen antes que los símbolos, que, a su vez, aparecen antes que los conceptos, y éstos, a su vez, surgen antes que las reglas, etcétera. Este ordenamiento holoárquico es intercultural e irreversible, no presenta ningún tipo de excepción y no existe condición social alguna que pueda modificarlo. Del mismo modo que las palabras surgen antes que las frases y éstas antes que los párrafos, los holones básicos se erigen sobre sus predecesores y los incorporan en su propia estructura, por ello no es posible invertir este ordenamiento según el cual los escalones superiores descansan sobre los inferiores. Ésa es la parte provechosa de la metáfora de la escalera.

El yo: El escalador

P: De modo que ésos son los peldaños fundamentales de la escalera del despertar, de la holoarquía del despertar.

KW: Sí. Pero no es en ese escenario, por así decirlo, donde realmente tiene lugar la acción. Aun en el caso de que concibiéramos el proceso de desarrollo de las estructuras básicas como si de una «escalera» se tratase, la acción real tiene que ver con el *escalador*, con el yo, al que, en ocasiones, hemos denominado *sistema del yo*. (Desde un punto de vista objetivo, es decir, hablando en el lenguaje del «ello», se trata de un sistema del yo; subjetivamente hablando, sin embargo, se trata de una persona, de un yo, de una sensación de identidad.)

P: ¿De modo que el yo, o el sistema del yo, tiene sus propias características distintivas?

KW: Así es. El yo, el escalador, posee determinadas características y capacidades concretas que *son ajenas a la escalera*.

La escalera carece fundamentalmente de yo, puesto que ninguno de sus peldaños posee una sensación de identidad inherente, pero el yo se apropia de esos peldaños, se *identifica* con ellos y genera, de ese modo, diferentes sensaciones de identidad, diferentes estadios del desarrollo del yo, hasta que finalmente -en un verdadero salto al vacío - deja completamente de lado la escalera... pero eso ocurre mucho más adelante. Lo único que nos interesa subrayar, por el momento, es el hecho de que la escalera y el escalador son cuestiones completamente diferentes.

En *Psicología Integral* he denominado a estos rasgos característicos del yo como identificación, organización, voluntad o atención, defensa, metabolismo y navegación.

No es necesario que profundicemos ahora en este punto, pero debo señalar que la «navegación», por ejemplo, se refiere a los *cuatro impulsos* característicos de todos los holones -incluido el holón del yo-: la individualidad, la comunión, la autotrascendencia y la autodisolución (regresión), cuatro alternativas entre las que puede elegir el yo en cada uno de los escalones del proceso de crecimiento y desarrollo. El exceso o el defecto de cualquiera de estos cuatro impulsos ocasiona varios *tipos* de condiciones patológicas del yo características del peldaño en que tenga lugar la perturbación.

P: De modo que, en la medida en que el yo va negociando o ascendiendo los distintos peldaños, o estadios, de esta escalera básica las cosas pueden funcionar mal.

KW: Así es. El yo puede ascender la escalera del desarrollo de la conciencia ¡pero también está expuesto a romperse un brazo o una pierna en cada peldaño!

Si algo va mal en cualquiera de los estadios del proceso de desarrollo evolutivo, ciertos aspectos del yo pueden verse dañados o «rechazados» (un «rechazo» al que se denomina represión, disociación o alienación). Y, en cada uno de los estadios, el yo puede experimentar un trauma que provoque una patología característica del estadio en el que tuvo lugar la lesión.

Así es como nos encontramos con una escala de patologías ligadas a los distintos estadios, un espectro de patologías que pasa por la psicosis, los trastornos borderline, la neurosis, los trastornos existenciales y los trastornos espirituales.

En breve consideraremos algunos ejemplos concretos pero digamos, por el momento, que estas estructuras básicas no sólo están en proceso de evolución y desarrollo sino que el yo debe negociar con ellas, debe ascender realmente cada uno de los escalones evolutivos de la expansión de la conciencia y que, en cualquiera de esos pasos, puede dar un traspiés y quedar malherido.

Los fulcros

P: Y a cada uno de estos pasos usted los denomina *fulcros*.

KW: Así es, se trata de un término basado en la investigación de teóricos y clínicos tan importantes como Margaret Mahler, Otto Kernberg, Heinz Kohut, Gertrude Blanck y Robert Blanck (por no mencionar el trabajo pionero realizado por Jung sobre el

proceso de individuación). Un fulcro simplemente describe el importante proceso de diferenciación e integración que tiene lugar durante el crecimiento y el desarrollo del ser humano.

Uno de los aforismos preferidos de Yogi Berra decía «toma cualquier desvío que encuentres en tu camino». Pues bien, un fulcro es una bifurcación que aparece en el camino evolutivo del yo y la forma en que el individuo lo gestione determinará su futuro.

P: De modo que la presencia de las nueve estructuras básicas hace referencia a la existencia de nueve fulcros o bifurcaciones.

KW: Correcto. Cada uno de los distintos peldaños de la escalera evolutiva que debe ascender el yo constituye un fulcro.

Y, como nos muestra la Figura 9. 2, la estructura propia de cada fulcro es trifásica. *En la primera fase,* el yo evoluciona, se desarrolla y asciende al nuevo nivel de conciencia y *se identifica* con él, es «uno» con ese nuevo nivel. *En la segunda* comienza a ir más allá de ese nivel, a diferenciarse de él, a desidentificarse de él y a trascenderlo. *Y en la tercera,* por último, se identifica con el nuevo nivel superior v termina asentándose en

ESCALERA	ESCALADOR	VISIÓN
Peldaños básicos de la conciencia	Escalador de los peldaños básicos	Paisaje cambiante sobre el yo y sobre todo lo demás propio de cada estadio que presenta una distinta:
Una vez que emergen, constituyen los ladrillos o los holones fundamentales de la conciencia	Cada paso en el ascenso es un fulcro, un proceso trifásico (1-2-3) en el que: • (1) fusión/identificación • (2) diferenciación/trascendencia • (3) integración/inclusión	• sensación de identidad • necesidades del yo • actitud moral

Figura 9. 2. Escalera, escalador y visión

él. De este modo, el nuevo peldaño descansa sobre los anteriores, que se ven así incluidos e integrados en el proceso global de expansión y esa integración, o inclusión, constituye la tercera y última subfase de ese fulcro concreto.

Recordemos, pues, que todos los fulcros tienen la misma estructura 1-2-3 (identificación, desidentificación e integración, o fusión, diferenciación e integración, o inmersión, trascendencia e inclusión).

Y en el caso de que haya problemas *en cualquiera de las tres fases* de este proceso en alguno de los peldaños, usted se romperá una pierna o algo por el estilo y el tejido cicatrizal de esa herida llevará la impronta de la visión del mundo propia del momento en que tuvo lugar el trauma. Y, hablando en términos generales, cuanto más bajo es el escalón más grave la patología.

La emergencia de un nuevo mundo: Diferentes visiones del mundo

P: De modo que tenemos la escalera (con sus peldaños básicos), tenemos al yo (el escalador) y también tenemos a los distintos fulcros... cada uno de los cuales nos proporciona una visión diferente del mundo.

KW: Sí. Cada uno de los peldaños del proceso de desarrollo evolutivo nos brinda una *visión diferente del mundo* (una visión diferente sobre uno mismo y sobre los demás). En cada uno de los peldaños del proceso evolutivo el mundo parece diferente porque ¡es, en realidad, diferente! No es, pues, tanto que exista un mundo dado de antemano que sea reflejado de manera monológuica sino que, a medida que la conciencia evoluciona, surgen espacios diferentes que van acompañados también de diferentes mundos.

Quisiera subrayar, en este punto, que cada uno de los peldaños nos proporciona un tipo diferente de *sensación de identidad,* un tipo diferente de *necesidades del yo y* un tipo diferente de *ac-*

ESCALERA	ESCALADOR		VISIÓN DEL MUNDO		
Estructura básica		*Maslow* (*necesidades del yo*)	*Loevinger* (*sensación de identidad)*)		*Kohlberg* (*sensación moral*)
sensoriofísica	F-1		autística		
		(fisiológicas)	simbiótica	(premoral)	0. deseo mágico
emocional-fantásmica	F-2		impulsiva-pertenencia		1. castigo/obediencia
mente rep	F-3	seguridad	impulsiva	I. preconvencional	2. hedonismo ingenuo
			autoprotectora		
mente regla/rol	F-4	pertenencia	conformista	II. convencional	3. aprobación de los demás
			conformista consciente		4. ley y orden
mente reflexivo-formal	F-5	autoestima	consciente	III. postconven-	5. derechos del individuo
			individualista	cional	6. principios universales de la conciencia
visión-lógica	F-6	autorrealización	autónoma		
			integrada		
psíquica	F-7	autotrascendencia			Kohlberg ha sugerido también la existencia de un séptimo estadio superior:
sutil	F-8	autotrascendencia			
causal	F-9	autotrascendencia			7. universal-espiritual

Figura 9. 3. Algunos ejemplos de la escalera, el escalador y el paisaje

titud moral (ver Figura 9. 3), aspectos distintivos ,.todos ellos, de los distintos mundos a los que se accede desde cada uno de los peldaños o dimensiones de la conciencia.

Este es, pues, el resumen de todo lo anterior, la escalera (con sus distintos peldaños básicos de la conciencia), el escalador (con sus fulcros) y las distintas visiones del mundo accesibles desde cada peldaño; escalera, escalador y paisaje.

P: Veamos ahora algunos ejemplos concretos.

KW: Este modelo de desarrollo de la conciencia está basado en el trabajo de unos sesenta o setenta teóricos, tanto orientales como occidentales. La Figura 9. 3 nos habla de tres de ellos, Abraham Maslow, Jane Loevinger y Lawrence Kohlberg, a los que suelo recurrir a modo de ejemplo porque son muy conocidos.

P: Tomemos, por ejemplo, la mente regla/rol y veamos lo que nos dice cada una de las columnas de la tabla.

KW: La mente regla/rol comienza a emerger alrededor de los siete años de edad y conlleva la capacidad de acatar *reglas* mentales complejas y de asumir *roles* sociales. En ese difícil y angustioso período el niño empieza a comprender que ya no es sólo un cuerpo sujeto a los impulsos y los deseos, sino también un yo social que convive otros yoes sociales y que debe adaptarse a los roles socioculturales.

Y, en la medida en que emerge la *estructura básica* de la mente regla/rol, el yo del niño debe hacer frente a ese nuevo peldaño de la conciencia, es decir, debe gestionar adecuadamente los problemas que le presenta el *fulcro* propio de ese nivel, el proceso trifásico (1-2-3) que terminará permitiéndole ascender a un nuevo nivel de conciencia. Así que el primer paso será el de apoyar los pies en ese peldaño, *identificarse* con él, identificarse con la capacidad de obedecer las reglas y de asumir los roles; identificarse, en suma, con la mente regla/rol (la fase 1 del fulcro).

Una vez alcanzado este punto, la *sensación de identidad* central y fundamental del niño será la regla/rol. La adhesión a esas reglas y a esos roles es la que genera, en consecuencia, la sensación de identidad *conformista* característica de ese estadio (como

muestra la columna de Loevinger de nuestra tabla) y, por ese mismo motivo, la *necesidad básica del yo* propia de ese estadio es la pertenencia (como evidencia la columna de Maslow), y su *actitud moral* se centra (como podemos ver en la columna de Kohlberg) en la aprobación convencional de los demás.

P: Eso es, pues, lo que nos muestra la tabla... escalera, escalador y paisaje.

KW: Así es. Ésta es la idea global aunque expuesta de un modo muy resumido. Espero que resulte comprensible.

P: ¿Y qué es lo que ocurre a partir de ese momento?

KW: En tal caso, el yo seguirá su proceso de desarrollo trascendiendo esa visión y terminará *expandiendo nuevamente su conciencia.* Pero, para hacerlo, deberá quitar los pies del peldaño anterior, deberá desidentificarse de él, deberá trascenderlo -recuerde que la desidentificación o trascendencia constituye la fase 2 del fulcro- y luego deberá *identificarse* con el siguiente peldaño superior -la fase 3-, que termina dando origen a un nuevo fulcro en el que se repite el mismo ciclo. A menos, claro está, que tenga lugar un estancamiento del proceso evolutivo.

P: Veamos ahora las transformaciones correlativas de paisaje que tienen lugar a lo largo de este proceso. ¿Es cierto que, como opinan Loevinger, Kohlberg y Maslow, estas visiones son, a su vez, estadios?

KW: Sí pero, en un sentido muy general, lo cual ha confundido a muchos críticos. Casi todos los desarrollistas (Kohlberg, Carol Gilligan, Heinz Werner, Jean Piaget, R. Peck, Habermas, Robert Selman, Erik Erikson, J.M. Baldwin, Silvano Arieti e incluso las tradiciones contemplativas, desde Plotino hasta Padmasambhava, Chih-i y Fa-tsang) nos ofrecen una secuencia de estadios, una secuencia escalonada de holoarquías de crecimiento y desarrollo. Pero el hecho es que esta holoarquía escalonada se ajusta a sus datos; no se trata de una predilección especial por las escaleras, sino de una conclusión extraída de una masiva acumulación de datos procedentes de la investigación empírica, fenomenológica e interpretativa.

Pero hay que decir también que hasta en las versiones más estrictas de las holoarquías -como la de Kohlberg, por ejemplo-, el yo propio de un determinado nivel tenderá a dar un 50% de sus respuestas desde ese nivel, otro 25% desde el nivel superior y el 25% restante desde el nivel inferior. Ningún yo, por decirlo de otro modo, se encuentra sencillamente ubicado «en un solo estadio». Además, existen todo tipo de regresiones, espirales, saltos provisionales hacia adelante, experiencias cumbre, etcétera.

P: Así que se trata más bien de una especie de promedio.

KW: Exactamente. Ocurre, con esto, algo parecido a lo que hemos dicho con respecto a las culturas, que tienen un centro de gravedad promedio, que algunos de sus miembros están por encima de ese promedio y que otros se hallan por debajo de él.

Del mismo modo, el sistema del yo también tiene su propio centro de gravedad, por así decirlo, lo cual significa que alguno de sus elementos compositivos se hallan en ese nivel promedio mientras que otros se hallan por encima y otros, en cambio, por debajo. Dicho en otras palabras, es como si el escalador se asemejase más a una burbuja que a una entidad discreta, una burbuja móvil que se mueve en torno a varios de los peldaños fundamentales del proceso de expansión de la conciencia.

La patología

P: Usted afirma que, en cualquiera de los peldaños, el yo puede lesionarse y perder una pierna o un brazo, por así decirlo.

KW: Sí. Algunos aspectos del escalador, de la burbuja, pueden permanecer atrapados en los peldaños inferiores y, en tal caso, esas pequeñas burbujas se desgajan de la burbuja principal y permanecen atadas a los estadios inferiores.

P: Ésa es la represión.

KW: Hablando en términos generales. Veamos ahora un ejemplo relacionado con los estadios del desarrollo moral.

Según la Figura 9. 3, los estadios inferiores y más tempranos del desarrollo moral son egocéntricos, narcisistas y exclusivamente centrados en uno mismo, son estadios fundamentalmente impulsivos y hedonistas, los llamados estadios *preconvencionales* de Kohlberg. Los estadios intermedios, por su parte, son llamados *convencionales* porque, como ya hemos visto, tienden a ser muy conformistas (¡mi país, esté acertado o equivocado!). Los estadios superiores, por último -a los que volveremos en breve-, son llamados *postconvencionales* (o espirituales) porque comienzan a trascender las actitudes convencionales o conformistas y se centran en el pluralismo universal y en los derechos del individuo.

Ahora bien, en el caso de que, a lo largo de los estadios preconvencionales (que se prolongan durante los tres primeros años de vida), tenga lugar, por razones muy diversas, algún tipo de trauma grave y reiterado, pueden presentarse los siguientes problemas:

Dado que el centro de gravedad del yo propio de esos estadios es preconvencional o impulsivo, determinados aspectos de ese yo *impulsivo* pueden verse enajenados *o disociados. Y,* si esta disociación es muy severa, el desarrollo del yo experimentará un estancamiento. En la mayor parte de los casos, sin embargo, el yo proseguirá su camino ascendente cojeando, malherido, vacilante y hasta sangrando, las estructuras básicas del proceso de desarrollo de la conciencia.

Pero el hecho es que un fragmento del *yo impulsivo* habrá quedado, no obstante, desgajado y disociado *y no* proseguirá el ascenso, no seguirá creciendo y desarrollándose sino que quedará, por así decirlo, encerrado en el sótano. El resto del yo seguirá creciendo y desarrollándose, pero la visión moral de la faceta enajenada será la propia del estadio 1, puesto que fue ahí donde tuvo lugar la disociación. Es por ello que ese aspecto escindido será narcisista, egocéntrico, impulsivo y encerrado sobre sí y seguirá, por tanto, *interpretando* el mundo en función de las categorías propias del primitivo estadio en el que se halla asentado.

Y en la medida en que la burbuja principal del yo prosiga su ascenso por la escalera del desarrollo, esta pequeña burbuja rezagada la boicoteará con síntomas neuróticos e incluso psicóticos. La burbuja principal dispondrá de una visión superior y más amplia del mundo, pero la pequeña burbuja seguirá atada a una visión del mundo arcaica y narcisista que se halla sometida a los impulsos y las necesidades preconvencionales.

Y el *conflicto interno* existente entre la burbuja principal -que ahora puede haber alcanzado el estadio moral 3, 4 ó 5- y la pequeña burbuja -que permanece estancada en el estadio 1- puede llegar a ser tan destructivo que constituya, estrictamente hablando, una auténtica guerra civil. Esa, precisamente, es la patología.

Y, como veremos, una de las cosas que debemos hacer a lo largo del proceso de desarrollo es poner fin a las guerras civiles.

Los estadios del desarrollo espiritual

P: ¿Pero esto significa que una persona debe atravesar todos los niveles inferiores -desde el 1 hasta el 6- antes de poder llegar a desarrollar los estadios superiores o espirituales?

KW: Una persona pueden tener una experiencia espiritual -una experiencia cumbre- casi en cualquiera de los estadios de su proceso de desarrollo. Las estructuras básicas, desde la inferior hasta la superior, son estructuras potenciales características de todo ser humano y existen condiciones muy diversas (momentos de júbilo, de pasión sexual, de estrés, de ensoñación onírica, de estados inducidos por drogas e incluso crisis psicóticas) que pueden permitir el acceso a las dimensiones superiores.

Pero veamos lo que sucede. Supongamos que una persona que se halle en el estadio 3 del desarrollo moral de Kohlberg tenga una experiencia, un atisbo, de cierto fenómeno propio del nivel sutil, tal vez una intensa iluminación interior que puede provocar un cambio profundo en su vida y abrirla a nuevos mundos, a nuevas dimensiones y a nuevas modalidades de conciencia.

Y tal vez ello pueda conducir a una transformación, evolución o desarrollo real de su conciencia. De modo que, si usted pasa a esa persona un test para determinar su estadio moral, descubrirá que ha pasado del estadio moral 3... al estadio moral 4. ¡Esto es todo lo que puede ocurrir! Es imposible dejar de lado la existencia de los estadios del mismo modo que también es imposible pasar desde el átomo hasta la célula dejando de lado a la molécula. Así que una persona que se halle en el estadio moral 3 y tenga una profunda experiencia espiritual tal vez pueda pasar al siguiente estadio, en este caso el 4, pero no es posible, bajo ninguna circunstancia, pasar desde el estadio 3 hasta el estadio 7.

Los estadios del desarrollo realmente espirituales o transpersonales (el estadio 7 de Kohlberg y los estadios superiores) exigen del desarrollo previo de los estadios 6, 5, 4, 3, etcétera, cada uno de los cuales proporciona algo absolutamente esencial para que el estadio 7 pueda llegar a manifestarse. Y aunque una persona pueda tener una experiencia cumbre de una dimensión superior, su yo debe todavía crecer y desarrollarse lo suficiente como para poder asentarse de manera permanente en esas dimensiones superiores más profundas.

P: En este sentido, usted cita a Aurobindo: «La evolución espiritual obedece la lógica del desarrollo sucesivo; sólo puede tener lugar un nuevo paso decisivo cuando los anteriores han sido debidamente conquistados. Y aun en el caso de que ciertos estadios menores puedan ser obviados por un ascenso brusco y rápido, la conciencia deberá volver atrás para asegurarse de que el sustrato omitido termina integrándose en la nueva condición; una mayor velocidad [de desarrollo, algo ciertamente posible] no elimina la existencia de los pasos mismos ni la necesidad de su superación sucesiva».

KW: Sí. Uno de los grandes problemas de la psicología transpersonal fue su excesivo énfasis inicial en las experiencias cumbre. Es como si aquí tuviera usted al ego, que es muy malo -¡fueraaa!-, y aquí a lo que no es el ego, que es muy bueno -¡bieeen!-, y que todo lo que no es el ego es Dios.

Según este modelo de «un-solo-paso», todo lo que no es el ego es divino y, en consecuencia, para alcanzar la expansiva, liberada y cósmica conciencia divina, basta con desembarazarse del agobio del ego analítico y racional.

Hoy en día, sin embargo, sabemos que la mayor parte de los estados no egoicos constituyen una auténtica pesadilla preegoica, prerracional y prepersonal y que muchas de las teorías que apuestan por el no ego confunden el preego con el. transego, cayendo, en tal caso, en la falacia pre/trans y no alentando, pues, la trascendencia sino la regresión.

Esta visión ingenua que concibe a la transformación como un proceso de «un-solo-paso» está atada a una visión chata del mundo según la cual la «conciencia cósmica» supone el paso del molesto ego newtoniano al yo que propone la nueva física, a un yo sistémico que es uno con Gaia. Desde este punto de vista, para alcanzar la iluminación y salvar al planeta basta con fundirnos con la visión chata del mundo.

Pero las cosas, ciertamente, no son tan sencillas. No se pasa de bellota a bosque en un simple salto cuántico. Como evidencian los datos empíricos, fenomenológicos, interpretativos, contemplativos e interculturales, todo desarrollo -incluido el desarrollo humano- atraviesa una serie de estadios. Me he referido ya a nueve de ellos, aunque ésa no es más que una visión simplificada y todavía quedan muchas cuestiones por resolver. Pero el hecho, en cualquier caso, es que el modelo que concibe a la transformación como un proceso «de-un-solo-paso» es engañosamente cándido.

De modo que una persona puede tener experiencias espirituales y experiencias cumbre que le permitan vislumbrar la profundidad pero lo cierto es que deberá crecer y desarrollarse hasta llegar a integrarlas en su propia estructura y asentarse en ellas. Para llegar a ser uno con el bosque, en suma, es necesario haber pasado ya de bellota a roble.

La religión chata

P: Como si las experiencias cumbre constituyeran, pues, el «atisbo» de un paisaje que el individuo tal vez no llegue a consolidar.

KW: Sí. Y además existe otro problema adicional mucho más importante, puesto que *la escalera puede extenderse más allá de la voluntad del yo de ascender por ella,* es decir, que el desarrollo cognitivo constituye una condición necesaria, pero no suficiente, para el desarrollo moral.

Esto significa, por ejemplo -y todos nosotros conocemos casos de este tipo- que una persona puede acceder al nivel 5 de la razón -pueden ser intelectualmente muy avanzado- y permanecer, no obstante, en el estadio 1 del desarrollo moral o, dicho en otras palabras, que puede ser un nazi muy brillante. En este caso, la escalera es mucho más elevada que el escalador, quien, por su parte, permanece estancado en los peldaños inferiores. ¡Una cosa es vislumbrar una estructura superior y otra, completamente diferente, establecerse en ella!

Y lo mismo puede ocurrir con las experiencias espirituales, ya que una persona puede acceder fugazmente a un peldaño muy elevado de la escalera, o del círculo, de la conciencia *y negarse,* sin embargo, *a vivir* desde ese nivel, en cuyo caso, su centro de gravedad permanecerá atado a los niveles inferiores.

Para vivir de acuerdo a las experiencias espirituales es necesario comprometerse con un camino de desarrollo que permita la expansión holoárquica hasta que el sujeto realmente se asiente en las dimensiones expandidas de la conciencia. No basta, pues, con una «idealización» meramente teórica sino que es necesario que el centro de gravedad del sujeto se desplace realmente -que el sujeto se transforme - hasta llegar a las esferas más profundas o más elevadas de la conciencia.

Así que usted puede tener una experiencia cumbre muy intensa, un satori, por ejemplo, pero ¿a dónde le habrá conducido -días, semanas o meses más tarde- esa experiencia? ¿Cuál es, realmente, su centro de gravedad? El hecho es que su yo real sólo puede asimilar esa experiencia en función de su propia estructura, en función de las capacidades que le proporciona su nivel real de desarrollo. Las experiencias espirituales no permiten soslayar el proceso de crecimiento y desarrollo del que depende la misma realización espiritual. Tal vez sea posible, como decía Aurobindo, acelerar el proceso evolutivo pero no hay modo alguno de eludirlo.

P: En los círculos del «nuevo paradigma» existe una cierta resistencia a aceptar la noción de estadios.

KW: Así es. Y se trata de la misma resistencia que ofrecen a la noción de jerarquía u holoarquía. Algunas de sus objeciones son sinceras y bienintencionadas, y debemos tenerlas en cuenta. Pero si usted niega la existencia de los estadios o de las holoarquías, tendrá que ofrecer una explicación alternativa a la masiva evidencia de datos que confirman *la* existencia del desarrollo holoárquico descubiertos por los investigadores en casi todas las culturas. Y no conozco, hasta el momento, ninguna explicación convincente a este respecto.

Pero no todas las resistencias obedecen a razones tan nobles. Hay muchas personas que simplemente se encuentran incómodas con la idea de estadios porque a los norteamericanos nos desagrada la noción de grados de profundidad. Nosotros somos la encarnación viva de la visión chata del mundo. La mera idea de que alguien, en algún lugar, pueda ser superior o más profundo que nosotros nos resulta sencillamente intolerable.

Nosotros preferimos una «espiritualidad» que nos permita llegar a Dios en un proceso de «un-solo-paso» sin importar el nivel en el que nos hallemos -por más mediocre que éste sea-, como si se tratara de un microondas. Según este punto de vista, el ego sigue siendo el malo y «dios» o la «diosa» no es más que una nueva visión o paradigma conceptual que podemos memorizar y salmodiar a modo de *mantram.* Como si la transformación consistiera simplemente en la memorización de un nuevo mapa.

Un mundo chato requiere de un dios igualmente chato y es

por ello que existen diversos paradigmas chatos según los cuales pareciera como si no fuera necesaria una auténtica transformación sino que bastara simplemente con aprender un nuevo paradigma, como si bastara simplemente con decir que su ser es una hebra de la gran trama, por ejemplo, para alcanzar la salvación. ¡Y este tipo de aproximaciones suele caracterizarse por *negar* violentamente la existencia de cualquier estadio superior!

Desde esta perspectiva, la salvación depende del entusiasmo con el que abrace la visión chata del mundo. Es como si suscribiese una jerarquía que negase la jerarquía y ni siquiera se diera cuenta de esta flagrante contradicción. Su «profundidad» entonces depende de la vehemencia con la que niegue toda profundidad y arremeta contra la noción de estadios -porque la existencia de cualquier estadio superior le hace sentir «inferior»-, mientras niega, al mismo tiempo, agresivamente toda holoarquía y celebra el advenimiento de la pesadilla monocroma.

P: Y se trata de un prejuicio holoárquico muy beligerante con el que suelo topar con mucha frecuencia.

KW: La religión chata, como toda religión exotérica, tiene su dios y su diablo. Y si usted define a dios como chato y no holoárquico, la holoarquía se convierte en el nuevo diablo. Y, como ocurre con casi todas las religiones fundamentalistas, ésta también tiene sus inquisidores y son realmente de lo más desagradable.

Freud y el Buda

P: La existencia de una conciencia holoárquica implica que los estadios superiores pueden ser boicoteados por la represión de los estadios inferiores, es decir, por las guerras civiles internas.

KW: Eso es lo que yo creo. Si el yo reprime o disocia ciertos aspectos de sí mismo, dispondrá de menos potencial para la evolución y el desarrollo posterior, lo cual, más pronto o más tarde, abocará a un estancamiento del desarrollo.

No quisiera cuantificar esto de un modo simplista pero supongamos, a modo de ejemplo, que, en el momento del nacimiento, el yo disponga de un potencial de 100 unidades y que, en algún momento de su temprano desarrollo, una pequeña burbuja queda disociada en el estadio moral 1, perdiendo, de ese modo, el acceso a 10 unidades de sí mismo.

En tal caso, el potencial remanente del yo sólo será de un 90%, como si dijéramos, porque el 10% restante habrá quedado atrapado en el estadio moral 1, atrapado en esta pequeña burbuja inconsciente que permanece aprisionada en el sótano y que utiliza ese 10% de conciencia para tratar de que la totalidad del organismo actúe de acuerdo a sus deseos, impulsos e interpretaciones arcaicas.

Supongamos que, de este modo, al llegar a la edad adulta el yo haya perdido un 40% de su potencial, un potencial que queda así disgregado o disociado en pequeños yoes, en pequeñas burbujas, en pequeños *sujetos ocultos* que tienden a permanecer en el nivel de desarrollo que habían alcanzado cuando se disgregaron de la burbuja principal.

Esos pequeños bárbaros que permanecen atrapados en el sótano reclaman violentamente ser escuchados y alimentados, ser el centro del universo y, cuando tal cosa no ocurre, pueden llegar a ser muy desagradables. De este modo, dado que usted ignora conscientemente su existencia, termina *interpretando sus* gritos, sus arañazos y sus mordiscos como depresión, obsesión, ansiedad y otros síntomas neuróticos sumamente desconcertantes.

P: Lo cual podría terminar entorpeciendo el proceso de desarrollo superior.

KW: Sí. El hecho es que estos pequeños yoes disociados -estos pequeños sujetos ocultos que permanecen aferrados a visiones inferiores del mundo- consumen una parte de su energía. Pero no sólo son ellos quienes consumen su energía sino que sus defensas contra ellos también consumen energía. Y, de este modo, usted no tardará mucho en encontrarse falto de energía.

Es muy probable, pues, que esta situación llegue a impedir cualquier desarrollo superior o transpersonal. Porque si el paso al

nivel psíquico o sutil requiere 65 unidades, por ejemplo, y usted sólo dispone de 60, pongamos por caso, no podrá dar ese salto. Ésta es la razón, hablando en términos generales, por la que es necesario integrar a Freud con el Buda, integrar la «psicología profunda» inferior con «la psicología superior».

En este sentido, nos hallamos en un momento privilegiado de la evolución del ser humano porque, por primera vez en la historia, tenemos acceso tanto a Freud como al Buda, lo cual nos permite integrar los profundos descubrimientos del Occidente moderno -la noción exclusivamente occidental de inconsciente dinámico- con las tradiciones místicas o contemplativas, tanto orientales como occidentales, y disponer de un enfoque más «espectral» y más «global».

P: Y la tentativa de unir a Freud con el Buda constituye también el intento de recuperar esas 40 unidades de su conciencia que se hallan atrapadas en el sótano y poderlas así usar para ascender a los niveles superiores.

KW: Podríamos decir, como norma general, que si usted no hace las paces con Freud será muy difícil que alcance al Buda.

Eso es lo que pretende hacer la llamada psicología «profunda» -un término, en mi opinión, erróneo, ya que sería mucho más adecuado denominarla psicología inferior, puesto que realmente está tratando con los niveles inferiores y más superficiales de la holoarquía. Pero, *por ese mismo motivo,* su perspectiva estrecha y narcisista puede llegar a ser *sumamente paralizante.*

Así pues, la psicología «profunda» puede permitirnos recuperar los holones inferiores y reincorporarlos a la conciencia, liberándolos de su fijación y disociación y reintegrarlos así al proceso continuo de evolución de la conciencia. De este modo podremos actualizar el programa, por así decirlo, y acabar con los impulsos regresivos, reaccionarios y antievolutivos procedentes de la base de la conciencia, reintegrándolos al yo principal, de modo que pueda ahora disponer de 70 u 80 unidades de su potencial para seguir adelante con el proceso de desarrollo hacia lo transpersonal.

En ese caso, el proceso de desarrollo transpersonal se reanudará hasta llegar a un momento en el que usted no sólo ascienda la escalera sino que termine desembarazándose de ella. Como diría el Zen, usted habrá llegado al extremo de un poste de treinta metros de altura y deberá dar un paso hacia adelante. ¿Cómo puede usted saltar de un poste de treinta metros de altura? ¿Y dónde se hallará cuando lo dé?

El hecho es que, cuando usted se desembarace de la escalera, caerá en la Vacuidad. Dentro y fuera, sujeto y objeto, pierden entonces todo su significado. Usted ya no estará «aquí» observando un mundo que se halle «ahí»; usted ya no estará contemplando el Kosmos sino que se habrá convertido en el Kosmos. En tal caso, el universo de Un Solo Sabor se muestra a sí mismo brillante y evidente, radiante y claro, sin exterior y sin interior, en un gesto interminable de gran perfección y espontaneidad. Entonces la chispa divina resplandecerá en cada visión y en cada sonido. Eso es usted. El sol ya no brillará sobre su cabeza sino dentro de ella y las galaxias aparecerán y se desvanecerán en el interior de su corazón. El tiempo y el espacio danzarán como imágenes deslumbrantes ante la presencia de la radiante Vacuidad y el universo entero perderá todo su peso. Usted podrá beberse la Vía Láctea de un trago, sostener a Gaia en la palma de la mano y bendecirla. Y todo eso resultará tan cotidiano que ni siquiera pensará en ello.

10. EN EL CAMINO A LO GLOBAL: PRIMERA PARTE

P: Hoy en día se habla mucho de «perspectiva global», de «conciencia global», de pensar globalmente y de actuar localmente. La mayor parte de las aproximaciones del llamado «nuevo paradigma» afirman que estamos viviendo en una aldea global, en una red planetaria y que necesitamos un mapa sistémico de conjunto que refleje ese territorio global.

KW: Pero un mapa global es una cosa y un cartógrafo capaz de vivir de acuerdo a él otra completamente diferente.

Una perspectiva global no es algo innato, el niño no nace con ella y los homínidos tampoco la poseen; una perspectiva global es algo tan excepcional, tan infrecuente, tan especial y tan profundo que hay muy pocos individuos que realmente la posean (recuerde que a mayor profundidad menor amplitud). Es la comprensión de la emergencia y de la evolución de la conciencia global la que puede ayudarnos a implementar un «nuevo paradigma», si es eso lo que deseamos.

Pero no hay absolutamente nada en el mapa global o sistémico que nos hable de la forma en que tiene lugar ese desarrollo del cartógrafo. Y ése es, con mucho, el asunto más importante. Así pues, la utilidad de los mapas supuestamente globales o sistémicos que nos brindan los portavoces del «nuevo paradigma» es más bien limitada porque todos ellos son mapas de la Mano Derecha y el asunto crucial consiste en el desarrollo de la Mano Izquierda, cómo promover, en suma, el desarrollo de los individuos hasta el punto en el que realmente estén en condiciones de asentarse en una conciencia global.

Es desde dentro y más allá de ésta perspectiva global desde donde emergen los estadios genuinamente espirituales o transpersonales en la medida en que el Espíritu comienza a reconocer sus. dimensiones globales.

P: De esto precisamente quisiera que hablásemos ahora. Hasta el momento hemos estado hablado en términos abstractos -escalera, escalador y paisaje-, pero ahora quisiera que nos ofreciera ejemplos concretos del proceso de desarrollo y evolución que conduce hasta el Yo global. ¡Subamos, pues, la escalera comenzando por el primer peldaño!

La matriz primordial

KW: Llamemos, por el momento, nacimiento al comi.-nzo. En el momento del nacimiento, el bebé es un organismo fundamentalmente sensoriomotor, un holón que incluye y trasciende a las células, las moléculas y los átomos que lo componen.

El bebé todavía no ha desarrollado el lenguaje, la lógica ni la capacidad narrativa; todavía no comprende el tiempo histórico ni tampoco se orienta en el espacio psicofísico interior. Como dijo Piaget, a esta edad «el yo es, por así decirlo, material», es decir, está identificado con la dimensión sensoriofísica, con el estadio 1 de la Figura 9. 1.

Obviamente, el yo no es algo meramente físico, pero lo cierto es que todavía gravita en torno a la más baja y fundamental de todas las dimensiones, la material y sensoriomotora. El yo está completamente *identificado* con el mundo sensoriomotor, lo cual explica que ni siquiera pueda distinguir entre interior y exterior. El yo físico y el mundo físico se hallan *fundidos,* es decir, *todavía no se han diferenciado;* y el niño todavía no puede señalar la

diferencia existente entre el interior y el exterior porque para él la silla y el pulgar son lo mismo.

Este temprano estadio de fusión suele denominarse «matriz primordial» -o autismo primario, narcisismo primario, estadio oceánico, protoplásmico, adual, indisociado, etcétera- porque es la matriz fundamental que irá diferenciándose a lo largo del proceso de desarrollo subsiguiente.

Ya hemos visto que, en cada uno de los fulcros del desarrollo, el yo debe atravesar un proceso trifásico (1-2-3), en el que comienza *identificándose* con un determinado peldaño, fundiéndose con él, luego se *diferencia* de él y lo trasciende y, por último, termina *integrándolo e* incluyéndolo en su propia estructura.

La matriz primordial es simplemente la fase 1 del fulcro 1, una fase en la que el yo se halla *fundido* con el mundo sensoriomotor (tanto interno como externo).

P: ¿Y esta fusión primordial está más allá de la dualidad entre sujeto y objeto?

KW: No, no está más allá sino más acá de ella. A muchos románticos les agrada considerar que este estado de fusión primordial constituye una prefiguración de la conciencia cósmica, una especie de anticipo de la conciencia de unidad mística, de la no dualidad, etcétera; pero el hecho es que este estado no sólo no trasciende la diferencia existente entre sujeto y objeto sino que ni siquiera es consciente de ella. En este estadio el niño es todo boca y el mundo es todo alimento, una cuestión meramente física inmersa en un narcisismo absolutamente primario.

No hay nada especialmente espiritual en este estadio, un estadio en el que el niño está atrapado en su propia órbita egocéntrica y carece del amor y de la compasión necesarios para asumir el rol de los demás. Es cierto que se trata de un estado muy «amplio» pero también es un estado muy *superficial,* un estado en el que el niño ni siquiera puede señalar la diferencia existente entre el interior físico y el exterior físico. En este sentido, no existe ningún obstáculo que le impida desplazarse horizontalmente, pero, desde un punto de vista vertical, permanece atrapado en el

sótano. Y los teóricos de la visión chata del mundo se centran en esta expansión horizontal - ¡en la que sujeto y objeto son uno! - soslayando por completo el hecho de que el niño no dispone de la menor posibilidad de desplazarse verticalmente y que, en consecuencia, este estadio no es más libre sino menos libre que los estadios subsiguientes. ¡Ésta es, en suma, la más superficial y limitada de todas las formas de conciencia que usted pueda imaginar!

Además, este estado de fusión temprana no puede asumir el rol de los demás porque el niño que se halla en él carece de la capacidad cognitiva de ponerse en el lugar del otro y de ver el mundo a través de sus ojos; está, por así decirlo, atrapado narcisistamente en las impresiones inmediatas de la dimensión sensoriomotora. Por ese motivo no puede expresar nada que se asemeje al verdadero amor, puesto que no es posible amar genuinamente a nadie hasta que uno no comprenda su punto de vista y tal vez, entonces, decida poner a esa persona por delante de sí mismo. Se trata, pues, de un estadio completamente ajeno a la compasión, el amor, la tolerancia, la benevolencia y el altruismo.

En muchos y muy diferentes sentidos, este estado de fusión es la antítesis misma del despertar, de la compasión y del amor auténticamente espirituales. A pesar de ello, sin embargo, todavía hay ciertos teóricos que siguen considerando a este narcisismo primario y a esta completa falta de amor y de compasión como una prefiguración de los cielos, algo que supongo nos habla de sus más íntimos deseos... uno de los signos de nuestro tiempo.

El trauma del nacimiento

P: ¿Su modelo incluye también al estado previo intrauterino?

KW: Los datos de que disponemos sobre el estado intrauterino y sobre el trauma del nacimiento son muy controvertidos, pero sospecho que hay algo legítimo a ese respecto. Es por ello que me refiero a ese primitivo estadio evolutivo con el nombre de fulcro 0.

Como ocurre con todos los fulcros, éste también sigue una dinámica esencialmente trifásica, es decir, que comienza con una fusión inicial con el útero, seguida de un doloroso proceso de diferenciación (el trauma del nacimiento real), que termina en un período de consolidación e integración como organismo diferenciado (postuterino), un punto en el que el yo del niño se ha adentrado ya en el fulcro 1 y se halla *fundido* con el mundo físico interno y externo que le rodea.

Stan Grof ha escrito mucho sobre las distintas subfases del proceso del nacimiento -a las que denomina Matrices Perinatales Básicas-, y su investigación sugiere que un trauma en cualquiera de ellas puede ocasionar un complejo patológico. E inversamente, en condiciones de intenso estrés, con ciertos tipos de meditación o bajo el efecto de determinadas drogas, por ejemplo, el yo puede reactivar ese fulcro y revivir sus diversas subfases y traumas, lo cual tiende a aliviar la patología. La evidencia presentada por Stan es fascinante y si usted está interesado en el tema le recomiendo encarecidamente la lectura de su obra.

El falsa yo

P: De modo que un trauma en el proceso del nacimiento puede ocasionar un complejo patológico que termine afectando al desarrollo subsiguiente.

KW: Sí, pero ése no es más que un ejemplo de un fenómeno mucho más general, es decir, que un trauma en *cualquiera* de los fulcros puede dar lugar a un complejo patológico que «infecte» el desarrollo subsiguiente. Como decíamos anteriormente, el yo puede dar un mal paso en cualquiera de los nueve fulcros, ocasionando un tipo de patología característico del peldaño en que tenga lugar el traspiés.

P: ¿Podría ser un poco más explícito?

KW: En cada uno de los distintos escalones del proceso de expansión de la conciencia, el yo debe atravesar un proceso trifásico y en cada una de esas tres subfases (en la subfase de fusión, en la subfase de diferenciación y en la subfase de integración) pueden presentarse problemas. En este sentido, por ejemplo, el yo puede permanecer *fundido* o atrapado en ese estadio, generando de ese modo una *fijación* (un problema de la subfase 1), puede tener dificultades para consolidar una *diferenciación* clara y no poder, en consecuencia, establecer una frontera nítida (subfase 2) o también puede fracasar en la *integración,* con lo cual no integra e incluye al nivel anterior sino que lo aliena, lo disocia y lo reprime, no trasciende e incluye sino que disocia y reprime (subfase 3).

Y una vez que ha tenido lugar el accidente, una vez que ocurre una «malformación de subfase» en cualquiera de los niveles, esa patología provoca *una lesión en la conciencia* que tiende a obstaculizar y distorsionar todo el desarrollo subsiguiente. Como ocurre con un grano de arena atrapado en el interior de una perla, cada nuevo estrato tenderá a «reproducir» la malformación, la anomalía o la distorsión.

P: Y el escalador perderá entonces un brazo o una pierna.

KW: Sí. Ahora habrá aspectos que el yo no admitirá, no reconocerá y, en consecuencia, enajenará de sí. En otras palabras, el yo comenzará a ocultarse de sí mismo, comenzará a mentirse a sí mismo. De este modo, sobre el yo *real* -que, en ningún momento, sin embargo, dejará de estar ahí (aunque sea negado, distorsionado o reprimido) - comenzará a desarrollarse una excrecencia, por así decirlo, un *falso sistema del yo.*

La esencia de la represión consiste en mentirse a uno mismo sobre lo que realmente está ocurriendo en el propio psiquismo. Así es como se origina el *inconsciente personal,* un inconsciente que es, en parte, el locus de la mentira del yo. Como hemos dicho anteriormente, determinadas facetas de la conciencia se disgregan del yo principal a modo de «pequeñas burbujas», de pequeños yoes, de pequeños sujetos que se ven así relegados a la oscuridad subterránea y permanecen en el nivel de desarrollo que tenían cuando fueron negados y disociados. Entonces dejan de crecer y permanecen fundidos con el nivel en el que se encontra-

ban cuando fueron reprimidos. Es por ello que permanecen enclaustrados en el sótano y que el guardián de ese sótano es la mentira.

De ese modo, algunas de sus potencialidades aisladas por la disociación comienzan a consumir parte de su energía y de su conciencia, convirtiéndose en un lastre que entorpece el proceso de desarrollo, un peso muerto, el peso de un pasado que ya debería haber sido superado, pero que, protegido por la mentira, sigue todavía vivo.

P: Y la terapia debe enmendar esa mentira, esa falta de sinceridad.

KW: Eso es lo que hacen todas las terapias interpretativas -desde la freudiana hasta la junguiana, la gestalt y la terapia cognitiva-, ya que todas ellas se ocupan, como ya hemos visto en el Capítulo 7, de acabar con la mentira.

P: Así que, en la medida en que vayamos atravesando los distintos estadios del proceso de desarrollo de la conciencia, deberemos prestar una cuidadosa atención a todos los posibles problemas que puedan presentarse porque ellos son, precisamente, los que impiden la emergencia de la conciencia global. ¿No es así?

KW: Sí, efectivamente, ése es el punto central.

Fulcro 1: La incubación del yo físico

P: Prosigamos, pues, nuestra historia evolutiva con el fulcro 1.

KW: En este estadio, el yo está *fundido* con el mundo sensoriomotor, con la dimensión material, un estado de fusión primaria, o de narcisismo primario, en el que la identidad del yo es *fisiocéntrica* y está fundida con la fisiosfera.

Pero alrededor de los cuatro meses de edad el niño comienza a diferenciar entre las sensaciones físicas de su cuerpo y las del entorno que le rodea. El niño muerde una sábana y no le duele pero se muerde el pulgar y sí le duele. Así es como va aprendiendo a diferenciar entre la sábana y su pulgar. En opinión de Margaret Mahler -una pionera en esta investigación-, entonces es cuando empieza la fase de *diferenciación* del fulcro 1, una fase que suele completarse en el primer año de vida (habitualmente entre los 5 y los 9 meses de edad).

En opinión de Mahler, esta fase constituye un proceso de «incubación» hasta que el yo físico termina «saliendo del cascarón» de la fusión primaria. Dicho en otras palabras, la «salida del cascarón» -la fase 2 del fulcro 1- constituye el «nacimiento real», por decirlo así, del yo físico.

Es interesante constatar, en este punto, que Melanie Klein estaba especialmente interesada en esta temprana diferenciación, al igual que Edith Jacobson y René Spitz, por no mencionar a Margaret Mahler, casi todas ellas, como vemos, mujeres.

La incubación, pues, constituye el nacimiento del yo físico. Pero si el yo *no consigue establecer* esta diferenciación, si permanece atrapado o fundido con la matriz primaria, no podrá decir dónde acaba su cuerpo y dónde comienza la silla y, en consecuencia, quedará preso de lo que se denomina *adualismo* (uno de los rasgos característicos de la *psicosis).* Y éste es el motivo por el cual la investigación sugiere que la etiología de muchas de las patologías realmente severas -como la psicosis, la esquizofrenia o los trastornos afectivos mayores - hunden sus raíces en lesiones ligadas a este temprano fulcro, el fulcro 1. Así es como comenzamos a ver que cada *tipo* de patología está relacionado al nivel en el que tiene lugar la perturbación.

P: Y esto es lo que usted representa en la Figura 10. 1.

KW: Así es. La *psicosis* constituye una seria distorsión de la realidad que está estrechamente ligada al adualismo, a la incapacidad para establecer las fronteras físicas del yo (fulcro 1), que suele ir acompañada de procesos, imágenes y pensamientos alucinatorios primarios, ilusiones narcisistas de referencia debidas a que la conciencia no ha logrado asentarse en el cuerpo físico y existe, por tanto, una confusión entre los pensamientos de uno mismo y de los demás. Es cierto que todos estos síntomas tam-

bién pueden deberse al influjo de los niveles de conciencia sutil o transpersonal, aunque se trata de algo muy infrecuente y que normalmente también se halla distorsionado.

Fulcro 2: El nacimiento del yo emocional

P: ¿Qué es lo que ocurre en el caso de que todo funcione adecuadamente en el fulcro 1 ?

KW: Si este fulcro es gestionado de un modo relativamente adecuado, el niño comenzará a adentrarse en el fulcro 2, el fulcro emocional-fantásmico. Una vez atravesado el fulcro 1, el niño ha trazado ya las fronteras de su yo *fisico* pero todavía no ha establecido las fronteras de su yo *emocional.* Es por ello que puede diferenciar su yo físico del entorno físico pero todavía no puede diferenciar su yo emocional del entorno emocional, lo cual significa que su yo emocional permanece fundido o identificado con quienes le rodean, especialmente con la madre. (Ésta es la fase de fusión con la que se inicia el fulcro 2.)

Y, del mismo modo que no había nada especialmente «profundo» en el estado de fusión física previo, tampoco hay nada especialmente profundo en el estado de fusión emocional, aunque haya quienes lo consideren como una especie de «unidad holística con el mundo». En este sentido, casi todos los investigadores coinciden de manera casi unánime en señalar que este estado es sumamente *egocéntrico o narcisista.* En este estadio, el mundo es, como dijo Margaret Mahler, «la concha del niño». El hecho de que no pueda diferenciarse del mundo emocional y vital que le rodea le lleva a considerar al mundo como *una extensión de sí mismo* (éste, precisamente, es el significado técnico del término «narcisismo»).

Pero este tipo de narcisismo -que, en este estadio, no es patológico sino perfectamente normal- no implica que el niño piense de manera egoísta en sí mismo porque, de hecho, todavía es incapaz de pensar en sí mismo. Al ser incapaz de diferenciar-

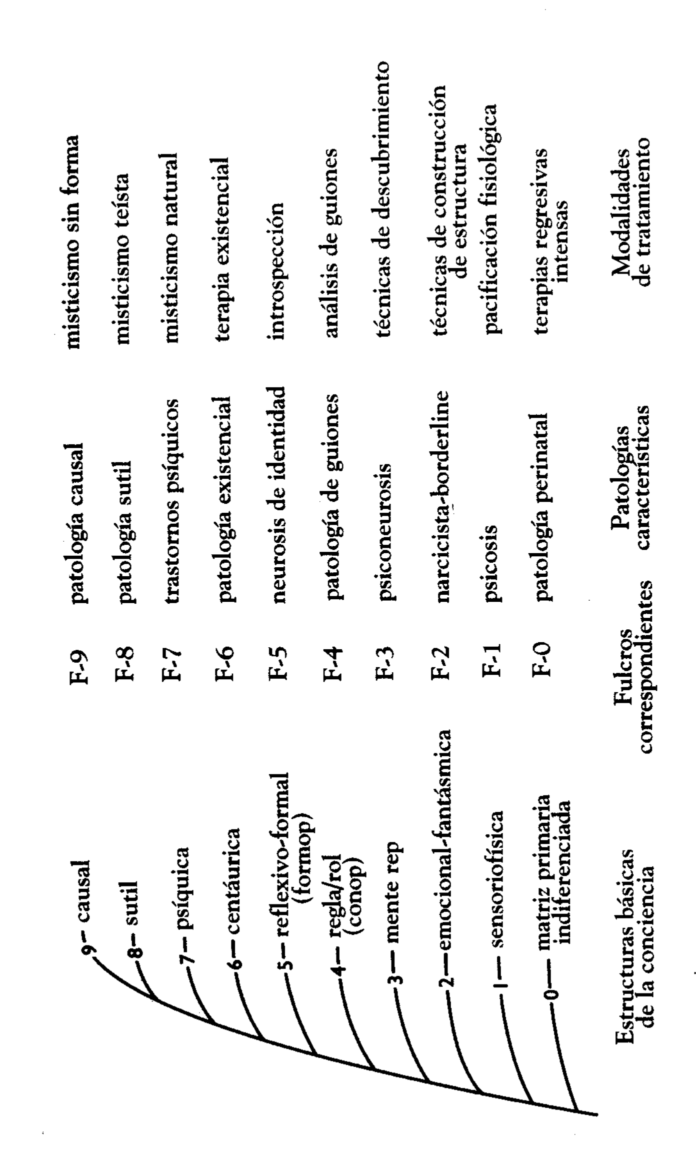


Figura 10. 1. Las estructuras de la conciencia y los fulcros, las patologías y las modalidades de tratamiento correspondientes

se del mundo emocional, considera que lo que él está sintiendo es lo que el mundo está sintiendo, que lo que él quiere es lo que el mundo quiere y que lo que él ve es lo que el mundo ve. Su perspectiva, dicho de otro modo, es la única de la existencia y por ello, cuando juega al escondite, se cubre los ojos creyendo que si él no le ve a usted, usted tampoco podrá verle a él.

En otras palabras, el yo característico de este nivel es un yo meramente ecológico, un yo biosférico, un yo libidinal, un yo natural-impulsivo que está fundido y es uno con la dimensión vital-emocional, *tanto interna como externa. Y* su identidad es *biocéntrica o ecocéntrica* porque se halla fundido con la biosfera interna y externa, todavía no se ha diferenciado de ellas y, en consecuencia, está subordinado a las corrientes vitales.

Es precisamente esta inmersión en la naturaleza, en la biología, en el mundo de los impulsos, en la dimensión vital-emocional, la que le impide ver otras perspectivas ajenas a la suya. Como pronto veremos, lo *biocéntrico* es sumamente *egocéntrico*. Tal vez este nivel conlleve una cierta expansión horizontal, pero también es verdad que implica muy poca profundidad vertical, por ello es tan superficial y narcisista (a pesar de la interpretación que, en su desesperada búsqueda de algún tipo de «unión», quieran darle los románticos).

P: De modo que el yo de este estadio carece de fronteras emocionales.

KW: En efecto. Técnicamente hablando, nosotros decimos que el yo y las representaciones de objeto permanecen todavía fundidas, lo cual contribuye a generar el clima «mágico» y narcisista tan característico de este estadio.

Pero, en algún momento entre los 15 y los 24 meses, el yo *emocional* comienza a diferenciarse del *entorno emocional,* algo a lo que Mahler llamó «el nacimiento psicológico del niño». Es precisamente en este momento (en el que el yo pasa de la fase de fusión inicial a la fase de diferenciación del fulcro 2), cuando tiene lugar «el nacimiento emocional» del niño, es entonces cuando comienza a despertar al hecho de que es un yo separado que existe en un mundo separado, es entonces cuando tropieza con «el terrible dos».

P: Lo cual es algo muy diferente del proceso de «incubación».

KW: Así es. El fulcro 1 constituye el proceso de incubación, «la salida del cascarón» y el nacimiento del yo físico; el fulcro 2, por su parte, constituye el nacimiento del yo, el surgimiento de la sensación de identidad auténticamente separada, con todo el gozo y el terror que ello comporta.

P: Muchos teóricos consideran que éste es el comienzo de la alienación, de la enajenación profunda. Lo han denominado la falta básica, la carencia básica, el dualismo básico, la escisión entre sujeto y objeto, el origen de la conciencia fragmentada...

KW: Así es. Mucho se ha escrito sobre esta diferenciación y sobre la «pérdida» de la fusión emocional anterior. Se la ha llamado la expulsión del paraíso primordial, el origen de la gran alienación, el surgimiento de la tragedia humana, el Paraíso Perdido... ¡y, en mi opinión, creo que también es la causa de la caída de los dientes pero todavía no estoy muy seguro de ello!

El problema, a mi juicio, es que casi todos estos teóricos confunden *diferenciación* con *disociación.* La diferenciación constituye una fase absolutamente inevitable de todo proceso de crecimiento y desarrollo evolutivo, la necesaria contrapartida de toda integración superior. Pero ellos no consideran que la diferenciación sea el preludio inevitable de toda integración superior sino que la consideran como una interrupción brutal de una supuesta armonía previa, como si el roble supusiera una horrible violación de la bellota.

Por ese motivo esos teóricos evocan con nostalgia sus maravillosos días de bellota, los días anteriores a toda diferenciación, lamentándose, al mismo tiempo, por la pérdida del paraíso. Esos teóricos idealizan patéticamente la primitiva falta de diferenciación, como si el hecho de no ser consciente del sufrimiento supusiera la beatitud espiritual. ¡Pero lo cierto es que *ausencia* de conciencia no significa *presencia* de paraíso!

P: Pero no es eso lo que opinan los románticos. Según ellos,

el estado de fusión anterior a la diferenciación era tan extraordinario que su pérdida no puede ser más que lamentable.

KW: Sí, es como si confundieran fusión con libertad. Pero lo cierto es exactamente lo contrario, porque uno se halla atrapado en todo aquello que todavía no ha trascendido y, en este sentido, fusión es cautiverio. Obviamente, por otra parte, el proceso de crecimiento espiritual es difícil, peligroso y doloroso.

El mundo manifiesto es un lugar atroz y cuando los humanos toman conciencia de este hecho sufren. El mundo manifiesto, el mundo del *samsara,* es un lugar alienado y alienante y, en la medida en que el niño cobra conciencia de este hecho, sufre, y sufre terriblemente, y este doloroso proceso es denominado despertar.

Es algo parecido a lo que ocurre con la congelación, ya que primero no se siente nada, todo parece estar bien y usted se halla en un paraíso completamente ajeno al dolor. Lo que sucede, sin embargo, es que usted está enfermo pero lo ignora. Luego, cuando comienza el proceso de descongelación, aparecen los sentimientos y las emociones y todo es sufrimiento. Cometeríamos un error si creyéramos que el proceso de descongelación es el causante de la enfermedad.

No, el fulcro 2 jalona simplemente el comienzo del despertar a la enfermedad del *samsara,* el comienzo del despertar al hecho de que, como ser emocional sensible y separado, usted se halla expuesto a las flechas y a los dardos de la insultante fortuna. En ese momento, usted está comenzando a adentrarse en el mundo del dolor y del sufrimiento, una pesadilla infernal ante la que sólo tiene dos alternativas: regresar a la fusión anterior, al estado de congelación anterior en el que no era consciente de la alienación, o seguir creciendo hasta llegar a superar esta alienación en el despertar espiritual.

Los teóricos retrorrománticos simplemente enaltecen el estado de entumecimiento anterior y lo consideran como una especie de prefiguración del despertar divino, una especie de cielo inconsciente. Pero el hecho es que este estado de fusión no es un cielo inconsciente sino un infierno inconsciente que, en el fulcro 2, deviene consciente. Eso es todo, pero debemos también decir que constituye un extraordinario paso adelante en el proceso de desarrollo de la conciencia que no deberíamos, por cierto, desdeñar.

P: Aunque el fulcro 2 sea un estadio más bien «desdichado».

KW: Agridulce, diría yo. Pero el estado previo es un estado de letargo, un estado de no dualidad y de ignorancia que no tiene nada que ver con la beatitud. Mi perro tampoco se retuerce de angustia pero la liberación no consiste en redespertar la conciencia de perro... ni aunque se tratara de una «forma madura» de conciencia canina.

No, cuando despertamos como yo emocional separado, con todo el gozo y todo el terror que ello implica, hemos *trascendido* realmente el estado de fusión anterior, hemos, en cierto modo, *despertado,* hemos ganado en *profundidad y* en conciencia, lo cual tiene su propio valor intrínseco. No olvidemos que la dialéctica del progreso nos impone un precio a pagar por cada paso adelante en el proceso de desarrollo de la conciencia.

P: ¿Y qué ocurre en el caso de que todo discurra relativamente bien en el fulcro 2?

KW: Bien. Déjeme antes decir que, si las cosas van mal en este fulcro, es decir, si van peor de la confusión normal propia de este fulcro, el yo permanece *fundido* con ese estadio emocionalmente narcisista (ocasionando entonces los llamados trastornos narcisistas de la personalidad) o el proceso de diferenciación se inicia pero *no concluye* abocando entonces a algún tipo de *disociación* (los llamados trastornos borderline). Ésta es, exactamente, la clasificación y la etiología general que nos ofrecen Kohut, Masterson, Kernberg, Mahler, Stone y Gedo, por nombrar sólo a unos pocos.

En tal caso, el yo carecerá de *fronteras emocionales* reales. En consecuencia, en los síndromes narcisistas y borderline (o fronterizos) -llamados así porque se hallan en la frontera existente entre la psicosis y la neurosis-, el individuo *carece de una sensación de identidad coherente* (el rasgo distintivo de este tipo de patologías), entonces, el yo tratará al mundo como una extensión

de sí mismo (narcisista) o se verá invadido y torturado de continuo por el mundo (borderline). De modo que cuando el yo tropieza con la segunda encrucijada con la que se encuentra en su camino quedará atrapado en un estado «establemente inestable», como también, en ocasiones, se lo califica.

Fulero 3: El nacimiento del yo conceptual

P: ¿Y qué es lo que sucede en el caso de que todo discurra relativamente bien en el fulcro 2?

KW: Si todo va relativamente bien el yo deja de estar *exclusivamente* identificado con el nivel emocional. Es entonces cuando comienza a trascender ese nivel y a identificarse con el yo mental o conceptual, momento que jalona el comienzo del fulcro 3 y de la mente representacional (ver Figura 5. 3), la mente compuesta por *imágenes, símbolos y conceptos* a la que Piaget denominaba estadio preoperacional.

Las imágenes comienzan a aparecer alrededor de los 7 meses de edad. Una *imagen* mental se parece tanto al objeto que representa que, si cierra los ojos e imagina un perro, esa imagen se asemeja mucho al perro real. Los *símbolos,* por su parte, también representan a los objetos pero son operaciones cognitivas mucho más complejas. El símbolo «Fido», por ejemplo, representa a mi perro pero en modo alguno se asemeja a él. Los símbolos, que aparecen durante el segundo año de edad -habitualmente ligados a palabras como «ma» o «pa» y se desarrollan muy rápidamente- dominan la conciencia desde los 2 hasta los 4 años de edad, aproximadamente.

En este momento comienzan a aparecer los conceptos (que gobiernan la conciencia desde los 4 hasta los 7 años). Y si bien los símbolos representan a los objetos, los *conceptos,* por su parte, representan a todo un conjunto de objetos (la palabra «perro», por ejemplo, representa a todos los perros, no solamente a Fido). Se trata, por tanto, de una operación mucho más difícil. Evidentemente, todas éstas son *estructuras básicas* que, una vez que emergen en la conciencia, permanecen como capacidades básicas de las que el sujeto puede disponer cuando precise.

Es entonces cuando despunta un yo especialmente *mental,* un yo conceptual y, cuando éste comienza a identificarse con la mente conceptual, nos hallamos ya en presencia del fulcro 3 en el que el yo ya no es un manojo de sensaciones, impulsos y emociones sino un conjunto de símbolos y de conceptos. En ese momento comienza a aparecer el mundo *lingüístico,* el mundo noosférico, algo que, por decirlo en pocas palabras, provoca una auténtica revolución. Hemos pasado de la fisiosfera del fulcro 1 hasta la biosfera del fulcro 2 y ahora, en el fulcro 3, comenzamos a adentramos en la noosfera.

Toda neurosis es una crisis ecológica

P: ¿Cuál diría usted que es el rasgo característico del yo lingüístico?

KW: Este nuevo yo existe en la noosfera y la noosfera puede reprimir a la biosfera, un hecho que, a nivel individual, produce neurosis y, a nivel colectivo, ocasiona la crisis ecológica.

En otras palabras, el mundo lingüístico es, en realidad, *un nuevo mundo* que nos abre a un nuevo espacio. Ahora el yo puede pensar en el pasado y planificar el futuro (es temporal e histórico) y también puede comenzar a controlar sus funciones corporales y a imaginar cosas que no se hallan inmediatamente presentes ante sus sentidos. Pero el hecho de que pueda anticipar el futuro supone también que puede preocuparse y experimentar ansiedad, y el hecho de que pueda pensar en el pasado implica que puede sentir remordimientos, culpa y rencor. Y todo esto forma parte del paisaje característico de este nuevo mundo, del mundo lingüístico, de la noosfera.

Pero el mundo nuevo y superior propio de la mente conceptual puede también reprimir y disociar los impulsos inferiores. El

hecho de que la noosfera trascienda la biosfera implica que no sólo puede trascenderla e incluirla sino también reprimirla, distorsionarla y negarla. Así pues, no sólo diferencia sino que también puede disociar, generando neurosis (a nivel individual) y crisis ecológica (a nivel colectivo).

P: Sigamos, por el momento, con el desarrollo del individuo.

KW: A nivel individual, el hecho de que la noosfera reprima la biosfera se denomina neurosis (o psiconeurosis). Y la mente puede reprimir tanto la naturaleza externa, ocasionando una crisis ecológica, como la naturaleza interna, la libido.

En un sentido estrictamente técnico, cualquier psiconeurosis -o simplemente la *neurosis*- exige la presencia de un yo mental y conceptual (el ego) lo suficientemente integrado y estable como para reprimir o disociar algunas de las pulsiones o impulsos corporales, en cuyo caso, los impulsos reprimidos o distorsionados -habitualmente de naturaleza sexual o agresiva- reaparecen en las formas encubiertas y dolorosas que suelen conocerse con el nombre genérico de síntomas neuróticos.

Dicho en otras palabras, cada síntoma neurótico constituye una crisis ecológica en miniatura.

P: Por esa razón la represión propiamente dicha y la neurosis clásica no aparecen hasta el fulcro 3.

KW: Así es, en términos generales. Si usted recuerda, la represión no es posible en la condición borderline anterior ¡porque en ese estadio no existe un yo lo suficientemente fuerte como para poder reprimir nada! En ese estadio, el yo no puede reprimir sus emociones porque está desbordado por ellas, anegado por ellas, perdido en ellas. Y esa ausencia de represión propia de los estratos psíquicos inferiores supone la ausencia de un «inconsciente reprimido» y la inutilidad de tratar de desenterrar material psíquico procedente de las condiciones «preneuróticas».

Así pues, las terapias orientadas a la solución de los trastornos borderline (fulcro 2) son conocidas con el nombre de terapias de *construcción de estructura* porque ayudan al frágil yo a diferenciar, estabilizar y construir su propia estructura, algo muy diferente a lo que ocurre con las *terapias de descubrimiento* propias del nivel neurótico (fulcro 3), cuyo objetivo consiste en relajar las barreras de la represión y restablecer el contacto con los impulsos, las emociones y las sensaciones reprimidas por el yo neurótico. ¡De hecho, uno de los objetivos de las terapias de construcción de estructura es la de «elevar» al sujeto hasta la condición borderline y permitirle así alcanzar la capacidad de reprimir!

P: ¡De modo que la neurosis supone un gran paso hacia adelante!

KW: Así es. Como demostró Vailant, existe toda una jerarquía evolutiva de mecanismos de defensa. El mecanismo de defensa más característico del fulcro 1 es la identificación proyectiva en el que el yo y los demás permanecen completamente indiferenciados. Los mecanismos de defensa propios del fulcro 2 son la fusión y la división (la fusión del yo y de las representaciones objetales y la división en objetos completamente buenos y objetos completamente malos). Estrictamente hablando, la represión constituye el mecanismo de defensa más característico del fulcro 3, un mecanismo que, según se dice, termina dando lugar a la «más sana» de todas las defensas, la sublimación, el término utilizado por los psicoanalistas para referirse a la trascendencia.

P: ¿Así que los mecanismos de defensa se hallan dispuestos de manera jerárquica?

KW: No cabe la menor duda. Y cuando estos mecanismos operan de un modo natural y normal, constituyen una especie de sistema inmunológico del psiquismo que contribuye a mantener la integridad y la estabilidad de las fronteras del yo y le ayuda a desembarazarse de los ataques que amenazan el sistema del yo.

Pero las cosas también pueden desproporcionarse y los mecanismos de defensa pueden terminar conduciendo a una especie de trastorno autoinmune en el que el yo comienza a agredirse a sí mismo, a devorarse a sí mismo, por así decirlo. En tal caso, las fuerzas de seguridad se transforman en un estado policiaco en el que el yo se defiende del sufrimiento y del miedo encarcelando a sus propios ciudadanos. Es así como el psiquismo termina desli-

gándose de su propio potencial, cierra los ojos y comienza a mentir. No importa cuál sea el «nivel» en el que tenga lugar la mentira -desde la división y la fusión hasta la proyección, la represión, la formación reactiva y el desplazamiento-, el yo se oculta de sí mismo, se miente a sí mismo y acaba convirtiéndose en algo opaco a sí mismo.

Es entonces cuando comienza a desarrollarse un falso yo en lugar del yo real. Este proceso a través del cual el yo se aleja de determinadas facetas de su propio ser -facetas que resultan demasiado amenazadoras, demasiado dolorosas o demasiado inquietantes - comienza ya en el fulcro 1 (aunque hay quienes dicen que lo hace en el fulcro 0). Y lo hace apelando a los mecanismos de defensa de que dispone en el nivel de desarrollo en el que se encuentre. Así pues, existe una mentira psicótica, una mentira borderline y una mentira neurótica. Y el «inconsciente», en un sentido amplio, es el locus de la mentira, los distintos estratos de engaño y simulación que terminan sepultando al yo real y a sus potencialidades reales.

P: ¿Qué es lo que le sucede a este falso yo?

KW: En cualquiera de los niveles, el falso yo puede hacerse cargo de la situación durante un tiempo mientras el individuo sigue viviendo renqueante una vida plagada de mentiras. También es muy probable que, en algún momento, el falso yo termine desplomándose bajo su sofocante peso -experimente una «crisis»- y el individuo deba decidir entre varias alternativas posibles: descansar para recuperar fuerzas y reanudar su falso camino, insensibilizarse para expulsar el conflicto de su conciencia reforzando conductualmente aquellas acciones que eviten el problema, o emprender una investigación seria sobre la mentira -habitualmente bajo la supervisión de un terapeuta- que pueda ayudarle *a interpretar* más *fielmente* sus verdaderas intenciones.

P: Recurriendo a las terapias interpretativas de la Mano Izquierda.

KW: En tal caso, el sujeto puede comenzar a expresar sus verdades interiores sin temor al castigo en el marco de un entorno empático y aprobador en el que *se sienta seguro.* Es entonces

cuando el falso yo -en cualquier nivel - tiende a perder la razón de su existencia. Cuando la mentira -la *resistencia* a la verdad- es *interpretada adecuadamente,* el dolor, el miedo y la angustia sepultada se desvelan lentamente, al tiempo que el falso yo va consumiéndose en el fuego de la conciencia. Cuando las verdades interiores son *compartidas* en un entorno intersubjetivo atento y compasivo, el sujeto va liberándose de la prisión del engaño, lo cual le permite seguir adelante en su proceso de crecimiento y desarrollo, resplandeciendo nuevamente la *belleza* del yo real y contando con la mejor de las recompensas, el gozo intrínseco que acompaña a la profundidad recuperada.

Hasta ahora sólo hemos hablado de los tres primeros fulcros y de las patologías que pueden acompañarlos, la psicosis, el trastorno borderline y la neurosis. Pero la misma estructura general que acabamos de observar se halla presente en cualquiera de los niveles del desarrollo, incluidos los dominios superiores y transpersonales. En cualquier nivel de desarrollo, la existencia puede apoyarse en el yo real de la sinceridad o en el falso yo de la mentira. Y los diferentes niveles de la mentira son también los diferentes niveles de la patología.

Las primeras visiones del mundo: Arcaica, mágica y mítica

P: Hemos llegado ya al fulcro 3 y hemos atravesado los tres primeros niveles fundamentales del proceso de evolución de la conciencia, cada uno de los cuales nos brinda una diferente visión del mundo.

KW: Sí. Como decíamos anteriormente, la visión del mundo es el aspecto que asume el Kosmos desde un determinado peldaño de la escalera de la evolución de la conciencia. ¿Qué aspecto tiene el Kosmos cuando usted sólo dispone de sensaciones e impulsos? A ese paisaje le denomino visión arcaica del mundo. Cuando a esa perspectiva se le agregan posteriormente las imá-

genes y los símbolos aparece la visión *mágica* del mundo; más tarde, cuando se le incorporan las reglas y los roles surge la visión mítica del mundo; con la emergencia del estadio operacional formal aparece el mundo *racional;* etcétera, etcétera, etcétera.

P: ¿Por qué no resume brevemente las visiones primitivas del mundo y luego proseguimos con los estadios superiores del desarrollo?

KW: «Arcaico» es el término global con el que me refiero a todos los estadios anteriores a la emergencia de los homínidos. La visión arcaica del mundo es la visión propia del fulcro 1, una visión del mundo fundamentalmente sensoriomotora.

P: Y ¿qué ocurre con la visión mágica?

KW: Cuando, en el fulcro 2, comienzan a aparecer los símbolos y las imágenes, estas imágenes y estos símbolos rudimentarios *no se diferencian* claramente de los objetos que representan. Desde ese punto de vista, no existe ninguna diferencia entre el hecho de manipular una imagen y la manipulación del objeto que representa, de modo que, si hago una imagen de usted y le clavo un alfiler, algo malo le sucederá realmente a usted. Ése es el mundo en el que vive el niño, un mundo dominado por el desplazamiento y la condensación mágica, un «proceso muy primario», muy *mágico.*

Pero el hecho de que ese yo no se haya diferenciado todavía claramente de los demás implica que el mundo del niño esté poblado de objetos cargados de rasgos mentales y que su visión del mundo, en consecuencia, sea *animista.* Y no me estoy refiriendo, con ello, a algún tipo de sofisticada filosofía panpsíquica sino a algo muy rudimentario y egocéntrico. Las nubes se mueven porque están siguiéndole y quieren verle; llueve porque el cielo quiere purificarle y truena porque el cielo se ha enojado personalmente con usted. En este estadio, el psiquismo y el mundo no se hallan claramente diferenciados y dentro y fuera son dos ámbitos muy egocéntricos y narcisistas que tienden a fundirse y confundirse «mágicamente».

P: ¿Qué puede decir con respecto a la visión mítica del mundo?

KW: A medida que el desarrollo se aproxima al fulcro 3, el niño empieza a comprender que no puede gobernar mágicamente sobre el mundo que le rodea. ¡Por más que esconda su cabeza bajo una almohada la gente termina encontrándole! En este nivel, la magia ya no parece funcionar porque el yo ya no puede mandar sobre el mundo de un modo mágico y omnipotente. Pero, si bien él no puede, tal vez *otro sí que pueda hacerlo.* Así es como irrumpe en el escenario psicológico todo un panteón de dioses, diosas, demonios, hadas y fuerzas sobrenaturales dotadas, al parecer, del poder de suspender milagrosamente las leyes de la naturaleza por razones muy diversas y a menudo también muy triviales. No es de extrañar, pues, que, en este estadio, el niño pida a sus padres que conviertan las repugnantes espinacas en golosinas porque todavía no sabe que el mundo material no funciona de ese modo.

Entretanto, sin embargo, el niño va desarrollando una compleja *visión mitológica del mundo,* una visión poblada de todo tipo de fuerzas egocéntricas a las que atribuye el orden del mundo que le rodea. En la fase mágica previa, el niño pensaba que podía controlar al mundo pronunciando la palabra mágica adecuada, pero ahora tiene que tratar de apaciguar a los dioses, a los demonios y a las fuerzas que puedan transformar al mundo, a menudo para peor. El *poder* egocéntrico da lugar a la *plegaria y* al ritual egocéntrico, una especie de «regateo» con ese tipo de fuerzas («si me como toda la cena, la fuerza buena hará que mi dolor de muelas desaparezca», por ejemplo).

La visión mítica del mundo comienza con la mente rep, prosigue durante el siguiente estadio fundamental (la mente regla/rol) y termina desvaneciéndose con la aparición de la visión racional del mundo, en cuyo momento el sujeto comprende que no existe salvación mágica o mítica a menos que uno emprenda el correspondiente proceso de desarrollo y que, si quiere transformar la realidad, deberá hacerlo él mismo.

En la Figura 5. 2 pueden verse todas estas correlaciones. Las visiones del mundo están enumeradas en el cuadrante inferior iz-

quierdo porque son las que *gobiernan colectivamente* las percepciones del individuo. (Más adelante -en el Capítulo 11- discutiremos si las visiones mágica o mítica se hallan también influenciadas por algunos aspectos genuinamente espirituales.)

El fulcro 4: El nacimiento del yo rol

P: Muy bien. De este modo llegamos al fulcro 4, la estructura básica que usted denomina mente «regla/rol».

KW: Sí. Esto es aproximadamente lo que Piaget denominaba estadio cognitivo operacional concreto («conop»), un estadio que aparece alrededor de los 6 ó 7 años de edad y que domina la conciencia hasta algún momento entre los 11 y los 14 años. Tal vez el término «operacional concreto» parezca muy árido pero realmente se trata de algo muy fecundo y poderoso que implica la capacidad de aprender *reglas* mentales y de asumir *roles* mentales y, lo que es realmente crucial, la capacidad de *asumir el papel de los demás.*

Veamos ahora una versión simplificada de un conocido experimento con el que Piaget e Inhelder explicaron claramente este punto por vez primera. Si usted coge una pelota coloreada de rojo por un lado y de verde por el otro y la coloca entre usted y el niño y luego le pregunta ¿de qué color la ves? y ¿de qué color la veo yo?, el niño preoperacional responderá lo mismo en ambos casos, es decir que si el niño está viendo el lado verde responderá correctamente que ve verde, pero también afirmará que *usted* está viendo verde porque ignora que usted está viendo el lado rojo. *El niño no puede ponerse en el lugar de usted,* no puede ver el mundo a través de sus ojos porque todavía se halla atrapado en su propia perspectiva, una perspectiva, por cierto, egocéntrica, preconvencional y centrada en sí mismo.

Pero el niño que ya haya alcanzado el estadio operacional concreto, por su parte, responderá acertadamente «yo estoy viendo verde y usted ve rojo» porque, en ese estadio, ha dado ya un

extraordinario paso hacia adelante *en el camino que conduce hacia lo global,* en el camino que lleva a asumir una perspectiva mundicéntrica, y se halla en condiciones de asumir el rol de los demás. Por supuesto que todavía no ha alcanzado la perspectiva mundicéntrica, pero lo cierto es que ¡está moviéndose en la dirección correcta porque ha comenzando a darse cuenta de que su visión no es la única del mundo!

Así pues, como puede verse en la Figura 9. 3, la *actitud moral* cambia de una actitud egocéntrica *y preconvencional* a una actitud *convencional y* frecuentemente muy *conformista* - «mi país, acertado o equivocado»-, el estadio de «la ley y el orden».

Cambios de paradigma

P: Un cambio de visión.

KW: En efecto, un cambio total de la visión del mundo, un cambio de paradigma, si así quiere llamarlo. Y esto, como ocurría en los tres peldaños anteriores, en los tres cambios de paradigma anteriores, conlleva un profundo cambio en la sensación de identidad, en la actitud moral y en las necesidades del yo, por nombrar sólo esas tres facetas. (Cambios, todos ellos, que se hallan representados en la Figura 9. 3.)

P: Así pues, cada uno de los nueve estadios de evolución de la conciencia va acompañado, en realidad, de un auténtico cambio de paradigma.

KW: En un sentido amplio así es y, en consecuencia, el adulto promedio de nuestra cultura habrá experimentado una media docena de grandes cambios de paradigma, de transformaciones de su visión del mundo, desde la arcaica hasta la mágica, la mítica, la racional, la existencial, etcétera. Aunque tal vez no recordemos sus pormenores, usted y yo *ya* hemos experimentado estas transformaciones en nuestra conciencia (verdaderos terremotos, según la opinión de los investigadores).

Y, como muestra la evidencia científica, nosotros tendemos a

expulsar esos recuerdos de nuestra conciencia. Si usted toma a un niño que se halle en el estadio preoperacional, por ejemplo, y vierte el agua contenida en un vaso chato en otro vaso largo frente a sus mismos ojos, preguntándole a continuación cuál de los dos contiene más agua, el niño siempre responderá, aunque haya presenciado el travase, que es el vaso más alto, porque, en este estadio, los niños todavía no han alcanzado la «conservación del volumen». Ciertas cosas «obvias» para nosotros *no lo son para ellos* porque viven en un mundo diferente. Y no importa cuántas veces vierta el agua de un vaso a otro, el niño seguirá *insistiendo* en que el vaso largo contiene más agua. ¡Para que luego haya quienes hablen de la percepción «pura» y «no distorsionada» del niño!

Si, pocos años más tarde -después de la emergencia del estadio cognitivo operacional concreto-, repite este mismo experimento, el niño responderá ya que ambos vasos contienen la misma cantidad de agua, porque ha alcanzado un estadio en el que ya puede conservar el volumen en su mente y no se confunde con los desplazamientos del agua, ha integrado una *regla* -una regla operacional concreta- que se encarga automáticamente de hacer eso. ¡Y si usted le muestra una grabación en vídeo del estadio anterior en el que se vea a sí mismo afirmando que el vaso más alto contiene más agua, no dudará en negarlo y pensará que usted ha manipulado la cinta porque no puede imaginar que alguien sea tan estúpido como para pensar que el vaso más alto contenga más agua!

De modo que cuando los niños experimentan un cambio de paradigma, el paradigma anterior desaparece completamente de su conciencia y el nuevo yo *reinterpreta* todos los acontecimientos de su vida anterior desde la nueva visión del mundo, *reescribiendo su historia* desde el paradigma nuevo y superior.

Es así como los niños -y como todos nosotros, en realidad- reescribimos retrospectivamente los acontecimientos de nuestra vida anterior desde la nueva perspectiva y tendemos a creer que se trata de la misma perspectiva que siempre hemos tenido. A veces pensamos en nosotros mismos a los 4 o 5 años de edad y re-

cordamos lo que pensaba de nosotros la gente que nos rodeaba en esa época -nuestros padres, nuestros hermanos, nuestros amigos-, a veces recordamos incluso lo que pasaba por sus mentes ¡soslayando el hecho de que a esa edad no disponíamos de la capacidad de ponernos en el lugar del otro, de que a esa edad no disponíamos de la capacidad de asumir el papel de los demás! Así que, en tal caso, estamos «retroleyendo» de manera automática (y subconsciente) toda nuestra vida desde nuestra visión del mundo actual ¡y suponemos que todo eso se hallaba ya presente desde el comienzo!

Es innecesario decir que, de ese modo, distorsionamos por completo lo que realmente ocurrió en los estadios anteriores. La memoria es lo último en lo que deberíamos confiar para «recuperar» nuestra infancia, lo cual conlleva, claro está, todo tipo de problemas. Los románticos suponen que la infancia es una época maravillosa en la que usted ve el mundo tal y como lo ve ahora mismo, sólo que de un modo auténticamente «espontáneo» y «libre». Según ellos, la visión arcaica del mundo constituye un paraíso no dual esencialmente no egoico; la visión mágica está henchida de extraordinarios poderes holísticos; la visión mítica está llena de poderes espirituales y todo es maravilloso y libre. Pero el hecho es que los románticos, que tienen acceso a la visión superior del mundo que les proporciona la conciencia reflexiva, están simplemente elaborando una construcción retrospectiva que atribuye todo tipo de portentos a un período que si *realmente* pudieran ver (registrado en vídeo, por ejemplo) ¡no dudarían en negar!

Los abusos satánicos y los ovnis

P: ¿Existe algún modo de recuperar los recuerdos de la infancia?

KW: La impronta dejada por los diversos acontecimientos de nuestra infancia se hallan ciertamente presentes a modo de engramas de nuestro psiquismo que conservan la visión del mundo propia del nivel en el que se hallaba cuando dejaron su impronta, habitualmente la arcaica o la mágica.

Pero cuando el adulto recuerda esas impresiones, lo hace reinterpretándolas en función de la visión superior del mundo de la que goza en ese momento. Pero, de ese modo, introduce subrepticiamente todo tipo de cuestiones ligadas al presente que son entonces percibidas como si se hallaran ahí desde el comienzo. Usted ni siquiera se da cuenta de que está reinterpretando esas tempranas impresiones, porque tal cosa ocurre de manera subconsciente o preconsciente y lo único que percibe el resultado consciente de esa reelaboración.

En ciertos estados regresivos profundos -a los que se accede mediante determinadas terapias, ciertas prácticas meditativas, determinadas drogas o algunas situaciones de intenso estrés (situaciones, por cierto, todas ellas, en las que el paradigma superior se ha visto temporalmente suspendido) - es posible establecer contacto con esas impresiones originales. Pero, aun en ese caso, pocos segundos o pocos minutos después de esa experiencia, el sujeto recupera la visión superior del mundo y reelabora esos supuestos recuerdos. Y tenemos que ser muy cuidadosos al respecto.

P: ¿Para no caer, por ejemplo, en interpretaciones del tipo rituales satánicos y abusos infantiles?

KW: Ése es un ejemplo. Pero nadie parece darse cuenta de que, aunque miles de personas hablen de ello, el FBI no ha encontrado la menor evidencia de los asesinatos rituales de niños. De hacer caso a todos esos rumores, cada patio de este país tendría su propio cadáver. En cualquier caso, el hecho es que quienes afirman esas cosas creen tan honestamente que han sucedido que no tendrían la menor dificultad en pasar la prueba de un detector de mentiras porque la reelaboración tiene lugar de forma subconsciente.

El *samsara* es un lugar atroz. Metafóricamente hablando, el *samsara* es el reino del abuso ritual, una aterradora pesadilla que todo el mundo debe atravesar. Y no es extraño imaginar que esta pesadilla tenga una causa concreta en su propia historia personal. Así que usted busca entre los «recuerdos» de su infancia y finalmente, con la ayuda de algún terapeuta amigo, no tarda en descubrir una imagen de mamá con un cuchillo de carnicero. La impronta original probablemente sea cierta, mamá tenía un cuchillo en la mano, pero el hecho es que estaba trinchando el pavo para la cena del día de Acción de Gracias. Pero aunque la impronta sea real, ha sido reelaborada de manera inconsciente... y usted no era el pavo.

P: ¿Y qué puede decir con respecto al fenómeno de la abducción? Todas esas historias tienen una estructura similar, en todas ellas se repiten los mismos temas, la abducción, los experimentos médicos, la prueba anal, la extracción de semen y la vuelta a la Tierra, frecuentemente con un mensaje para la humanidad, algo que, por otra parte, transforma profundamente la vida de quienes afirman haber tenido este tipo de experiencias.

KW: Yo creo que las impresiones originales de ese tipo de experiencias pertenecen al fulcro 2, al fulcro 1 o tal vez al fulcro 0, pero también creo que las impresiones originales han sido completamente reelaboradas y que, en ocasiones, también deben haberse reactivado algunos arquetipos o contenidos de tipo junguiano (digamos, de pasada, que Jung creía que los ovnis eran, en realidad, arquetipos proyectados y que la prueba anal de los ovnis de la que usted hablaba constituye el punto de reencuentro entre Freud y Jung).

Muchas personas son sinceras con sus creencias a este respecto. Tal vez, en este caso, contenidos de orden superior o espiritual se entremezclen inadvertidamente con esas improntas. Pero las improntas mismas parecen pertenecer a una visión del mundo muy *narcisista.* Quiero decir que, desde ese punto de vista, la humanidad está a punto de entrar en una nueva fase guiada por una inteligencia extraterrestre y que, de entre todas las personas del mundo, usted ha sido la elegida para transmitir ese mensaje. De hecho, los extraterrestres han tomado muestras de su semen o de sus ovarios porque están inseminando a una nueva raza de la que usted será el padre o la madre. Los nuevos salvadores están a punto de llegar y se requiere un nuevo nacimiento virginal.

Difícilmente sería posible encontrar algo más narcisista y egocéntrico. Lo que ocurre, en mi opinión, en este caso, es que se está reactivando material muy profundo procedente del fulcro 2 (o incluso anterior) y que ese material se combina con «mensajes» adultos actuales relativos a la salvación del Gaia y la curación del planeta (lo cual, por otra parte, me parece muy bien). Pero el hecho es que todas esas fantasías no puede ocultar el hecho de que usted aparece como el centro de un nuevo mundo, el padre o la madre de una raza nueva y superior.

Así pues, en mi opinión, la impronta original real se entremezcla subrepticiamente con material adulto y se reconstruye de manera inconsciente, presentándose luego con una nitidez que conserva la visión esencial del mundo propia del fulcro 2 (o incluso anterior) -es decir, su intenso narcisismo- y esa construcción termina luego reelaborándose, a menudo con la ayuda de un amable terapeuta, y transformándose en un poderoso paradigma de salvación del mundo que tendrá lugar gracias a su cortesía.

P: ¿Ajeno, por tanto, a todo tipo de ingredientes espirituales?

KW: No hemos hablado gran cosa de los estadios superiores, pero siempre es posible que algunas dimensiones auténticamente espirituales o transpersonales sean «experimentadas en momentos cumbre» y luego sean traducidas de forma descendente a términos que satisfagan tanto a la fijación al fulcro 2 como a la adaptación al paradigma «salvador del mundo» elaborado por el cliente, a menudo con la colaboración inconsciente de su terapeuta. Y luego todo eso suele presentarse como algo *innegablemente real.* Como ya he dicho, esas personas pueden -y a menudo así lo hacen - pasar con éxito la prueba de un detector de mentiras porque son completamente sinceros en sus creencias y lo mismo ocurre con su terapeuta, puesto que nadie ha urdido la mentira y es la reelaboración inconsciente la que termina convirtiendo las meras impresiones en realidades irrebatibles.

El terapeuta que investiga este tipo de fenómenos tiene una auténtica oportunidad para llevar a cabo investigaciones pioneras

en las nuevas modalidades de los síndromes histéricos que emergen como un signo de nuestros tiempos, pero suelen perder esa oportunidad permitiendo que la vividez de las huellas mnémicas les persuadan de estar tratando con realidades ontológicas. De **este** modo convierten la fenomenología en ontología y, en el peor de los casos, ellos también se ven movilizados por su propio narcisismo (yo soy el terapeuta de la nueva raza) y terminan desencadenando una histeria de masas que desconcierta a toda la profesión y la aboca a la amarga autorrecriminación.

Sospecho que los supuestos rituales satánicos en los que se abusa de los niños y la abducción ovni son ejemplos perfectos de lo que les ocurre a las realidades espirituales en una cultura que niega las realidades espirituales, perdidas en el camino a lo global, almas varadas en la orilla de una isla de insinceridad cultural.

11. EN EL CAMINO A LO GLOBAL: SEGUNDA PARTE

P: Estábamos hablando de las transformaciones internas que tienen lugar «en el camino que conduce a lo global» y de todos los problemas que pueden obstaculizar la emergencia de esta conciencia global.

KW: Sí. Y habíamos arribado al punto en que tiene lugar el cambio de paradigma que conduce de la modalidad de conciencia preconvencional a la modalidad convencional (desde el fulcro 3 hasta el fulcro 4), un cambio que resulta especialmente evidente en la capacidad de asumir el rol de los demás. Y, a lo largo de todo este proceso, podemos advertir una *continua disminución del egocentrismo,* puesto que la evolución global del ser humano -el telos del desarrollo humano- apunta hacia estados cada vez menos egocéntricos.

Pero la batalla evolución versus egocentrismo es también la contienda arquetípica global del universo. El impulso evolutivo a producir más profundidad es sinónimo del impulso a superar el egocentrismo, a descubrir totalidades cada vez más completas y a desplegar unidades cada vez más elevadas. En este sentido, la molécula es menos egocéntrica que el átomo y la célula, a su vez, menos que la molécula. Y en ningún caso resulta más patente este rasgo que en el desarrollo humano.

Evolución versus egocentrismo

P: De modo que la evolución consiste en una continua disminución del egocentrismo.

KW: Así es, un continuo *descentramiento.* Veamos ahora una cita de Howard Gardner que resume perfectamente la investigación que se ha realizado en este sentido.

Gardner comienza señalando que el desarrollo se caracteriza por «una disminución del egocentrismo». Según él «el niño es completamente egocéntrico, lo cual no quiere decir que sólo piense egoístamente en sí mismo puesto que, de hecho, es incapaz de pensar en sí mismo. El niño egocéntrico es incapaz de diferenciarse del mundo, todavía no se ha separado del mundo, todavía no se ha diferenciado de los demás ni de los objetos. Es por ello que cree que todos participan de su sufrimiento o de su placer, que sus protestas serán inevitablemente comprendidas, que su perspectiva es compartida por todas las personas y que hasta las plantas y los animales participan de su conciencia. Cuando juega al escondite cree que basta con que él no vea a los demás para que éstos no le vean a él porque su egocentrismo le impide reconocer que los demás son conscientes de su ubicación. El proceso de desarrollo humano puede ser considerado como una *continua disminución del egocentrismo...»*

P: ¿De modo que el narcisismo, o el egocentrismo, es *mayor* en el fulero 1 y, a partir de ese estadio, va disminuyendo gradualmente de manera continua?

KW: Exactamente. ¡A menor diferenciación mayor narcisismo! En el momento en que la identidad del niño deja de ser fisiocéntrica y pasa a ser biocéntrica -cuando pasa del fulero 1 al fulero 2- el egocentrismo disminuye un poco. A partir de entonces, el niño ya no trata al mundo físico como una prolongación de sí mismo por la sencilla razón de que su identidad física ya se ha diferenciado del mundo físico. Pero el yo emocional y el mundo emocional todavía no se han diferenciado, por ello sigue todavía considerando al mundo emocional como una extensión

de sí mismo y el narcisismo emocional se halla en su punto culminante. El yo biocéntrico o ecológico propio del fulero 2 es todavía profundamente egocéntrico y considera que lo que él siente lo está sintiendo todo el mundo.

Con la emergencia del yo conceptual (fulcro 3) tiene lugar una nueva disminución del narcisismo. El yo es ahora un ego conceptual, pero ese ego rudimentario sigue siendo muy narcisista, preconvencional y egocéntrico y todavía no puede asumir el papel de los demás.

Por este motivo, en ocasiones resumo todo este proceso de disminución del narcisismo como una secuencia que va del fisiocentrismo al biocentrismo y luego al egocentrismo, tres estadios sucesivos en los que el egocentrismo es cada vez menor. Y, en el momento en que aparece la capacidad de *asumir el rol de los demás,* la perspectiva egocéntrica experimenta otro cambio radical y pasa de ser *egocéntrica* a ser *sociocéntrica.*

El fulcro 4 (Continuación): Los guiones de la vida social

P: En otras palabras, el fulcro 4.

KW: Sí. En mi opinión, lo realmente importante, en este estadio, no es tanto cómo me *relacione* con *mis impulsos* sino cómo lo haga *con mis roles,* con mi grupo, con mis compañeros o -en un sentido algo más amplio- con mi región, mi país o mi gente. Ahora puedo asumir el rol de los demás y la forma en que me relacione con ellos resulta crucialmente importante. He experimentado un nuevo *descentramiento,* me he diferenciado una vez más, he trascendido una vez más y mi ego ha dejado de ser ya el centro del universo.

De modo que la actitud sociocéntrica constituye una transformación radical, un cambio fundamental de paradigma, una renuncia a las actitudes egocéntricas propias de los tres primeros fuleros. Pero debe advertir que, si bien la aparición del fulcro 4 supone la expansión de la consideración y el respeto desde mí hasta mi grupo... ¡no va, sin embargo, más allá de él! Y, si usted es miembro de mi grupo -de mi tribu, de mi mitología o de mi ideología-, también será «salvado», pero si pertenece a una cultura diferente, a un grupo diferente, a una mitología diferente o a un dios diferente, será condenado.

Con ello quiero decir que la actitud sociocéntrica o convencional tiende a ser muy *etnocéntrica.* La consideración y el respeto se han expandido desde mí hasta mi grupo... y eso es todo.

Es por ello que califico a esta postura convencional o sociocéntrica con el término de *mítico-pertenencia.* La visión del mundo propia del fulero 4 todavía es mitológica y la atención y el respeto se expanden hasta incluir a quienes participan de la misma mitología, la misma ideología, la misma raza, el mismo credo, la misma cultura... pero no más allá. Si usted comparte mi mito será mi hermano o mi hermana, pero en caso contrario puede irse perfectamente al infierno.

En otras palabras, he experimentado un descentramiento desde mi ego hasta mi grupo pero todavía no puedo descentrarme de mi grupo que sigue siendo entonces el único grupo del universo. Todavía no puedo pasar de una actitud sociocéntrica y etnocéntrica a una actitud auténticamente *mundicéntrica* o universal, una actitud descentrada, universal y pluralista. ¡Aunque es cierto que hacia ella me dirijo lentamente! Es como si me hallara en camino a lo global y cada una de las distintas etapas de este camino supusiera un profundo descentramiento, una disminución del egocentrismo, una reducción del narcisismo, una trascendencia de lo superficial y un despliegue de 1o profundo (palabras diferentes, todas ellas, para expresar la misma cosa, el mismo telos de la evolución).

De hecho, el siguiente paso, el fulcro 5, implica el acceso a la actitud postconvencional, global o mundicéntrica.

P: Muy bien. Prosigamos, pues, con el fulcro 4, en el que la identidad deja de ser egocéntrica y pasa a ser sociocéntrica.

KW: Bien. El yo ha dejado ya de estar exclusivamente atado

al cuerpo y a sus impulsos inmediatos pero todavía sigue atado al mundo de las *reglas y los roles,* todavía debe atenerse *a guiones,* roles y reglas aprendidas.

Muchos de estos guiones son absolutamente necesarios, son los medios a través de los cuales el sujeto va más allá de sí mismo y penetra en el círculo intersubjetivo de la cultura, en el ámbito de la consideración, el respeto, la relación y la responsabilidad, una dimensión en la que el sujeto empieza a ver en los demás su propio yo expandido y, en consecuencia, su consideración se expande hasta llegar a incluirlos. Es entonces cuando usted puede comenzar a ver el mundo a través de los ojos del otro y descubre una conciencia superior que resplandece más allá de los confines del yo y de lo mío.

Pero algunos de estos guiones pueden estar distorsionados y ser inadecuados, en cuyo caso nos encontramos con una «patología de guiones». En tal caso, la persona dispondrá de máscaras y mitos sociales falsos y dañinos: «soy una mala persona, no soy bueno, nunca puedo hacer nada bien».

Los falsos guiones son, en suma, la forma que asume la mentira en este nivel y esas mentiras sociales son las que alimentan el falso yo. No es sólo que se ha desconectado de sus emociones, sino que también ha perdido el contacto con el yo que podría ser en el mundo cultural, ha perdido el contacto con todos los roles positivos que podría asumir si no estuviera repitiéndose de continuo que no puede hacerlo.

P: Y ése es, precisamente, el objetivo de la terapia cognitiva.

KW: Así es. Y también la terapia familiar, del análisis transaccional y de la nueva escuela de la terapia narrativa, por nombrar sólo a unas pocas. En ellas ya no se trata tanto de volver al pasado y a los primeros fulcros para tratar de desenterrar y descubrir alguna emoción o impulso sepultado (aunque tal cosa también puede ocurrir), sino de hace frente a las reglas, los guiones y los juegos falsos y distorsionados, guiones que no están basados en la evidencia presente, guiones irreales, mitos, en suma, que no resisten la evidencia racional.

Aaron Beck, uno de los pioneros de la terapia cognitiva, por ejemplo, ha descubierto que muchas personas deprimidas responden a una serie de guiones o creencias falsas que no dejan de repetirse como si fueran ciertas. Cuando estamos deprimidos solemos *mentirnos a nosotros mismos* («el hecho de que no le guste a esta persona significa que no le gusto a nadie», «si fracaso en esto significa que fracasaré en todo», «si no hago bien este trabajo mi vida entera perderá todo su sentido», «si ella no me quiere nadie me querrá», etcétera, etcétera, etcétera).

Tal vez estos falsos guiones comenzaron a establecerse en algún Pulcro anterior, quizás el fulcro 3, el 2 o incluso antes. Y la tarea de un terapeuta de orientación psicoanalítica (de un terapeuta que utilizase «técnicas de descubrimiento») sería la de tratar de desenterrar estos tempranos traumas y descubrir por qué la persona está generando esos mitos (o esas creencias mágicas o esos impulsos arcaicos).

Pero el quehacer de un terapeuta cognitivo, por su parte, consiste en afrontar directamente esos mitos. En tal caso, le pedirá a la persona que preste atención a su diálogo interno, que descubra esos mitos y que los exponga a la luz de la razón y la evidencia hasta que pueda llegar a la conclusión de que «el hecho de que no haga bien este trabajo no tiene por qué significar que mi vida pierda todo su sentido».

P: La mayor parte de las terapias parecen trabajar a este nivel.

KW: Ciertamente muchas de ellas así lo hacen. Muchas terapias, concretamente las terapias de tipo interpretativo, suelen recurrir a una amalgama de técnicas propias de los fulcros 3 y 4. Gran parte de la terapia consiste simplemente en hablar de sus problemas y el terapeuta deberá permanecer lo suficientemente atento como para advertir cualquier guión distorsionado que afirme que usted es una mala persona, que no es bueno, que es un fracaso, etcétera, hasta descubrir el falso yo, construido sobre el mito y el engaño, que se ha hecho cargo de su vida. Y el terapeuta le ayudará a erradicar estos falsos guiones y a reemplazarlos con interpretaciones más realistas de usted mismo, con *interpre-*

taciones más veraces de su interioridad, para que el falso yo pueda terminar dejando paso al yo real.

Tal vez estos terapeutas no utilicen términos como «guiones», «mitos» y «análisis narrativo», pero eso es generalmente lo que implica el fulcro 4, la patología de guión. Los mitos generan síntomas, pero basta con exponer los mitos a la luz de la evidencia para que los síntomas desaparezcan. La idea es que, cuando *piense* de manera diferente, comenzará *a sentir* de manera diferente.

Pero cuando la persona se encuentra con sentimientos, emociones o impulsos que no puede reconocer o con los que no puede *operar,* el terapeuta suele tender a utilizar «técnicas de descubrimiento». ¿Cuáles son sus *sentimientos* al respecto? ¿Cuál es la *sensación* que experimenta? Y entonces el terapeuta puede descubrir que hay ciertos sentimientos e impulsos con los que usted no se encuentra a gusto, que usted tiene ciertas «emociones reprimidas» y, en tal caso, la terapia deberá orientarse a desenterrar esas emociones reprimidas.

Así pues, la terapia suele recurrir a una combinación entre el análisis de guiones propio del fulcro 4 y las técnicas de descubrimiento propias del fulcro 3, aunque los distintos terapeutas puedan aportar una amplia variedad de herramientas y técnicas al proceso.

(Las patologías propias del fulcro 1 son tan severas que suelen requerir el concurso de un psiquiatra y la correspondiente prescripción farmacológica. El fulcro 2, por su parte, constituye el dominio de los terapeutas especializados en las técnicas de construcción de estructura, técnicas propuestas por Kemberg, Kohut, Masterson y Blanck and Blanck, en base al descubrimiento crítico realizado por Margaret Mahler que en breve pasaremos a discutir.)

El fulcro 5: El ego mundicéntrico o maduro

P: Con lo cual llegamos al fulcro 5.

KW: Entre los 11 y los 15 años aparece, en la cultura occidental, el estadio de las operaciones formales (al que, en la Figura 5. 2, denominamos «formop»). Del mismo modo que la estructura operacional concreta podía operar sobre el mundo concreto, la estructura formop permite operar sobre el pensamiento. Ya no se trata sólo de pensar sobre el mundo sino de pensar sobre el pensamiento, algo, por cierto, que no es tan árido y abstracto como puede parecer a simple vista.

Hay un experimento clásico al que Piaget solía echar mano cuando quería ejemplificar esta emergencia, este cambio de paradigma, este extraordinario cambio de visión del mundo. Este experimento consistía, en pocas palabras, en entregar tres vasos de líquido transparente y pedir a los sujetos que los mezclaran hasta conseguir un color amarillento.

Los niños que se hallaban en el estadio de las operaciones concretas mezclaban simplemente los líquidos al azar hasta que conseguían dar con el color adecuado o terminaban aburriéndose y renunciaban al intento. Dicho en otras palabras, estos niños trataban de llevar a cabo *operaciones concretas* y hacían las cosas de una forma muy concreta.

Pero los adolescentes que se hallaban en el estadio de las operaciones formales, por su parte, comenzaban haciéndose una idea global de lo que ocurría cuando mezclaban A con B, B con C, A con C, etcétera. Y, en el caso de que usted les preguntara qué era lo que estaban haciendo, respondían algo así como «quiero saber qué es lo que ocurre con cada una de las posibles combinaciones», es decir, seguían un determinado esquema mental que les llevaba a intentar *todas las combinaciones posibles.*

P: Parece algo muy aburrido y muy abstracto.

KW: Pero en realidad es exactamente todo lo contrario, porque eso significa que la persona está en condiciones de comenzar a imaginar posibles mundos diferentes. Por primera vez puede comprender «qué es lo que ocurriría en el caso de que...» y pensar en analogías del tipo «como si», lo cual abre las puertas al mundo del auténtico soñador. A partir de entonces aparece la posibilidad de un mundo ideal y la conciencia de la persona puede

soñar en cosas que no se hallan presentes, imaginar posibles mundos futuros y hacer lo necesario para transformar al mundo en función de esos sueños. ¡Imagine lo que eso debe suponer! Así es la adolescencia, pero no debido a la maduración sexual sino a causa de los *posibles mundos* que se despliegan ante el ojo de la mente, ya que es «la edad de la razón y de la revolución».

Asimismo, el hecho de pensar sobre el pensamiento posibilita la auténtica introspección. Por vez primera el mundo interno se abre ante el ojo de la mente y el espacio psicológico se convierte en un nuevo y excitante territorio. Las imágenes internas danzan en el interior de la cabeza y esta vez no proceden de la naturaleza externa, del mundo mítico o del mundo convencional sino de una extraña y milagrosa voz interior.

Y esto implica algo muy importante porque el hecho de poder pensar sobre el pensamiento permite *enjuiciar* los roles y las reglas que, en el estadio anterior, sólo podía asumir de un modo completamente irreflexivo. En ese punto, la actitud moral pasa de ser convencional a ser *postconvencional* (ver Figura 9. 3). A partir de ese momento, usted puede *criticar* a la sociedad convencional. El hecho de «pensar sobre el pensamiento» le permite «juzgar las normas». Tal vez termine estando de acuerdo con las normas, pero el hecho es que también puede cuestionarlas y llegar a estar en desacuerdo con ellas. Ya no está simplemente identificado con ellas sino que se ha distanciado y, en cierto sentido, las ha trascendido.

Este, por supuesto, es el proceso trifásico característico del paso del fulero 4 al fulero 5. Al comienzo, uno se halla *fundido* con las reglas y con los roles convencionales, confundido con ellas, *identificado* con ellas (y, en consecuencia, se encuentra a su merced y es un auténtico conformista). Luego comienza *a diferenciarse* de ellas y a *trascenderlas*, *logrando* así una cierta libertad que le permite pasar al siguiente estadio superior (fulcro 5), en donde todavía deberá *integrar* estos roles sociales, pudiendo, en tal caso, ser padre, pero sin perderse en ese rol. El hecho es que, hablando en términos generales, usted se habrá separado, se habrá diferenciado de la identificación exclusiva con los roles sociocéntricos y comenzará a cuestionar la adecuación o inadecuación de nuestras visiones sociocéntricas y etnocéntricas, algo que, anteriormente, no sólo no quería -sino que tampoco podía siquiera- cuestionar.

En suma, el paso de lo *sociocéntrico* a lo *mundicéntrico supone* otra disminución del narcisismo, otro descentramiento, otra trascendencia. Usted quiere saber qué es lo correcto y qué es lo adecuado, pero no sólo para su pueblo sino para todo el mundo. Entonces es cuando asume una actitud postconvencional, global o mundicéntrica. (Y, lo que es más importante, se aproxima a una actitud auténticamente espiritual o transpersonal.)

En esta transformación que va de lo sociocéntrico a lo mundicéntrico el yo experimenta un nuevo descentramiento: mi grupo no es el único, mi tribu no es la única, mi dios no es el único y mi ideología tampoco es la única ideología del universo. Anteriormente pasé de lo egocéntrico a lo etnocéntrico y mi ego se descentró en el grupo; ahora, en cambio, he pasado de lo etnocéntrico a lo mundicéntrico y mi grupo se ha descentrado en el mundo.

Se trata de una transformación realmente difícil pero, cuando tal cosa ocurre -lo cual es muy infrecuente porque a mayor profundidad menor amplitud-, nos encontramos con la primera actitud auténticamente universal, global o mundicéntrica.

Por vez primera en todo el proceso de desarrollo y evolución de la conciencia disponemos de una perspectiva mundicéntrica o global. ¡Un viaje realmente muy largo por una carretera muy pedregosa en el camino que conduce a lo global!

Y, lo que es más importante, esta plataforma mundicéntrica constituye el trampolín para acceder a cualquier desarrollo posterior superior. Se trata de un cambio irreversible, de una transformación que no tiene posible vuelta atrás puesto que, una vez que contempla el mundo desde una perspectiva global, ya no puede dejar de hacerlo.

Por primera vez en el curso de la evolución, el Espíritu contempla a través de sus ojos y ve un mundo global, un mundo des-

centrado del yo y de lo mío, un mundo que exige atención, respeto, compasión y convicción, un Espíritu que despliega sus propios valores intrínsecos, y que sólo se expresa a través de la voz de quienes tienen el coraje de permanecer en el espacio mundicéntrico y no caer en compromisos inferiores más superficiales.

Diversidad y multiculturalismo

P: Lo cual está directamente relacionado con la actitud moral. Quiero decir que ése es el motivo por el cual se le denomina estadio postconvencional ¿no es así? La moralidad convencional es sociocéntrica mientras que la moralidad postconvencional es mundicéntrica y está basada en el principio del pluralismo universal.

KW: Así es.

P: ¿Y eso es lo que se llama multiculturalismo?

KW: Sí, pero tenemos que ser muy cuidadosos. En realidad, el multiculturalismo subraya la diversidad cultural, pero debe recordar que la actitud propia del fulcro 5 es muy infrecuente, muy elitista y muy difícil de lograr. ¡Dése cuenta de todo el camino que ha debido recorrer para alcanzar la actitud mundicéntrica!

Cuando usted ha evolucionado desde la perspectiva egocéntrica hasta la etnocéntrica y la mundicéntrica, no le resultará difícil comprender que todos los individuos son merecedores de la misma consideración y de las mismas oportunidades, sin importar raza, sexo o credo. La actitud universalmente pluralista es realmente multicultural y postconvencional. El problema es que la mayor parte de los individuos con los que se relaciona todavía son esencialmente egocéntricos o etnocéntricos y, en consecuencia, no comparten su universalismo. De este modo, usted se ve obligado a mostrar una tolerancia universal con individuos que no son igual de tolerantes con usted.

Es así como los multiculturalistas suelen terminar atrapados en varias flagrantes contradicciones. Veamos, para comenzar, su

afirmación de que no son elitistas o de que son antielitistas. Según afirma un determinado estudio, sólo el 4% de la población de Estados Unidos ha alcanzado la actitud pluralista postconvencional y mundicéntrica, una actitud, pues, muy infrecuente y muy elitista. Pero los multiculturalistas que afirman no ser elitistas deben mentir sobre su propia identidad, lo cual termina conduciéndoles por caminos muy ambiguos.

P: ¿Qué es lo que quiere decir?

KW: Desde su perspectiva descentrada y mundicéntrica, el multiculturalista aspira al noble objetivo de tratar a todos los individuos por igual -todo el mundo es igual-, pero soslaya el hecho de que *alcanzar esa actitud superior* constituye un logro muy infrecuente y, en consecuencia, suele ignorar el camino que conduce hasta ese nivel. Es por ello que el multiculturalista se ve atrapado en el extraño vínculo de tratar a quienes todavía *no* han alcanzado ese estadio con una actitud con la que ellos se limpian simplemente los zapatos.

Es por ello que los multiculturalistas afirman que tenemos que tratar por igual a todos los individuos y a todos los movimientos culturales puesto que ninguna postura es mejor que las demás, pero no pueden explicar por qué debemos huir de los nazis y del Ku Klux Klan. ¿Cómo podríamos, si realmente fuéramos multiculturalistas, rechazar a los nazis? ¿No es acaso todo el mundo igual?

La respuesta, obviamente, es que no todas las actitudes son equiparables. La actitud mundicéntrica es *mejor* que la etnocéntrica, la cual, a su vez, es *mejor* que la egocéntrica, porque cada una de ellas es más profunda que la anterior. Los nazis y el Ku Klux Klan son movimientos etnocéntricos que se basan en una mitología que afirma la supremacía de una determinada raza y, desde una perspectiva mundicéntrica, deberíamos juzgarlas como posturas *inferiores*.

Pero el multiculturalismo al uso no suele permitirse este tipo de *juicios* porque se niega a reconocer cualquier tipo de diferencias entre las distintas actitudes morales posibles. ¡Al afirmar que

todas las actitudes son iguales se niega siquiera la posibilidad de emitir ningún tipo de juicio!

Pero es curiosa, sin embargo, la intolerancia que suelen mostrar con quienes estén en desacuerdo con ellos. Ellos saben que la suya es una actitud noble pero, al no comprender cómo han llegado hasta ahí, tratan simplemente de imponerla a los demás. ¡Todo el mundo es igual! ¡Ninguna actitud moral es mejor que otra! Ese puñado de elitistas terminan tratando de desterrar a cualquier otro elitismo diferente al suyo, mostrándose sumamente intolerantes en nombre de la tolerancia, censurando en nombre de la compasión y justificando su estúpida postura con argumentos políticamente correctos. Si no fuera tan despreciable resultaría grotesco.

P: ¿Y ésta es la patología propia de este estadio?

KW: Eso es lo que yo creo. ¿Quién es usted cuando se adentra en la dimensión mundicéntrica? ¿Quién es usted cuando comienza a cuestionar su cultura, se distancia de los prejuicios sociocéntricos y etnocéntricos y se independiza de ellos? *¿Quién, exactamente, es usted,* más allá de todos esos viejos y confortables roles? ¿Cuál es entonces su identidad? ¿Qué es lo que usted quiere de la vida? Ésta, en opinión de Erikson, es una «crisis de identidad», «la insania» o «la enfermedad» propia de este fulcro.

Y los multiculturalistas padecen una crisis de identidad global. Su postura oficial es que cualquier tipo de elitismo es malo pero su yo real es, de hecho, un yo elitista y, en consecuencia, se ven abocados a disfrazarlo y a distorsionarlo, a mentir, en suma.

De este modo pasan de afirmar que todo debe ser juzgado de manera equitativa y no egocéntrica, a decir que *nada debe ser juzgado y* que todas las posturas morales son equiparables... exceptuando *su propia* postura, claro está, que es superior a todas las demás, en un mundo en el que supuestamente no existe nada mejor que otra cosa. De ese modo es como terminan sosteniendo una postura elitista que niega su propio elitismo, una postura que *miente* sobre su propia identidad real. Y ésa es la forma que asume el falso sistema del yo propio de este estadio y la crisis de identidad correspondiente.

Ésta es la patología típica del fulero 5, una patología de la mente adolescente que todavía sigue atrapada en una variante de la disociación del fulero 5, del desastre de la modernidad, una postura que afirma haber superado ya a la modernidad pero que, no obstante, sigue completamente atrapada en ella y se ve obligada, por tanto, a mentirse a sí misma.

P: Parece algo espantoso, como el newspeak* de Orwell o la policía del pensamiento, que parece estar en todas partes y ha terminado secuestrando a todas las universidades de este país.

KW: Así es. Las universidades norteamericanas parecen haberse especializado en este tipo de multiculturalismo que está contribuyendo a la retribalización de Estados Unidos, alentando la fragmentación egocéntrica y etnocéntrica y la política de la injusticia, la política del narcisismo. Afirmar que todas las posturas son iguales supone afirmar la superficialidad preconvencional y etnocéntrica. Este país está atravesando su propia crisis de identidad, podríamos decir... pero ése es otro tema.

El fulcro 6: La integración corpomental del centauro

P: Con lo cual llegamos al último gran estadio «ortodoxo», el estadio más elevado reconocido por los investigadores convencionales.

KW: Así es, el fulcro 6. Como muestran varias de las figuras que hay entre la 5. 2 y la 10. 1, la estructura básica de este estadio es visión-lógica, o lógico-global, una estructura de conciencia muy global e integradora. Es cierto que la conciencia operacional formal también es, en muchos sentidos, global e integradora, pero tiende a moverse con una lógica aristotélica muy dicotómica, del tipo esto o aquello.

* Término acuñado por Orwell en *1984* y que se refiere a una forma retórica en la que, bajo un disfraz de objetividad, se está sirviendo, de hecho, a objetivos políticos o ideológicos *(N. del T.).*

La estructura visión-lógica, por su parte, unifica a las partes separadas y ve redes de interacciones. Y cuando se ocupa de la objetivación propia de la Mano Derecha produce, en general, teorías de sistemas objetivos. Pero cuando se asienta en una auténtica transformación interior - ¡una transformación sumamente infrecuente y ajena a la teoría de sistemas! - sirve de soporte a una personalidad integrada. En el momento en que el centro de gravedad del yo se identifica con la estructura visión-lógica, en el momento en que la persona vive desde ese nivel, su personalidad se integra y su yo puede comenzar realmente a asumir una perspectiva global y no simplemente hablar de ella.

De modo que la capacidad integradora de la estructura visión-lógica sirve de soporte a un yo integral. Ése es el motivo por el cual denomino *centauro* al yo propio de este estadio, un estadio en el que tiene lugar una integración entre la mente y el cuerpo, entre la noosfera y la biosfera, que configura un yo relativamente autónomo, un yo que ha superado el aislamiento, el atomismo y el egocentrismo, un yo integrado en redes de responsabilidad y servicio.

P: En este sentido, usted recurre con frecuencia a la investigación -poco conocida, por cierto- realizada por John Broughton.

KW: Son muchos los investigadores que se han ocupado de estudiar detenidamente este estadio, como Loevinger, Selman, Habermas, Erikson y Masterson, por ejemplo. Pero siempre me ha gustado el resumen de la investigación realizada por Broughton: «La mente y el cuerpo como experiencias de un yo integrado».

Esta frase resume perfectamente este estadio. Hay que decir, en primer lugar, que el yo de este estadio es *consciente* tanto de la mente como del cuerpo *como experiencias.* Es decir, el yo *observador* está comenzando *a trascender* la mente y el cuerpo y, en consecuencia, puede ser consciente de ambos como objetos de conciencia, como experiencias. No es que la mente contemple el mundo sino que el yo observador contempla, al mismo tiempo, la mente y el mundo. Éste es un paso muy importante

que, como pronto veremos, prosigue durante los estadios superiores.

Y, en segundo lugar, el hecho de que el yo observador esté comenzando a trascender la mente y el cuerpo, le permite, por ese mismo motivo, comenzar *a integrar* la mente y el cuerpo. Por ello le denomino «centauro».

En este fulcro, también nos encontramos con el mismo proceso trifásico que hemos visto en todos los otros fulcros, es decir, con la fusión inicial, la diferenciación posterior y la integración final. En este caso, la identificación inicial tiene que ver con la mente formal (fulcro 5); luego el yo observador comienza a diferenciarse de la mente y a verla como un objeto, y el hecho de haber dejado de estar exclusivamente identificado con la mente le permite integrarla con el resto de los componentes de la conciencia, con el cuerpo y con los impulsos. De ahí centauro, un estadio en el que la mente y el cuerpo constituyen experiencias de un yo integrado.

La locura aperspectivista

P: Usted también denomina al centauro nivel existencial.

KW: Así es. En este punto de la evolución usted se encuentra, por así decirlo, a solas consigo mismo. Ha dejado atrás la fe ciega en los roles y las reglas convencionales de la sociedad, ha superado ya la actitud etnocéntrica y sociocéntrica y se ha adentrado en un espacio mundicéntrico en el que...

P: ¿Este estadio es también mundicéntrico?

KW: A partir del estadio operacional formal (fulero 5), todos los estadios son ya mundicéntricos o globales y en ellos puede asentarse el perspectivismo postconvencional y universal, un mundicentrismo que es cada vez mayor en la medida en que el sujeto va adentrándose en los dominios más profundos y genuinamente espirituales.

Pero no avancemos las cosas. En el nivel del centauro, en el nivel existencial, usted ha dejado ya de ser un yo egocéntrico y

etnocéntrico, usted se ha adentrado en un espacio mundicéntrico en el que, como demuestran los multiculturalistas, puede resbalar y malograr la libertad recién adquirida.

P: ¿A la que usted denomina libertad «aperspectivista»?

KW: Sí, ése es un término acuñado por Jean Gebser. La visión-lógica es aperspectivista en el sentido de que dispone de una multiplicidad de puntos de vista y no privilegia automáticamente ninguno de ellos sobre los demás. Pero cuando uno empieza a tener en cuenta todas las posibles perspectivas, todo comienza a moverse vertiginosamente.

La conciencia aperspectivista que proporciona la visión lógica puede llegar a ser muy desconcertante porque todos los puntos de vista empiezan a parecer relativos e interdependientes, no hay nada absolutamente fundacional, ningún lugar en el que apoyar la cabeza y decir ¡he llegado!

Pero el hecho de que todas las perspectivas sean relativas *no significa* que no haya puntos de vista más adecuados. ¡El hecho de que todas las perspectivas sean relativas no significa que unas no sean relativamente mejores que otras! La visión mundicéntrica es mejor que la etnocéntrica, la cual, a su vez, es mejor que la egocéntrica, porque cada una de ellas es más profunda que sus superficiales predecesoras.

Si olvidamos esto y sólo tenemos en cuenta la relatividad de las distintas perspectivas correremos el peligro de caer en una locura aperspectivista que termine paralizando la voluntad y el juicio. La afirmación de que «todo es relativo y de que no hay nada mejor ni peor que otra cosa» soslaya el hecho de que esta misma actitud es *mejor* que las actitudes alternativas, cayendo entonces en la llamada contradicción performativa. Y los multiculturalistas que ocasionalmente alcanzan el nivel visión-lógico suelen caer en la locura aperspectivista.

La dimensión aperspectivista a la que nos permite acceder la estructura visión-lógica no supone que el Espíritu se haya quedado ciego a lo largo del proceso, sino que está contemplando el mundo a través de infinitos y milagrosos puntos de vista, un nuevo descentramiento, una trascendencia más, una nueva espiral en el proceso evolutivo que trasciende al egocentrismo.

La antesala de lo transpersonal

P: Éstas son algunas de las virtudes del estadio existencial o centáurico.

KW: Sí. Uno de los rasgos característicos del »yo *real* de este estadio (el centauro) es precisamente que ya no se contenta con las distracciones convencionales y que, como dijo Kierkegaard, el yo ya no se consuela con lo trivial. La tarea fundamental del Pulcro 6 es la emergencia del yo auténtico, del yo existencial.

Pero para ello, como decía Heidegger, el yo finito debe morir y la magia, los dioses míticos y la ciencia racional no pueden salvarlo. El descubrimiento del auténtico ser-en-el-mundo búsqueda (de la auténtica individualidad-en-la-comunión) exige la asunción de la propia mortalidad y finitud.

Los existencialistas han llevado a cabo un análisis muy interesante del yo auténtico, del yo centáurico real -sus características, sus modalidades de existencia, su actitud en el mundo- y, más importante todavía, han investigado también las mentiras y la mala fe que impiden el logro de esa autenticidad. Mentimos sobre nuestra mortalidad y finitud creando símbolos de inmortalidad, vanos intentos de vencer al tiempo y existir eternamente en algún cielo mítico, en algún proyecto racional, en alguna gran obra de arte a través de los cuales expresamos nuestra incapacidad de afrontar la muerte. Mentimos sobre la responsabilidad de nuestras propias decisiones, prefiriendo considerarnos víctimas pasivas de alguna fuerza externa; mentimos sobre la riqueza del presente, proyectándonos hacia el pasado en la culpa y hacia el futuro en la ansiedad; mentimos sobre nuestra responsabilidad ocultándonos en la mentalidad del rebaño, perdiéndonos en el Otro, en el falso yo, elaborando engañosos proyectos para ocultarnos de la conmocionante verdad de la existencia.

Estoy completamente de acuerdo con este análisis porque, desde mi punto de vista, la autenticidad existencial no sólo es importante en sí misma, sino que también constituye un prerrequisito imprescindible para entrar en el ámbito de lo transpersonal sin el lastre de los mitos, las expectativas mágicas o los arrebatos egocéntricos o etnocéntricos.

P: Por eso el clima de los existencialistas es tan taciturno...

KW: Sí. Este nivel constituye clásicamente la morada de la angustia existencial, de la desesperación, de la ansiedad, del miedo, del sobresalto y de la enfermedad mortal ¡precisamente porque ha perdido todos esos confortables consuelos!

Y, dado que los existencialistas no reconocen ninguna esfera de conciencia superior a ésa, quedan atrapados en la visión existencial del mundo que restringe sus percepciones exclusivamente a lo que queda dentro de su horizonte.

De modo que para ellos constituye un verdadero honor abrazar las pesadillas existenciales con aterradora seriedad. Y si usted afirma la existencia de modalidades de conciencia que trascienden la angustia existencial, ellos responden que usted *debe* haber caído en algún tipo de negación de la muerte, de proyecto de inmortalidad, de falta de autenticidad o de mala fe. Cualquier afirmación de la existencia de una dimensión superior será recibida con una fría mirada y la vergonzosa acusación de «inautenticidad» caerá sobre su cabeza. Para ellos, hasta la misma *sonrisa* constituye una evidencia de falta de autenticidad porque rompe el círculo sagrado de la seriedad existencial.

P: Así pues, la fase de fusión del fulero 6 se halla atrapada en el centauro y en la visión existencial del mundo.

KW: Eso es lo que pienso. Y esa inmersión existencial se convierte en el único punto de referencia de toda realidad. Desde ese punto de vista, la angustia constituye el único referente de la autenticidad. Tal vez también sirva clavarse un clavo en la frente a modo de recordatorio, pero en ningún caso se le ocurra sonreír porque eso revelaría su inautenticidad.

En el nivel existencial, usted ya no se halla completamente anclado en el dominio de lo personal, lo personal ha comenzado a perder su sentido y a revelarse absurdo, pero tampoco se ha adentrado todavía en las dimensiones transpersonales de la existencia. ¿Qué motivos hay, a fin de cuentas, para sonreír? ¿Qué sentido tiene lo personal si uno está abocado a la muerte? ¿Para qué, pues, vivir en esas circunstancias?

Esta preocupación por el *sentido y* por la falta de sentido tal vez sea el rasgo central característico de las patologías propias del fulero 6 y de la terapia correspondiente, la terapia existencial.

Pero el hecho es que, como muestra la Figura 9. 3, el centauro constituye un yo integrado y autónomo y, en consecuencia, debería ser un estado feliz, pleno y gozoso y el sujeto debería estar continuamente sonriendo. Pero no es eso lo que ocurre sino que constituye un yo profundamente desdichado. Es integrado y autónomo... pero también miserable.

Ha probado ya todo lo que el dominio de lo personal puede ofrecerle y no le resulta satisfactorio. El mundo ha comenzado a devenir insubstancial y ninguna experiencia merece ya la pena. No se trata, por tanto, de que uno no haya conseguido alcanzar esas gratificaciones sino que, al contrario, las ha logrado todas, las ha experimentado todas y todas las ha descubierto igualmente decepcionantes.

Por ese motivo esta alma ha dejado de sonreír, porque es un alma a la que cualquier posible consuelo le sabe amargo. El mundo ha perdido su sentido en el mismo momento en que el yo alcanzaba sus mayores triunfos. Ha llegado el momento del banquete y el sujeto ha descubierto en él el sonriente y silencioso semblante de la calavera. En su momento de mayor esplendor la fiesta se ha revelado efímera. Las cosas que antiguamente proporcionaban tanto sentido, los deseos y las esperanzas más apasionantes se han desvanecido en el aire, se han evaporado en algún momento de la larga y solitaria noche. ¿A quién podré cantar canciones de alegría y exaltación? ¿Quién escuchará mis llamadas de auxilio en el silencio aterrador de la oscura noche? ¿Dón-

de encontraré la fortaleza para soportar los dardos y las flechas que a diario atraviesan mi costado? Y, sobre todo, ¿para qué intentarlo si todo termina convirtiéndose en polvo? ¿Dónde estaré entonces? ¿Qué importa, en esas condiciones, luchar o abandonar la lucha si mis objetivos vitales se desangran lentamente hasta la desesperación?

Para el alma existencial, todos los deseos han perdido su sentido porque, a fuerza de mirar cara a cara la existencia, ha terminado enfermando, el alma existencial es un alma para la que lo personal se ha convertido en algo completamente insubstancial, un alma, en otras palabras, que se halla en la antesala misma de la dimensión transpersonal.

12. LOS DOMINIOS SUPRACONSCIENTES: PRIMERA PARTE

P: Ahora podemos adentramos en los estadios transpersonales, en los dominios supraconscientes. Habíamos dejado el proceso de desarrollo en el nivel del centauro, un nivel en el que usted decía que el yo observador tomaba conciencia de la mente y del cuerpo y, en ese mismo sentido, comenzaba a trascenderlos a ambos.

KW: Así es. Esto es algo que, como ya hemos señalado, confirman hasta los investigadores ortodoxos, desde Broughton hasta Loevinger. En el estadio del centauro, el yo observador puede, en un sentido amplio, atestiguar o experimentar la mente y el cuerpo, lo cual significa que está comenzando a trascenderlos. Y, en la medida en que prosigue el proceso de evolución de la conciencia, va desplegando cada vez una mayor profundidad -o una mayor altura- ante el yo observador. ¿Qué es el yo observador? ¿Cuán profundamente puede ir o, dicho de otro modo, cuáles son las alturas a las que puede elevarse?

La respuesta que suelen dar los grandes sabios y místicos del mundo a esta pregunta es que el yo observador conduce directamente a Dios, el Espíritu o la Divinidad, que, en las profundidades últimas, nuestra conciencia intersecta con el Infinito.

El yo observador suele ser llamado Yo (con mayúsculas), Testigo, Presencia pura, conciencia pura o conciencia como tal, un rayo directo de lo Divino que, en opinión de los grandes sabios y místicos de todo el mundo, es el Cristo, el Buda o la misma Vacuidad.

Donde la mente queda atrás

P: ¿De modo que el Testigo es un emergente?

KW: No exactamente, porque la conciencia no es un emergente. El Yo, o el Testigo, ha estado presente desde el mismo comienzo como la forma básica de la conciencia en cualquiera de los estadios de desarrollo de los holones -ha estado presente como aprehensión, como sensación, como impulso, como emoción, como símbolo y como razón- pero va haciéndose cada vez más patente a medida que madura el proceso de crecimiento y trascendencia. En otras palabras, el Testigo, o la conciencia como tal, es simplemente la profundidad de todo holón, el interior de todo holón. Como ya hemos visto, la conciencia es profundidad, de modo que, cuanto mayor es la profundidad, mayor es el fulgor con el que resplandece la conciencia.

En el estadio del centauro, el Testigo observador se ha despojado de su identificación con el cuerpo y con la mente -los ha trascendido y los ha incluido. Es por ello que puede atestiguarlos y que «la mente y el cuerpo son experiencias de un yo integrado».

P: Está comenzando a trascenderlos.

KW: Así es. No hay nada oculto ni extraño en todo esto. Ya hemos visto que la identidad transita desde la materia hasta el cuerpo y, desde éste hasta la mente, distintos pasos sucesivos de un proceso de descentramiento y desidentificación con respecto al nivel anterior. Y, en el estadio del centauro, la conciencia simplemente está comenzando *a desidentificarse de la mente,* motivo por el cual puede contemplarla, verla y experimentarla. La mente ya no es un mero sujeto sino que está comenzando a convertirse en un objeto... un objeto del Yo observador, un objeto del Testigo.

Por ese motivo las tradiciones místicas, contemplativas y yóguicas aparecen en el momento en que la mente nos abandona, en el momento en que el Yo observador comienza a trascender la mente, a ser transmental, supramental o supermental o, como también podríamos decir, transracional, transegoico o transpersonal.

Las tradiciones contemplativas se basan en una serie de experimentos sobre la conciencia. ¿Qué ocurre, por ejemplo, cuando usted trata de tomar conciencia del origen del Testigo? ¿Qué sucede cuando investiga en profundidad el origen de la conciencia? ¿Qué sucede cuando va más allá o detrás de la mente, hasta una dimensión que no se halla confinada al ego ni al yo individual? ¿Qué es lo que descubre en cada uno de estos casos? ¿Qué es lo que ocurre cuando usted reproduce ese experimento en su propia conciencia?

«Existe una esencia sutil que impregna toda realidad», comienza diciendo una de las respuestas más conocidas a esta pregunta, «es la realidad de todo lo que es, el fundamento de todo lo que es. Esa esencia lo es todo. Esa esencia es lo real. Y tú, tú eres eso.»

El Yo observador, dicho en otras palabras, termina desplegando su propio origen, que es el mismo Espíritu, la misma Vacuidad. Ése es el motivo por el cual los místicos sostienen que el Yo observador constituye un rayo de ese Sol que es el radiante Abismo, el sustrato último sobre el que se asienta la totalidad del Kosmos manifiesto. En esas profundidades, su Yo se funde con el Yo del Kosmos en una Identidad Suprema que eclipsa la totalidad del mundo manifiesto, una Identidad Suprema que desata el nudo del yo separado y lo eclipsa en su esplendor.

En cada uno de los pasos que conducen desde la materia hasta el cuerpo, la mente y el Espíritu, la conciencia, o el Yo observador, se desidentifica de su identidad exclusiva con una dimensión inferior más superficial y se abre a una dimensión más profunda, más

elevada y más amplia, hasta que termina abriéndose a su sustrato último en el Espíritu.

Y los distintos estadios del crecimiento y desarrollo transpersonal son fundamentalmente los estadios que sigue el Yo observador en el camino que conduce hasta su última morada, el Espíritu puro, la Vacuidad pura, sustrato, camino y gozo de todo el proceso de desarrollo.

Los estadios transpersonales

P: De modo que ¿existen diferentes estadios en el desarrollo transpersonal?

KW: Así es. En esos estadios superiores nos encontramos con un puñado de hombres y mujeres que se esforzaron -y siguen esforzándose- por ir más allá de la normalidad promedio impuesta por el sistema y ascender hasta alcanzar las dimensiones superiores de la conciencia, y, en esta búsqueda, se unen a un pequeño grupo, o sangha, de personas afines y desarrollan *prácticas, instrucciones o paradigmas* que despliegan estos mundos superiores, *experimentos* interiores, en suma, que permitirán que otros reproduzcan sus descubrimientos y verifiquen (o refuten) sus hallazgos. Ellos son quienes nos han legado los mapas de sus viajes interiores advirtiéndonos, al mismo tiempo, que no basta simplemente con memorizarlo y que ningún paseo sobre un mapa de las Bahamas puede reemplazar a un viaje sobre el territorio real.

Así es como hoy en día disponemos de mapas y caminos procedentes de todas las grandes tradiciones contemplativas, orientales y occidentales, tanto del Norte como del Sur, y podemos contrastarlos y compararlos. Y la gran mayoría de estos mapas no sólo son representaciones de la Mano Derecha (aptas, por tanto, para la charla erudita), sino instrucciones de la Mano Izquierda (que nos obligan también *a practicarlos).* Algunos de estos caminos son más completos que otros, los hay especializados en un

determinado nivel y también los hay, por último, que desmenuzan minuciosamente algunos de los niveles en decenas de subniveles.

La comparación intercultural, arraigada en la práctica, de todos estos mapas nos ha permitido elaborar un «modelo» que puede servir de mapa global de los distintos niveles superiores de conciencia de que disponen los hombres y las mujeres, un mapa de las *estructuras básicas* superiores de la conciencia que se hallan presentes de forma *potencial* en todos nosotros pero que todavía deben emerger, crecer y desarrollarse.

P: ¿Son muy complicados estos mapas?

KW: Bien. Ciertas tradiciones son tan sofisticadas que describen literalmente cientos de subniveles y componentes del desarrollo de la conciencia. Pero, basándose en el estadio actual de la investigación, podemos afirmar, sin lugar a dudas, que *existen, al menos, cuatro estadios principales* del desarrollo y de la evolución transpersonal, cuatro niveles a los que yo denomino -como puede ver en la Figura 9. 1- *psíquico, sutil, causal y no dual,* cada uno de los cuales nos proporciona *una visión diferente del mundo,* a las que llamo, respectivamente, *misticismo natural, misticismo teísta, misticismo informe y misticismo no dual* (aunque hay que decir también, en este sentido, que lo no dual no es -como pronto veremos- un nivel, sino el trasfondo de todos los niveles, el papel en el que está dibujado el diagrama).

P: ¿Y se trata realmente de *estadios?*

KW: Las estructuras básicas son niveles discretos e identificables y sus visiones del mundo son muy concretas y difieren claramente entre sí (cada una de ellas posee una estructura, cogniciones, sensación de identidad, actitud moral, necesidades, etcétera, diferentes).

Pero, como siempre ocurre, debemos subrayar que la acción real no tiene lugar en la «escalera» sino en el escalador -en el sistema del yo- y en los distintos fuleros por los que atraviesa en su ascenso. Y el yo, como ya hemos dicho, puede estar en todas partes, puede tener, por ejemplo, una experiencia cumbre de

un nivel superior para luego terminar cayendo en su nivel real y presente. También puede ocurrir, por el contrario, que al vislumbrar los niveles superiores el yo experimente tal conmoción que termine *regresando* a aquellos fuleros inferiores a los cuales esté unido por algún tipo de fijación, represión o asunto inconcluso, como si se tratara de primitivos «puntos de anclaje» que se hicieran patentes cuando fracasara la traslación.

P: De modo que el desarrollo real del yo en los estadios transpersonales no es estrictamente lineal.

KW: No, no lo es. Cuando digo que el desarrollo de las estructuras básicas superiores -y de cualquier otra estructura básica- es escalonado, lo único que quiero decir es que se asemeja a una holoarquía anidada de esferas concéntricas. Pero ello no implica que el proceso de desarrollo sea tan lineal como el hecho de subir una escalera, sino que está salpicado por todo tipo de saltos hacia adelante, de retrocesos y de movimientos espiralados.

No obstante, el centro de gravedad del yo tiende a organizarse en torno a una determinada estructura básica superior predominante, tiende *a identificar* su centro de gravedad con una determinada estructura que, de ese modo, se convierte en su «base de asentamiento» -su fulcro principal-, alrededor de la cual giran la mayor parte de sus percepciones, de sus respuestas morales, de sus motivaciones, de sus impulsos, etcétera. Y el proceso de desarrollo de este centro de gravedad tiende a desplazarse a través de estas estructuras superiores a lo largo de una secuencia relativamente definida.

P: Las distintas tradiciones hablan de varios de estos estadios.

KW: Sí, esto es algo conocido por las distintas tradiciones espirituales. Ellas tienen sus propios estadios de crecimiento y desarrollo; ellas conocen las características de cada estadio, reconocen el progreso y reconocen también la regresión. Y, como Aurobindo, Plotino y Da Avabhasa han señalado, aunque sea posible acelerar la velocidad de este proceso, no hay modo alguno de soslayar la secuencia de pasos a seguir. Tal vez usted pueda tener una experiencia cumbre y dar un salto hacia adelante, pero el

hecho es que luego deberá volver atrás para consolidar e integrar ese estado. De otro modo, su centro de gravedad estará demasiado arriba, por así decirlo, y flotará cada vez más alto, corriendo el peligro de perder toda conexión con las estructuras inferiores (la mente, el cuerpo, la tierra y los sentidos).

El fulcro 7: El nivel psíquico

P: El primero de los estadios transpersonales es el estadio psíquico.

KW: En mi opinión, el nivel psíquico constituye un estadio de transición entre la realidad cotidiana ordinaria -sensoriomotora, racional y existencial- y los dominios propiamente transpersonales. Se trata de un nivel en el que, en ocasiones, aumenta la probabilidad de ocurrencia de los fenómenos paranormales, aunque, en mi opinión, no es ése su rasgo más característico sino el hecho de que su estructura profunda ha dejado ya de estar exclusivamente atada al ego y al centauro individual.

P: Veamos algunos ejemplos.

KW: En el nivel psíquico, una persona puede disolver provisionalmente la sensación de identidad separada (el ego o el centauro) y experimentar entonces lo que denomino *misticismo natural,* la identificación con el mundo ordinario o sensoriomotor. Tal vez usted mismo haya experimentado esta situación en alguna ocasión en que, paseando por la naturaleza, relajado y abierto, ha reparado súbitamente en que el observador había desaparecido y sólo había montaña, usted se había convertido en la montaña. En tal caso, usted ya no está «aquí» contemplando una montaña que está «ahí» sino que sólo hay montaña, una montaña que parece contemplarse a sí misma o, dicho de otro modo, es como si usted estuviera contemplando la montaña desde dentro, como si la montaña se hallara más próxima a usted que su propia piel.

Dicho de otro modo, en ese estadio no hay separación entre sujeto y objeto, entre usted y el mundo natural que se halla «fue-

ra de aquí», y dentro y fuera pierden todo significado. Pero *no* se trata de un estado psicótico de adualismo o de alguna «forma madura» de adualismo psicótico porque usted percibe con toda nitidez dónde termina su cuerpo y dónde empieza el entorno. En este estadio -la fase de fusión del fulcro 7- usted se ha convertido en un «místico de la naturaleza» y su Yo superior puede ser llamado Yo eco-noético, aunque algunos le llamen Sobrealma o Alma del Mundo.

P: Parece tratarse de un salto muy brusco, de un salto que lleva del centauro individual a la identificación con toda la naturaleza. No veo en él ninguna progresión evolutiva gradual.

KW: Eso es lo que parece a simple vista pero, de hecho, no existe ningún salto. Yo creo que la gente se confunde porque considera que el cambio de la identidad corpomental a la identidad con «la totalidad del mundo» constituye un salto muy abrupto.

Pero el hecho es que ese cambio no es tan brusco como parece. Veamos: en el estadio mundicéntrico del centauro, la conciencia ha pasado *ya* por la identidad con la dimensión material (fulero 1), por la identidad con la dimensión biológica (fulcro 2) y por la identidad con el yo mental (fulcro 3), identidades, todas ellas, muy egocéntricas y narcisistas.

En el fulcro 4, sin embargo, la identidad se desplaza de lo egocéntrico (lo centrado en el yo) a lo sociocéntrico (lo centrado en el grupo) y la conciencia trasciende los aspectos meramente *individuales.* En este nivel, pues, la conciencia -la *identidad*- ya no es una identidad *corporal* sino una identidad de *rol,* una ¡dentidad colectiva basada en los roles culturales y en valores compartidos.

De modo que cuando usted dice, por ejemplo, soy un padre, soy una madre, soy un marido, soy una esposa, trabajo en tal cosa o me interesan tales otras, está moviéndose en el campo de las identidades transcorporales, identidades que trascienden las sensaciones individuales de su cuerpo y se hallan insertas en el ámbito de los roles, los valores y los objetivos intersubjetivos. La mayor parte de los ítems que, en ese estadio, definen su identidad

ya no son egocéntricos sino culturales y sociocéntricos. De modo que, cuando usted experimenta su «yo», lo que realmente está experimentando es un conjunto de eventos intersubjetivos porque usted ha dejado ya de existir dentro de su piel ha comenzado a hacerlo también en un determinado entorno cultural. Usted se ha descentrado y ha trascendido la identidad estrictamente ligada al cuerpo. ¡Ni siquiera puede llegar a pensar quién es fuera de ese círculo cultural que trasciende las fronteras de su piel!

Con el fulero 5 y la aparición de la racionalidad, su identidad se descentra o expande una vez más, trascendiendo, en esta ocasión, toda identidad meramente etnocéntrica o sociocéntrica y asumiendo una identidad postconvencional y mundicéntrica. En este estadio, usted ha dejado de existir como ser etnocéntrico, le *duele* ser exclusivamente etnocéntrico y está identificado con una perspectiva global. En este estadio usted ha experimentado un nuevo descentramiento, una nueva trascendencia y su *identidad real* se halla inserta en una conciencia global y mundicéntrica que pertenece al ámbito de *todos* los seres humanos.

Éste es un nuevo paso hacia adelante en el camino que conduce a la experiencia real de su identidad esencial, no sólo con todos los seres humanos sino con todos los seres vivos. La conciencia global o mundicéntrica simplemente constituye un paso más hacia adelante, un paso que trasciende los prejuicios antropocéntricos y tiene en cuenta a todos los seres vivos. Es en este nivel donde usted experimenta el Alma del Mundo.

Y, si usted tiene en cuenta todos los pasos que ya ha dado a lo largo del proceso de expansión de su identidad, el paso que lleva de lo mundicéntrico al Alma del Mundo es más bien modesto, es la prolongación simple y natural del proceso evolutivo de trascendencia e inclusión, de despliegue y repliegue. Cada nueva emergencia constituye un descentramiento, una trascendencia que va descubriendo más aspectos del «mundo externo» como algo realmente «interno» y va integrándolos como una parte de su propio ser.

Es como si las moléculas se despertasen una mañana y descu-

brieran que los átomos están dentro de ellas, formando parte de su propio ser; como si las células se despertasen una mañana y descubrieran que las moléculas están en su interior y forman parte de su ser. Del mismo modo, usted también puede despertarse una mañana y descubrir que la naturaleza forma parte de usted, que literalmente se halla su interior. No es que usted forme parte de la naturaleza sino que la naturaleza forma parte de usted. Y es por ello que, a partir de ese momento, usted comienza a tratar a la naturaleza del mismo modo que trata a sus pulmones o a sus riñones. Es entonces cuando una ética ambiental espontánea brota de su corazón y le impide seguir mirando un río, una hoja, un ciervo o un petirrojo, con la misma mirada con la que antes lo hacía.

Tal vez esto le parezca muy extraño y muy lejano... hasta que llegue a experimentarlo. Pregunte, si no, a este respecto, a los astronautas del Apolo.

P: Tal como usted lo plantea parece tratarse de una progresión natural.

KW: Así es. Como ya he dicho, el paso del centauro al mundo nos parece muy radical porque tendemos a creer que el centauro constituye una conciencia individual exclusivamente *ligada al cuerpo* cuando, en realidad, el *único* estadio en el que la conciencia está atrapada en el cuerpo es el fulcro 2. ¡*Cualquier* estadio posterior ya ha trascendido la identidad meramente corporal!

Y, si tratamos de definir la conciencia transpersonal como el fruto de una transformación «de un-solo-paso», de una transformación que conduce desde «el ego encapsulado en la piel» hasta el Alma del Mundo, nos encontraremos con muchos problemas. ¡Porque, de hecho, no se trata de un proceso «de un-solo-paso» sino de un proceso, cuanto menos, de siete pasos! En el camino que conduce al Alma del Mundo hay, al menos, siete fulcros, siete grandes cambios de paradigma.

La ecología profunda y el ecofeminismo

P: Los ecólogos profundos dan mucha importancia al Yo profundo, al Yo eco-noético.

KW: Así es y, desde cierto punto de vista, soy un devoto admirador de su obra porque los ecólogos tienen un importante mensaje para el mundo moderno: descubra a ese Yo profundo que engloba la totalidad de la naturaleza y luego trátela con el mismo respeto con el que se trataría a sí mismo.

Pero es precisamente ahí, en mi opinión, donde creo que cometen un error, porque toman su experiencia del Yo eco-noético, del Alma del Mundo, y la reducen al cuadrante inferior derecho, concluyendo entonces que «todos nosotros somos hebras de la gran red», cayendo entonces en un holismo empírico -un holismo de la Mano Derecha- que sólo tiene en cuenta el ajuste funcional y termina destruyendo completamente todo tipo de dimensión interior. Estos teóricos reducen al Kosmos a un *mapa rnonológuico* del sistema social -al que suelen denominar Gaia-, un mapa chato que no suele prestar atención a las seis o siete profundas transformaciones que conducen hasta el punto en que es posible concebir siquiera un sistema global.

En consecuencia, su noble y genuina intuición del Yo eco-noético queda reducida a la formulación de que «todos nosotros somos hebras de la gran red». Pero ésa *no es* exactamente la experiencia del Yo eco-noético, porque, en la experiencia mística natural, usted no es una hebra en la red sino que es la totalidad de la red. Usted está haciendo algo que una mera hebra de la red no podría hacer, escapar de su parcialidad, *trascenderla y* fundirse con la totalidad. Y el mismo hecho de que pueda ser consciente del sistema global evidencia precisamente que usted *no es* -como afirma esta postura- simplemente una de sus facetas.

De modo que «explicar» esta experiencia en términos de sistemas o de «redes-de-vida» es una forma muy pobre de *interpretarla.* Los ecomasculinistas prefieren los abordajes sistémicos mientras que las ecofeministas, por su parte, los desdeñan por

considerarlos demasiado masculinos y abstractos y abogan, en su lugar, por el ecosentimentalismo y los abordajes relacionales. Pero lo triste es que unos y otras se hallan asentados en el mundo monócromo de la localización simple.

Si uno sostiene ese tipo de chato reduccionismo termina creyendo que para transformar el mundo basta simplemente con conseguir que todo el mundo acepte su mapa monológuico, olvidándose de los seis o siete estadios interiores que el cartógrafo debe realmente atravesar hasta llegar al punto en el que realmente *pueda* acceder a esa perspectiva.

P: Algo parecido a lo que hacen los multiculturalistas.

KW: Efectivamente, algo parecido a lo que hacen los multiculturalistas. En tal caso, usted soslaya todos los estadios de trascendencia que le han conducido hasta este noble punto, con lo cual no sólo cierra la puerta a la misma trascendencia (¡el camino real!) sino que colapsa el complejo proceso de transformación a una transformación simplista «de un-solo-paso», en la que se supone que basta con estar de acuerdo con su mapa de Gaia para alcanzar la salvación. Y, como también ocurre con la mayoría de los multiculturalistas, los ecomasculinistas y las ecofeministas son muy intransigentes y muy beligerantes en su afirmación de que todos los estratos de la red son igualmente importantes, pero desdeñan, sin embargo, a quienes están en desacuerdo con ellos.

El hecho es que no sólo debemos tener en cuenta las dimensiones de la Mano Derecha sino que también debemos considerar las dimensiones *interiores, las* dimensiones de la Mano Izquierda (el sustrato lingüístico y cultural, los métodos de interpretación, los diversos estadios de evolución de la conciencia, los intrincados niveles del desarrollo moral, los sucesivos descentramientos necesarios, los criterios de validación de la verdad, la sinceridad y la justicia, los grados de profundidad holoárquica, la jerarquía de identidad crecientemente expansiva, las técnicas de trascendencia, etcétera). Todas éstas son dimensiones propias de la Mano Izquierda ¡que se hallan completamente ausente, por cierto, de los mapas monológuicos propios de la Mano Derecha de Gaia!

Y es precisamente por esta misma razón que usted no encontrará ninguna discusión interesante sobre estos tópicos en los libros de ecología profunda, ecofeminismo o ecofilosofía, aunque el hecho es que, sin esos factores, difícilmente arribará al Nuevo Mundo porque ni siquiera sabrá cómo reclutar a los tripulantes y cuál deberá ser el rumbo a seguir.

P: De modo que la experiencia del Yo eco-noético puede ser muy genuina pero terminar siendo interpretada de una manera muy inadecuada.

KW: Eso es lo que creo. Y nosotros queremos rescatar la profunda intuición del Yo eco-noético y de la comunidad entre todos los seres dándole una interpretación más adecuada que *no* reduzca todos los cuadrantes al inferior derecho, a «Gaia», sino que tenga en cuenta a los cuatro cuadrantes a través de los cuales se manifiesta el Espíritu. Creer que el meollo de la auténtica transformación se asienta en un mapa reduccionista del «nuevo paradigma» supone escamotear las dimensiones de la Mano Izquierda en las que realmente tiene lugar la transformación. Es por ello que este tipo de aproximaciones suele boicotear completamente la trascendencia y la transformación real, fomentando la retribalización de su propio nivel de adaptación, sin importar cuán superficial sea ésta. A fin de cuentas, cualquier persona que se halle en un estadio meramente egocéntrico puede vendernos un mapa gaiacéntrico.

P: De modo que no deberíamos olvidar el camino de la Mano Izquierda.

KW: Así es. No queremos quedar atrapados en un chato mapa holístico que, como ya hemos visto, *es* el paradigma fundamental de la Ilustración. Ése *es* el reduccionismo sutil que ha colapsado las dimensiones de la Mano Izquierda del Kosmos a las dimensiones de la Mano Derecha y ha terminado reduciendo todo «yo» y todo «nosotros» a «ellos» interrelacionados, toda profundidad interior al mero ajuste funcional y todas las dimensiones translóguicas y dialóguicas a lo exclusivamente monológuico. ¡De modo que la gran red holística de «ellos» interrelacionados

que poseen localización simple es algo completa y absolutamente chato!

Por esa razón -y por muchas más cosas- la mayor parte de los ecoteóricos son completamente fieles a la agenda de la Ilustración. Ya sé que ellos afirman sostener un paradigma radicalmente nuevo pero el hecho es que ese paradigma tiene dos o tres siglos de antigüedad y ya ha demostrado palpablemente su ineficacia. En su momento, ese paradigma no posibilitó la transformación y no hay ninguna razón para sospechar que ahora pueda hacerlo. Hace ya tiempo que los «ecoholistas» han prometido la transformación *y nunca* la han logrado. Ésta, de hecho, ha sido una de las expectativas de transformación más prolongadas de la historia.

Yo creo que algunos de ellos tienen una intuición genuina del Yo eco-noético, pero el hecho es que terminan reduciéndola a las dimensiones chatas y monológuicas propias de la Mano Derecha, con lo cual no promueven la transformación global sino que, por el contrario, fomentan la retribalización y la fragmentación regresiva de la conciencia. Es como si este abordaje tuviera un punto ciego que les impidiera tomar conciencia de este hecho y que ésa fuera la causa que suele terminar convirtiéndoles en una aproximación *preconvencional* que alienta inconscientemente la conciencia *egocéntrica.*

El eneagrama y el esqueleto básico

P: Quisiera regresar a este punto cuando hablemos de la religión chata y de la religión de Gaia (Tercera Parte). Pero estábamos hablando del Yo eco-noético y usted decía que era una de las formas del nivel psíquico del desarrollo de la conciencia. ¿Cuáles son las otras?

KW: Todos los desarrollos del nivel psíquico comparten el hecho de tener un pie en el reino ordinario y personal y el otro en los dominios transpersonales. Y así, por más diferentes que puedan parecer los distintos fenómenos psíquicos, todos ellos comparten la misma estructura profunda, una estructura que supone haber comenzado a trascender la realidad ordinaria, el cuerpo, la mente y la cultura ordinaria.

Algunos de estos fenómenos trascendentales incluyen estados meditativos preliminares: visiones y viajes chamánicos, el despertar de la energía kundalini (y el despliegue de toda la anatomía psíquica de los canales, energías y esencias sutiles), una sensación abrumadora de lo numinoso, el despertar espiritual espontáneo, la liberación de los traumas profundos del pasado (incluido el trauma del nacimiento), la identificación con determinados aspectos de la naturaleza (plantas y animales) y la identificación con la totalidad de la naturaleza (conciencia cósmica, misticismo natural y Alma del Mundo).

P: ¿Cómo sabe usted que estos fenómenos realmente existen?

KW: En la medida en que el Yo observador comienza a trascender al centauro, aparecen dimensiones más profundas o más elevadas de la conciencia y también emerge una nueva visión y un nuevo espacio del mundo. Y todos los ítems que acabamos de enumerar son objetos que pueden ser directamente percibidos en este nuevo *espacio psíquico del inundo.* Estoy hablando de cuestiones que son tan reales en el espacio psíquico como las piedras lo son en el espacio sensoriomotor o los conceptos en el espacio mental.

Si su cognición despierta o se desarrolla hasta el nivel psíquico, usted simplemente percibe esos nuevos objetos del mismo modo que percibe las rocas en el mundo sensorial o las imágenes en el mundo mental, meros datos que se presentan a su conciencia y cuya realidad es tan patente que usted no debe perder tiempo determinándola.

Obviamente, si no ha despertado y no ha desarrollado el nivel psíquico, no verá nada de esto, del mismo modo que una roca tampoco verá las imágenes mentales y, en tal caso, es muy probable que se le ocurran cosas muy desagradables sobre las personas que sí las ven.

P: Así que el nivel psíquico es simplemente un espacio más amplio del mundo en el que pueden presentarse un amplio abanico de nuevos fenómenos.

KW: Así es. Y lo mismo podríamos decir con respecto a cualquier otro espacio. Las estructuras básicas de conciencia que estoy subrayando, desde la inferior hasta la superior, no son más que el esqueleto de una realidad mucho más rica y compleja. Y, para encarnar este esqueleto, hay mucho trabajo que hacer, tanto en los dominios inferiores como en los dominios superiores.

Tomemos, por ejemplo, la teoría de las inteligencias múltiples de Martin Gardner, la idea de que el desarrollo no está ligado a un solo tipo de capacidad sino que depende de muchas facultades relativamente independientes (desde el talento musical hasta la capacidad artística, la matemática y la atlética, por ejemplo), una idea con la que estoy completamente de acuerdo. Y nosotros también podemos calibrar la distinta profundidad de estas capacidades evolutivas, capacidades que caen dentro de las estructuras del desarrollo de la conciencia de que hemos hablado pero que constituyen habilidades relativamente independientes y se despliegan siguiendo su propia lógica.

Si echa un vistazo a la Figura 9. 1 verá que cada una de las estructuras básicas sigue una línea curva de desarrollo creciente. Pero el hecho de que enumeremos la cognición sensoriomotora, por ejemplo, como el nivel 1, no significa, sin embargo, que su desarrollo concluya con la emergencia del nivel 2, sino que existe, por el contrario, la posibilidad de proseguir evolucionando hasta alcanzar habilidades sensoriomotoras ciertamente superiores. En este sentido, son muchas las personas que hoy en día reconocen la existencia de un «lado psíquico del deporte» (como ha señalado Michael Murphy, muchos grandes atletas y bailarines entran en espacios psíquicos muy profundos en los que alcanzan un rendimiento físico verdaderamente excepcional).

P: ¿Existe alguna correspondencia entre los diferentes tipos de personalidad y el espectro de conciencia?

KW: La mayor parte de las tipologías son configuraciones caracteriales que pueden presentarse -y se presentan- en casi todos los niveles de conciencia (exceptuando ambos polos extremos). La más sencilla y la mejor conocida de todas ellas es probablemente la que diferencia el tipo introvertido del tipo extravertido, una diferencia que no se refiere tanto *a niveles* de conciencia como a los *tipos* que se presentan dentro de *cada* uno de los niveles. De este modo, usted puede hallarse en el nivel 4, por ejemplo, y ser un introvertido o un extravertido.

P: ¿Y qué puede decir con respecto al eneagrama?

KW: Exactamente lo mismo. El eneagrama nos presenta nueve tipos fundamentales de personalidad, que *no son* tanto niveles de conciencia como tipos de personalidad presentes en cualquiera de los niveles de conciencia. De ese modo, usted dispone de nueve tipos en cada uno de los nueve grandes niveles de conciencia. ¿Se da cuenta del aspecto que podría asumir un modelo espectral global auténticamente multidimensional?

En la medida en que la personalidad comienza a crecer y desarrollarse durante los tres primeros fulcros, tiende a instalarse en uno de los nueve tipos eneagramáticos, dependiendo fundamentalmente de las predisposiciones innatas y del principal mecanismo de defensa. Y estos tipos permanecen y dominan la conciencia hasta el fulcro 7 -en los comienzos de los dominios transpersonales -, en donde empiezan a transformarse en su correspondiente sabiduría o esencia.

P: ¿Qué quiere decir con eso?

KW: Esta idea está basada en la noción tántrica de la que nos hablan el sufismo y el budismo, de que, si usted se adentra consciente en un estado inferior -o incluso un estado manchado-, terminará transformando ese estado en su correspondiente sabiduría (si usted entra despierto en la pasión descubrirá la compasión, por ejemplo; si entra despierto en la angustia encontrará la claridad, etcétera). Las tradiciones nos proporcionan distintos ejemplos de estas transformaciones, pero usted puede ver el punto general que creo que es completamente válido. Del mismo modo, con el desarrollo superior, los tipos eneagramáticos posi-

bilitan también el despliegue de la esencia o sabiduría correspondiente.

El eneagrama no cubre muy bien las dimensiones sutiles ni las dimensiones causales. Pero el hecho de que incorpore la sabiduría psíquica transpersonal puede llegar a convertirla, en las manos adecuadas, en una poderosa herramienta de transformación. El eneagrama fue creado fundamentalmente por Oscar Ichazo, Helen Palmer ha trabajado mucho con él y Don Riso ha comenzado recientemente a utilizar los diferentes tipos eneagramáticos en conjunción con el espectro de conciencia, una visión que ciertamente apruebo. El «enfoque del diamante», de Hameed Al¡, hunde sus raíces en el eneagrama y el sufismo pero le agrega sus propias, distintivas y útiles herramientas y perspectivas.

Hoy en día, sin embargo, el eneagrama está popularizándose en Estados Unidos y se está convirtiendo en un nuevo juguete psicológico, «¡Elija su número y descubra su verdadero Yo!», lo cual, por cierto, me parece sumamente desacertado.

P: Pero, en el mejor de los casos, los tipos y los niveles cubren las dimensiones verticales y horizontales, ambas importantes.

KW: Sí. En los niveles superiores puedo dar el ejemplo del modelo con el que Roger Walsh analiza al chamanismo. El modelo de Walsh recurre a una rejilla multidimensional, compuesta por los distintos niveles fundamentales del desarrollo transpersonal (psíquico/sutil, causal y no dual) -a modo de escala vertical- a los que entrecruza con una serie de variables (desde el *locus* de control hasta el arousal, el afecto y la capacidad de concentración) -a modo de escala horizontal-, con la que analiza los estados transpersonales, permitiéndonos así aumentar extraordinariamente nuestro conocimiento a este respecto.

Todos éstos son ejemplos de cómo ir articulando el esqueleto básico que estoy presentando, porque el hecho de que hayamos centrado nuestra atención en la evolución de este esqueleto no significa que otros aspectos no sean igualmente importantes.

Fulcro 8: El nivel sutil

P: ¿Qué es lo que ocurre cuando la evolución trasciende lo psíquico y se adentra en lo sutil?

KW: El nivel «sutil» simplemente se refiere a aquellos procesos que son más sutiles que la conciencia vigílica ordinaria, las iluminaciones y los sonidos interiores, las formas y pautas arquetípicas, las corrientes y las cogniciones extraordinariamente beatíficas *(shabd, nada), los* estados expandidos del amor y la compasión y también estados *patológicos* sutiles de lo que podría ser denominado terror kósmico, mal kósmico u horror kósmico, porque, como siempre ocurre, la dialéctica de la evolución implica que el desarrollo en el nivel sutil sea algo más complejo que pasar un día en la playa.

A todo este tipo de misticismo le denominamos *misticismo teísta* porque implica nuestra propia Forma Arquetípica, la unión con Dios o la Diosa, la unión con *saguna* Brahman, el estado de *nirvikalpa samadhi,* etcétera. Esta unión o fusión con la Deidad, esta unión con Dios -llamémosle como le llamemos- constituye el comienzo de la fase de fusión del fulcro 8.

Ya no se trata, por tanto, del misticismo natural, ni de la unión con el mundo grosero o natural -lo que los budistas denominan Nirmanakaya-, sino de una unión más profunda con las dimensiones más sutiles del Sambhogakaya, el cuerpo de beatitud interior, el cuerpo de transformación que trasciende e incluye al dominio ordinario o natural pero que no se halla limitado a él. De este modo, el misticismo natural termina dando lugar al misticismo teísta.

P: ¿Estos niveles se hallan plenamente presentes en los seres humanos antes de su emergencia? ¿Existen de forma potencial aguardando el momento de su emergencia?

KW: Plenamente formados no. Las *estructuras profundas* de esos niveles superiores se hallan presentes de manera *potencial* en todos los seres humanos, pero, en la medida en que van conienzando a desplegarse, sus *estructuras superficiales* reales van

siendo moldeadas *por los cuatro cuadrantes,* es decir por las pautas intencionales, conductuales, culturales y sociales.

Pongamos, a modo de ejemplo típico, a una persona que ha experimentado una intensa iluminación interior, una iluminación propia del nivel sutil (tal vez en una experiencia de aproximación a la muerte). Si esa persona es cristiana podría interpretarla como Cristo, como un ángel o como un santo, mientras que si es budista, por su parte, lo interpretaría como el Sambhogakaya o como el cuerpo de beatitud del Buda o si es junguiana lo haría como una experiencia arquetípica del Yo, etcétera. Como ya hemos dicho, *las profundidades deben ser interpretadas* y esas interpretaciones no son posibles fuera del *contexto* que proporciona muchas de las herramientas necesarias para llevar a cabo la interpretación. Es *inevitable* que el sustrato individual, el sustrato cultural y las instituciones sociales proporcionen el sustrato necesario para interpretar estas experiencias profundas.

Así pues, las estructuras superiores no son como pequeños tesoros enterrados en el psiquismo esperando el momento de aflorar a la superficie. Las estructuras profundas están dadas pero no ocurre lo mismo con las estructuras superficiales, y la experiencia misma tiene un componente interpretativo que no puede funcionar sin la existencia de varios sustratos, ¡sustratos que, por otra parte, simplemente *no existen* en su psiquismo!

Pero el hecho de rechazar la preexistencia de este tipo de estructuras no significa que tengamos que caer en el error contrario del constructivismo radical. La realidad básica de la experiencia interior de iluminación sutil no es algo que haya sido construido de manera arbitraria por la cultura, porque estas experiencias se presentan en todas las culturas aunque, en algunos casos, el contexto oficial las niegue o las prohíba.

Así pues, el hecho de que estas experiencias tengan un componente interpretativo no significa que sean meras creaciones culturales. Es cierto que cuando usted contempla una puesta de sol también aporta interpretaciones culturales a esa experiencia -románticas, racionales o lo que fuere- y que cada una de ellas

agrega un determinado tono a la experiencia, ¡pero eso no significa que el sol dejaría de existir si su cultura desapareciese!

Estamos hablando de acontecimientos ontológicamente reales, de eventos que existen y tienen referentes reales, aunque esos referentes, obviamente, no existen en el espacio sensoriomotor, ni en el espacio racional, ni tampoco en el espacio existencial, ¡así que difícilmente encontrará evidencia de ellos en alguno de esos espacios! Esas experiencias existen en el espacio sutil del mundo. *ahí* es donde realmente podrá encontrar evidencias palpables de su existencia.

Jung y los arquetipos

P: Usted ha mencionado a los arquetipos sutiles, pero creo que no los entiende como si se tratara de arquetipos junguianos.

KW: Así es. Éste es un tópico muy complejo y no creo que tengamos tiempo de estudiarlo en detalle. La mayor parte de los arquetipos junguianos son imágenes primordiales heredadas colectivamente, formas básicas que existen en las dimensiones mágicas y míticas de la conciencia humana y que no deben, en modo alguno, ser atribuidas a los dominios psíquico y sutil.

P: ¿Qué es un arquetipo junguiano?

KW: Los arquetipos junguianos son imágenes básicas o formas psíquicas primordiales heredadas. Estas imágenes básicas o fundamentales representan las experiencias típicas comunes a las que se han visto expuestos los seres humanos en todo tiempo y en todo lugar, la experiencia del nacimiento, de la madre, del padre, de la sombra, del viejo hombre sabio, del mentiroso, del ego, del anima y del animus (masculina y femenino, respectivamente), etcétera.

Y los millones de millones de encuentros pasados con estas *situaciones típicas* han terminado sedimentando, por así decirlo, en el psiquismo de la raza humana esas imágenes primordiales, las imágenes comunes a todo ser humano a las que se refieren los grandes mitos de todo el mundo.

Y puesto que las formas rudimentarias de esas imágenes míticas impregnan el psiquismo individual, cuando usted se relaciona, por ejemplo, con su madre, no sólo está relacionándose con ella sino que también está haciéndolo con la Madre del Mundo, con la Gran Madre, una imagen arquetípica que se halla estampada en su psiquismo y puede, en consecuencia, tener un impacto sobre su conciencia completamente desproporcionado con respecto a la relación real que haya sostenido con su madre biológica.

El clásico análisis junguiano no sólo analiza e *interpreta* el inconsciente individual, los hechos concretos que le hayan sucedido a lo largo de la vida con su padre y con su madre, sino que también se ocupa de analizar e interpretar el estrato colectivo en el que se halla el material arquetípico.

Quizás, por ejemplo, haya usted activado el arquetipo de la Madre Devoradora -un arquetipo que no tenga nada que ver. por cierto, con su amorosa y atenta madre-, y tema verse engullido por el mundo de las relaciones, por la proximidad emocional o por la intimidad personal. Tal vez no se halle usted en las garras de la madre real sino de un arquetipo que se presenta en los sueños bajo la forma, por ejemplo, de una gran araña negra que trata de devorarle.

Así pues, una de las cosas que tal vez deba hacer cuando analice el estrato arquetípico colectivo, es estudiar el nivel en el que se mueven las grandes tradiciones mitológicas del mundo, los encuentros primordiales típicos (y, por consiguiente, arquetípicos) entre los que se encuentra el maternaje. Ese conocimiento, en otras palabras, le proporcionará la comprensión necesaria para aproximarse más auténticamente a esas imágenes primordiales e interpretarlas del modo más adecuado. Entonces será capaz de *diferenciarse* del conmocionante impacto que provocan en su conciencia y podrá *integrarlas* más adecuadamente en su vida cotidiana.

P: ¿De modo que los arquetipos junguianos vienen a ser los depositarios de los encuentros colectivos primordiales típicos de la raza humana, por así decirlo?

KW: En su mayor parte. Y yo estoy plenamente de acuerdo con esta visión de los arquetipos junguianos. De hecho, estoy tan de acuerdo con la perspectiva junguiana que, en muchos sentidos, me considero un junguiano.

Pero el hecho es que *colectivo* no necesariamente significa *transpersonal.* La mayor parte de los arquetipos junguianos son, como ya he dicho, simples imágenes arcaicas que subyacen en las estructuras *mágica y mítica* y que, desde los fulcros, 2, 3 y 4, ejercen una presión sobre la conciencia. Y no hay nada especialmente transracional o transpersonal en todo ello. Es importante tener en cuenta a los «arquetipos» para diferenciarlos e integrarlos (trascender e incluir), pero también debemos saber que no tienen nada que ver con la conciencia transpersonal o auténticamente espiritual. De hecho, la mayor parte de ellos son impulsos regresivos de la conciencia, lastres que impiden el desarrollo superior, precisamente lo que debemos superar, no aquello con lo que debemos identificarnos.

Repitámoslo una vez más, el hecho de que algo sea colectivo no significa que sea transpersonal. Existen estructuras colectivas prepersonales (mágica y mítica), estructuras colectivas personales (racional y existencial) y estructuras colectivas transpersonales (psíquica y sutil). Que una estructura sea colectiva significa simplemente que está presente de manera universal, como la sensación, la percepción, el impulso, la emoción, etcétera, y eso no es necesariamente transpersonal, sino simplemente *colectivo o* común. Todos nosotros heredamos diez dedos de los pies pero a nadie que tenga una experiencia de sus pies se le ocurrirá, por ello, afirmar que ha tenido una experiencia transpersonal.

P: ¿Que puede decir de libros tan populares como *Las diosas de cada mujer,* de Jean Shinoda Bolen? ¿Se trata de libros basados en motivos mitológicos o arquetipos o se trata, acaso, de libros espirituales?

KW: Depende de lo que usted entienda por «espiritual». Si con ello quiere decir «transpersonal» no lo creo. Yo no creo que esos libros sean especialmente transpersonales. He de decir tam-

bién que me gustan ese tipo de libros pero que no creo que haya en ellos mucho de genuinamente transpersonal o espiritual. En el libro del que usted ha hablado hay una excelente presentación de los dioses y diosas «arquetípicas» que heredamos colectivamente los hombres y las mujeres, desde la estabilidad y paciencia de Hestia hasta la sexualidad y sensualidad de Afrodita y la fortaleza e independencia de Artemisa. Pero esos dioses y diosas no son modalidades transpersonales o místicas de la conciencia, sino imágenes y roles típicos y cotidianos de que disponen los hombres y las mujeres, meros conceptos (fulcro 3) y roles (fulero 4) que representan potenciales comunes y típicamente disponibles de todo ser humano.

Yo no niego la utilidad de esos *roles núticos.* Tal vez, como mujer, usted no sea consciente de su propia fortaleza e independencia y necesite estar más en contacto con la Artemisa que hay en usted. En tal caso, la lectura de los mitos e historias de Artemisa puede facilitarle el acceso a este estrato arquetípico de su propio psiquismo y despertar ese potencial en su propia vida.

Pero esto, que ciertamente es extraordinario, no tiene nada de transpersonal. Éste es un rol propio del estadio mítico-pertenencia, una persona, un tipo de relación del ego que no tiene, en consecuencia, nada que ver con lo transegoico, porque lo colectivo no es especialmente transpersonal. Una parte de la penuria espiritual de este país consiste en calificar de espiritual a algo tan prosaico como el hecho de establecer contacto con el fuerte ego de Artemisa, lo cual resulta ciertamente lamentable.

P: ¿Existen arquetipos junguianos que sean realmente transpersonales o transracionales?

KW: La mayor parte de los arquetipos junguianos, los arquetipos míticos, son prepersonales o, al menos, prerracionales (mágico y mítico), otros son personales (ego, persona) y unos pocos son difusamente transpersonales (el viejo hombre sabio, el Yo, el mandala). Pero esos arquetipos «transpersonales» resultan muy «anémicos» si los comparamos con los dominios transpersonales.

Ninguno de los mitos clásicos del mundo, por ejemplo, se refiere a los dieciocho estadios del desarrollo transpersonal de los que nos habla la tradición Mahamudra del budismo tibetano, ni tampoco encontrará nada que se asemeje a sus minuciosas descripciones de los estadios superiores en las historias de Zeus, Héctor o Caperucita Roja.

Porque el hecho es que esos dieciocho estadios del desarrollo contemplativo no tienen nada que ver con experiencias típicas, comunes y cotidianas, sino con estadios muy poco frecuentados del desarrollo transpersonal en los dominios psíquico, sutil y causal y, en consecuencia, son completamente ignorados por cualquiera de las mitologías clásicas del mundo. Hera, Demeter, Rizitos de Oro, Artemisa, Perséfone y Hansel y Gretel jamás alcanzaron esos estadios, por ello *nunca* encontrará referencias de esos estadios superiores en Robert Bly, James Hillman, Edward Edinger, Marie-Louise von Franz, Walter Odajnyk o cualquiera otro neojunguiano.

P: Esto ha confundido mucho los estudios religiosos porque, durante mucho tiempo, si usted estaba interesado en la psicología y en la espiritualidad, necesariamente tenía que ser junguiano.

KW: Así es. Como ya he dicho, los arquetipos míticos junguianos son muy reales y muy importantes. Pero al no diferenciar claramente entre los componentes prepersonales, personales y transpersonales de los arquetipos, Jung terminó abriendo la puerta a la confusión entre lo *colectivo (y* «arquetípico») y lo *transpersonal, lo* espiritual y lo místico.

Por ello, hoy en día, Jung tiende a representar un movimiento psicológicamente muy regresivo según el cual la conciencia se divide en dos grandes dominios, lo *personal y* lo *colectivo,* a lo que suele calificarse erróneamente como espiritual, místico y transpersonal.

Son muchos los teóricos cansados del perspectivismo racional postconvencional y mundicéntrico que abogan por una vuelta regresiva a lo egocéntrico, lo vital-impulsivo, lo polimorfo o el revival emocional-fantásmico y que confunden al yo propio del

fulero 2 con el «alma». Pero si les hiciéramos caso terminaríamos buscando al Espíritu en aproximaciones que no sólo no están más acá del ego sino que, de hecho, simplemente impiden su emergencia.

P: ¿Qué son, pues, los arquetipos «reales»?

KW: Desde las tradiciones neoplatónicas occidentales hasta el vedanta, el mahayana y el trikaya orientales, los arquetipos reales son las semillas-forma sutiles de las que depende toda manifestación. En los estados profundos de la conciencia contemplativa, uno empieza a comprender que el Kosmos emana directamente de la Vacuidad, de la Pureza primordial, de nirguna Brahman, de Dharmakaya, y las primeras *Formas* que emergen de esta Vacuidad son las Formas básicas de las que depende toda forma inferior.

Los arquetipos reales -un término que significa «pauta original» o «molde primordial»- son una Luz comparada con la cual todas las luces inferiores son meras sombras, una Beatitud comparada con la cual todas las alegrías inferiores son meros remedos, una Conciencia comparada con la cual toda cognición es un mero reflejo, un Sonido primordial comparado con el cual todo sonido inferior es un simple eco.

Cuando encuentre este tipo de afirmaciones en Plotino, Asanga, Garab Dorje, Abhinavigupta o Shankara, tenga por cierto que *no se trata* de meras corazonadas teóricas o de simples postulados metafísicos, sino de revelaciones experienciales reales que aparecen directamente en la dimensión sutil de la realidad y que luego son *interpretadas* en función del *sustrato* de esos individuos. Dicho de otro modo, el espacio sutil es el trasfondo del que *emana* esta realidad ontológica profunda.

Y si usted quiere saber de qué están realmente hablando esos hombres y esas mujeres deberá comprometerse con una práctica, una enseñanza o un determinado paradigma contemplativo y llevar a cabo el experimento por sí mismo. Los arquetipos, los auténticos arquetipos, son una experiencia meditativa imposible de comprender hasta que realice la experiencia. *No se trata* de imágenes que se muevan en el espacio mítico *ni* de conceptos filosóficos que existan en el espacio racional, sino de experiencias meditativas que aparecen en el espacio sutil.

De modo que la experiencia meditativa puede proporcionarle los datos arquetípicos que luego deberá interpretar. Y la interpretación más comúnmente aceptada es que usted está contemplando las formas básicas y los fundamentos del mundo manifiesto, contemplando directamente el Rostro de lo Divino. Como decía Emerson, que los intrusos se quiten los zapatos porque nos adentramos ahora en los dominios del Dios interior.

13. LOS DOMINIOS SUPRACONSCIENTES SEGUNDA PARTE

P: Usted ha dicho que los arquetipos nos permiten contemplar el Rostro de lo Divino, las primeras Formas de lo Divino, algo que los modernos investigadores desdeñan como «mera metafísica» porque no puede ser demostrado.

KW: Pero el hecho es que, para ello, usted debería llevar a cabo el experimento y descubrir los datos por sí mismo y luego tendría que interpretarlos. Si no lleva a cabo el experimento -la meditación, el modelo, el paradigma- carecerá de los datos necesarios para llevar a cabo la interpretación.

Si usted trata de explicarle a alguien que se halle en la visión mágica o mítica del mundo que la suma de los cuadrados de los catetos de un triángulo rectángulo es igual al cuadrado de la hipotenusa, no llegará muy lejos, porque se trata de un algo ajeno al mundo empírico y que carece, en consecuencia, de localización simple. Y no por ello, sin embargo, su afirmación dejará de ser completamente cierta. Usted está realizando un *experimento* matemático en el *interior* de su conciencia, una experiencia cuyos resultados pueden ser *verificados* por quienes lleven a cabo el mismo experimento. Se trata de algo público, reproducible y falsable, de un conocimiento comunal cuyos resultados existen

en el espacio racional del mundo y pueden ser fácilmente corroborados por todos aquellos que realicen el experimento.

Y esto mismo es aplicable para cualquier otro tipo de experimento interior de la conciencia, de los cuales la meditación es uno de los más antiguos, estudiados y reproducidos. Mantener, pues, una actitud escéptica es sumamente saludable, pero yo le invito a llevar a cabo ese experimento interior conmigo, a descubrir los datos por sí mismo, y luego le ayudaré a interpretarlos. Pero, en el caso de que no quiera llevar a cabo el experimento, no debería reírse de quienes sí lo hacen.

El fulcro 9: Lo causal

P: Usted ha dicho que estas Formas arquetípicas o sutiles emergen directamente de la Vacuidad, de lo causal, que es el siguiente estadio, el fulcro 9.

KW: Cuando usted medita tratando de descubrir al Yo observador, cuando usted busca al Testigo y llega hasta su mismo *origen* en la Vacuidad pura, ningún objeto aparece en la conciencia. Se trata de un estado de conciencia discreto e identificable, *la absorción, o cesación sin manifestación* conocida también con los nombres de nirvikalpa samadhi, jnana samadhi, ayin, vergezzen, nirodh o nirvana clásico.

Éste es el estado causal, un estado discreto que suele equipararse al estado de sueño profundo sin sueños, un estado, sin embargo, que no es un mero vacío sino que, por el contrario, se experimenta como la plenitud más completa, un estado rezumante de Ser, una plenitud que ninguna manifestación puede llegar a contener. Este Yo puro que nunca puede ser visto como objeto es la Vacuidad pura.

P: Pero todo esto parece muy abstracto. ¿Podría ser algo más concreto?

KW: ¿Es usted consciente, en este mismo instante, de sí mismo?

P: Así lo creo.

KW: De modo que si le preguntase «¿quién es usted?» usted comenzaría a describirse diciendo algo así como «soy un padre, una madre, un marido, una esposa, un amigo, un abogado, un profesor, un ejecutivo, etcétera; me gustan tales cosas y me desagradan tales otras, prefiero este tipo de comida, tiendo a tener estos impulsos y estos deseos, etcétera».

P: Enumerando todas las cosas que sé sobre mí mismo.

KW: Ciertamente, usted podría enumerar «todas las cosas que sabe de usted mismo».

P: Sí.

KW: Y todas las cosas que usted sabe de sí mismo son objetos de su conciencia, son imágenes, ideas, conceptos, deseos o sentimientos que desfilan ante su conciencia, ¿no es así? Todos ellos son objetos de su conciencia.

P: Así es.

KW: Pero ninguno de los distintos objetos que pueblan su conciencia es el Yo observador. Todas las cosas que usted sabe sobre sí mismo no son el Yo real, no son El Que Ve sino simplemente cosas que usted puede *ver. ¡Ninguno* de los objetos que usted enumera cuando «se describe a sí mismo» *es,* en modo alguno, el Yo real! Todos ellos son meros objetos, internos o externos, no El Que Ve a esos objetos, no el Yo real. Así pues, cuando usted se describe a sí mismo enumerando todos esos objetos, usted está simplemente enumerando una retahíla de identidades erróneas, una lista de lo que usted *no es,* una sarta, en suma, de mentiras.

¿Quién es, pues, realmente El Que Ve? ¿Quién, o qué, es el Yo observador?

Ramana Maharshi denominaba Yo-Yo a este Testigo que es consciente del Yo individual pero que no puede ser visto. ¿Qué es, pues, el Yo-Yo, el Testigo causal, el Yo observador puro?

Este Yo profundamente interno contempla el mundo externo y también contempla sus pensamientos internos. Este Vidente ve el ego, el cuerpo y el mundo natural. Todo eso desfila «ante» el Testigo. Pero El Que Ve no puede ser visto. Todo lo que usted puede

ver no son más que objetos, y esos objetos, precisamente, no son El Que Ve, no son el Testigo.

Prosigamos, pues, con nuestra investigación. ¿Quién soy Yo? ¿Quién o qué es ese Testigo que no puede verse a sí mismo? Dé un paso atrás en su conciencia *y des-identijzquese* de cualquier objeto que vea o que pueda llegar a ver.

El Yo, El Que Ve o el Testigo no es ningún pensamiento concreto porque a ese pensamiento puedo verlo como objeto; el Yo observador no es ninguna sensación particular, porque yo puedo ser consciente de esa sensación como objeto, ni tampoco es el cuerpo ni la mente ni el ego, porque yo puedo ver a todas esas cosas como objetos. ¿Qué es, pues, lo que está contemplando a todos esos objetos? ¿Qué es lo que, en este mismo instante, está contemplando todos esos objetos, contemplando la naturaleza, contemplando las imágenes, el cuerpo, las sensaciones, la mente y los pensamientos? ¿Qué es lo que está contemplando todo eso?

Trate de sentirse a sí mismo en este instante, trate de ser consciente de usted mismo y dése cuenta de que ese yo no es más que otro objeto de su conciencia. Ni siquiera es un sujeto real, un yo real, sino un objeto más de su conciencia. Este pequeño yo y el conjunto de los pensamientos que desfilan ante usted se asemejan a las nubes que atraviesan el cielo. ¿Y qué es el Yo real que está contemplando todo eso? Preste mucha atención y pregúntese ¿qué o quién soy Yo?

Cuando usted penetre en la Subjetividad pura, en el Vidente puro, descubrirá que no se trata de un objeto. Usted no puede verlo como objeto ¡porque no es un objeto! No es nada que usted pueda ver. Si logra permanecer sereno en esta conciencia observadora -contemplando la mente, el cuerpo y la naturaleza que le rodea- comenzará a darse cuenta de que está experimentando una sensación de libertad, de liberación, una sensación de no estar atado a ninguno de los objetos que desfilan frente a usted sino que simplemente reposa en esa inmensa libertad.

Ante usted desfilan las nubes, los pensamientos y las sensaciones corporales, pero usted no es nada de eso. Usted es el espa-

cio abierto y libre a través del cual van y vienen todos esos objetos. Usted es una apertura, un claro, una Vacuidad, un espacio abierto en el que se desplazan todos esos objetos. Las nubes aparecen y terminan desvaneciéndose, las sensaciones aparecen y terminan desvaneciéndose, los pensamientos aparecen y terminan desvaneciéndose... y usted no es nada de eso. Usted es la amplia sensación de libertad, la Vacuidad abierta, la apertura de la que emanan las distintas manifestaciones, el espacio mismo en el que aparecen, perduran durante un tiempo y terminan desvaneciéndose.

De este modo es como usted empieza a darse cuenta de que el «Vidente» que está presenciando todos esos objetos es una espaciosa Vacuidad. No es una cosa, un objeto, ni nada que usted pueda ver o a lo que pueda aferrarse, sino una sensación de amplia Vacuidad totalmente ajena al mundo objetivo del tiempo, de los objetos, del estrés y del esfuerzo. El Testigo puro es una Vacuidad pura en la que todos los sujetos y objetos individuales aparecen, permanecen un tiempo y terminan desvaneciéndose.

¡De modo que el Testigo puro no es nada que usted pueda ver! Cualquier intento de ver el Testigo o de conocerlo como objeto no es más que aferrarse, buscar e identificarse con el tiempo. El Testigo no está fuera de aquí en la corriente, sino en la espaciosa expansión de libertad de la que todo emana. Usted no puede aferrarse a ello y decir ¡Aja, ya lo veo! porque no es *nada* que pueda ser visto sino que, por el contrario, es el Vidente. Cuando usted descansa en el Testigo lo único que experimenta es una amplia Vacuidad, una vasta Libertad, la expansión, la apertura o el claro transparente del que emergen los pequeños sujetos y objetos que pueden ser vistos. Pero el Testigo, en cambio, no puede ser visto, el Testigo es la *liberación* última de todo aquello, una Libertad que no se halla atrapada en las confusiones, los deseos, los miedos o las expectativas.

Nosotros tendemos *a identificarnos* con estos pequeños sujetos y objetos individuales ¡y ése es precisamente el problema! Nosotros identificamos a Quien Ve con las menudencias que

pueden ser vistas y ése es el origen mismo de la esclavitud y de la falta de libertad. Nosotros somos realmente una vasta expansión de Libertad pero nos identificamos con objetos y sujetos cautivos y limitados que pueden ser vistos, que sufren y que son ajenos a lo que somos.

Patanjali definía clásicamente a la esclavitud como «la identificación de El Que Ve con los instrumentos de la visión», con los pequeños sujetos y objetos, que nos llevan a alejarnos de la apertura, el claro o la Vacuidad de la que todo dimana.

Cuando nosotros descansamos en esta Vacuidad pura, el Testigo no se percibe como un objeto. El Testigo *no* es nada de lo que podamos ver sino la ausencia de todo sujeto y de todo objeto, la *liberación* de todo eso. El hecho de descansar en la Vacuidad pura *no* se «experimenta» como un objeto sino como una inmensa expansión de libertad, una liberación de las constricciones que acompañan a la identificación con los pequeños sujetos y objetos que entran en el flujo del tiempo y están atrapados en ese angustioso movimiento.

Cuando usted descansa en el Testigo puro, en el Vidente puro, es invisible, no puede ser visto, ninguna parte de usted puede ser vista porque usted no es un objeto. El cuerpo puede ser visto, la mente puede ser vista, la naturaleza puede ser vista pero usted no es ninguno de esos objetos, usted es el origen de la conciencia y no algo que dimane de ella.

Las cosas aparecen en la conciencia, permanecen durante un tiempo y terminan desapareciendo; vienen y van. Las cosas aparecen en el *espacio y* se mueven en el *tiempo,* pero el Testigo puro no va ni viene, no aparece en el espacio ni se mueve en el tiempo. El Testigo es como es, omnipresente e inmutable. No es un objeto que se halle fuera de aquí; en consecuencia, *nunca entra en la corriente de la vida,* del espacio, del nacimiento o de la muerte. Todas ésas son experiencias, objetos que aparecen y terminan desvaneciéndose. Pero usted no viene ni va, usted no tiene nada que ver con esa corriente, usted es consciente de todo eso y, en consecuencia, no está atrapado en ello. El Testigo es cons-

ciente del espacio, consciente del tiempo y, por tanto, es libre del espacio y libre del tiempo. Es atemporal y aespacial, es el puro Vacío a través del cual desfilan el tiempo y el espacio.

Así pues, el Vidente puro es anterior al nacimiento y a la muerte, anterior al tiempo, al desasosiego, anterior al espacio y al movimiento, a toda manifestación, anterior, incluso, al mismo Big Bang. Pero con ello no quiero decir que el Yo puro existiera en un tiempo anterior al Big Bang sino que existe antes del tiempo, que no se halla contaminado por el discurrir del tiempo. Y, al ser atemporal, es eterno, lo cual tampoco significa que exista en una sucesión temporal interminable sino que es completamente ajeno e independiente del tiempo.

El Yo puro no ha nacido nunca y no morirá jamás porque jamás ha entrado en el mundo del tiempo. Esta inmensa libertad es lo No Nacido, aquello de lo que el Buda dijo: «Existe algo no nacido, algo que no ha sido hecho, algo que no ha sido creado. Si no existiera lo no nacido, lo no hecho, lo no creado, no habría libertad de lo nacido, de lo hecho y de lo creado». Descansar en la inmensa expansión de la Libertad es descansar en la Vacuidad pura de lo No Creado.

Y, al ser No Nacido, también es Inmortal. No fue creado con el cuerpo y, por tanto, no morirá cuando éste perezca. No es que more más allá de la muerte del cuerpo, sino que ni siquiera penetra en la corriente de la vida. Tampoco es que viva más allá del cuerpo, sino que desde siempre ha sido anterior al cuerpo. No es que perdure para siempre en el tiempo, sino que jamás se ha visto contaminado por la corriente del tiempo.

El espacio, el tiempo y los objetos discurren, pero usted es el Testigo puro, el Vidente puro, la Vacuidad pura, la Libertad pura, la Apertura pura, la gran Vacuidad a través de la cual todo desfila, sin rozarle siquiera, sin herirle y, en consecuencia, sin necesidad de consuelo alguno.

Y es precisamente la existencia de esta inmensa Vacuidad, de lo No Nacido la que puede permitirnos liberarnos de lo nacido y de lo creado, liberamos del sufrimiento inherente al espacio, el

tiempo y los objetos, emanciparnos del mecanismo de terror intrínseco al valle de lágrimas denominado samsara.

P: Ahora comprendo un poco de qué está hablando.

KW: Son muchas las personas que pueden entrar con cierta facilidad en contacto con el Testigo, pero vivir desde esa Libertad es algo completamente diferente.

P: ¿Cómo se relaciona ese Testigo con el mundo manifiesto?

KW: El Testigo, en sí mismo, es lo causal sin manifestar, la misma Vacuidad pura. Y si, a modo de ejercicio yóguico, usted sigue investigando profundamente en la fuente, en la Subjetividad pura de El Que Ve, todos los sujetos y todos los objetos dejan simplemente de aparecer. Ése es el *nirvikalpa, la* cesación, un estado yóguico real discreto (la fase de fusión correspondiente al fulcro 9), en la que nos adentramos ya en los dominios del *misticismo sin forma* en el que todos los objetos, incluido Dios como forma percibida, se desvanecen en la cesación, y el misticismo teísta desaparece para dejar paso al misticismo sin forma.

Éste es un estado de Vacuidad pura sin manifestación en el que todos los posibles objetos *todavía no han aparecido.* Lo que usted «ve» es este estado es una nada infinita, una plenitud que no puede ser contenida por ningún objeto, por ningún sujeto, por ninguna imagen ni por ningún sonido. Es la conciencia pura, el despertar puro anterior a toda manifestación, anterior a los sujetos, anterior a los objetos, anterior a los fenómenos, anterior a los holones, anterior a las cosas, anterior, en suma, a todo, un dominio atemporal, aespacial y aobjetal. Y, en consecuencia, es radical e infinitamente libre de las limitaciones y constricciones del espacio, del tiempo y de los objetos, radicalmente libre de la tortura inherente al mundo de los fragmentos.

Son muchas las formas en que puede arribar al origen sin manifestar del Testigo y no es preciso que lo haga en la forma especialmente yóguica que acabamos de señalar. Éste es el motivo por el cual muchas tradiciones, como el budismo yogachara, por ejemplo, equiparan Vacuidad y Conciencia. No es preciso que entremos aquí en detalles y argumentaciones técnicas al respecto,

basta solamente con que usted comprenda que el Testigo, la Conciencia, no es una cosa, un proceso, una cualidad ni una entidad sino la Vacuidad pura última e incalificable.

P: ¿Por qué se le llama «causal»?

KW: Porque es el soporte, la causa o el sustrato creativo de todas las otras dimensiones. Recuerde lo que anteriormente dijimos, citando a Whitehead, de que «el último principio metafísico es el avance creativo hacia la innovación». La creatividad forma parte del sustrato básico del universo. De alguna forma, milagrosamente, emergen nuevos holones. Yo acabo de decir que dimanan de la Vacuidad, pero usted puede llamar a ese sustrato creativo como más le guste. Hay quienes le llaman Dios, Diosa, Tao, Brahman, Ketere, Rigpa, Dharmakaya, Maat o Li; los más científicamente orientados, como Jantsch, por ejemplo, tienden simplemente a llamarlo capacidad «autotrascendente» del universo. El nombre, de hecho, es lo que menos importa, lo importante, lo sorprendente - ¡lo auténticamente milagroso! - es que algo aparezca.

Vacuidad, creatividad, holones... así precisamente comenzábamos nuestro relato en el Capítulo 1. Los holones emergen como sujeto y objeto, de manera singular y plural -es decir, los cuatro cuadrantes-, y se desarrollan siguiendo los veinte principios, que es simplemente *la forma en la que se despliega la pauta de toda manifestación*, una pauta que es uno de los potenciales de la Vacuidad, del Dharmakaya, de la Divinidad. Y henos aquí, rastreando esa pauta de veinte principios, siguiendo el impulso evolutivo de los holones en su camino de regreso a su origen.

Esa pauta encarna el impulso creativo a alcanzar mayor profundidad, mayor conciencia, mayor desarrollo, un desarrollo que finalmente retorna a su sustrato infinito en la Vacuidad pura. Pero esa Vacuidad no es un emergente sino el sustrato creativo, anterior al tiempo, que ha estado presente desde el comienzo y que finalmente deviene transparente a sí mismo en aquellos holones que despiertan a la Vacuidad, al Espíritu, al sustrato sin fundamento.

Esa misma Vacuidad, como conciencia, se hallaba presente desde el comienzo en la profundidad de todo holón, una profundidad que va despojándose poco a poco de todos sus ropajes hasta que termina perdiendo toda forma, hasta que su profundidad sondea el infinito, hasta que su tiempo entra en la eternidad, hasta que su espacio interior se convierte en la totalidad del espacio y su individualidad deviene la misma Divinidad, el sustrato, el camino y el gozo de la Vacuidad.

Lo no dual

P: ¿Y lo causal no manifestado es el punto final absoluto? ¿Es el fin del tiempo, el fin de la evolución, el fin de la historia, el punto omega final?

KW: Bien. Muchas tradiciones consideran que este estado de cesación es el estado último, el punto final de todo desarrollo y evolución, un estado que se equipara con la iluminación plena, con la liberación última, con el nirvana puro.

Pero para las tradiciones no duales éste no es el punto final. El Testigo, la sensación de ser un Testigo «aquí» termina desvaneciéndose y el Testigo resulta ser idéntico a todo lo atestiguado. *Lo causal* termina dando paso a lo *no dual y* el misticismo sin forma se convierte en misticismo no dual. «Forma es Vacuidad y Vacuidad es Forma.»

Técnicamente hablando, usted se ha des-identificado incluso del Testigo y lo ha integrado con toda manifestación; en otras palabras, ha alcanzado las fases 2 y 3 del fulero 9, que terminan conduciendo al fulero 10 (que no es tanto un fulero o nivel separado como la Esencia misma de todos los niveles, de todos los estados, de todas las condiciones).

Y éste es el segundo y más profundo significado de la Vacuidad. No es un estado *discreto* sino la realidad misma de *todos los* estados, la Esencia de todos los estados. En tal caso, usted ha dejado atrás lo causal y se ha adentrado en lo no dual.

P: ¿Existen, pues, dos acepciones diferentes de la Vacuidad?

KW: Sí, y eso puede confundir mucho las cosas. Por una parte, como acabamos de ver, la Vacuidad es un estado discreto e identificable de la conciencia causal al que se denomina absorción o cesación sin manifestaciones (nirvikalpa samadhi, ayin, jnana samadhi, nirodh, nirvana clásico).

Pero la Vacuidad también tiene un segundo significado, un significado según el cual no es un estado entre otros sino la realidad, la esencia o la condición de todos los estados. Desde este punto de vista, la Vacuidad no es un estado concreto *separado* de otros sino la esencia o condición misma de *todos* los estados, superiores o inferiores, sagrados o profanos, ordinarios o extraordinarios.

P: Ya hemos hablado del estado discreto. Veamos ahora lo no dual.

KW: Bien. La «experiencia» de esta Esencia no dual es similar a la experiencia de unidad natural que antes discutíamos, excepto en el hecho de que, en este caso, la unidad no se experimenta sólo con la formas ordinarias que existen «fuera de aquí», sino también con todas las Formas sutiles que existen «aquí», lo que, en términos budistas, sería decir que no sólo existe el Nirmanakaya (el misticismo ordinario o natural), el Sambhogakaya (misticismo sutil o teísta) y el Dharmakaya (el misticismo causal o sin forma), sino también el Svabhavikakaya (la integración de los tres tipos anteriores de misticismo). El Svabhavikakaya, que está más allá del misticismo natural, más allá del misticismo teísta y también más allá del misticismo sin forma, es la realidad o Esencia de todos ellos y, en consecuencia, los engloba a todos y, al trascenderlos a todos, engloba también a la totalidad del espectro de conciencia, lo incluye todo.

P: ¿No podría hablar de una forma más directa y no tan técnica del misticismo no dual?

KW: Hablando en términos generales, la sensación de ser una especie de Vidente, Testigo o Yo se desvanece por completo. Usted no contempla el cielo, usted es el cielo, usted degusta el cielo porque el cielo ya no se halla fuera de usted. Como diría el Zen, usted puede beberse el Pacífico de un trago, puede tragarse el Universo entero, precisamente porque la conciencia ya no está dividida en un sujeto que ve desde «aquí» a un objeto que se encuentra «ahí», sino lo único que hay es la pura visión en la que la conciencia y su despliegue son no-dos.

Todo sigue apareciendo instante tras instante, el Kosmos entero sigue apareciendo instante tras instante, pero no hay nadie contemplando el paisaje sino que sólo hay paisaje, un gesto espontáneo y resplandeciente de gran perfección. La *Vacuidad* pura del Testigo deviene uno con toda *Forma* atestiguada, y ése es uno de los significados básicos de la «no dualidad».

P: ¿Podría ser más concreto?

KW: Bien. Regresemos, pues, al estado del Testigo, es decir, un estado en el que usted simplemente descansa en la conciencia observadora pura -usted *no* es ningún objeto que puede ser visto (ni la naturaleza, ni el cuerpo ni los pensamientos)-, sino que simplemente reposa en la conciencia pura que atestigua. Y usted puede alcanzar una cierta «sensación» de esa conciencia que atestigua, una sensación de libertad, de liberación, de gran expansión.

En tal caso, si, mientras está descansando en ese estado y «experimentando» el Testigo como gran expansión, mira, por ejemplo, una montaña, puede comenzar a advertir que la sensación del Testigo y la sensación de la montaña son la misma sensación. La «sensación» de su Yo puro y la «sensación» de las montañas son la misma sensación.

Dicho en otras palabras, el mundo real no le viene dado en *dos veces* -el auténtico significado, dicho sea de paso, de la dualidad-, una «aquí» y otra «ahí», sino que, por el contrario, le viene dado de forma inmediata *de una sola vez,* en una sola sensación, en un solo sabor completamente pleno que no se halla dividido en el vidente y lo visto, en sujeto y objeto, en un fragmento y otro fragmento. Es un singular que carece de plural. Usted puede degustar la montaña y descubrir que tiene el mismo sa-

bor que su Yo; no se trata de que lo que hay «ahí» se refleje «aquí», porque la dualidad es ajena a la inmediatez de la experiencia real. La experiencia real, antes de que usted la cercene, es ajena a toda dualidad; la experiencia real, la realidad misma, es no dual. Usted sigue siendo usted y las montañas siguen siendo las montañas, pero usted y la montaña son las dos facetas de la misma experiencia, la única realidad presente en ese momento.

Si usted se relaja de ese modo en la experiencia presente, la sensación de identidad separada desaparecerá; usted dejará de contraerse ante la vida, ya no tendrá una experiencia sino que se convertirá en la experiencia; ya no estará «aquí» contemplando algo que ocurre «ahí», porque «aquí» y «ahí» son uno y usted habrá dejado de estar atrapado «aquí».

Entonces descubrirá súbitamente que ya no se halla en el cuerpomente, porque el cuerpomente habrá desaparecido. Entonces el viento ya no soplará sobre usted sino que soplará a través de usted, dentro de usted. Entonces usted ya no estará mirando la montaña sino que se habrá convertido en la montaña y la montaña se hallará más cerca de usted que su propia piel. Usted es eso aunque, para ser exactos, *no hay usted* sino el mero despliegue de lo luminoso emanando espontáneamente instante tras instante en una dimensión en la que no hay lugar alguno en el que encontrar al yo separado.

La sensación de «peso» desaparece completamente porque usted ya no está en el Kosmos sino que es la Vacuidad pura y es el Kosmos el que está en usted. El universo entero es el resplandor transparente de lo Divino, de la Pureza primordial. Pero lo Divino no está en otro lugar, es simplemente este resplandor. Es yo-lo visto, un único Sabor, no hay otro.

P: ¿Sujeto y objeto son no duales?

KW: ¿Conoce usted el dicho Zen «cuál es el sonido de una mano aplaudiendo?». La estructura habitual de la experiencia normal es que necesitamos dos manos para aplaudir, tenemos una sensación de nosotros mismos -como sujeto- «aquí» y del mundo -como objeto- «ahí», según la cual el objeto ubicado

«ahí» impacta en mí como sujeto y entonces las dos manos chocan entre sí y aparece la experiencia.

De este modo, la estructura típica de la experiencia es como un puñetazo en el rostro. El yo ordinario es un yo maltratado, maltratado «en última instancia» por un universo que se halla «fuera de aquí». El yo ordinario es un conjunto de contusiones, de cicatrices, el resultado de las dos manos de la experiencia chocando entre sí, y los moretones de esos golpes son «duhkha», el sufrimiento. Como Krishnamurti solía decir, en el hiato existente entre sujeto y objeto se asientan todas las miserias de la humanidad.

Pero en el estado no dual desaparecen las dos manos y súbitamente el sujeto y el objeto devienen una sola mano. De repente, ya no hay nada fuera de usted para golpearle, herirle y atormentarle. Súbitamente, no es usted quien *tiene* una experiencia sino que *es* toda experiencia que aparece, liberándose, de ese modo, de inmediato en la totalidad del espacio; usted y el Kosmos entero son una mano, una sola experiencia, un solo despliegue, un gesto de gran perfección. No hay nada ajeno que pueda usted querer, desear, buscar o apresar porque su alma se expande hasta los confines del universo y lo abraza todo con un gozo infinito. Usted está tan pleno y tan saciado que las fronteras del Kosmos estallan por completo y le dejan, más allá de toda fecha, de toda duración, de todo tiempo y de toda localización, flotando en un océano de atención infinita. Usted se ha liberado en la Totalidad, usted es la Totalidad, el Kosmos radiante que se contempla a sí mismo, el universo de Un Solo Sabor y ése sabor es infinito.

¿Cuál es, pues, el sonido de una sola mano aplaudiendo? ¿Cuál es el gusto de Un único Sabor? ¿Cuál es, cuando ya *no hay nada friera de usted* que puede golpearle, herirle o empujarle, el sonido de una sola mano aplaudiendo?

¿Ve la luz del sol en las montañas? ¿Siente el frescor de la brisa? ¿Qué hay que no sea, finalmente, evidente? ¿Quién no está ya, en última instancia, iluminado? Como dijo un maestro zen: «Cuando escuché el sonido de una campana no había yo ni tam-

poco campana, sólo tañido». ¡En la experiencia inmediata no hay dos! Ni interior y exterior, ni sujeto y objeto, sólo conciencia inmediata, el sonido de una mano aplaudiendo.

Usted ya no está «aquí», en este lado de una especie de ventana transparente, contemplando a un universo que se halla «ahí». La ventana transparente se ha hecho añicos, su cuerpomente se ha desvanecido, usted se ha liberado para siempre de esa prisión, ya no se halla «detrás de su rostro» contemplando el Kosmos, sino que usted, simplemente, es el Kosmos. Usted es todo eso. Ése precisamente es el motivo por el cual puede tragarse el Kosmos y atravesar los siglos sin que nada, nada en absoluto, pestañee. El sonido de una mano aplaudiendo es el sonido del Big Bang, el estallido de la explosión de las supernovas, el sonido del canto del petirrojo, el estrépito de una cascada en un día transparente como el cristal, el sonido, en suma, de la totalidad del mundo manifiesto... y usted es ese sonido.

Ése también es el motivo por el cual su Rostro Original no está *aquí.* Su Rostro Original es la más completa Vacuidad, la transparencia misma de la que emana todo ese resplandeciente despliegue. Si aparece el Kosmos, usted es eso; si no aparece nada, usted también es eso; en cualquier caso, usted es eso. El hecho es que usted no está «aquí», la ventana ha desaparecido y la separación entre sujeto y objeto se ha esfumado en la nada. En ningún lugar hay dos, el mundo nunca le ha sido dado en *dos veces* sino siempre de *una sola vez... y* usted es eso. Usted es El Único Sabor.

Pero ese estado no es algo que usted pueda *alcanzar.* Este estado no dual, este estado de Un Solo Sabor, es la naturaleza misma de toda experiencia *antes* de que usted la cercene. No es posible alcanzar ese estado a través del esfuerzo porque es la condición real de toda experiencia *antes* de que usted haga algo con ella. Este estado no construido es *anterior* al esfuerzo, anterior a cualquier intento de alcanzarlo, anterior a cualquier tentativa de evitarlo, es el mundo real *antes* que usted haga algo con él, antes incluso de cualquier esfuerzo por tratar de «verlo de manera no dual».

Así pues, usted no tiene que hacer nada especial para despertar o para experimentar lo no dual, porque su misma naturaleza -su naturaleza anterior a todo movimiento, anterior a todo esfuerzo, anterior a todo artificio- es no dual. Si aparece el esfuerzo, bien, si el esfuerzo no aparece también bien; en cualquier caso, sólo existe la inmediatez del único Sabor, anterior tanto al esfuerzo como al no esfuerzo.

En modo alguno se trata, pues, de un estado en el que sea difícil entrar porque, de hecho, es un estado del que resulta imposible salir. Usted siempre ha estado en Él. Ni un solo momento se ha hallado usted en un lugar en el que no pudiera experimentar ese estado -que no es un estado- en el que no pudiera experimentar el único Sabor, la única constante de todo el Kosmos, la única realidad de todas las realidades. Nunca ha habido, desde siempre, un solo instante en el que usted no fuera consciente de este Sabor, nunca ha habido un solo instante en el que no estuviera contemplando directamente su Rostro Original con la nitidez de un soplo de aire polar.

Obviamente, solemos mentirnos y con frecuencia somos poco sinceros con respecto al universo de Un único Sabor, con respecto al sonido primordial de una mano aplaudiendo, con respecto a nuestro propio Rostro Original. Y el objetivo de las tradiciones no duales no consiste en producir ese estado -lo cual, por otra parte, sería imposible-, sino simplemente en *señalárselo* hasta que ya no pueda seguir ignorándolo y deje de mentirse a sí mismo sobre su verdadera Esencia.

P: ¿De modo que este estado no dual engloba la dualidad de la mente y el cuerpo, de la Mano Izquierda y la Mano Derecha?

KW: Sí. El estado primordial es anterior, pero no distinto, al mundo de las Formas dualistas. En ese estado primordial no hay sujeto ni objeto, exterior ni interior, derecha ni izquierda. Todos esos dualismos *siguen apareciendo,* pero son verdades relativas, no verdades primordiales o absolutas. La verdad primordial es el sonido de la campana, la verdad relativa es el «yo», «la campana», la mente, el cuerpo, el sujeto y el objeto. Todos estos ele-

mentos son relativamente ciertos pero no constituyen, como diría Eckhart, la última palabra.

En consecuencia, no es posible resolver el conflicto inherente a todos los dualismos relativos en el plano relativo. No hay nada que usted pueda hacer para que «yo» y «la campana» se unifiquen, lo único que puede hacer es reposar en el sonido previo de la campana. Este conflicto, en realidad, no puede resolverse, sólo puede disolverse, porque resulta imposible reducir el sujeto al objeto o el objeto al sujeto y lo único posible es reconocer el sustrato primordial del que ambos son un mero reflejo incompleto.

Éste es el motivo por el cual los dilemas *inherentes* a esos dualismos -entre mente y cuerpo, mente y cerebro, conciencia y forma, mente y naturaleza, sujeto y objeto, derecha e izquierda- no podrán resolverse *jamás* en un plano relativo, y la filosofía convencional es incapaz de resolverlos. Éste es un problema que no se resuelve sino que se disuelve en el estado primordial, lo cual, dicho de otro modo, *deja los dualismos tal y como son,* es decir, poseyendo una cierta realidad convencional o relativa, lo suficientemente real en sus propios dominios pero, en modo alguno, la realidad absoluta.

La inmediatez de la presencia pura

P: ¿Existe algún filósofo ortodoxo occidental conocido que reconozca la no dualidad?

KW: Siempre me ha sorprendido que William James y Bertrand Russell estuvieran de acuerdo en este punto crucial, la no dualidad de sujeto y objeto en la conciencia inmediata. Y esto me parece muy curioso, porque si James y Russell, siendo tan dispares, están de acuerdo en algo, creo que podemos aceptar sus coincidencias con cierta confianza.

Russell habla sobre este punto en el último capítulo de su gran libro *La historia de la filosojža occidental,* en donde discute la noción de «empirismo radical» de William James. Ahora bien, tenemos que ser muy cuidadosos con estos términos, porque «empirismo» no sólo significa experiencia sensorial, sino experiencia misma, en cualquier dominio que lo consideremos. Empirismo, pues, significa aprehensión inmediata, experiencia inmediata o conciencia inmediata. Y William James trata de demostrar que la inmediatez pura no dual es, digámoslo así, la «materia básica» de la realidad, de la que se derivan sujeto y objeto, mente y cuerpo, interior y exterior. Éstos vienen después, son posteriores a la inmediatez, que es, por así decirlo, la realidad última.

Y Russell está completamente en lo cierto al conceder a James ser el primer filósofo «conocido» o «aceptado» en sostener esta posición no dual. Obviamente, lo mismo han estado diciendo durante milenios casi todos los místicos y sabios contemplativos, pero James fue el primero en sostener esta postura dentro del campo de la filosofía occidental... y, en el camino, convenció a Russell.

James introdujo la noción de no dualidad en un ensayo titulado «¿Existe la conciencia?», en el que concluyó que la conciencia no existe, lo cual ha confundido a mucha gente. Pero el hecho es que, si usted observa muy atentamente la conciencia, descubrirá que no es una cosa, un objeto ni una entidad. Si usted mira cuidadosamente verá que -como anteriormente vimos con la montaña, por ejemplo- la conciencia es simplemente una con todo lo que aparece. En la inmediatez de la experiencia real, usted, como sujeto, no ve la montaña como objeto sino que usted y la montaña son uno. En este sentido, la conciencia, como entidad subjetiva, no -existe, no es algo separado que experimente otra cosa ajena. En la inmediatez de la experiencia no hay más que Un Único Sabor.

De modo que la experiencia pura no está dividida en interior y exterior ya que ¡en ella no hay dualidad alguna! Como solía decir James, «la experiencia, en mi opinión, carece de duplicidad interna».

Y advierta que el término *duplicidad* tiene la acepción de «doble» y de «engaño». De este modo, *la duplicidad de la experien-*

cia es la mentira esencial, la insinceridad primordial, el origen de la ignorancia y del engaño, el comienzo del yo golpeado, el inicio del samsara y el surgimiento de la mentira que se asienta en el corazón del infinito. Todas y cada una de las experiencias, tal y como son, tienen Un Único Sabor, un sabor que no nos llega fracturado y dividido en sujeto y objeto. Esa división, esa duplicidad, es una mentira, la mentira primordial, la falta de sinceridad primordial, el origen del «pequeño yo», del yo golpeado, del yo que oculta su Rostro Original entre las formas de su propio sufrimiento.

Poco debe sorprendernos que D.T. Suzuki, el gran erudito Zen, afirmase que el empirismo radical de James (el empirismo no dual) ha sido el punto en el que Occidente ha estado más próximo a la «no mente», a la Vacuidad. Tal vez esto sea algo exagerado pero usted comprende de qué estamos hablando.

Russell tenía una comprensión más bien limitada del hecho de que los grandes sabios contemplativos -desde Plotino hasta Agustín, Eckhart, Schelling, Schopenhauer y Emerson- habían resuelto o disuelto esta dualidad sujeto/objeto. Pero, a pesar de ello, Russell es inequívoco al señalar el gran logro de James:

> El principal objetivo de este ensayo [«¿Existe la conciencia?»] era el de negar el carácter fundacional de la relación sujeto-objeto. Los filósofos anteriores a James habían dado por sentado que existía algo, llamado «conocimiento», en el que una entidad, el conocedor *o* sujeto, es consciente de otra entidad, la cosa conocida, el objeto [las «dos manos» de la experiencia]. Desde ese punto de vista, el conocedor era considerado como una mente *o* alma, mientras que el objeto conocido podía ser un objeto material, una esencia eterna, otra mente o, en la conciencia de sí mismo, idéntica al conocedor. Casi toda la filosofía aceptada está estrechamente ligada al dualismo sujeto-objeto. Pero si cuestionamos la distinción fundamental entre sujeto y objeto, deberíamos reconsiderar por completo la distinción entre mente y materia y la noción tradicional de «verdad».

Por decirlo suavemente. Y luego Russell agrega: «Por mi parte, estoy plenamente convencido de que James estaba en lo cierto en este punto y que, por ese único motivo, merece un lugar destacado entre los filósofos».

P: ¿Así que James y Russell captaron un atisbo de no dualidad?

KW: Eso es lo que creo. De hecho, no es difícil tener un leve vislumbre de no dualidad. La mayor parte de la gente puede ser inducida a tener un atisbo «hablando sobre ello», como hemos hecho hace unos momentos. Y creo que fue precisamente esto lo que William James hizo con Bertrand Russell, como éste mismo comenta. Poco después, Russell insistía: «Estoy convencido de que James tiene razón en este punto» y luego añadía «pensaba de otro modo hasta que James me ha persuadido de la verdad de su doctrina». ¡En mi opinión, James le señalaba directamente en esa dirección! ¿Ve la montaña? ¿Dónde está su mente? ¡Mente y montaña... no dual!

P: ¿Y así fue como lograron degustar el sabor no dual del Zen?

KW: No es difícil tener un atisbo, un sabor, un vislumbre de lo no dual. Pero, según las tradiciones no duales, *éste no es más que el comienzo.* Cuando usted descansa en ese estado no creado de inmediatez pura, de libertad pura, comienzan a ocurrir cosas raras. Todas las tendencias subjetivas con las que usted *se había identificado* anteriormente -todos aquellos pequeños yoes o sujetos que mantenían el hiato entre el vidente y lo visto- comienzan a consumirse en el fuego liberador de la no dualidad, un período muy interesante durante el cual todos los pequeños yoes salen gritando a la superficie hasta llegar a desaparecer.

Cuando usted reposa en la libertad primordial de Un Solo Sabor deja de actuar en función de esas tendencias subjetivas hasta que mueren de aburrimiento, pero, tratándose de una muerte, es muy intensa. Usted no tiene que hacer nada excepto mantenerse ahí -o dejarlo estar-; es irrelevante. Y todo esto se logra espontáneamente por la intensa expansión de la libertad primordial.

Pero usted está siendo quemado vivo, y eso ¡Dios! resulta de lo más divertido.

Poco importa el tipo de experiencia que aparezca, porque el estado simple, natural, no dual y no creado es anterior a la experiencia, anterior a la dualidad y engloba gozosamente todo lo que aparezca. Pero aparecen cosas raras y usted debe permanecer en ese «esfuerzo sin esfuerzo» durante un tiempo y morir de continuo estas pequeñas muertes. Ahí, de hecho, es donde comienza la práctica real.

Y, como lo demuestran claramente sus filosofías respectivas, ni James ni Russell hicieron nada de esto. Russell proclamó que estaba completamente de acuerdo en que el sujeto y el objeto se derivan de la experiencia primordial, pero se replegó de inmediato para volver a identificarse con el sujeto derivado, con el yo derivado, con la pequeña mente racional, y construyó toda su filosofía basándose en esa mentira, en ese engaño. Russell, en suma, ni siquiera sospechaba a dónde conducía el estado de no dualidad.

Tampoco James profundizó gran cosa en ese estado primordial, por ello su empirismo radical degeneró muy pronto en un fenomenalismo sensorial que terminó colapsándose en el empirismo y el pragmatismo de la Mano Derecha, una evolución muy decepcionante, americana hasta la médula, que, en cualquier caso, no desmerece sus primeros pasos.

La iluminación

P: Pero usted dice que lo no dual no niega la dualidad.

KW: Así es, ésa sería una equivocación completa. Los dualismos -el dualismo entre sujeto y objeto, entre interior y exterior, entre izquierda y derecha, etcétera- siguen presentándose y *se supone* que aparecen porque ésa es la dinámica misma de la manifestación. El Espíritu -la Esencia pura inmediata de la realidad- se manifiesta como sujeto y objeto, de manera singular y

plural o, dicho en otras palabras, se manifiesta en los cuatro cuadrantes. Y nosotros no podemos suprimir la existencia de esos cuadrantes que son la manifestación resplandeciente de la gloria del Espíritu.

Lo que sí podemos hacer es ver a través de ellos hasta poder llegar a atisbar su misma Fuente, su Esencia, el único Sabor que impregna todos los niveles, todos los cuadrantes y todas las manifestaciones. Y esto, que es la cosa más simple del mundo, resulta también, paradójicamente, la más difícil. Este esfuerzo sin esfuerzo requiere mucha perseverancia, mucha práctica, mucha sinceridad y mucha honestidad. Ésta es una práctica que debemos acometer desde el estado de vigilia, desde el estado de sueño y desde el estado de sueños sin ensueños. Ése es el motivo por el cual insistimos en las prácticas de las escuelas no duales.

P: ¿De modo que la «iluminación» significa algo diferente en esas escuelas?

KW: Sí. Existen dos escuelas muy diferentes sobre este estado «iluminado» que se corresponden con las dos acepciones distintas de la «Vacuidad» que anteriormente hemos discutido.

El paradigma de la primera es el estado causal o no manifiesto de absorción (nirvikalpa, nirodh), un estado distinto, discreto e identificable. Y, si usted equipara la iluminación con ese estado de cesación, no tendrá la menor duda en saber si una persona está «plenamente iluminada».

Generalmente, como ocurre en la tradición budista theravada y en las escuelas yóguicas samkhya, cuando alguien entra en este estado de absorción sin manifestación, siempre quema ciertas aflicciones y fuentes de ignorancia. De modo que cada vez que usted entra plenamente en este estado, quema la mayor parte de las aflicciones. Y después de adentrarse en él unas cuantas veces -tal vez cuatro-, habrá quemado todo lo que tenía que quemar y podrá entrar en ese estado a voluntad y permanecer continuamente en él. En tal caso, usted entra de manera permanente en el nirvana y el samsara, el mundo entero de la forma deja de existir para usted.

Pero ése no es el objetivo de las tradiciones no duales. Estas tradiciones suelen utilizar ese estado y dominarlo. Pero, más importante todavía, esas escuelas -como el hinduismo vedanta, el budismo mahayana y el budismo vajrayana- están más interesadas en señalar el estado de la Talidad no dual, que no es tanto un estado discreto de conciencia como el sustrato o condición vacía de *todos los estados.* Este tipo de escuelas no están tan interesadas en encontrar una Vacuidad divorciada del mundo de la Forma (o samsara), sino una Vacuidad que abarca toda Forma, aunque la Forma siga emergiendo. Para ellos, nirvana y samsara, Vacuidad y Forma, no son dos.

Y esto lo cambia todo. En las tradiciones causales, usted puede decir muy claramente cuándo una persona se halla en ese estado discreto. Es algo evidente y con un criterio inequívoco, por así decirlo, para su iluminación.

Pero en las tradiciones no duales usted suele alcanzar una rápida introducción a la condición no dual muy temprano en su entrenamiento. El maestro *señalará* simplemente esa parte de su conciencia que ya es no dual.

P: ¿De qué modo exactamente?

KW: De forma muy parecida a cuando hablábamos del Testigo y yo trataba de «hablarle señalándole» un atisbo del Sabor Único y no dual de usted y de la montaña. Las tradiciones no duales tienen un extraordinario número de estas «instrucciones para señalar», mediante las que tratan de apuntar hacia lo que ya está, en cualquier caso, ocurriendo en su conciencia. Lo comprenda o no, toda experiencia que usted tenga *ya* es no dual. De modo que *no* es necesario *cambiar su estado de conciencia* para descubrir esa no dualidad porque la no dualidad está completamente presente en todos los estados y cualquier estado de conciencia que usted tenga es ya apropiado.

Así pues, las tradiciones no duales no tratan de *cambiar su estado sino* de despertar su reconocimiento, el reconocimiento de lo que siempre ha sido. Desde este punto de vista, cualquier intento de cambiar de estado constituye una inútil distracción.

De modo que usted suele alcanzar un atisbo inicial, un vislumbre de este estado no dual que se halla siempre presente. Y, como ya hemos dicho, creo que esto fue exactamente lo que James hizo con Russell. Mire atentamente la conciencia inmediata y se dará cuenta de que el sujeto y el objeto son realmente uno. No tiene usted que hacer nada especial para darse cuenta de eso, no debe esforzarse por construir ningún estado especial sino sólo reconocerlo. La naturaleza esencial de todo estado ya tiene Un Solo Sabor, el mismo que tiene cualquier estado consciente.

P: Está simplemente señalando.

KW: Sí. ¿Ha visto esos rompecabezas de los periódicos que dicen algo así como «Descubra los quince presidentes de Estados Unidos que están ocultos en esta imagen del océano»?

P: El cómico Padre Guido Sarducci tiene un chiste a este respecto: «¡Encuentre a los popes en la pizza!».

KW: ¡Mejor, para no topar con la Iglesia, quedémonos con esos pasatiempos en los que se ridiculiza a los presidentes!

El hecho es que, en todos esos casos, usted está mirando directamente todos esos rostros y ya tiene a la vista todo lo que se requiere. Usted está mirando directamente el rostro de los presidentes... pero no se da cuenta de ello. Entonces viene alguien, se lo señala y usted se lleva las manos a la cabeza diciendo «¡Sí, por supuesto, lo tenía frente a mis propios ojos!».

Lo mismo ocurre con la condición no dual de Un Sabor. En este mismo instante usted está mirándola directamente. Cualquier faceta individual de la condición no dual se halla absoluta y completamente presente en su conciencia. No es cuestión de que esté presente de un modo parcial o fragmentario, sino de que se halla *completamente* presente en su conciencia ahora mismo y que lo único que ocurre es que usted no se da cuenta de ello. Entonces es cuando viene alguien, se lo señala y usted se lleva las manos a la cabeza diciendo «¡Sí, por supuesto, lo tenía frente a mis propios ojos!».

P: ¿Y esto es lo que ocurre en el curso del entrenamiento no dual?

KW: Así es. De una u otra forma esta transmisión es crucial.

Pero el punto central que estamos discutiendo es que, a causa de que la condición no dual es la naturaleza o esencia de todos los estados, a causa de que la Vacuidad es una con toda Forma que aparezca, el mundo de la forma sigue apareciendo y usted sigue relacionándose con ella. De forma que en modo alguno se trata de desembarazarse de ella, de alejarse de ella o de acabar con ella, sino de zambullirse en ella por completo.

Y, dado que las formas siguen apareciendo, usted *nunca* alcanzará un *punto final* en el que diga «ya estoy iluminado». En estas tradiciones, la iluminación es un proceso continuo de aparición de nuevas formas con las que usted se relaciona como manifestaciones de la Vacuidad. Usted es uno con las formas que aparecen y, en ese estado, usted está «iluminado», pero en otro sentido, esta iluminación es *continua,* porque continuamente están apareciendo nuevas formas. Dicho de otro modo, usted nunca alcanzará un estado *discreto* que no sigue evolucionando, sino que siempre seguirá aprendiendo cosas nuevas sobre el mundo de las formas y, en consecuencia, su estado global se hallará siempre en una continua evolución.

De modo que usted puede tener ciertas experiencias críticas de iluminación -del satori, por ejemplo-, pero éstas experiencias son el *preludio* del proceso *interminable* de cabalgar las nuevas olas que aparecen de continuo. Así pues, en un sentido no dual, usted nunca está «plenamente» iluminado y nadie más que usted puede decidir a este respecto.

P: Algunas de estas tradiciones no duales, particularmente el tantra, son muy salvajes.

KW: Sí, son tradiciones que no temen al samsara sino que cabalgan de continuo a lomos del samsara, tradiciones que no abandonan los estados inferiores sino que se sumergen en ellos con entusiasmo, tradiciones que juegan con esos estados y los exageran, tradiciones que no los desprecian como inferiores porque sólo hay un Dios.

En otras palabras, todas las experiencias tienen el único Sabor y no existe ninguna experiencia individual que se halle más próxima que otra a Ese Sabor. El secreto fundamental de las escuelas no duales consiste en que no hay modo de elaborar una forma de acercarse más a Dios porque sólo hay un Dios.

Pero, al mismo tiempo, todo esto tiene lugar dentro de un marco de referencia estrictamente ético, de modo que usted no puede jugar a ser un Vagabundo del Dharma y decir que está en la no dualidad. De hecho, en la mayor parte de estas tradiciones usted debe dominar los tres primeros estadios del desarrollo transpersonal (psíquico, sutil y causal) antes de que le sea permitido incluso hablar del cuarto estado no dual. En todos estos casos, pues, «la loca sabiduría» ocurre en una atmósfera rigurosamente ética.

Pero lo verdaderamente importante es que, en las tradiciones no duales, usted se compromete, mediante un voto muy sagrado -un voto que es, al mismo tiempo, el fundamento de toda su práctica-, *a no desvanecerse en la cesación,* a no ocultarse en el nirvana, a no evaporarse en nirodh, a no abandonar el mundo escondiéndose en el nirvikalpa.

Con este voto, usted se compromete a cabalgar la ola del samsara hasta que todos los seres atrapados en ella puedan reconocerla como una manifestación de la Vacuidad, se compromete a atravesar la cesación y la no dualidad tan rápidamente como le sea posible, para poder ayudar a todos los seres a reconocer lo No Nacido en medio de la misma existencia.

De modo que las tradiciones no duales no necesariamente abandonan las emociones, los pensamientos, los deseos o las inclinaciones. Su intención no consiste en desembarazarse de las formas sino en darse cuenta de la Vacuidad de toda Forma. En tal caso, las formas sigue apareciendo y usted aprende a cabalgarlas. La iluminación es, en realidad, primordial, pero esta iluminación perdura y usted nunca deja de ser uno con todos los cambios de forma que aparecen de continuo.

La esencia de las tradiciones no duales es la siguiente: Mora como Vacuidad y abraza toda Forma. La liberación está en la Va-

cuidad, nunca en la Forma, pero la Vacuidad abraza toda forma como un espejo refleja todos los objetos. Así las forman siguen apareciendo y, como el sonido de una mano aplaudiendo, usted es uno con todas ellas, usted es el mismo proceso de despliegue de las formas porque usted y el universo son Un único Sabor. Su Rostro Original es la más pura Vacuidad, y cada vez que mira en el espejo, contempla la totalidad del Kosmos.

TERCERA PARTE:

EL MUNDO CHATO

14. LOS ASCENDENTES Y LOS DESCENDENTES

P: Estamos asistiendo, pues, en Occidente, a un completo olvido de las dimensiones espirituales, a lo que usted denomina el *mundo chato.*

KW: Sí. Y mi intención es la de llegar a explicar, lo más claramente que pueda, la génesis histórica de este rechazo de lo espiritual, la razón histórica concreta que explica los motivos por los cuales el Occidente moderno ha llegado a negar la validez de los estadios transpersonales que acabamos de discutir.

P: Pero, antes de entrar en tema, me gustaría que nos ofreciera un breve resumen de la «gran imagen» que llevamos vista hasta este momento.

KW: Muy bien. (Pero si a alguien le desagradan los resúmenes puede saltarse perfectamente esta sección puesto que, en la siguiente, proseguiremos con nuestro relato.)

Un breve resumen

KW: Comenzamos nuestra historia hablando de la Vacuidad, la creatividad y los holones, del Espíritu, la creatividad y los holones o, dicho de otro modo, que de la Vacuidad emergen creativamente los holones.

Y, en la medida en que emergen, evolucionan siguiendo una serie de pautas comunes, las pautas a través de las cuales se manifiesta el Espíritu-en-acción y a las que hemos calificado como los veinte principios.

En este sentido, hemos dicho que todos los holones poseen cuatro capacidades (individualidad, comunión, autotrascendencia y autodisolución); también hemos dicho que el motor de esta evolución es el impulso autotrascendente y que su desarrollo es holoárquico, es decir, que procede trascendiendo e incluyendo (las células, por ejemplo, trascienden e incluyen a las moléculas que, a su vez, trascienden e incluyen a los átomos, etcétera).

También hemos dicho, entre otras muchas cosas, que el impulso autotrascendente del Kosmos va creando holones de una profundidad cada vez mayor y que, cuanta mayor es la profundidad del holón, mayor es también su nivel de conciencia.

Pero cuanta mayor es la profundidad mayor es también el riesgo de que aparezcan problemas. Los perros, por ejemplo, pueden padecer cáncer, cosa que no ocurre, obviamente, en el caso de los átomos. No se trata, pues, de que el proceso evolutivo discurra de una manera apacible y tranquila sino que, en cada uno de sus pasos, se encuentra sujeto a un proceso dialéctico.

Pero los holones no sólo tienen un interior y un exterior, también existen de manera individual y colectiva, lo cual significa que cada holón presenta cuatro facetas diferentes, a las que, como podemos ver en la Figura 5. 2, he denominado cuatro cuadrantes (intencional, conductual, cultural y social).

Luego hemos rastreado la evolución de los cuatro cuadrantes hasta llegar a las modalidades humanas, al momento en el cual los seres humanos empiezan a reflexionar en estos cuadrantes y comienzan a darse cuenta de que se hallan completamente sumidos en ellos. Y, en este intento de tomar conciencia de su situación, los seres humanos conciben varios tipos de conocimiento, varios tipos de búsqueda de la verdad.

Cada uno de los cuadrantes tiene que ver con una faceta diferente de los holones y, en consecuencia, posee un tipo diferente de

verdad y requiere también una prueba de validez distinta. Y la humanidad, a través de una largo y doloroso proceso de experimentación, ha ido aprendiendo gradualmente las distintas pruebas de validez, las distintas formas de asentar el conocimiento en las realidades propias de estos cuadrantes. En este sentido, hemos visto que las pruebas de validez propias de los cuatro cuadrantes son la verdad, la veracidad, la rectitud y el ajuste funcional.

Pero, dado que las dos dimensiones objetivas y exteriores -los cuadrantes de la Mano Derecha- pueden ser descritas en el lenguaje objetivo del «ello», hemos abreviado los cuatro cuadrantes en el Gran Tres: los dominios del «yo», del «nosotros» y del «ello» (a los que se refieren el yo, la moral y la ciencia; el arte [el yo y la expresión de uno mismo], la ética y la objetividad; lo Bello, lo Bueno y lo Verdadero; o, ya en el dominio de lo espiritual, el Buda [el último «yo»], el Sangha [el último «nosotros»] y el Dharma [el último «ello»]).

Y todavía podríamos simplificar más el Gran Tres porque sólo es posible acceder a las dimensiones del «yo» y del «nosotros» mediante la introspección y la interpretación (metodologías propias de la Mano Izquierda), mientras que el acceso a las dimensiones del «ello» requiere un abordaje empírico y perceptual (característico de la Mano Derecha). En otras palabras, los aspectos de la Mano Derecha constituyen la vertiente exterior de los holones y es por ello que pueden ser vistos de manera empírica, pero lo intencional y lo cultural -los cuadrantes de la Mano Izquierda- tienen que ver con una profundidad interior a la que sólo puede accederse mediante la interpretación. Y, a diferencia de lo que ocurre con la observación objetiva externa, la interpretación requiere, en sentido amplio, de algún tipo de resonancia empática interior. Recordemos que *las superficies pueden ser vistas, pero que las profundidades deben ser interpretadas.* Éstos son los caminos de la Mano Derecha y de la Mano Izquierda.

Pero estamos hablando, en cualquier caso, de las cuatro facetas que presenta cada holón, porque de lo que se trata, en cualquier caso, es de no llegar a confundirlos. Simplificarlos sí, pero

no equipararlos, porque los cuatro cuadrantes, con sus diferentes tipos de verdad, representan las cuatro vertientes fundamentales de cada holón y el hecho de reducir una a las otras no sólo constituiría una explicación inadecuada sino que simplemente terminaría acabando con cualquier posible explicación.

Por ello hemos tratado de ser muy cuidadosos en nuestra investigación sobre la evolución de los holones (de los átomos, las moléculas, las células, los sistemas orgánicos, Gaia, etcétera), para no centrar exclusivamente nuestra atención en su aspecto exterior y percatarnos también de sus correlatos internos (las sensaciones, las imágenes, los conceptos, las reglas, los rasgos distintivos, en suma, de las dimensiones sutiles y causales).

En este sentido, hemos visto que la evolución interior procede de lo prepersonal a lo personal y, desde ahí, hasta lo transpersonal.

También hemos visto que la evolución interior implica *una escalera* (la escalera de las estructuras básicas u holoarquías anidadas), *un escalador* (el yo y el fulcro -un proceso 1-2-3 de fusión/diferenciación/integración- que debe atravesar en cada uno de los estadios) y *un paisaje* (las distintas visiones del mundo -arcaica, mágica, mítica, racional, etcétera- que pueden contemplarse desde cada uno de los peldaños, cada una de las cuales dispone de una sensación de identidad, de unas necesidades y de una actitud moral característica).

En este sentido, hemos visto que la sensación de identidad, las necesidades y la actitud moral discurren a través de los estadios fisiocéntrico, biocéntrico, egocéntrico y etnocéntrico, hasta llegar al estadio mundicéntrico, auténtico trampolín de cualquier evolución superior genuinamente transpersonal. Y también hemos visto que un «contratiempo» en cualquiera de estos estadios da lugar a una patología propia característica del estadio en el que tiene lugar la lesión (psicosis, trastorno borderline, neurosis, patología de guiones, etcétera).

Por último, hemos echado un vistazo a los cuatro estadios y fuleros transpersonales superiores (psíquico, sutil, causal y no

dual), y también hemos visto que cada uno de ellos posee una visión diferente del mundo y, en consecuencia, un tipo de misticismo también diferente (el misticismo natural, el misticismo teísta, el misticismo sin forma y el misticismo no dual).

Estos estadios superiores son tan insólitos, tan elitistas y tan poco frecuentados que, en el pasado, sólo fueron alcanzados por un pequeño puñado de personas (el solitario chamán, el yogui en su cueva y los pequeños sanghas y claustros de los auténticos buscadores de la verdad). Así pues, los estadios más profundos -o más elevados- de la conciencia *nunca* han formado parte de la modalidad promedio o colectiva de conciencia. Si tenemos en cuenta la evolución de la modalidad promedio descubriremos un desarrollo similar al que nos presenta la Figura 5. 2, un proceso que finaliza en el estadio del centauro, la visión-lógica y en la federación planetaria poseedora de una moral global o mundicéntrica, un estadio que todavía constituye un ideal inaccesible para el común de los mortales.

En el caso de que, a lo largo de nuestra evolución colectiva futura, emerjan los estadios superiores o transpersonales, lo harán en los cuatro cuadrantes (intencional, conductual, cultural y social). Y aunque, a nivel individual, tratemos de alcanzar esos estadios superiores, todavía deberemos aguardar a ver las posibles formas que asume esta evolución en el futuro.

Pero el hecho central es que, en los estadios superiores o transpersonales, el Espíritu -que ha estado plenamente presente desde el origen mismo del proceso evolutivo- deviene cada vez más consciente de su condición. Ha pasado de lo subconsciente a lo autoconsciente y, desde ahí, a lo supraconsciente, desplegándose y abarcando cada vez más en cada nuevo estadio. El Espíritu dormita en la naturaleza, comienza a despertar de su letargo en la mente y termina tomando conciencia de sí mismo, como Espíritu, al adentrarse en los dominios transpersonales, pero se trata, en todos los casos, del mismo Espíritu -sustrato, camino y goce de toda la evolución- que ha estado plenamente presente a lo largo de todo el proceso de desarrollo.

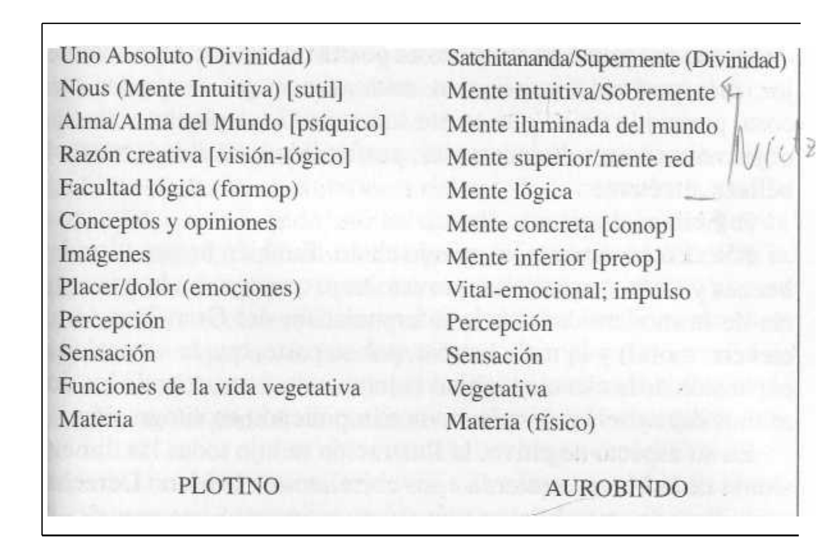
El conmocionante reconocimiento del Espíritu no pone fin, sin embargo, al surgimiento y desarrollo de las formas, pero el hecho es que, a partir de ese momento, el secreto ya ha sido desvelado y la multiplicidad de las formas se revela entonces como el despliegue creativo de la Vacuidad en un universo de Un Solo Sabor, eternamente transparente y últimamente divino. No existe ningún punto final, no existe fundamento ni lugar alguno en el que reposar sino tan sólo la incesante gracia de la Vacuidad. Así es como va gozosamente desplegándose el luminoso juego, gesto atemporal tras gesto atemporal, resplandeciente en su indómita libertad, extasiado en su perfecta entrega, plenitud más allá de toda plenitud, milagrosa danza autoliberadora, sin que haya nadie para contemplarla ni cantarle alabanzas.

La Gran Holoarqufa

P: ¿Por qué no habla ahora de la forma en que Occidente ha terminado olvidando el Espíritu?

KW: Centremos entonces, por el momento, nuestra atención en el cuadrante superior izquierdo, el *espectro individual de la conciencia, los* nueve niveles fundamentales de la conciencia. Si echa un vistazo a la Figura 14. 1 podrá ver que se trata esencialmente de la Gran Holoarqufa de conciencia de la que nos hablan Plotino y Aurobindo. Y recuerde también que, para ambos, esta holoarquía no se asemeja tanto a una serie de peldaños escalonados como a un conjunto de dimensiones envueltas o anidadas.

Como dijo Lovejoy, la Gran Holoarquía ha sido la filosofía oficial predominante durante casi toda la existencia de la mayor parte de la humanidad, oriental y occidental. Como afirma Chógyam Trungpa en su extraordinario *Shanrbhala: La senda secreta del guerrero,* esta holoarquía se encuentra hasta en las culturas recolectoras (en una forma ciertamente rudimentaria como tierra, seres humanos y cielo [o cielos]). En la mayor parte de los casos, sin embargo, esta holoarquía básica se halla mucho más elaborada (materia, cuerpo, mente, alma y Espíritu) y, en unos pocos, por último, es sumamente sofisticada y recoge subdivisiones mucho más minuciosas. El hecho, en cualquiera de los casos, es que el sustrato cultural de la mayor parte de la historia de la humanidad contiene algún tipo de Gran Holoarqufa.



Uno Absoluto (Divinidad)	Satchitananda/Supermente (Divinidad)
Nous (Mente Intuitiva) [sutil]	Mente intuitiva/Sobremente
Alma/Alma del Mundo [psíquico]	Mente iluminada del mundo
Razón creativa [visión-lógico]	Mente superior/mente red
Facultad lógica (formop)	Mente lógica
Conceptos y opiniones	Mente concreta [conop]
Imágenes	Mente inferior [preop]
Placer/dolor (emociones)	Vital-emocional; impulso
Percepción	Percepción
Sensación	Sensación
Funciones de la vida vegetativa	Vegetativa
Materia	Materia (físico)
PLOTINO	AUROBINDO

Figura 14. 1. La Gran Holoarquía según Plotino y Aurobindo

Pero esta situación concluyó, en Occidente, con el advenimiento de la Ilustración, cuando su paradigma fundamental se empeñó en cartografiar la realidad -incluida la Gran Holoarquía- en términos empíricos y monológuicos. Se trató, por cierto, del intento bien intencionado, aunque erróneo, de poner a la conciencia, la moral, los valores y los significados bajo el objetivo del microscopio de la mirada monológuica.

Y, como usted ya sabe, la mirada monológuica no puede acceder a las profundidades interiores. Así pues, en el mismo momento en que aquélla se dirigió hacia el interior, las profundidades desaparecieron de la vista, de modo que no tardó en decretar

su inexistencia, su ilusoriedad, su carácter secundario o epifenoménico, eufemismos, todos ellos, para decir que las profundidades «no son realmente reales». Pronto, pues, el «yo» y el «nosotros» se vieron reducidos a meros «ellos», atomistas u holistas -dependiendo de nuestro gusto-, pero poseedores tan sólo, en el mejor de los casos, de ajuste funcional.

Desde ese punto de vista, no es posible decir que algo sea mejor, más profundo, superior o más valioso que cualquier otra cosa, porque lo único que existe son superficies planas, sistemas objetivos carentes de todo valor, profundidad, cualidad, bondad, belleza, etcétera.

P: El llamado mundo chato.

KW: Efectivamente, el mundo chato. También hemos visto las buenas y las malas noticias que esto trajo consigo. La buena noticia de la modernidad fue la diferenciación del Gran Tres (arte, ciencia, moral) y la mala noticia, por su parte, que la sensacional expansión de la ciencia terminó colonizando y sometiendo los dominios del «yo» y del «nosotros» e impidiendo su integración.

En su aspecto negativo, la Ilustración redujo todas las dimensiones de la Mano Izquierda a sus correlatos de la Mano Derecha, considerando que el único tipo de conocimiento que merecía la pena era el simple cartografiado de la exterioridad empírica (el espejo de la naturaleza, el paradigma de la representación). Pero este proceder terminó exiliando al cartógrafo -la conciencia, la interioridad y todas las dimensiones de la Mano Izquierda- y reduciendo al mundo a las chatas y mortecinas superficies de un mundo tediosamente monocromo.

Así fue como, según John Locke -«el maestro de la Ilustración»-, se llevó a cabo el gran proyecto de la modernidad, cartografiar al mundo en términos empíricos. Un siglo después -y de esto, precisamente, quisiera ahora hablar-, el ser humano despertó una buena mañana y descubrió horrorizado que estaba viviendo en un universo descualificado, en un universo despojado de valores, sentido, conciencia y cualidades. El hecho de centrar exclusivamente su atención en el cartografiado de los correlatos

exteriores había terminado destripando todas las profundidades interiores, que se habían visto así expuestas al sol abrasador de la mirada monológuica.

Y, en medio de esta atmósfera de confusión y desconcierto, el cuerpo exangüe de la agenda de la Ilustración fue conducido a la morgue y comenzó la rebelión postmoderna -postmoderna, postilustrada, postempírica o post-lo-que-queramos- ... algo había estado profunda, *profundamente* equivocado.

P: El colapso del Kosmos.

KW: Así es. El proyecto monológuico había terminado colapsando las dimensiones interiores del ser, de la conciencia y de la profundidad, colapsando, por así decirlo, a la Gran Holoarquía de la conciencia. La mirada monológuica no permite el acceso a la conciencia -sea prepersonal, personal o transpersonal- y no es de extrañar, en consecuencia, que para ella la conciencia no exista y concluya que no es «realmente real».

Éste es, fundamentalmente, el motivo por el cual el Occidente moderno ha perdido el contacto con la Gran Holoarquía.

Lo intramundano versus lo ultramundano

P: La historia de este colapso es fascinante. Y su investigación histórica parece desafiar alguno de los mitos al uso sobre la tradición occidental, comenzando por Platón.

KW: Si usted observa la Gran Holoarquía que hemos presentado en la Figura 14. 1, le resultará evidente que existen, por así decirlo, dos grandes direcciones posibles: ascender desde la materia hasta el Espíritu o descender desde el Espíritu hasta la materia. La primera es una dirección *trascendente o ultramundana,* mientras que la segunda, por su parte, es *inmanente o intramundana.*

P: Es por ello que usted habla de espiritualidad «ascendente» y de espiritualidad «descendente».

KW: En efecto. Pero la mayor parte de la gente cree que Platón es un filósofo ascendente, un filósofo ultramundano, un filó-

sofo que consideraba al mundo manifiesto, a la Tierra y a todo lo que hay en ella como una sombra, un pálido remedo de las Formas eternas existentes en el único mundo auténticamente real.

P: Los ecofilósofos afirman que el «odio» de Occidente hacia el mundo se remonta a Platón.

KW: Sí, pero ésa es una creencia incorrecta porque, como dice Lovejoy, Platón reconoce la existencia de dos tipos de movimientos (a los que nosotros llamamos Ascendente y Descendente) igualmente importantes.

El primero de ellos es el movimiento ascendente, el movimiento que conduce desde los muchos hasta el Uno, un movimiento según el cual, tras las formas fugaces y oscuras de toda manifestación, existe una única Fuente, un Sustrato sin fundamento, el Absoluto, un Bien que nosotros aspiramos a comprender.

P: Y, en este sentido, «ascendemos».

KW: Sí. Pero Platón también habla de la existencia de otro tipo de movimiento -igualmente importante-, a través del cual el Uno se vacía en todas sus creaciones y se derrama por completo en todas las Formas, de modo que toda creación es, en este sentido, una manifestación perfecta del Espíritu. Es por ello que Platón denominaba *a este mundo,* a esta Tierra, «el Dios visible y sensible».

P: El «descenso» del Uno en los muchos.

KW: Exactamente. Y, si bien es cierto que Platón proporcionó a Occidente gran parte de su filosofía ultramundana, también lo es, como ha demostrado Lovejoy, que proporcionó a Occidente la terminología necesaria para celebrar la exuberancia intramundana, para cantar alabanzas al dios visible y sensible. Desde su punto de vista, la totalidad del mundo manifiesto es una manifestación del Bien, una encarnación del Absoluto, ¡y eso bien merece ser celebrado! ¡*Cuanto mayor es la diversidad* del mundo, mayor es también la Gloria y la Bondad espiritual!

De hecho, la mayor parte de las filosofías intramundanas de Occidente se han originado en Platón. Escuchemos lo que dice Lovejoy a este respecto: «El hecho más notable -y también el más inadvertido- de la influencia histórica de Platón es que no

sólo dio a los ultramundanos europeos la forma, la fraseología y la dialéctica que les caracteriza, sino que también proporcionó la forma, la fraseología y la dialéctica propia a la tendencia contraria, un *tipo particularmente exuberante de intramundaneidad».*

Como concluye Lovejoy: «En el pensamiento de Platón se funden ambas vertientes» (la ascendente y la descendente, la ultramundana y la intramundana, la trascendente y la inmanente) y, en consecuencia, en él se integran también ambos caminos, el camino ascendente y el camino descendente.

Pero, a lo largo de la historia, estas dos facetas se vieron brutalmente separadas y tuvo lugar una violenta ruptura entre los partidarios de lo meramente ascendente y los defensores de lo meramente descendente. Estas dos corrientes, que, de hecho, debieron permanecer unidas e integradas, terminaron escindiéndose y originando una contienda -cuya historia quisiera ahora rastrear- entre los ascendentes y los descendentes.

P: Con la intención de tratar de integrarlas.

KW: Así es. La famosa cita de Whitehead de que la tradición filosófica occidental no es más que una serie de comentarios a pie de página de Platón, puede ser cierta, pero las notas se han polarizado y la gente tiende a quedarse con su parte «favorita» -la ultramundana o la intramundana-, pero en contadas ocasiones tienen en cuenta ambas a la vez.

El hecho, sin embargo, es que no es preciso que tomemos partido por una u otra actitud porque, en Platón -al igual que posteriormente en Plotino-, ambas corrientes -la ascendente y la descendente- se hallaban fundidas.

P: Y fue después de Plotino cuando las cosas comenzaron a «separarse».

KW: En cierto modo, así es. Casi todo el mundo coincide en que Plotino formuló de modo más comprensible las ideas fundamentales de Platón. Plotino nos ha ofrecido la Gran Holoarquía del Ser que presentamos en la Figura 14. 1, una jerarquía anidada en la que disponemos de dos posibles movimientos, el movimiento ascendente y el movimiento descendente (a los que Ploti-

no denominaba Flujo y Reflujo). El Espíritu fluye o se vierte de continuo en el mundo y es por ello que la totalidad del mundo, incluyendo a sus habitantes, son manifestaciones perfectas del Espíritu. Pero, del mismo modo, el mundo retorna o refluye de continuo al Espíritu, evidenciando así que la totalidad del mundo es esencialmente espiritual, «el Dios visible y sensible» del que hablaba Platón.

Según Plotino, las dimensiones superiores de la Gran Holoarquía trascienden e incluyen a las inferiores, de modo que todas y cada una de las cosas y de los eventos, sin excepción alguna, están perfectamente contenidas en el Espíritu, en el Uno, que es, por tanto, al mismo tiempo, integración y unión inconsútil entre lo ascendente y lo descendente, entre el flujo y el reflujo, entre lo trascendente y lo inmanente.

P: Usted dice que este punto queda más claro en el ataque de Plotino a los gnósticos.

KW: En efecto. Los gnósticos sostenían una postura exclusivamente ascendente. Desde su punto de vista, cualquier tipo de descenso era equiparable al mal y, por ello, la totalidad del mundo manifiesto -la totalidad de *este* mundo- es ilusorio, insubstancial, corrupto y pecaminoso. Para los gnósticos, la única salvación posible consistía en esquivar a los muchos y ascender hasta el Uno.

Pero si Plotino, portador de la antorcha de Platón, realmente hubiera sostenido una postura ultramundana, debería haber hecho causa común con los gnósticos y, siguiendo su agenda meramente ascendente, debería haber arremetido contra toda actitud intramundana. Pero lo que ocurrió, en realidad, fue que Plotino emprendió una ofensiva demoledora contra la actitud exclusivamente ascendente de los gnósticos, una actitud que no armonizaba la corriente ascendente con la igualmente importante corriente descendente.

En otras palabras, los gnósticos habían descubierto el Uno causal pero no llegaron a comprender la naturaleza no dual en la que el Uno y los muchos no son dos, ignorando así que la Vacuidad y la Forma son no duales, que lo ultramundano y lo intramundano tienen El Mismo Sabor y que la corriente ascendente se funde con la descendente en el corazón mismo de lo no dual.

Por ello Plotino arremete contra los gnósticos en un contundente ataque formulado en una de las más bellas prosas espirituales jamás escritas, un ataque en el que recuerda a los gnósticos que la totalidad del mundo visible constituye una manifestación del Espíritu y que, como tal, es merecedora del amor. Si los gnósticos realmente amaran, como dicen hacerlo, al Espíritu, amarían también a sus creaciones, cuando lo que ocurre, en opinión de Plotino, es que simplemente lo desprecian. Y por ello Plotino acusa a los gnósticos de profanar las creaciones del Espíritu.

P: Usted cita ese ataque en su libro. Me gustaría que lo leyera para nosotros.

KW: Veamos lo que dice Plotino:

> No creamos que un hombre es bueno porque desprecie al mundo y a toda la belleza que hay en él. Ellos [los gnósticos] no tienen derecho a profesar el respeto que afirman tener por los dioses del mundo superior. Porque cuando amamos a una persona amamos también todo lo que le pertenece, del mismo modo que dispensamos a los hijos el afecto que sentimos hacia el padre. Y si toda alma es hija del Espíritu ¿cómo puede, entonces, este mundo estar separado del mundo espiritual? Quienes desprecian lo que es tan semejante al mundo del Espíritu demuestran no saber nada de Él excepto el nombre...
>
> Dejemos que [cualquier alma individual] se haga merecedora de contemplar la Gran Alma dándose cuenta del engaño [de la insinceridad] y de todo lo que fascina a las almas vulgares. Dejémosles permanecer quietos, como el mar, como el aire, como los cielos. Dejémosles observar la forma en que el Alma fluye en todas partes y se derrama por todo el mundo, impregnándolo e iluminándolo. Del mismo modo que el más resplandeciente rayo de sol ilumina una oscura nube y amarillea sus contornos, así el alma, cuando entra en el cuerpo de los cielos, le da vida y belle-

za atemporal y la despierta de su letargo. Así también el mundo, arraigado en lo atemporal por el alma que le infunde inteligencia, se transforma en un ser vivo y bendito...

[El alma o el Espíritu] se vierte por completo en cada fragmento de este inmenso cuerpo, derramando su ser en cada parte, grande o pequeña, y, por más que las distintas partes estén separadas en el espacio y parezcan enfrentarse unas a otras, cada una depende de todas las demás. El alma no está dividida y tampoco debe dividirse para dar vida a cada individuo. Todas las cosas viven por el alma en su plenitud [es decir, en última instancia, no hay grados ni niveles, sino pura Presencia], que se halla completamente presente por doquier. Los cielos, inmensos y distintos como son, son Uno por el poder del alma, y es por ello que nuestro universo es Divino. También el sol es Divino y las estrellas y hasta nosotros mismos, si somos merecedores de algo, somos tributarios del alma. No te quepa duda de que, por eso mismo, tú puedes alcanzar a Dios. Y debes saber que, para ello, no tienes que ir muy lejos...

La sabiduría y la compasión

P: Lo cual muestra, de modo inequívoco, la orientación no dual de Plotino. Y usted relaciona esta integración entre lo ascendente y lo descendente con la unión entre la sabiduría y la compasión.

KW: Sí. Esto es algo que podemos advertir tanto en Oriente como en Occidente. El camino de ascenso desde los muchos hasta el Uno es *el camino de la sabiduría,* porque la sabiduría ve que detrás de todas las formas y la diversidad de los fenómenos descansa el Uno, el Bien, la incalificable Vacuidad frente a la cual todas las formas devienen ilusorias, fugaces e impermanentes. La sabiduría es el camino de regreso desde los muchos hasta el Uno. Como dicen en Oriente, *prajna, la* sabiduría, nos permite ver que toda Forma es Vacuidad.

El camino de descenso, por su parte, es *el camino de la compasión,* porque el Uno se manifiesta realmente como los muchos y, en consecuencia, todas las formas deben ser tratadas con el mismo respeto y compasión. La compasión, o bondad es, de hecho, el mecanismo mismo de la manifestación. El Uno se manifiesta como los muchos a través de un acto de compasión y caridad infinita y nosotros debemos aceptar a los muchos con la misma exquisita compasión y respeto con la que nos dirigimos al Uno. Como dicen en Oriente, *karuna, la* compasión, nos permite ver que la Vacuidad es Forma.

Así pues, la Sabiduría nos permite advertir que los muchos son Uno y la compasión, por su parte, ve que el Uno son los muchos. O, dicho en términos orientales, *prajna* ve que la Forma es Vacuidad *y karuna* ve que la Vacuidad es Forma.

P: Sabiduría y compasión, otro nombre para Eros y Agape.

KW: Sí, eros ascendente y agape descendente, trascendencia e inmanencia, el amor ascendente y el amor descendente...

El hecho histórico fundamental es que los grandes sistemas no duales de Plotino, en Occidente, y de Nagarjuna, en Oriente, insisten en la necesidad de *equilibrar e integrar estos dos movimientos.* La corriente *ascendente o trascendental* de la sabiduría, Eros *o prajna,* debe verse armonizada por la corriente *descendente o inmanente* de la compasión, Agape *o karuna. Y* la unión entre esas dos corrientes, la unión entre el Uno y los muchos, entre la Vacuidad y la Forma, entre la sabiduría y la compasión, en el corazón no dual de Un Solo Sabor, constituye el origen, el fin y el sustrato de toda auténtica espiritualidad.

Dios y la Divinidad

P: Eros y Agape, la sabiduría y la compasión, el ascenso y el descenso o, dicho de otro modo, Dios y la Divinidad...

KW: Así es, hablando en un sentido amplio. Si ignoramos, por el momento, las nociones restringidas y específicas del esta-

do de la Gran Madre hortícola como una protectora de la agricultura y dejamos también de lado las imágenes agrícolas de Dios como un gran padre que está en los cielos -imágenes míticas que, por otra parte, no resultan muy provechosas para brindarnos una imagen global-, y si, en su lugar, tratamos de alcanzar una comprensión más amplia de Dios y de la Divinidad, la imagen que se nos presentaría sería aproximadamente la siguiente.

El rostro masculino del Espíritu -o Dios- es predominantemente Eros, la corriente ascendente y *trascendental* del Kosmos, siempre luchando por alcanzar totalidades y uniones más comprehensivas, siempre tratando de ir más allá de sus límites y llegar al cielo para captar la ininterrumpida revelación de un Dios o de una Divinidad superior, siempre rechazando lo superficial en busca de lo profundo, lo inferior en aras de lo superior.

Por su parte, el rostro femenino del Espíritu -de la Divinidad- es fundamentalmente Agape, la compasión, la corriente descendente e *inmanente,* la manifestación del Kosmos, el principio de la encarnación, de la corporeización, de la relación, el abrazo manifiesto y relacional que acepta todas las cosas y todos los seres con perfecta e igual armonía, abrazándolo todo sin rechazar nada.

Eros lucha por el Bien del Uno en la sabiduría trascendente. mientras que Agape, por su parte, engloba a los muchos con un respeto divino por todo lo inmanente.

P: Todo lo cual está ligado al tantra.

KW: Así es. El tantra, en sentido general, presenta la realidad no dual última como el abrazo sexual entre Dios y la Divinidad. entre Shiva y Shakti, entre la Vacuidad y la Forma. Desde esa perspectiva, ni lo ascendente ni lo descendente es final, último o privilegiado sino, más bien, al igual que ocurre con el yin y el yang primordial, cada uno de ellos origina al otro, dependen mutuamente, no pueden existir aisladamente y sólo descubren su propia verdad cuando mueren en el otro para despertar juntos, fundidos en la beatitud, como la totalidad del Kosmos, reconociendo, entonces, que la eternidad está enamorada de las producciones del tiempo, ese corazón no dual que resplandece en toda la creación, que bendice toda criatura y celebra esta gozosa unión por toda la eternidad, un abrazo que todos estamos llamados a actualizar en nuestra conciencia, instante tras instante, de manera incesante y milagrosa como la presencia inmediata de Un Solo Sabor. Ésta es precisamente la visión no dual, la unión entre el flujo y el reflujo, entre Dios y la Divinidad, entre la Vacuidad y la Forma, entre la sabiduría y la compasión, entre Eros y Agape, entre lo ascendente y lo descendente, perfecta y beatíficamente fundidos en Un Único Sabor, el sonido contundente de una sola mano aplaudiendo.

Dos dioses diferentes

P: Y también es la visión integradora no dual de Plotino.

KW: Así es. Pero a lo largo de la historia de Occidente, esta unidad entre lo ascendente y lo descendente terminaría resquebrajándose y enfrentando, de manera frecuentemente violenta, a los ultramundanos ascendentes con los intramundanos descendentes. Éste es el conflicto que trataré de rastrear, el conflicto que ha terminado convirtiéndose en el *problema central característico* de la mente occidental.

P: La guerra entre los ascendentes y los descendentes.

KW: Sí, y se trata de algo ciertamente importante porque, desde la época de San Agustín, los ascendentes y los descendentes se hallan enfrentados en una lucha implacable y a menudo cruel que ha ensombrecido el cielo de Occidente con *dos dioses absolutamente incompatibles.*

El dios de los ascendentes es un dios esencialmente ultramundano (un dios cuyo reino no es de este mundo), un dios puritano, monacal y frecuentemente ascético, que considera al cuerpo, a la carne y especialmente al sexo como pecados arquetípicos, un dios que huye de los muchos y anhela el Uno, un dios exclusivamente *trascendente y* pesimista ante la posibilidad de encontrar

la felicidad en este mundo; un dios, en suma, que rechaza el tiempo en favor de la eternidad y que oculta su rostro avergonzado entre las sombras de este mundo.

El dios de los descendentes, por su parte, aconseja exactamente lo contrario. Se trata de un dios que huye del Uno para abrazar a los muchos, un dios cautivado por el mundo visible y sensible, un dios enamorado de la Divinidad, un dios de pura encarnación y de pura inmanencia, un dios, en suma, fascinado por la diversidad y que la celebra gozosamente. Su objetivo no es el logro de una unidad superior sino la diversidad. Este dios goza de los sentidos, del cuerpo, de la sexualidad y de la tierra y saborea una espiritualidad centrada en la creación que contempla cada salida del sol o de la luna como una manifestación visible de lo divino.

P: Y usted está interesado en investigar la historia de la guerra entre estos dos dioses.

KW: Así es. Durante el milenio que va de Agustín a Copérnico aparece, en Occidente, un ideal casi exclusivamente *ascendente*. De hecho, la estructura social *agraria* propia de esa época fomentó una tendencia espiritualmente masculina y más centrada, por tanto, en eros que en agape, en lo ascendente que en lo descendente, en el Uno que excluye -o incluso odia- a los Muchos.

Desde ese punto de vista, la salvación, la auténtica liberación, es esencialmente *ultramundana y* no puede ser encontrada en este cuerpo, en esta carne ni en esta vida. La carne es pecado, el sexo es pecado, la tierra es pecado y el cuerpo es pecado aunque, eso sí, suele hablar mucho de la creación. Hablando en términos generales, para esta perspectiva Eva es el origen del pecado y por ello terminó convirtiendo a la mujer, el cuerpo, la carne, la naturaleza y la sensualidad en un verdadero tabú. Para los exclusivamente ascendentes, pues, cualquier forma de descenso es el Mal.

P: Pero eso ocurrió tanto en Oriente como en Occidente.

KW: Así es. Las corrientes ascendentes existentes en *toda sociedad agraria* tienden a afirmar la ilusoriedad de este mundo y terminan condenando la tierra, el cuerpo, los sentidos, la sexualidad (y también, por cierto, a la mujer). Obviamente, existen excepciones, pero ésa es, a grandes rasgos, una tendencia presente en todas las estructuras agrarias esencialmente ultramundanas que afirman que «su reino no es de este mundo» y anhelan un nirvana ajeno al samsara. Esto es precisamente lo que encontramos en el judaísmo original, en casi todas las formas de gnosticismo, en el budismo temprano y en la mayor parte de las distintas formas del cristianismo y del islam.

Esto es también lo que ha ocurrido en Occidente, en la época que va desde Agustín hasta Copérnico, un milenio durante el cual la conciencia europea estuvo sometida a un ideal casi exclusivamente ascendente. El camino ascendente fue el camino recomendado por la Iglesia para alcanzar las virtudes y la salvación, un camino que aconsejaba no acumular ningún tipo de tesoros de esta tierra porque, según ella, en esta tierra no hay nada que merezca ser atesorado.

Y, aunque en estos caminos se hable mucho de la Divinidad y de las creaciones de Dios (Divinidad = Agape, compasión, descenso), el hecho es que, desde ese punto de vista, no es posible alcanzar la liberación o la salvación en esta tierra, en esta vida. La vida está bien pero las cosas realmente importantes sólo sucederán cuando usted muera, es decir, cuando usted abandone esta tierra, como si la realización no pudiera hallarse en la tierra porque la tierra, por así decirlo, no es más que una simple plataforma de lanzamiento.

P: Y ese estado de cosas no tardaría en cambiar.

KW: Sí, todo comenzó a cambiar radicalmente con el Renacimiento y la emergencia de la modernidad, un cambio que alcanzó su punto culminante con la Ilustración y la Edad de la Razón y que bien podríamos resumir diciendo que *los ascendentes fueron reemplazados por los descendentes.*

A partir de ese momento, quienes sostenían una perspectiva exclusivamente descendente desdeñaron toda forma de ascenso y

el ascenso terminó convirtiéndose en el nuevo mal porque, ante los ojos del dios meramente descendente, el ascenso es siempre el mal.

No deberíamos sorprendernos, pues, de que, con la emergencia de la modernidad, lo ascendente se convirtiera en el nuevo pecado. A fin de cuentas el surgimiento de la modernidad, el rechazo de lo ascendente y el abrazo de un mundo exclusivamente descendente son distintos modos de hablar de lo mismo.

Y aquí estamos nosotros, tratando de rastrear el origen de la moderna negación occidental de las dimensiones transpersonales y comenzando a atisbar el origen del desprecio, el rechazo y la marginación de lo auténticamente espiritual y transpersonal; comenzando a descubrir la glorificación de la visión chata del mundo, la asunción de un marco de referencia descendente y el consiguiente declive de cualquier tipo de sabiduría trascendente -el declive de cualquier tipo de ascenso-, un declive que ha terminado ensombreciendo el rostro de la modernidad y convirtiéndose en el signo distintivo de nuestro tiempo.

El marco de referencia descendente

P: El marco de referencia chato y descendente ha determinado la condición moderna y postmoderna.

KW: Sí. Para el mundo moderno, la salvación -ya sea la que nos ofrece la política, la ciencia, el revivalismo de la religión de la tierra, el marxismo, la industrialización, el consumismo, el retribalismo, la sexualidad, los distintos movimientos revivalistas hortícolas, el materialismo científico, el abrazo de la diosa de la tierra, las ecofilosofías, etcétera-, la salvación, decía, sólo puede ser encontrada en esta tierra, en el mundo de los fenómenos, de las manifestaciones, de la forma, de la pura *inmanencia,* en el marco de referencia, en suma, puramente descendente. Desde este punto de vista, no existe ninguna verdad superior, ninguna corriente ascendente, nada que sea realmente *trascendente.* De

hecho, todo lo «superior», todo lo «trascendente» es ahora el mal, el gran enemigo, el destructor del dios y de la diosa terrenales y sensoriales. La modernidad y la postmodernidad se mueven, fundamental y casi exclusivamente, dentro del marco de referencia de la visión chata del mundo.

P: No se trata, pues, de una integración entre lo ascendente y lo descendente...

KW: ¡En modo alguno! Se trata, simplemente, del dominio de los descendentes, de los fervorosos adoradores de un dios fragmentado, dualista y estéril, una divinidad rota, un Espíritu parcial, limitado y mutilado. Es una religión de mucha compasión pero poca sabiduría, de mucha Divinidad pero poco Dios, de formas maravillosas pero ninguna Vacuidad, de glorificación de los muchos pero olvido del Uno. Es Agape sin Eros, es, en suma, la visión chata del mundo.

P: En el libro, usted introduce esta idea con la frase: «Y aunque los ascendentes dominaron la escena hasta el Renacimiento, en ese momento tuvo lugar un cambio decisivo en la conciencia que abrió la puerta al camino descendente, un camino que, tras mil años de reclusión, explotó con tal virulencia que, en el curso de unos pocos siglos, transformó por completo la fisonomía del mundo occidental sustituyendo, de manera más o menos permanente, un dios fragmentado por otro».

KW: Sí. Durante mil años padecimos el desastre de un ideal exclusivamente ascendente y ahora estamos atrapados en las garras de una visión descendente igualmente insidiosa, el negativo fotográfico de la pesadilla fundamental de Occidente.

Y esto no sólo ocurrió en la realidad «oficial» sino casi en toda forma de «contracultura» o «contrarrealidad». La visión descendente se halla tan arraigada, tan consolidada y es tan profundamente inconsciente que hasta los activistas del «nuevo paradigma» están completamente atrapados en sus garras. El marco de referencia descendente impregna por igual la ortodoxia y la vanguardia, lo convencional y lo alternativo, lo industrial y lo ecológico.

P: Pero, según los ecofilósofos, lo único que puede impedir la catástrofe ecológica es el Espíritu exclusivamente inmanente o descendente, el Gran Espíritu, la diosa Tierra, una espiritualidad, en suma, centrada en la creación.

KW: En mi opinión, sin embargo, lo que ocurre es exactamente lo contrario, porque la visión del mundo exclusivamente descendente es una de las causas fundamentales de la crisis ecológica. La visión descendente está destruyendo a Gaia y los ecofilósofos, lo admitan o no, son uno de sus principales inspiradores.

P: Éste es, precisamente, el tema que quisiera considerar en el próximo capítulo.

15. EL COLAPSO DEL KOSMOS

P: Ciertamente, el mundo moderno y el mundo postmoderno se mueven dentro del marco de referencia descendente. Pero ¿por qué?

KW: Porque ése fue el primer obstáculo erigido por la dialéctica del progreso cuando el vehículo de la evolución entró en el mundo moderno, un obstáculo con el que tropezó, derrapando y volcando todo su contenido sobre la superficie de la carretera. A partir de ese momento, la diferenciación del Gran Tres -conciencia, cultura y naturaleza- derivó hacia la disociación del Gran Tres y su posterior colapso en el mundo chato del Gran Uno.

La evolución dispone de sus propios mecanismos de corrección y continuamente rectifica su trayectoria. Como ocurre en el caso de la bolsa, por ejemplo, existe una tendencia general e indiscutible al alza, lo cual, no obstante, no significa que a corto plazo no tengan lugar períodos de intensa fluctuación (períodos de expansión y períodos de recesión). Así, a partir del siglo xix, el valor de ciertas acciones del mercado cultural experimentó una caída desconocida hasta entonces, una caída de la que desde hace poco estamos empezando a salir.

P: Dando lugar a un reduccionismo desconocido en otras culturas.

KW: Así es. Las culturas premodernas no reconocen las buenas ni las malas noticias de esta diferenciación, lo cual suele con-

fundir a los críticos. Porque el hecho de que otras culturas no hayan llegado a diferenciar el Gran Tres les impide caer en el reduccionismo y el colapso del que estamos hablando. Y fue precisamente el extraordinario avance que supuso la diferenciación del Gran Tres el que posibilitó ese desastre. Entonces fue cuando la *dignidad* de la modernidad comenzó a convertirse en el *desastre* de la modernidad -la fragmentación del mundo en tres dominios separados, el yo, la moral y la ciencia, que no buscaban la integración sino el dominio sobre los demás-, un desastre en el que todavía se encuentra atrapado el mundo moderno y postmoderno.

Así fue como ese gran salto evolutivo hacia adelante experimentó su primer contratiempo y la dialéctica del progreso terminó manchando de sangre la flamante alfombra de la modernidad.

El esplendor de la modernidad

P: Veamos, en primer lugar, las buenas nuevas que trajo consigo la modernidad.

KW: Bien. Y éste es un punto especialmente importante, porque la tendencia antimoderna de centrar la atención en las malas noticias tiende a hacernos olvidar totalmente de las buenas.

Recordemos que las visiones mágica y mítica del mundo no son postconvencionales. Sólo con la aparición de la razón y de la ética mundicéntrica asistimos al surgimiento de los modernos movimientos de liberación que propiciaron la abolición de la esclavitud y la liberación de la mujer y de los intocables. Ya no se trataba de reclamar lo que es bueno para mí, para mi tribu, mi raza, mi mitología o mi religión, sino lo que es bueno y adecuado para todos los seres humanos, independientemente de su raza, su sexo, su casta o su credo.

Así fue como, en apenas un siglo -desde 1788 hasta 1888-, la esclavitud fue proscrita y erradicada de todas las sociedades racional-industriales del planeta. Tengamos en cuenta que para la ética preconvencional/egocéntrica y para la ética convencionalietnocéntrica, la esclavitud es perfectamente aceptable porque, desde ambas perspectivas, la dignidad y el valor *no* se aplican por igual a todos los seres humanos sino tan sólo a los miembros de nuestra tribu, de nuestra raza, o a quienes crean en nuestros dioses preferidos. Desde una perspectiva postconvencional, en cambio, la esclavitud es una actitud errónea y completamente inadmisible.

¡Por primera vez en la historia, un tipo de sociedad había conseguido erradicar la esclavitud! Es cierto que anteriormente hubo algunas sociedades no esclavistas pero, como bien documenta Gerhard Lenski, hasta el surgimiento de la industrialización y la razón, no existió ningún *tipo* de sociedad que fuera completamente ajena a ella.

Y esto ocurrió tanto en Oriente como en Occidente, tanto en el Norte como en el Sur, porque tanto los blancos como los negros, los amarillos y los cobrizos esclavizaban a sus semejantes, fueran hombres o mujeres, sin el menor remordimiento de conciencia. Es cierto que, en algunas sociedades, como las primitivas sociedades recolectoras, por ejemplo, la esclavitud era menos patente pero, aun así, en modo alguno podemos afirmar que se hallaran completamente ajenos a ella porque, de hecho, fueron sus inventores.

Desde este punto de vista, una de las pesadillas sociales que atormentan a Estados Unidos se remonta al origen mismo de este país, creado durante la gran transición que condujo de una sociedad esclavista agraria a una sociedad industrial no esclavista. De hecho, la misma Constitución es un documento fundamentalmente agrario, un documento en el que las mujeres no son consideradas como ciudadanos y en el que la esclavitud se da tan por sentada que ni siquiera se menciona. Pero, cuando el centro de gravedad cultural pasó de lo mítico-agrario a lo racional-industrial, la esclavitud fue abolida, aunque todavía sigamos, no obstante, conservando sus cicatrices.

P: Y, en ese mismo instante, las mujeres también fueron, por así decirlo, «liberadas».

KW: Así es, y por ese motivo podemos advertir el surgimiento, a gran escala, del feminismo y del movimiento de liberación de la mujer, en una fecha que se remonta, como ya hemos visto, a la época de Wollstonecraft (1793), la misma época en la que aparecieron muchos otros movimientos de liberación.

Esta fue también una de las consecuencias del proceso de racional-industrialización, y debe ser considerada como uno de los grandes avances de la modernidad. En la época previa a la diferenciación del Gran Tres (cuando la noosfera y la biosfera permanecían todavía indisociadas), los determinantes *biológicos* (como la fortaleza física masculina, por ejemplo) eran también los determinantes *culturales*. Es por ello que fortaleza física masculina se asimilaba al poder cultural masculino. En las épocas en las que la producción no exigía tanta fortaleza física -como en el período hortícola, por ejemplo-, las mujeres corrieron otra suerte y las sociedades eran mucho más «igualitarias» (aunque en las épocas en las que se requería del esfuerzo físico, las mujeres quedaban nuevamente relegadas a un segundo plano).

Con la diferenciación entre el yo, la cultura y la naturaleza (con la diferenciación del Gran Tres), los determinantes biológicos pasaron a ser irrelevantes. A partir de ese momento, la biología dejó de determinar el destino. En la biosfera, el pez grande se come al chico y no fue posible alcanzar la igualdad de derechos. pero tal vez fuera posible realizar ese sueño en la noosfera. Y fue precisamente en ese momento histórico -y no antes- cuando apareció el feminismo liberal proclamando su nueva y emergente verdad, una verdad que se arraigaba en la profundidad postconvencional y la racionalidad mundicéntrica: «En la noosfera las mujeres merecen igualdad de derechos».

P: El mismo impulso que originó todos los movimientos democráticos.

KW: Así es, se trata, esencialmente, del mismo fenómeno. A diferencia de lo que opinan los retrorrománticos, la visión mitológica del mundo está completamente inmersa en jerarquías de dominio. El dios mítico no es postconvencional y mundicéntrico, sino sociocéntrico y etnocéntrico, es el dios de un pueblo *concreto* o, en el mejor de los casos, el dios de todos los pueblos... que le rindan pleitesía, un dios «mundicéntrico» por *conversión forzosa* y, en caso de que sea necesario, por *conquista militar* (como evidenciaron claramente los grandes imperios míticos de los aztecas, los incas, los romanos, los khans y Ramsés). Este tipo de jerarquías de dominio suelen tener una sola cabeza -llamada Papa, Rey, Cleopatra o Khan-, una cabeza que se halla en la cúspide y bajo la cual se despliegan diversos niveles de servidumbre. Todas esas sociedades guerrearon en nombre de su dios o de su diosa mítica predilecto, el dios ante el cual debían postrarse todos los seres humanos.

En consecuencia, la Edad de la Razón fue también la Edad de la Revolución en contra de las grandes jerarquías de dominio, una revolución no sólo teórica sino también práctica, política. Una de las grandes consignas de la Ilustración fue «¡No más mitos!», porque los mitos precisamente habían dividido y enfrentado etnocéntricamente a los pueblos, llevándoles a perpetrar todo tipo de crueldades sobre los no creyentes en nombre de su dios preferido.

Por ello el apasionado grito de Voltaire -«¡Recordad las crueldades ! » - se propagó rápidamente por todo el continente. Recordad las crueldades infligidas sobre el pueblo en nombre del dios mítico; recordad a los cientos de miles de personas abrasadas en la hoguera bajo el pretexto de salvar sus almas; recordad a la Inquisición, grabando a fuego sus dogmas en la carne de las torturadas víctimas; recordad las desigualdades políticas que acompañaron a todas las jerarquías míticas; recordad las brutalidades que han aplastado a tantas almas en nombre de la compasión.

Desde una postura postconvencional, en cambio, todas las personas, sin distinción de raza, sexo, credo, creencias, mitos o dios, son merecedoras de las mismas oportunidades. Y, aunque nadie llegara realmente a actualizarlo, este ideal postconvencional o mu ndicéntrico nació bajo los auspicios de la modernidad. A partir de entonces, miles y miles de hombres y mujeres han lu-

chado y han muerto por la idea democrática de la tolerancia mundicéntrica y el pluralismo universal, bajo el lema «Podré estar en desacuerdo con lo que dices pero defenderé hasta la muerte tu derecho a decirlo».

Y todo esto era, en cierto modo, radicalmente nuevo, porque la estructura agraria *no podía soportar* la emancipación de los esclavos. Recordemos que la «democracia» de la Grecia clásica carecía de este universalismo y que, en ella, una de cada tres personas era un esclavo y lo mismo ocurría, prácticamente, con las mujeres y los niños. Como sucedía en todas las ciudades-estado, la ciudad de Atenas tenía sus propios dioses y diosas míticas, en nombre de los cuales condenó a Sócrates «por ser culpable de negarse a reconocer a los dioses del Estado... y el castigo que merece es la muerte».

Y cuando se le preguntó, como era habitual, que sugiriera un castigo alternativo, él propuso nada menos que ser alimentado por el Estado.

Sócrates, en suma, eligió la razón sobre el mito y por ello fue condenado a beber la cicuta. Mil quinientos años más tarde el mundo dio un vuelco, la polis obligó a los dioses a beber la cicuta y de la muerte de esos dioses surgieron las modernas democracias.

La miseria de la modernidad

P: Y supongo que una de las buenas noticias es el desarrollo de la ciencia.

KW: Sí. La diferenciación del Gran Tres eliminó las trabas impuestas por los dogmatismos míticos que obstaculizaban el progreso de la ciencia empírica. Fue entonces cuando emergió, por primera vez a gran escala, la ciencia empírica (es decir, la *racionalidad* ligada a la observación *empírica* que se basaba en un procedimiento hipotético-deductivo).

Yo no tengo la menor queja de la ciencia empírica... pero no

ocurre lo mismo con el cientifismo, porque fue precisamente con él cuando comenzamos a advertir las malas noticias que acompañaron a la modernidad, *su fracaso en integrar el Gran Tres.* Liberadas de la indisociación mágica y mítica, la conciencia, la moral y la ciencia comenzaron a proclamar sus verdades, su poder y su forma peculiar de abordar el Kosmos.

A finales del siglo xvIII, el vertiginoso avance de la ciencia comenzó a desproporcionar las cosas y los progresos conseguidos en el dominio del «ello» llegaron a eclipsar y terminaron *negando* los valores y las verdades propias de los dominios del «yo» y del «nosotros». Fue entonces cuando el Gran Tres se colapsó en el Gran Uno y la ciencia empírica terminó arrogándose la facultad de pronunciarse sobre la realidad última. En ese momento la ciencia se convirtió en cientifismo, yendo más allá de sus dominios y ¡comenzando a negar incluso la existencia misma de cualquier otro tipo de verdades diferentes a la suya!

Como ya he dicho, en el siglo xvirr las dimensiones de la Mano Izquierda comenzaron a verse reducidas a sus correlatos empíricos de la Mano Derecha. ¡A partir de entonces, lo único «realmente real» fueron «ellos» objetivos poseedores de localización simple! Todas las dimensiones interiores -en cualquiera de los holones ¡humanos o no humanos!- se vieron destripadas y el Espíritu de la máquina comenzó a emitir el triste y solitario lamento que caracteriza a la modernidad, un gemido tan monótono que ni siquiera llama nuestra atención.

Cuando lo único realmente real son «ellos» objetivos poseedores de localización simple, la mente misma se convierte en una *tabula* completamente *rasa* que debe ser llenada con *imágenes o* representaciones de la única realidad existente, la naturaleza objetiva y sensorial. Entonces el *Espíritu y* la *mente* desaparecen y sólo existe la *naturaleza* empírica. En consecuencia, tampoco existe la supraconciencia y la autoconciencia sino tan sólo procesos inconscientes insertos en un vasto sistema de «ellos» interrelacionados. De este modo, la Gran Holoarquía terminó desplomándose como un castillo de naipes barrido por el viento

quedando sólo en pie *la red de la naturaleza poseedora de localización simple.*

Bienvenida, pues, la modernidad, bienvenido el mundo exclusivamente descendente. La única verdad que merece la pena conocer es la verdad de los «ellos», la verdad de la mononaturaleza, la verdad de los procesos objetivos y empíricos que no requiere de ningún tipo de ascenso. Bienvenido, pues, el chato marco de referencia del mundo descendente, el mundo de los trogloditas, un mundo esencialmente hueco.

La racionalidad instrumental: Un mundo de «ellos»

P: Éste parece ser el quid de la cuestión. ¿Cómo, o por qué, la ciencia aplastó los otros dominios?

KW: Los extraordinarios logros alcanzados por la ciencia empírica -por Galileo, Kepler, Newton, Harvey, Kelvin, Clausius y Carnot, entre otros- sólo podían equipararse a las extraordinarias transformaciones provocadas por la industrialización. *Ambos eran dominios del «ello»* que se alimentaban mutuamente en una especie de círculo vicioso que dejaba completamente ajena a cualquier otra cosa. Dicho en otras palabras, el dominio del «ello» contaba ahora con dos poderosas fuerzas, los logros de la ciencia empírica y el poder de la industrialización.

La base tecnoeconómica de una sociedad (el cuadrante inferior derecho) impone las *formas concretas* en las que se mueve y *puede* moverse una determinada cultura. No estoy diciendo que esta base determine la superestructura cultural en un sentido marxista fuerte, pero lo cierto es que sí que impone los límites y la libertad de movimientos de una determinada cultura (es prácticamente imposible, por ejemplo, abolir la esclavitud y reivindicar con éxito los derechos de las mujeres en una sociedad esencialmente agraria).

Ahora bien, la base industrial constituye también el fundamento de la *productividad instrumental.* Por cierto que también

lo eran el arco, las flechas, la azada y el arado. En este sentido, el motor y la máquina no son más que el simple desarrollo de la capacidad productiva, una capacidad cuyos orígenes se remontan a la primera piedra utilizada como arma y al primer palo utilizado como lanza. La industrialización, pues, no supuso una ruptura radical con el pasado, puesto que los hombres y las mujeres de todos los tiempos y de todos los lugares se las habían arreglado para satisfacer sus necesidades fundamentales recurriendo a todo tipo de herramientas. Pero con la invención de la máquina de vapor y el motor de combustión interna el desarrollo de este cuadrante fue haciéndose cada vez más complejo y el poder de la máquina, de la base industrial, terminó poniendo en primer plano a la productividad instrumental.

Toda cultura se desarrolla dentro del marco de las posibilidades que le proporciona su fundamento tecnoeconómico y, en este sentido, la industrialización favoreció el desarrollo de una mentalidad productiva, técnica e *instrumental* que *enfatizó desmesuradamente el dominio del «ello».*

Ahora bien, son muchos los críticos -en la actualidad, la mayoría- que tienden a subrayar los problemas que acompañan a la industrialización, a la que culpan de fomentar la visión mecánica del mundo, de la destrucción de una cultura orgánica, del surgimiento de un mundo analítico y fragmentado, de la falta de cohesión social, de la catástrofe ecológica y del embotamiento de la sensibilidad religiosa.

En mi opinión, sin embargo, todas estas cuestiones son secundarias, lo realmente esencial es la presión ejercida por la base productiva -es decir, el poder de la industrialización unida a los logros de la ciencia empírica- sobre la conciencia para privilegiar el dominio del «ello», para crear un mundo en el que *el «ello» es lo único real.* Todo lo demás, a mi juicio, es secundario y se deriva de este problema.

Fue entonces cuando el dominio del «ello» comenzó a crecer como un cáncer -una jerarquía patológica- que terminó invadiendo, colonizando y sometiendo a los dominios del «yo» y del

«nosotros». De este modo, las decisiones *éticas* de la cultura acabaron rápidamente en manos de la ciencia y de la *técnica.* A partir de entonces, la ciencia debía pronunciarse sobre *todo* y hasta los problemas propios de los dominios del «yo» y del «nosotros» terminaron convirtiéndose en problemas técnicos del dominio de «ello». De este modo la ciencia (teórica y técnica) se arrogó no sólo el derecho exclusivo a resolver todos los problemas sino a decidir incluso qué era un problema, qué era real y qué no lo era.

P: ¿De modo que el problema no radica en que la nueva ciencia fuera analítica y divisiva en lugar de holística y sistémica?

KW: De ningún modo. El problema fue que tanto la ciencia atomística como la ciencia holística se hallaban al servicio del «ello», de modo que ambas contribuyeron al colapso y, en este sentido, los holistas no son ajenos a la pesadilla de la que tan vehementemente culpan a los atomistas.

P: Pero los defensores del «nuevo paradigma» afirman que vivimos en un mundo fracturado por «la vieja ciencia newtoniana» mecanicista, divisiva y atomística, una visión que ha terminado desintegrando a la sociedad, y que, para resolver todas esas divisiones, se requieren las nuevas ciencias holísticas (desde la física cuántica a la teoría de sistemas). Usted, sin embargo, parece insistir, en cambio, en que los holistas son tan culpables de esta situación como los atomistas.

KW: Así es. Cuando la ciencia decretó que su cometido era el único real, también decretó que el dominio del «ello» -el mundo empírico de la naturaleza monológuica- era el único mundo real. A fin de cuentas, si los seres humanos constituyen una parte inseparable de la red de la naturaleza también pueden ser conocidos de un modo empírico y objetivo. ¿Quiere usted conciencia? ¡Pues no me *hable* de ello, abra el cráneo *y mire* directamente el cerebro! Una vez más, la misma mirada monológuica.

La idea, en suma, de que el cerebro forma parte de la naturaleza -la única realidad-, y de que la conciencia puede ser descubierta mediante el estudio empírico del cerebro, supone una lamentable reducción a las superficies monológuicas.

P: ¡Pero el hecho es que el cerebro *forma parte* de la naturaleza!

KW: Así es, el cerebro forma parte de la naturaleza, pero la mente no forma parte del cerebro. La mente, la conciencia, es una dimensión interna cuyo correlato externo es el cerebro objetivo. La mente es un «yo» y el cerebro es un «ello». Por eso, como decíamos anteriormente, el cerebro, al igual que cualquier otro aspecto de la naturaleza empírica, puede ser conocido mediante la mirada monológuica, mediante la investigación empírico-analítica, pero sólo es posible acceder a la mente a través de la introspección, la comunicación y la interpretación. Usted tal vez pueda observar el cerebro pero, si lo que desea es conocer la mente, no bastará con la mera observación sino que deberá recurrir a la interpretación.

De modo que, cuando las distintas facetas de los holones se vieron reducidas a la gran red monológuica de las superficies empíricas, sus dimensiones interiores también se vieron consecuentemente diezmadas. El interior de las plantas, de las ballenas, de los lobos y de los chimpancés se secaron así bajo la abrasadora luz de la mirada monológuica. Todo se convirtió entonces en una mera hebra de la red objetiva, ajena a la vida y a la cultura. Cuando usted reduce el Kosmos a la gran red de la naturaleza empírica, desnaturaliza también el interior de la naturaleza. Entonces lo único que le queda es la naturaleza empírica, la naturaleza monológuica, la naturaleza desnaturalizada, el cascarón hueco de un Kosmos colapsado que terminó reduciendo a todos los «yoes» y a todos los «nosotros» en meros «ellos» interrelacionados en la gran red de la localización simple.

Es evidente que la conciencia carece de localización simple y que existe en una dimensión interior que sólo puede compartirse mediante la comunicación sincera y a la que sólo puede accederse a través de la interpretación. Y, puesto que *nada* de esto posee localización simple, jamás será posible capturar esa presa rastreando sus huellas empírico-objetivas.

En el caso de hacerlo así, las únicas holoarquías ontológicas posibles a partir de ese momento se basarán en la extensión *fisi-*

ca, los órdenes de magnitud reemplazarán a los *órdenes de significado, y* las únicas diferencias que podrá discriminar serán diferencias de tamaño (los átomos forman parte de las moléculas que, a su vez, forman parte de las células que, a su vez, forman parte de los organismos que, a su vez, forma parte de la biosfera...). Ese es el único mapa sistémico holístico posible.

Es entonces cuando usted queda preso de lo que Whitehead denominaba la *falacia de la localización simple,* afirmando que lo que no pueda ser localizado en el espacio físico no es «realmente real». Usted puede localizar a Gaia, entonces existe; usted puede localizar a las células, entonces existen; usted puede localizar al cerebro, entonces existe; usted puede localizar a la biosfera, entonces existe.

Pero, de ese modo, usted jamás podrá *localizar* a la conciencia, los valores, los significados y las morales porque nunca podrá señalarlos con el dedo, no podrá encontrarlos y verlos en ningún punto concreto de la gran red de la naturaleza sensorial. Por ello todas esas entidades terminan convertidas en espíritus errantes en la máquina, patéticas ilusiones del sistema orgánico, meras preferencias personales y simples fantasías subjetivas. En un universo descualificado, en un universo que no puede tocarse con los dedos, las interioridades *no cuentan.*

Lo irónico es que el universo que usted puede tocar con los dedos es un universo sin sentido. Porque, aunque la conciencia, los valores y los significados sean *inherentes* a las *profundidades* del Kosmos, no pueden ser encontrados en el cosmos, es decir, son inherentes a las profundidades de la Mano Izquierda, no a las superficies de la Mano Derecha. Por ello, si usted sólo se interesa por las superficies sensoriales, terminará desterrando del Kosmos al mundo de los valores, la conciencia, el sentido y la profundidad.

Así fue como, por primera vez en la historia, se renunció a la Gran Holoarquía por el simple hecho de que no era posible señalarla con el dedo. Así fue como el Espíritu se suicidó y terminó convirtiéndose en un fantasma.

El paradigma fundamental de la Ilustración

P: ¿Es ése el motivo por el que teóricos como Foucault han atacado con tanta dureza las «ciencias del hombre» que aparecieron en el siglo XVIII?

KW: Así es. Foucault resumía perfectamente la locura monológuica con una frase rotunda, afirmando que, con ella, los hombres y las mujeres se transformaron en «objetos de información, nunca sujetos de comunicación». Es decir, los seres humanos, al igual que todos los holones, sólo eran estudiados en sus dimensiones objetivas y empíricas y, en consecuencia, fueron reducidos a meros «ellos» en la gran red interconectada, carentes de profundidad, intencionalidad y personalidad. El mundo brutal del técnico de laboratorio, interesado tan sólo en meras lonchas de carne.

De este modo, el cientifismo apareció al mismo tiempo que las denominadas «ciencias del hombre», las ciencias que redujeron a los seres humanos a objetos de información, el llamado «humanismo deshumanizado».

P: ¿Y por qué Foucault la llamó «la Era del Hombre»?

KW: Porque fue entonces cuando se «inventó» al «hombre» como *objeto* de investigación científica y los seres humanos se convirtieron en objetos de la racionalidad monológuica, algo que nunca antes había ocurrido (por la sencilla razón de que el Gran Tres nunca se había diferenciado y colapsado anteriormente). En su particular lenguaje, Foucault decía que el «hombre» nunca había existido antes y que fue entonces cuando se inventó. Por ello anhelaba «el fin del hombre» *y El orden de las cosas* concluye con una provocadora metáfora: «Podemos apostar con toda seguridad que el hombre será borrado, como un rostro dibujado en la arena de la orilla del mar».

Ese era el objetivo del postmodernismo, el fin de la objetivación, el fin del humanismo deshumanizante, el fin del «hombre», el fin de la *mera* objetivación de la persona y su transformación en una superficie monológuica. El principal objetivo de Foucault consistía en derrocar a ese poder que hoy se conoce con el nom-

bre de conocimiento y que se basa en la reducción de todos los sujetos a objetos en una gran red interrelacionada, la tiranía de la mirada monológuica, la ironía de una racionalidad chata.

Si presta atención a lo que nos dicen los principales teóricos y críticos del auge del modernismo -Hegel, Weber, Taylor y Foucault- descubrirá que todos ellos coincidían al caracterizar a la modernidad como un sujeto separado observando un mundo de «ellos» holísticos, cuyo único conocimiento consistía en la representación, el cartografiado empírico y objetivo de un mundo holístico (el paradigma de la representación, el espejo de la naturaleza). De ese modo, los dominios de lo subjetivo y de lo intersubjetivo se vieron *reducidos* a la investigación empírica -el «yo» y el «nosotros» se vieron reducidos a «ellos» interrelacionados- y los seres humanos se convirtieron en «objetos de información, nunca sujetos de comunicación». La reducción del Gran Tres al Gran Uno dio así paso al humanismo deshumanizado y al universo descualificado que todavía sigue gobernando el mundo moderno y postmoderno.

De este modo -en palabras de Marcuse- el mundo, y con él todos sus habitantes, se «unidimensionalizó»; de este modo el paradigma fundamental de la Ilustración terminó dando origen al moderno marco de referencia descendente.

Ni Espíritu ni mente, sino sólo naturaleza

P: ¿Esto es lo que usted quiere decir cuando afirma que un dios fragmentado reemplazó a otro?

KW: Sí. Del ideal casi exclusivamente ascendente que había dominado a la conciencia occidental desde hacía un milenio pasamos al ideal casi exclusivamente descendente que ha seguido dominado a la modernidad y la postmodernidad hasta hoy en día. Desde este punto de vista, no existe ningún Espíritu translóguico y ninguna mente dialóguica sino sólo la naturaleza monológuica, la naturaleza superficial, la mononaturaleza, el mundo de las formas sensoriales y materiales, el «dios» o la «diosa» del mundo moderno y postmoderno.

Y la pobre naturaleza finita, el paisaje mudo y desolado de la naturaleza empírica, ha terminado convirtiéndose en la única realidad. Para unos es el Espíritu, para otros el mero azar; unos la denominan diosa mientras que otros la califican de cruel azar; unos la elevan a los cielos mientras que otros la relegan a la materia inerte, pero, en cualquiera de todos estos casos, la naturaleza finita es la única realidad porque la renuncia al Espíritu auténtico y a la mente genuina sólo deja en pie al mundo de la naturaleza monológuica y el ajuste funcional.

El mundo fracturado, dualista y ascendente dio lugar así al igualmente fracturado y dualista mundo descendente. Y el hombre moderno y postmoderno vagabundea perplejo dentro del marco de referencia descendente alejado de su Origen, de su Sustrato y de su Fin, anhelando el retorno de un Dios perdido y escondido del que, no obstante, renegamos apasionadamente, anhelando el retorno de una diosa cuya muerte no supimos reconocer, atrapados entre dos sueños, uno ya desaparecido y que nunca pudimos alcanzar y el otro, prometedor y luminoso, que todavía no ha nacido, atrapados en ese interregno, deambulando perdidos entre los humeantes escombros de la quimera de buscar la salvación infinita en un mundo finito.

La ironía: El talante de la modernidad

P: Buenas noticias y malas noticias.

KW: Sí. Y ésta es la ironía, la implacable ironía de la modernidad. La diferenciación del Gran Tres trajo consigo los grandes avances que hemos señalado -los movimientos de liberación, las democracias, la búsqueda del conocimiento, etcétera- pero, al mismo tiempo, también propició el colapso del Kosmos en el inhóspito yermo de las exterioridades absurdas y las superficies carentes de significado.

Resulta paradójico que la misma razón que liberó la humanidad se halle a punto de destruirla con su deshumanizador reduccionismo. Y toda la modernidad y postmodernidad gravitan en torno a esta *paradoja.* Los postmodernistas llegaron incluso a hacer de la ironía su dios, lo cual resulta muy sorprendente, porque la ironía implica que el objetivo buscado y los resultados conseguidos están completamente desproporcionados, la ironía es un tipo de mentira, por así decirlo, que permite que un falso yo suplante al yo verdadero.

Como han señalado casi todos los estudiosos de este período, la ironía es uno de los rasgos característicos de la modernidad y la postmodernidad. El primer Foucault, por ejemplo, es básicamente un estudio sobre la ironía de la Ilustración. De hecho, la ironía se halla tan arraigada en nuestro mundo -la modernidad es tan irónica- que Kierkegaard hizo de ella su tesis *(El concepto de la ironía) y* llegó a la conclusión de que es el resultado de estar atrapado entre dos visiones del mundo, una ya agonizante y la otra luchando todavía por nacer.

Ya hemos dicho que una de las principales ironías de la modernidad fue que la misma diferenciación del Gran Tres -que permitió el gran paso adelante hacia el logro de una mayor libertad- propició también el colapso en el mundo chato y absurdo de las meras superficies. ¡Una mayor libertad para ser superficial!

P: ¡Qué ironía!

KW: ¿Verdad? La mayor profundidad de la modernidad le permitió también ser más superficial que cualquier otra cultura. La frivolidad y la modernidad nacieron juntas. Aunque la razón tenga más profundidad intrínseca -y, en consecuencia, más Espíritu- que la magia o el mito, las religiones míticas fundamentalistas podrían mirar a la modernidad racional y no ver más que superficialidad y, en ese sentido, estarían en lo cierto: el colapso del Gran Tres y la exaltación de la mera naturaleza empírica no fue más que un proceso de achatamiento y superficialización al que ningún creyente mítico querría someterse.

El colapso de la modernidad: futilidad, frivolidad e ironía. La sociedad más avanzada, la más ilustrada, la más progresiva, pierde el tiempo rebuscando, entre sus cimientos ontológicos, a un dios perdido al que jamás podría aceptar aunque encontrase.

De hecho, la misma profundidad de la modernidad fue la que permitió negar toda profundidad. De ahí en adelante, la conciencia moderna y postmoderna asumió la extenuante misión de negar su propia existencia.

P: De modo que el mundo moderno no tiene Espíritu sino ironía.

KW: Exactamente. La ironía es el aroma que desprende el mundo chato, el talante de la modernidad, el regusto agridulce de un mundo que no puede decir la verdad sobre la profundidad sustantiva del Kosmos y se ve obligada a querer decir una cosa y decir otra, un mundo, en suma, que no puede comprometerse absolutamente con nada.

La voz del marco de referencia industrial

P: De modo que, en su opinión, la moderna crisis ecológica es uno de los frutos del marco de referencia descendente.

KW: Así es. Cualquiera puede decir que está pensando «globalmente» pero muy pocos, en realidad, se hallan realmente en condiciones de asumir una perspectiva mundicéntrica o postconvencional. Como ya hemos dicho, para vivir *realmente* desde una perspectiva mundicéntrica o universal es necesario haber superado ya cinco o seis estadios fundamentales de transformación y trascendencia.

Pero si ignoramos o menospreciamos las dimensiones de la Mano Izquierda, si dejamos de lado las interioridades y sólo prestamos atención a los mapas objetivos «globales» de Gaia o de los sistemas de la naturaleza, soslayaremos también el único camino real que puede conducirnos a esa actitud global o mundicéntrica, tendremos un objetivo pero ignoraremos el camino que

conduce hasta él, ¡dispondremos de un mapa que reniega de la trascendencia, el único camino real posible!

Y esa torpeza nos lleva directamente al reduccionismo sutil propio del paradigma fundamental de la Ilustración. Como ya hemos dicho, la *racionalización* logró diferenciar al Gran Tres, pero la *industrialización* terminó colapsándolo en el Gran Uno, en la mononaturaleza, en la naturaleza empírica y en la localización simple.

Dicho en otras palabras, el mundo de la mononaturaleza es, de hecho, una *ontología* puramente *industrial.* Tengamos en cuenta que el paradigma del marco de referencia descendente propio de la ontología industrial es la noción de que «la naturaleza empírica es la única realmente real». Es la industrialización la que *sustenta la visión chata del mundo, la* que afirma que el mundo objetivo de la localización simple es la realidad primaria, la que colonizó y sojuzgó a las interioridades y las redujo a la mera vertiente instrumental de la gran red de las superficies observables. Es la misma voz del marco de referencia industrial la que no cesa de machacar que «la naturaleza es la única realidad».

P: Y ése es el motivo por el cual no descubrimos este colapso en otras culturas.

KW: En efecto. En las culturas mágicas la naturaleza es prediferenciada y egocéntrica, en las culturas míticas la naturaleza es devaluada en aras de un mundo ultramundano y, en el caso de Plotino o Padmasambhava, por ejemplo, constituye una expresión del Espíritu, una encarnación del Espíritu (que la trasciende y la incluye).

¡Nunca antes la naturaleza diferenciada se había equiparado a la realidad última! ¡Nunca el Espíritu translóguico y la mente dialóguica se habían visto relegados tan brutalmente a la naturaleza monológuica! Es precisamente la aparición de la moderna ontología industrial la que propició la afirmación de que la naturaleza es la última realidad, la afirmación de que la única realidad es la naturaleza.

P: De modo que este concepto de *naturaleza* es un *producto* de la industrialización.

KW: Definitivamente sí. Como decíamos anteriormente, el persistente discurso del marco de referencia industrial es que «la naturaleza es la única realidad».

Desde esa perspectiva sólo existen dos alternativas con respecto al Espíritu, negarlo o afirmar que la naturaleza es el Espíritu. Y eso fue precisamente lo que hicieron respectivamente los filósofos de la Ilustración y la rebelión romántica con su movimiento de regreso a la naturaleza. Pero ambos, sin embargo, se hallaban atrapados dentro del mismo marco de referencia descendente de la mononaturaleza, de la desenfrenada ontología industrial.

P: ¿Plotino estaba volviendo a su cueva?

KW: Eso sólo podemos imaginarlo. Permítame insistir en que para Platón o para Plotino -al igual que para Emerson, Eckhart o la princesa Tsogyal- la naturaleza es una *expresión* del Espíritu. De hecho, para Plotino, la mente y la naturaleza son expresiones del Espíritu, que las *trasciende e incluye* en un abrazo integral de Un único Sabor. Y lo mismo ocurre con el budismo, en donde el Dharmakaya del Espíritu da lugar al Sambhogakaya de la mente que, a su vez, termina dando lugar al Nirmanakaya del cuerpo, la forma y la naturaleza.

Pero la ontología industrial, que *sólo* reconocía al Nirmanakaya, a la naturaleza, invadió, colonizó y sojuzgó a todos los otros dominios, provocando el hundimiento del Kosmos en un mundo empírico que *sólo* dejó en pie a la naturaleza.

Únicamente en la aurora de la modernidad descendente pudieron aparecer Marx, Feuerbach o Comte, pero, del mismo modo, únicamente en la aurora de la modernidad pudieron aparecer los románticos y los ecofilósofos. Porque unos y otros, en definitiva, fueron facciones distintas del mismo bando, del mismo mundo chato y buscaban a dios dentro del mundo descendente de la naturaleza sensorial impuesto por el marco de referencia industrial.

P: De manera que el movimiento ecorromántico no es tanto una rebelión contra la industria como un producto de ella.

KW: Así es. Es la ontología industrial la que sostiene la creencia de que la realidad última *es* la naturaleza empírica. Y si bien los ecorrománticos rechazaron a la industria, se mantuvieron, sin embargo, absolutamente fieles a su ontología. Dicho en otras palabras, negaron los problemas superficiales pero abrazaron sus contradicciones más profundas. De este modo -y como a veces ocurre con las víctimas de un secuestro- los prisioneros cautivos de la ontología industrial terminaron enamorándose de sus secuestradores y se convirtieron en sus más fervientes defensores.

La religión de Gaia, la veneración de la naturaleza no es, pues, más que una de las distintas formas que asume la religión industrial, la espiritualidad industrial, y no hace otra cosa más que perpetuar el paradigma industrial.

P: Pero la estructura mágico-recolectora, por ejemplo, adoraba a la naturaleza.

KW: No, no lo hacía porque ni siquiera se había diferenciado de ella, lo cual es algo completamente diferente. *Esa* naturaleza mágica estaba animísticamente viva con impulsos egocéntricos y con sentimientos indiferenciados. Y la naturaleza adorada por los modernos ecorrománticos, en cambio, es una naturaleza diferenciada. Los modernos románticos no creen realmente que las nubes se muevan porque están siguiéndoles ni piensan que la erupción del volcán signifique que el volcán está enojado con ellos (a menos, claro está, que sufran una seria regresión patológica a un estado borderline).

La naturaleza moderna reverenciada por los ecorrománticos como la suprema realidad es una naturaleza plenamente diferenciada, una naturaleza posterior a la diferenciación del Gran Tres; su dios, o su diosa, en otras palabras, es el fruto del moderno colapso del Gran Tres en el Gran Uno, el dios de la naturaleza monológuica que sólo otorga realidad a la mononaturaleza.

Y, como decíamos anteriormente, el *colapso* del Gran Tres en el Gran Uno *-un colapso que se mantuvo gracias al poder de la industrialización-* fue una de las consecuencias de la industrialización.

Dicho en otras palabras, la naturaleza a la que se refieren los ecorrománticos es la naturaleza chata de la industrialización, la mononaturaleza. La adoración de Gaia es uno de los productos de la industrialización que perpetúa el paradigma empírico-industrial, el Gran Uno, el colapso del Kosmos, el moderno marco de referencia descendente que sólo asigna realidad a la mononaturaleza y únicamente deja en pie a las superficies de la Mano Derecha y al mundo de la localización simple.

Y el moderno marco de referencia descendente está destruyendo a Gaia porque lo despoja de su interioridad, la única dimensión en la que es posible llegar al acuerdo y al conocimiento intersubjetivo. De este modo, la religión de Gaia constituye uno de los principales mecanismos de transmisión del moderno marco de referencia descendente. El marco de referencia descendente de la modernidad está destruyendo a Gaia y la religión de Gaia constituye una de sus estrategias fundamentales.

P: ¿No resulta irónico?

KW: Pero ya sabe usted que hablar de modernidad es lo mismo que hablar de ironía.

El hecho es que el marco de referencia descendente destruyó el Gran Tres -destruyó la mente, la cultura y la naturaleza- y perpetuó su disociación, su falta de integración, sembrando la tierra con sus fragmentos. Y esa reducción o fragmentación no sólo afectó a Gaia. la naturaleza, sino que también tuvo sus efectos sobre la conciencia y sobre la cultura.

De lo cual se deduce que la crisis ecológica es, en gran medida, la consecuencia de la persistente disociación del Gran Tres ¿no le parece? En esta modernidad que se ha vuelto levemente loca no podemos reunificar la cultura,la naturaleza y la conciencia, no podemos reintegrar la naturaleza, la moral y la mente.

Pero sólo en la integración del Gran Tres -si es que tal cosa es posible- y no el predominio de uno cualquiera de sus dominios, podremos hallar la salvación. Mientras sigamos viviendo dentro del chato marco de referencia descendente del mundo, esta integración resultará imposible. La solución ecorromántica

– ¡la vuelta a la naturaleza! - no resulta, en modo alguno, viable porque no hace más que perpetuar el marco de referencia descendente, el marco de referencia industrial.

P: ¡Que se halla, definitivamente, en contra de la trascendencia!

KW: Así es porque, desde el punto de vista descendente, la trascendencia o cualquier tipo de ascenso es el mal, la trascendencia destruye a Gaia. Y los descendentes son muy vehementes en este sentido cuando afirman que la trascendencia arruina a Gaia, que la trascendencia es el origen de todo mal.

Esto es lo que grita por boca de los descendentes el moderno marco de referencia industrial. En este sentido, los descendentes son meros títeres de la ontología industrial. Ellos creen que la trascendencia está destruyendo a Gaia, cuando la trascendencia es, de hecho, la única alternativa de que disponemos para reagrupar e integrar los fragmentos del colapso del Kosmos y, de ese modo, salvarnos. Pero quienes niegan cualquier tipo de trascendencia confunden trascendencia con represión, diferenciación con disociación y jerarquías de dominio con jerarquías de realización, y la solución que proponen, el regreso a la naturaleza -la causa misma del problema-, no constituye ningún tipo de cura.

Es en este marco de referencia descendente en donde se mueve -o, mejor dicho, en donde se halla estancado- el mundo moderno y postmoderno. Este marco de referencia es el que determina nuestros objetivos, nuestros deseos, nuestros logros y nuestra salvación. Este marco de referencia es el que rige la cultura predominante y también la contracultura, el que alienta a los adalides de la modernidad y a quienes abominan de ella, el que inspira a las fuerzas del ego y también a los movimientos ecologistas. Es por ello que tanto el conformista como el vanguardista cantan por igual sus alabanzas y se aprestan a desterrar a los infiernos cualquier atisbo de movimiento ascendente.

La modernidad golpea su cabeza contra los barrotes metálicos de la prisión del marco de referencia descendente y llama conocimiento a la sangre vertida; se lamenta angustiosamente de sus heridas y denomina autenticidad a su angustia; se abraza mortalmente a la visión chata del mundo y llama pasión a esa agonía y, por encima de todo, anhela demostrar su compromiso con el descenso y llama salvación a esa servidumbre. De este modo es como el marco de referencia descendente ha terminado clavando su implacables garras en todo lo que se mueve.

Y, para mayor ironía, quienes más atrapados están en ella son quienes más alto cantan sus alabanzas.

16. EL EGO Y EL ECO

P: La rebelión postilustrada o postmoderna comenzó entre los siglos *XVIII y XIX.*

KW: Así es. Las profundas contradicciones inherentes al paradigma fundamental de la Ilustración no tardaron en empañar los logros positivos de la modernidad con sus deplorables secuelas negativas. Y cuando el *esplendor* de la modernidad se vio eclipsado por sus *miserias,* «las fuerzas del eco» se alzaron en contra de «las fuerzas del ego» y comenzó una terrible batalla entre cuyas humeantes ruinas todavía seguimos viviendo hoy en día.

Ego versus eco

P: Según afirma usted, los dos adversarios que se enfrentaron en esa batalla entre la Ilustración racionalista (a las que usted denomina «las fuerzas de ego») y el romanticismo de la naturaleza (al que usted denomina «las fuerzas del eco») participaban del mismo marco de referencia descendente.

KW: Así es. Bajo la violenta ofensiva de la industrializacióni la visión del mundo exclusivamente descendente y la gran red de los «ellos» interrelacionados -dentro de la cual todavía vivimos, nos movemos, pensamos y sentimos- terminaron imponiéndose a la mente moderna y postmoderna.

Poco debería sorprendernos, pues, que la Ilustración racional y el romanticismo natural compartieran, como último punto de referencia, la misma ontología industrial. Ya no se trataba de integrar lo ascendente y lo descendente en la Esencia no dual sino de *zafarse por completo de todo lo ascendente.* Fueran cuales fuesen sus muchas diferencias, lo cierto es que ambas visiones participaban de la misma visión chata del mundo, el mundo de la localización simple, el mundo que puede tocarse con los dedos.

La diferencia radica en que, mientras la Ilustración lo hacía de un modo racional, calculado y metódico, los románticos, por su parte, se apoyaban en la sensación, el sentimiento y la emoción. En el mundo de los sentimientos podemos llegar a ser uno con el mundo chato, con la naturaleza, con el mundo de la forma. Y, desde el punto de vista de los románticos, la salvación radicaba en la «unidad» con el mundo fenoménico, con el mundo descendente. Dicho de otro modo, los románticos no querían llegar a controlar el mundo chato sino que su anhelo era el de fundirse con él.

Los dos hijos gemelos de la visión chata del mundo

P: Pero si las fuerzas del ego y las fuerzas del eco compartían la misma visión chata del mundo, ¿para qué preocuparnos siquiera por su rivalidad?

KW: Porque ambos afirmaban poseer la solución a los problemas inherentes a la disociación del Gran Tres, cuando lo único que hacían era prolongar su agonía.

De modo que, si realmente queremos superar la visión chata del mundo, deberemos sortear ambos peligros. Y la mejor forma de hacerlo consistirá en ser muy conscientes de su historia, de su historial clínico, por así decirlo. Porque esas dos actitudes se asemejan a un par de gemelos atrapados en un frenesí mutuamente destructivo, adversarios que no dejan de vociferar sus promesas de transformación del mundo, impidiéndolo, al mismo tiempo, lo cual no deja de ser sumamente paradójico.

P: ¿Cuáles eran, pues, las diferencias que les separaban?

KW: El hecho es que ambos se movían dentro del mismo marco de referencia exclusivamente descendente, pero lo hacían en direcciones diametralmente opuestas.

Las fuerzas del ego racional, las fuerzas de la Ilustración -desde Descartes hasta Locke y Fichte- deseaban controlar, calcular e incluso sojuzgar al mundo de la naturaleza. La vida en la naturaleza era solitaria, pobre, sucia, cruel y corta -y, en cierto modo, amoral - y no es de extrañar que las fuerzas del ego concluyesen que la razón debía cumplir con la función de liberarles de ese mundo brutal y amoral y que asumieran la misión de *emanciparse* de la naturaleza. Por eso el ego racional suele ser considerado como un yo separado, un yo libre, un yo autónomo, etcétera.

Pero esta empresa resultó inadmisible para los ecorrománticos porque la consideraban una ruptura, un dualismo, entre el ego y el mundo de la naturaleza. La intención de los propulsores de la gran rebelión ecorromántica -Rousseau, Herder, los Schlegels, Schiller, Novalis, Coleridge, Wordsworth y Whitman, en sus diversas formas- fue la de tratar de recuperar lo que ellos consideraban la totalidad, la armonía o la unión entre el yo y el mundo y, en particular, integrar al yo y a la naturaleza en la corriente más amplia de la Vida cósmica. No buscaban, pues, los románticos, una representación distanciadora sino la reinserción en la gran red de la naturaleza, la realidad última a la que, según ellos, debe apuntar toda acción y todo conocimiento. Lo que ellos querían, en suma, era alcanzar la unidad consigo mismos fundiéndose con la naturaleza.

Pero adviértase que, en ambos casos, se trata de la misma naturaleza. La naturaleza que anhelaban los ecorrománticos es la misma naturaleza monológuica a la que se refieren las fuerzas del ego, sólo que ahora considerada desde una perspectiva completamente diferente, no tanto controlar, calcular o dominar, como fundirse y, de ese modo, recuperar «la totalidad» perdida.

P: De modo que ambos estaban hipnotizados por la voz de la naturaleza.

KW: Sí. Éste es el motivo por el cual Charles Taylor ha podido demostrar (en su imponente *Sources of the Self)* que *tanto* la versión ilustrada *como* la versión romántica se basaron en la misma concepción moderna de la naturaleza, la naturaleza como gran trama interrelacionada, la naturaleza como gran orden, como sistema de procesos empíricos que, en sí mismo, es la realidad última o fundacional. Ni Espíritu ni mente sino tan sólo la voz de la naturaleza.

P: Así que, por una parte, tenemos al ego-Ilustración y, por la otra, a la rebelión eco-romántica.

KW: Así es, éstos fueron, hablando en un sentido muy general, los dos maltrechos supervivientes que emergieron de entre los escombros del colapso del Kosmos. Y fue después de su emergencia cuando se enzarzaron en una batalla en la que cada uno se hallaba convencido de poseer la solución a las disociaciones de la modernidad, despreciando a su contrincante y atrapado, sin embargo, al igual que él, en la misma red descendente que era, de hecho, la causa del problema, un marco de referencia, por otra parte, que jamás había sido puesto en tela de juicio.

La verdad del ego

P: De modo que esta guerra...

KW: El problema fue que tanto «las fuerzas del ego como las fuerzas del eco» contaban con verdades innegables -retazos de verdad que habían conseguido sobrevivir al colapso del Kosmos- y sus respectivas verdades eran tan importantes y tan cruciales que, comprensiblemente, no querían desembarazarse de ellas.

P: Comencemos con las verdades importantes del campo del ego.

KW: La razón fundamental aducida por las fuerzas del ego para justificar su intención de «desembarazarse» de la naturaleza -especialmente en la medida en que se alejaban del empirismo

y se aproximaban a Kant y Fichte-, era que la naturaleza sensorial carece de valores morales conscientes. Con ello, claro está, no querían decir que la naturaleza fuera antimoral, sino simplemente que es amoral, que es absolutamente ajena a cualquier tipo de actitud moral consciente.

Ya hemos visto que el ser humano comienza siendo biocéntrico y egocéntrico, perdido en sus propios impulsos y completamente incapaz de asumir el rol de los demás. Luego, cuando pasa del estadio egocéntrico al estadio sociocéntrico, comienza a tratar a los demás miembros de su grupo con el mismo respeto con el que se trata a sí mismo. Más tarde, cuando se alcanza el estadio moral mundicéntrico, considera que todos los seres humanos merecen el mismo respeto, que todos son merecedores de las mismas oportunidades (y, con el posible desarrollo posterior del estadio moral propio del Alma del Mundo, ese respeto se extiende a todos los seres sensibles, aun en el caso de que su respuesta a nuestra solícita actitud sea el mutismo).

En el mejor de los casos, las fuerzas racionales del ego representaron la moralidad postconvencional y mundicéntrica, el pluralismo universal que, como ya hemos visto, constituye uno de los rasgos característicos más importantes de la dignidad de los movimientos democráticos de la Ilustración. Y estaban, por otra parte, completamente en lo cierto al afirmar que la moralidad mundicéntrica es *inexistente en el mundo de la naturaleza sensorial.*

Obviamente, la naturaleza también es altruista, pero su altruismo consiste en el mero despliegue inconsciente del ajuste funcional y de la inclusión genética. La actitud moral mundicéntrica y consciente sólo se encuentra entre los seres humanos y, a decir verdad, en un número relativamente pequeño de seres humanos muy desarrollados (recuerde que a mayor profundidad menor amplitud).

Para alcanzar esta actitud superior y relativamente infrecuente de respeto universal es necesario haber trascendido los impulsos naturales *biocéntricos* (sexo y supervivencia), los deseos *egocéntricos y* las tendencias *etnocéntricas,* y haberse afirmado

como un locus de conciencia moral relativamente *mundicéntrico* que subraya la compasión universal. De este modo, la liberación de los compromisos superficiales favorece la conexión con un yo más elevado, más profundo y más verdadero.

Estoy, por supuesto, resumiendo las conclusiones más interesantes del análisis realizado por Immanuel Kant. Sólo trascendiendo los impulsos egocéntricos, los deseos naturales y las actitudes conformistas o etnocéntricas -todo lo que Kant denominaba «heteronomía» -, sólo superando esas actitudes inferiores y asumiendo una perspectiva superior o más profunda, una perspectiva verdaderamente mundicéntrica, podré descubrir mis aspiraciones más elevadas y mi yo más auténtico.

Sólo *entonces* seré capaz del respeto y la compasión universal que me libera de los compromisos inferiores. Sólo ascendiendo y *trascendiendo* esos niveles inferiores podré elevarme por encima de los instintos básicos y alcanzar una actitud más universal y tolerante.

A lo largo de toda una época, Kant representó el adalid de la libertad moral de la conciencia mundicéntrica, precisamente por haber comenzado a trascender el mundo meramente descendente, el mundo chato de los meros impulsos, el mundo de lo mío y de las reglas arbitrarias. Ése fue el origen de las principales corrientes ascendentes y descendentes *modernas,* del intento de romper el marco de referencia descendente de la naturaleza empírica, ajena a todo tipo de moralidad consciente.

Kant se indignó -o, dicho de otro modo, fue despertando bruscamente de su letargo dogmático- por el empirismo insensato de Hume, al que respondió con lo que muchos han considerado como la filosofía más exquisita y sofisticada jamás elaborada por Occidente. Sea lo que fuere lo que pensemos a este respecto, el idealismo trascendental de Kant es, desde todo punto de vista, ciertamente impresionante y a él se remontan casi todas las corrientes trascendentalistas modernas conocidas (Fichte, Schelling, Hdlderlin, Hegel, Schopenhauer, Nietzsche, Bradley, Husserl, Heidegger, etcétera). Bien podríamos decir, pues, que

Kant fue el principal paladín moderno en la heroica y noble lucha contra los trolls y los trogloditas.

Resumiendo, pues, la verdad del ego es que sólo es posible asumir una actitud superior y más inclusiva que permita el desarrollo de la tolerancia y de la compasión universal en las corrientes trascendentes del Kosmos, que sólo un Eros superior puede posibilitar un Agape más amplio.

El problema del ego

P: Pero usted también ha dicho que las fuerzas del ego, incluyendo a Kant, adolecen de serias limitaciones.

KW: Así es. Por supuesto que todo lo que dice Kant es cierto; por supuesto también que la actitud mundicéntrica no forma parte de las categorías constitutivas de la naturaleza sensorial y que tan sólo se encuentra en la mente práctica, o ética, y por supuesto también que la naturaleza, en ese sentido, debe ser trascendida. Pero ¿cómo *integrar* la mente y la naturaleza? ¿Cómo *trascender e incluir,* al mismo tiempo, la naturaleza? ¿Cómo solventar los problemas que acompañan la división entre la mente y la naturaleza? Porque esa división supone también una escisión *dentro de mi propio ser,* mi mente y mi cuerpo también se hallan divididos y mi mente se halla separada de la naturaleza externa y de la naturaleza interna. ¿Cómo salvar, pues, *esa* escisión? ¿O es que acaso la disociación es el precio que hay que pagar por el desarrollo moral?

Porque, aunque Kant trató de superar la escisión existente entre el conocimiento de la moral y el conocimiento de la naturaleza a través de la estética, no tenía, sin embargo, una respuesta final a todas estas preguntas. Kant *trató de integrar el Gran Tres* -la estética, la moral y la ciencia- y, a pesar de ello, no pudo conseguirlo.

Ya hemos dicho que el gran *avance* de la modernidad consistió en la diferenciación del Gran Tres, un logro realmente admirable (recuerde que sus tres grandes críticas tratan sobre la ciencia, la ética y el arte). Pero Kant también advirtió que el gran *fracaso* de la modernidad fue su incapacidad para integrar el Gran Tres, un fracaso en el que, como tantos críticos han subrayado (especialmente Hegel), Kant no fue una excepción.

De modo que, en el despertar de Kant -es decir, en el mismo despuntar de la modernidad-, nos vimos enfrentados a un gran problema: ¿cómo integrar la mente, la moral y la naturaleza? No cómo re-unirlas porque nunca antes habían estado unidas o integradas (dado que jamás habían estado diferenciadas). Esta diferenciación era algo radicalmente nuevo y lo mismo ocurría con la disociación. Ésa *fue* la sangre que se derramó sobre la flamante alfombra, ésa fue la pesadilla del erial industrial, una pesadilla que la humanidad jamás había padecido anteriormente, un mal sueño que Kant llegó a diagnosticar pero que jamás consiguió, por más que lo tratara, remediar.

El ego y la represión

P: De modo que, aparte de su verdad, el ego también impuso una clara fractura entre la mente y la naturaleza.

KW: Sí. Y aquí nos encontramos con la principal y, en mi opinión, más exacta, crítica de las fuerzas del ego. Porque si bien es cierto que introdujeron una cierta trascendencia, también lo es que esa trascendencia fue, *como siempre,* demasiado lejos y terminó convirtiéndose en *represión.*

El ego racional quiso elevarse sobre la naturaleza y los impulsos corporales para alcanzar una compasión más universal que no podía hallar en la naturaleza, pero terminó reprimiendo los impulsos naturales, la biosfera, y terminó arrancando sus propias raíces. De este modo, el ego tendió *a reprimir* tanto a la naturaleza externa como a la naturaleza interna (el «ello»). Y qué duda cabe de que esta represión no es nada ajena a la aparición de un Sigmund Freud precisamente en esa época (y no antes) tratando también de poner solución a las disociaciones de la modernidad.

Es comprensible que todos estos dualismos disgustaran mucho a los románticos, quienes acusaron al ego de ser la causa de todas las divisiones, dualismos y disociaciones, y que su principal anhelo fuera el de recuperar la *totalidad,* la *armonía y* la *unión.*

El ego seguía cartografiando el mundo de un modo objetivo y monológuico y, en ese proceso, había terminado desencantándolo. El ego separado y desidentificado cartografiaba el mundo de la naturaleza empírica mediante el conocimiento representacional. Y si, a lo largo de este proceso, *desencantaba* a la naturaleza, muchísimo mejor. ¡Porque es precisamente ese desencantamiento de la naturaleza el que permite la liberación del ego!

Pero esta situación alarmó a las fuerzas del eco, que no dejaban de insistir en que ese desencantamiento estaba convirtiéndose en una carnicería. ¡El ego racional ha terminado abocándonos a un mundo desencantado, un mundo en el que reina la represión, la disociación y la muerte! Y fue contra esa lamentable situación que se alzaron las fuerzas del eco con su intento de reencantar al mundo.

De ese modo se inició el sorprendente y extraordinario proyecto de tratar de reencantar al mundo.

El reencantamiento del mundo

P: ¿De modo que las fuerzas de eco enrolaron a todos los que se hallaban en contra del ego racional?

KW: Sí, básicamente. Casi todas las críticas románticas pueden ser consideradas como una expresión del desasosiego provocado por las tendencias *represivas* del ego racional -el gran artífice autónomo del universo- que había ignorado sus raíces prepersonales y sus intuiciones transpersonales, separándose, o eso era, al menos, lo que pretendía, de su trasfondo subconsciente y de sus intuiciones supraconscientes, arrollando todo lo que hallaba a su paso en el camino que conducía al cielo de la razón.

Y la rebelión romántica constituyó precisamente un alzamiento en contra de esa *represión.*

P: Sus críticas eran muy ciertas.

KW: Sí, hay mucho de verdad en la crítica romántica del ego. Para los románticos, la escisión entre la ética y la naturaleza, entre la mente y la naturaleza, entre la mente y el cuerpo, resultaba inadmisible. Ellos anhelaban *totalidad y unidad.* Por ese motivo, mientras Kant y Fichte hablaban de la *autonomía* del yo con respecto a la naturaleza y a los instintos básicos, los románticos respondían abogando por la *unión* con la naturaleza, por la fusión vital, por la inserción en la gran corriente *unitaria* de la Vida y el Amor.

La gran verdad proclamada por los románticos era la necesidad de salvar el abismo abierto entre la moral y la naturaleza, una verdad tan cierta como la noción kantiana de la necesidad de la trascendencia.

P: ¿Y qué fue lo que ocurrió?

KW: En ese momento histórico se llegó a un colapso filosófico total, un empate entre las fuerzas del ego y las fuerzas del eco. ¿Cómo es posible reconciliar ambas posturas? ¿Cómo podemos reconciliar la necesidad de elevamos sobre la naturaleza con la necesidad de llegar a ser uno con ella?

Ése sigue siendo todavía, en mi opinión, el problema crucial, el dilema en el que se encuentra estancado el mundo actual. ¿Cómo reconciliar el ego y el eco?

Como ya hemos dicho, las fuerzas del ego no tenían una respuesta satisfactoria, pero la solución ecorromántica era igualmente decepcionante y las fuerzas del ego arremetieron violentamente en contra de su anhelada solución de «fundirse con la corriente de la Vida». ¿Cómo -se preguntaban los adalides del ego- podrá usted unirse con la naturaleza, fundirse con ella y actuar en función de sus impulsos, sin abandonar la actitud mundicéntrica y postconvencional que tan difícil nos ha sido alcanzar?

La respuesta romántica a esta pregunta era sumamente pobre y se centraba en dos concepciones muy diferentes -y, a menudo, contradictorias- de la «naturaleza», dos concepciones, por

otra parte, que utilizaron indiscriminadamente en función de sus propósitos.

El regreso a la naturaleza

P: ¿De modo que los románticos sostenían dos concepciones muy diferentes de la naturaleza?

KW: Sí. Desde un punto de vista puramente descendente, ellos afirmaban que la naturaleza es la única realidad, la realidad que todo lo incluye y todo lo abarca. Este, por supuesto, es el marco de referencia moderno, un marco de referencia en el que los románticos se hallaban completamente inmersos. La cultura, en su opinión, se había *desviado* seriamente de esta naturaleza, se había *escindido* de ella, había perdido el contacto con la gran corriente de la vida y estaba destruyendo la naturaleza.

P: Ésta es la misma afirmación que siguen manteniendo hoy en día los ecofilósofos.

KW: Sí. Pero observe las dos concepciones diferentes y contradictorias de naturaleza que subyacen a esta visión. En primer lugar, la naturaleza es la única realidad individual de la que todos los organismos, incluidos los seres humanos, forman parte. En ese sentido, la naturaleza *lo incluye absolutamente todo y* nada se halla fuera de ella porque es la realidad última que todo lo abarca.

Pero esa afirmación también presupone que la cultura se ha *desviado* de la naturaleza y que, por ese mismo motivo, está destruyéndola. Es, pues, como si existieran *dos* naturalezas diferentes, una de la que usted no puede desviarse y otra de la que sí puede desviarse. Y es evidente, por tanto, que se trata de dos cosas completamente diferentes y que los románticos pasaban inadvertidamente de la una a la otra.

¿Cuál es, pues, la relación que existe entre la Naturaleza (con N mayúscula), la naturaleza que *todo* lo engloba, y esa otra naturaleza que es *diferente* de la cultura y que está siendo destruida por ella?

P: Se supone que la gran Naturaleza incluye y unifica la cultura y la naturaleza.

KW: Así es. Pero el problema sigue siendo descubrir la relación existente entre la Naturaleza y la naturaleza.

Esta contradicción interna fue la que prendió en llamas a toda la empresa romántica. Lo que los mejores románticos estaban tratando de decir es que la Naturaleza (con «N» mayúscula) es el Espíritu, porque el Espíritu que todo lo abarca *trasciende e incluye* la naturaleza *y* la cultura; algo, a mi juicio, completamente cierto.

Pero, dado que los románticos estaban comprometidos con un marco de referencia exclusivamente descendente, identificaron a la Naturaleza con la naturaleza y terminaron equiparando al Espíritu con la naturaleza sensorial. Y finalmente, el movimiento romántico, presa de esta contradicción, se consumió estruendosamente en una fastuosa explosión de narcisismo y egocentrismo, porque, cuanto más próximo se halle uno a la naturaleza, más egocéntrico es. De este modo, en la búsqueda de la Naturaleza, los románticos regresaron a la naturaleza y cayeron en el agujero negro de su propio egoísmo mientras seguían clamando el nombre de la divinidad.

El eco y la regresión

P: De manera que el colapso del Kosmos es también el colapso de la Naturaleza en la naturaleza. No hay Espíritu ni mente sino sólo naturaleza.

KW: En efecto. Si, desde una perspectiva ego, uno simplemente niega la existencia de las realidades espirituales y se dedica a cartografiar la naturaleza empírica no tiene por qué haber ningún tipo de problema.

Pero si, por el contrario, usted está abierto a las experiencias espirituales y permanece fiel a la ontología industrial, terminará equiparando al Espíritu con la naturaleza. En tal caso, su *intui-*

ción espiritual podrá ser muy auténtica pero *su interpretación* tendrá lugar dentro de la órbita del marco de referencia industrial (un marco de referencia que sólo atribuye realidad a la naturaleza empírica).

Consecuentemente, en tal caso, aunque usted tenga una experiencia directa del Alma del Mundo -o hasta de lo no dual-, el chato marco de referencia industrial forzará de manera preconsciente su interpretación y no tardará en descubrirse adorando a un nuevo dios, un dios verde, el dios de la naturaleza monológuica, el dios de la localización simple, el dios de las monótonas superficies.

Pero, desde esa perspectiva, en lugar de *avanzar evolutivamente* hacia la emergencia de la Naturaleza, del Espíritu o del Alma del Mundo -que podría terminar unificando la mente y a la naturaleza diferenciadas- se contentará simplemente con «volver a la naturaleza» y no avanzará hacia la Naturaleza sino que regresará a la naturaleza.

P: Y esta regresión es, en su opinión, el rasgo distintivo de la mayor parte de los movimientos románticos, incluidos los ecofilósofos de hoy en día.

KW: Eso es precisamente lo que opino. Y ése es también el motivo por el cual el movimiento regresivo ha sido históricamente tan importante y ha terminado convirtiéndose en una corriente tan influyente del mundo moderno y postmoderno.

Según afirman los ecorrománticos, la naturaleza, o la biosfera, es la única realidad esencial -si es realmente «espiritual»-, y todo *lo que se aleja de la naturaleza* estará *destruyendo* el Espíritu. En ese sentido, la cultura se aleja de la naturaleza y, en consecuencia, está destruyendo el Espíritu. Así pues, cuando afirmamos a la mononaturaleza como la Realidad última, estamos convirtiendo a la cultura en el pecado original.

Pero la objeción romántica no se limita a afirmar que la cultura puede ir demasiado lejos y que puede reprimir a la naturaleza. no dice que la mente pueda reprimir los impulsos corporales sino que va mucho más allá y llega a acusar a la cultura de destruir necesariamente la naturaleza. Y puesto que, desde esa perspectiva, la naturaleza es la única realidad espiritual, la cultura, en consecuencia, no puede ser otra cosa más que antiespiritual. Así es como la cultura se convierte en el crimen original contra el supuesto paraíso primordial de la libertad natural y la abundancia espiritual.

Este es el núcleo de la «intuición espiritual» de todos los movimientos ecorrománticos del pasado y del presente. Pero esta «intuición», por cierto, no es nada espiritual, no es más que una interpretación que ha ido fraguando lenta y silenciosamente en el molde del marco referencia industrial, una de las múltiples formas ocultas mediante las cuales el moderno marco de referencia descendente se defiende de la trascendencia y de la espiritualidad auténtica, el mecanismo de defensa de una visión del mundo que se resiste a abandonar la quimera de que la única realidad es la naturaleza finita. Y para ello debe presentar a la naturaleza como el Espíritu y a todo lo que se aleja de ella como si fuera el diablo.

De esta «intuición» se alimentan los influyentes movimientos de «regreso a la naturaleza», del «buen salvaje», del «paraíso perdido» y de un supuesto Edén primordial que se vio destruido por el espantoso crimen de la cultura.

Según la visión romántica, si queremos encontrar una realidad más genuina, un yo auténtico, un sentimiento más genuino y una comunicación más intensa, deberemos retroceder hasta un pasado anterior al momento en que fue perpetrado ese crimen. Desde esta perspectiva, pues, la recuperación del paraíso perdido y de la Tierra Prometida exige el regreso a formas de vida originales y primordiales.

Éste es el origen del error retrorromántico.

El paraíso perdido

P: Usted ha descubierto el mismo error en dominios muy distintos, desde los primeros románticos hasta los modernos ecofilósofos.

KW: Así es. Y no es difícil advertir cómo comenzó todo esto. Por primera vez en la historia, la modernidad había logrado diferenciar el Gran Tres (una diferenciación que supuso también la diferenciación entre la mente y la naturaleza), pero esa diferenciación fue demasiado lejos y terminó convirtiéndose en disociación, lo cual despertó la reacción de alarma de los románticos,, una reacción, por cierto, muy comprensible y muy noble.

No obstante, la respuesta romántica también fue muy ingenua, porque creyeron que el problema radicaba en la diferenciación y que nunca deberíamos haber comenzado siquiera a diferenciar el Gran Tres. De este modo, al no comprender que la diferenciación es el *preludio necesario de toda integración,* la solución que propusieron fue simplemente la de regresar a los días anteriores a la diferenciación. ¡No a la época anterior a la disociación sino anterior a la diferenciación! ¡Como si la solución a los problemas del roble consistiera en volver nuevamente a sus días de bellota!

Lo único que hay que hacer, pues, desde este punto de vista, es regresar al período en que la cultura y la naturaleza se hallaban indiferenciadas, regresar a los días anteriores al horrible crimen cometido por la humanidad contra la naturaleza. Desde esta perspectiva, la historia se convirtió en la crónica de los errores que fueron alejando a la humanidad del estado prístino original en el que la mente y la naturaleza eran «uno», obviando por completo el hecho de que ese «estado prístino» original era ajeno a los desastres de la modernidad pero que también lo era a sus dignidades. Es como si, para los románticos, el roble constituyera una horrible violación de la semilla y la misión de la humanidad fuera la de redescubrir y regresar al estado de «bellotez».

P: Y ¿cuál es, en su opinión, la solución?

KW: Yo estoy de acuerdo en que la cultura convencional no suele ser muy espiritual, pero la solución a ese problema no consiste en regresar a lo preconvencional sino en avanzar hacia lo postconvencional, el remedio no consiste en regresar a la naturaleza sino en avanzar hacia la espiritualidad postconvencional.

Porque el Espíritu trasciende e incluye la cultura y la naturaleza y, en consecuencia, las integra y unifica.

Pero si usted recomienda volver al estadio preconvencional, volver, por así decirlo, al estado de «bellotez», volver al estado «prístino» de la naturaleza original, tendrá que retroceder a un punto anterior a toda diferenciación y renunciar también a todos los avances que nos ha proporcionado. Lo que no es posible es recomendar la indisociación mágica o la inmersión mítica y quejarse de lo mal que está todo sin dejar de beneficiarse hipócritamente de los avances y de las libertades proporcionadas por la modernidad.

Pero ese estado no es el Espíritu translóguico ni la cultura dialóguica, sino pura y simplemente la naturaleza monológuica a la que, por su ambigua definición, habrá terminado entronizando como el Espíritu de la Naturaleza. Así es como se librará del crimen de la cultura, regresará al paraíso perdido, descubrirá el buen salvaje que hay en usted y recuperará ese paraíso perdido en el que ninguna de las diferenciaciones de la modernidad le impondrán la necesidad de diferenciar su ego de las realidades que le rodeaban.

Alejado del lastre del diálogo, libre de las dificultades de la interpretación y ajeno a las exigencias de la moral, encontrará su verdadero yo en una naturaleza completamente ajena a la modernidad. Entonces podrá acusarla y condenarla diciendo, a quien esté dispuesto a escucharle, «he encontrado el paraíso perdido, la auténtica tierra prometida».

Es cierto que la regresión de la noosfera a la biosfera le librará de las miserias de la modernidad, pero también le liberará de sus ventajas y de sus grandes avances. En tal caso, habrá curado la *represión* por *regresión.*

P: Pero uno *puede* tener poderosas experiencias espirituales en el seno de la naturaleza; eso es algo muy frecuente. Y creo que es a ello a lo que se referían los románticos cuando equiparaban la naturaleza con el Espíritu.

KW: Así es, pero debe tener en cuenta que el origen de esas

experiencias espirituales no se halla en la naturaleza. Usted puede contemplar durante horas una puesta de sol, fundirse súbitamente con el Alma del Mundo y experimentar que es uno con la naturaleza. Eso está muy bien. Pero debe tener en cuenta que la naturaleza no es la fuente de esa intuición. ¡Aunque sus órganos sensoriales sean, en muchos sentidos, mucho más agudos que los nuestros y vean, en consecuencia, la naturaleza de un modo mucho más nítido que nosotros, los gusanos, las ratas, los zorros y las comadrejas no contemplan durante horas la naturaleza, extasiados con su belleza, transformándose a sí mismos en esa contemplación! No, la naturaleza no es el *origen* de esta belleza sino su destino. La auténtica *fuente* de esa experiencia radica en el Espíritu trascendente del que la naturaleza constituye, por cierto, una magnífica expresión.

De modo que, cuando usted se halla en plena naturaleza, relaja su contracción egoica y se convierte en una apertura, una conciencia abierta -algo a lo cual, por cierto, la naturaleza invita de continuo-, a través de esa apertura puede derramarse el poder y la gloria del Alma del Mundo y usted puede llegar a sentirse temporalmente conmocionado por la magnificencia y la belleza del paisaje, una belleza que corta su respiración y diluye su yo, una belleza que confiere un nuevo esplendor a la puesta de sol y transforma a la naturaleza en un espectáculo extraordinariamente vívido.

Pero si usted interpreta esta experiencia espiritual desde un marco de referencia descendente, si lo hace desde el marco de referencia industrial, terminará atribuyendo ese Espíritu a la naturaleza y confundirá el efecto con la causa, en cuyo caso no advertirá que ha llegado a esa intuición del Alma del Mundo gracias a un proceso que va de lo sensoriobiocéntrico a lo egocéntrico y pasa por lo sociocéntrico y lo mundicéntrico, hasta llegar al Alma del Mundo (estadios sucesivos en el que cada uno de ellos trasciende e incluye al anterior).

No es de extrañar, pues, que, conmovido por la belleza del Alma del Mundo, la atribuya erróneamente a la naturaleza sensorial y no concluya que debemos tratar de avanzar desde la naturaleza a la cultura y, desde ahí, al Espíritu, sino simplemente que debemos regresar a la naturaleza aunque la comadreja que se halle frente a usted no parezca contemplarla del mismo modo que usted. ¿Le resulta sorprendente?

Si usted cree que el Alma del Mundo, el Espíritu, es un simple impacto sensorial -si cree que su origen se halla en la misma naturaleza-, no se dará cuenta de que la cultura constituye una parte necesaria del *camino evolutivo* que conduce a una aprehensión *consciente* del Espíritu, del Yo auténtico, y concluirá que la cultura *oculta y distorsiona* a esa mononaturaleza en la que supuestamente reside su «yo real». Desde este punto de vista, la cultura no es uno de los estadios del camino que conduce al verdadero Yo sino un crimen contra el «verdadero yo» de los impulsos biocéntricos.

En tal caso, usted no recomendará que vayamos hasta el fulero 7 y el yo econoético sino que regresemos al fulero 2 y al yo biocéntrico, ecocéntrico o ecológico.

Así es como comenzará a entonar las alabanzas del ayer y se lamentará del presente en que nos encontramos, condenándolo sumariamente mientras se lamenta por el horrible crimen perpetrado por nuestra generación sobre las inocentes maravillas del ayer. Usted se enojará con la modernidad y anhelará un mundo sin mente, regocijándose en silencio cuando cualquier desastre natural acabe con la vida de muchos seres humanos, como si sus angustiados gritos alimentaran su alma sensorial, encandilado por la venganza de la naturaleza ante los horrores cometidos por el ser humano. ¿Acaso no merece la humanidad que los virus consuman su carne y que su sangre se derrame por cada uno de sus poros?

Dicho en otras palabras, usted habrá terminado convirtiéndose en un retrorromántico.

P: Pero usted afirma que esta regresión comenzó siendo una crítica a la modernidad.

KW: Sí, pero la pesadilla es que este abordaje soslaya por completo la causa real de los problemas de la modernidad. El problema real era la disociación del Gran Tres y su colapso en el

Gran Uno de la mononaturaleza, la ontología industrial. Y si bien los románticos rechazaron los desastres de la industria, no hicieron lo mismo con su ontología. Es como si se dedicaran a atacar los problemas superficiales mientras siguieran aplaudiendo entusiásticamente el problema profundo, la pesadilla profunda.

La sabiduría ecológica no consiste en vivir de acuerdo a la naturaleza sino en ponernos de acuerdo en cómo vivir de acuerdo a la naturaleza.

La sabiduría es un acuerdo intersubjetivo en la noosfera, no una inmersión en la biosfera. Ninguna representación de la biosfera, por más completa que ésta fuere, podrá proporcionarnos la sabiduría. Es imposible encontrar la sabiduría en ninguno de los mapas de las superficies exteriores y de las maravillas sensoriales porque éste es un camino de acuerdo intersubjetivo basado en una comprensión mutua y sincera, y esté camino tiene sus propios estadios de desarrollo, su propia lógica, una lógica completamente ajena a la naturaleza empírica.

Cuando su diosa es la biosfera preconvencional, la única posibilidad de salvación consiste en regresar a la naturaleza sensorial. Y, puesto que la modernidad diferenció esta naturaleza, no le quedará más remedio que regresar al estadio anterior a esa diferenciación o, dicho de otro modo, usted deberá ser, en todos los sentidos, premoderno.

P: Y éste es el error regresivo.

KW: Sí. Las fuerzas del ego combatían por la *represión,* mientras las fuerzas del eco, por su parte, lo hacían por la *regresión.* La represión y la regresión fueron -y siguen siendo hoy en día- los dos motores gemelos de las distintas versiones de la visión chata del mundo, los mecanismos contrapuestos de la ontología industrial.

La maquinaria de la regresión

P: Los ecorrománticos han sido muy concretos en sus alabanzas a las pérdidas del pasado.

KW: Sí. Desde el siglo XVIII hasta hoy en día, los ecorrománticos se han dedicado a mantener en marcha la maquinaria regresiva que les conducía a aquel estadio pasado en el que creían que la cultura se hallaba menos diferenciada de la naturaleza. Con ellos comenzó la gran búsqueda del paraíso perdido.

Pero su búsqueda no anhelaba el Espíritu atemporal del que nos alienan las tendencias contractivas del presente, sino un Espíritu que se hallaba hipotéticamente presente en algún remoto pasado -fuera histórico o prehistórico-, que terminó siendo «exterminado» por el gran crimen de la cultura.

P: Los primeros románticos estaban orgullosos de Grecia.

KW: Efectivamente. El destino final favorito del tren regresivo de los primeros románticos, como Schiller, por ejemplo, era la antigua Grecia porque, en su opinión, en esa época la mente y la naturaleza constituían una «unidad» (cuando lo que ocurría, por cierto, es que ni siquiera habían llegado a diferenciarse). Y resulta especialmente curioso su olvido de que, precisamente por ese mismo motivo, uno de cada tres griegos era esclavo y que prácticamente lo mismo ocurría con las mujeres y los niños. Es cierto que esas sociedades padecían muy pocas de las servidumbres de la modernidad... pero también lo es que tampoco disfrutaban de sus grandes ventajas.

Sin embargo, la antigua Grecia ha perdido hoy en día el favor de los románticos porque, al estar inmersa en una estructura *agraria,* eran patriarcales. Es por ello que los románticos volvieron a poner en marcha su mecanismo regresivo hasta recalar en las sociedades *hortícolas,* el punto de mira actual de las ecofeministas porque, como ya hemos visto, estas sociedades solían ser matrifocales y se hallaban gobernadas por la Gran Madre.

Dejemos de lado la ceremonia ritual característica de casi todas las sociedades hortícolas, el sacrificio ritual humano necesario, entre otras cosas, para garantizar la fertilidad de las cosechas. Dejemos también de lado que, según los sorprendentes datos aportados por Lenski, de que entre un 44% y del 50% de esas sociedades se hallaran enzarzadas de manera continua o intermi-

tente en escaramuzas bélicas (y que lo mismo ocurría con las pacíficas sociedades de la Gran Madre). Dejemos, por último, de lado que, según el mismo Lenski, el 61% de esas sociedades se basaban en la propiedad privada, que el 14% eran esclavistas y que el 45% de ellas tenía establecida la institución de la dote de la novia. Parece pues, como afirman los ecomasculinistas, que las sociedades hortícolas no fueron tan «puras y prístinas» como pareciera a simple vista.

P: Ellos parecen simpatizar más con las sociedades recolectoras.

KW: Sí, los ecomasculinistas.(«los ecólogos profundos») dan todavía *un paso más atrás y* consideran que «el auténtico estado puro y prístino original» era el de las sociedades recolectoras. De hecho, según los ecomasculinistas, las sociedades hortícolas, tan idolatradas por las ecofeministas, no se hallaban tan cerca de la naturaleza como pretendían porque dependían de la agricultura, que ya constituye una violación de la naturaleza. Para ellos, las únicas sociedades realmente puras y prístinas eran las de los cazadores y recolectores.

Ignoremos también los datos que evidencian que cerca del 10% de estas sociedades eran esclavistas, que el 37% de ellas tenía establecida la institución de la dote de la novia y que el 58% guerreaba de manera continua o intermitente...

¡Pero este *debería* ser el estadio puro y prístino porque ya no es posible volver más atrás! Así es como los ecomasculinistas terminan ignorando pos aspectos desagradables de cualquiera de estas sociedades y lo convierten en el estadio del buen salvaje. Punto.

Porque, lógicamente, no se trata de regresar a los simios por el hecho de que los simios carecieran de esclavitud, dote, guerra, etcétera, no sería serio extraer la conclusión de que todo lo que ocurrió después del Big Bang haya sido un error colosal. Pero ésa es, sin embargo, la conclusión a la que necesariamente arribará si confunde diferenciación con disociación, si cree que toda diferenciación es un error y si considera que el roble supone un crimen contra la bellota.

De este modo, la búsqueda de un estado puro y prístino en el que realmente pudiera tener lugar la tan ansiada inserción en la naturaleza de los románticos nos lleva cada vez más y más atrás, pero en ese proceso vamos también eliminando cada vez más y más estratos de profundidad del Kosmos. Pero, de ese modo, curamos la depresión por regresión, curamos la enfermedad desembarazándonos de la profundidad y siendo cada vez más superficiales.

La gran batalla de la modernidad: Fichte versus Spinoza

P: De modo que éste ha sido el empate entre las fuerzas del ego y las fuerzas del eco. El ego quería doblegar al eco y el eco, por su parte, deseaba librarse del ego.

KW: Sí. La alternativa era la de *trascender* la naturaleza para llegar a alcanzar la libertad y la autonomía moral *o fundirse* con ella para así recuperar la unidad y la totalidad. ¿Es usted ego trascendental o eco inmanente?

Es decir, los puros ascendentes versus los puros descendentes.

¡El mismo problema fundamental, el mismo recalcitrante dualismo! La misma bimilenaria batalla entre los ascendentes y los descendentes -la lucha paradigmática representativa de la tradición occidental- había terminado reapareciendo en forma moderna como la lucha entre el ego y el eco.

Y este rivalidad pronto encontró sus paladines arquetípicos en Fichte y Spinoza.

P: ¿Le importaría explayarse un poco más en este punto?

KW: Intentaré ser breve. Fichte trataba de superar la división entre el ego y el eco absolutizando el ego, el camino ascendente. La liberación, en su opinión, iba a ser encontrada en el Yo puro, en el Yo trascendente o, como decía Fichte, postrándose ante el altar del dios ascendente, ya que cuanto más ego puro y cuanto menos eco mejor para todos.

Los ecorrománticos, por su parte, apuntaban exactamente en la dirección contraria bajo la mirada de un dios diametralmente opuesto. Para ellos, la única posibilidad de superar la división entre el ego y el eco sólo podría tener lugar absolutizando el eco, absolutizando el camino de descenso. De este modo, las fuerzas del eco encontraron su paladín arquetípico en una versión muy singular de Spinoza (porque, según ellos, la Naturaleza de la que hablaba Spinoza era la naturaleza, no la mente). Desde este punto de vista, pues, la libertad pura consiste en la inmersión total en el Gran Sistema de la naturaleza, en el puro eco. Así pues, cuanto más eco y cuanto menos ego, mejor para todos, decían los románticos, postrándose entretanto ante el altar terrenal de un dios exclusivamente descendente.

P: ¿Ese fue el enfrentamiento entre el ego y eco, entre Fichte y Spinoza?

KW: Sí, y no podemos decir que se trate de una cuestión circunstancial sino del punto en el que se encuentra actualmente la batalla que ha alentado todo intento occidental de despertar. Y se trata de un problema ciertamente angustioso porque todos intuían vagamente que ambos bandos poseían parte de verdad pero ¿cuál era el modo de hacerlo?

Todos, entonces, comenzaron a entonar la misma cantinela: ¡Debemos integrar a Fichte y a Spinoza! (o a Kant y Spinoza, Kant y Goethe, etcétera, variaciones, en cualquier caso, sobre el mismo tema). Ésta fue la obsesión de toda una época, especialmente a fines del siglo xvüi.

P: ¿Y quién ganó?

KW: La cuestión es ¿cómo puede usted trascender la naturaleza para alcanzar la libertad moral y la totalidad, fundiéndose con la naturaleza? Autonomía versus totalidad. ¿Qué es lo que prefiere, liberarse de la naturaleza o la libertad de la naturaleza? ¿Cómo es posible gozar de ambas alternativas? ¿Cómo integrar lo ascendente y lo descendente? ¡Siempre las malditas notas fracturadas a pie de página de Platón! ¿Dónde encontrará su salvación? ¿Dónde está ubicado su dios?

P: Y en medio de toda esa batalla llegó alguien, de quien usted está muy orgulloso y que finalmente resolvió el dilema. En su libro, usted comienza hablando de esta persona leyendo la carta de alguien que asistió a sus conferencias ¿Le importaría que leyese ahora esa carta?

P: ¡Adelante!

17. EL DOMINIO DE LOS DESCENDENTES

P: «Schelling está hablando a una audiencia boquiabierta pero. en medio de tanta animación y tanto bullicio, entre los gritos y los golpes en la ventana de quienes no han podido alcanzar la puerta, ante tan abigarrada muchedumbre, uno casi se siente tentado a dejar de escucharle. Para asistir a la primera conferencia casi tuve que arriesgar mi vida pero, a pesar de ello, he decidido confiar en Schelling y volver una vez más. Es tan asombroso escucharle que no me importaría, para ello, arriesgar la vida. ¿Qué no haría uno para poder escuchar a Schelling?

»La felicidad que siento por haber podido asistir a la segunda conferencia de Schelling es indescriptible... Mi corazón ha saltado de alegría cuando ha mencionado la "actualidad" del mundo al hablar de la relación que existe entre la filosofía y la actualidad y casi recuerdo palabra por palabra todo lo que ha dicho a ese respecto. Tal vez ahora pueda pensar con más claridad. Esa sola palabra me ha recordado todos los sufrimientos de mi parto filosófico. ¡Qué alegría! Creo que ése es el camino correcto. ¡Dios! ¡Si pudiera clarificar mis pensamientos! Todas mis expectativas están puestas en Schelling...»

KW: Éste es un fragmento de una carta escrita por Sóren Kierkegaard a propósito de las conferencias que Schelling pronunció en Berlín en 1841 ante un auditorio en el que también se

encontraban Jakob Burkhardt, Michael Bakunin y Friedrich Engels, colaborador de Karl Marx.

P: ¿Podría usted resumir la argumentación de Schelling, en lo que se refiere concretamente a la integración entre la mente y la naturaleza?

KW: Schelling comenzó diciendo que, si bien es cierto que la Ilustración logró diferenciar la mente de la naturaleza (o la noosfera de la biosfera), también lo es que tendió a olvidar el Sustrato trascendental que los unifica y que, de ese modo, terminó abocando a la *disociación* entre la mente y la naturaleza, el que hemos llamado desastre de la modernidad.

Ése fue el origen de la disociación entre la mente y la naturaleza, entre el ego y el eco, una disociación cuyo paradigma -al que denominamos el paradigma de la representación- es la investigación científica, un paradigma según el cual la mente «refleja» a la naturaleza. En opinión de Schelling, el paradigma de la representación abrió una grieta, una escisión, entre la naturaleza (como objeto externo) y el yo reflexivo (como sujeto), una grieta que convirtió a los seres humanos en *objeto* de sí mismos y, como decíamos anteriormente, terminó deshumanizando al humanismo. Y es que, en opinión de Schelling, cuando la representación se convierte en un fin en sí mismo, se transforma en «una enfermedad espiritual».

Hasta aquí Schelling coincidía plenamente con los románticos. Él fue, de hecho, uno de los principales impulsores del romanticismo, aunque terminó trascendiéndolo y rechazando claramente cualquier tipo de regresión a la naturaleza. En este sentido, Schelling comprendió que la disociación no podía ser superada *retornando* a la inmediatez de los sentimientos, «a la infancia, por así decirlo, de la raza humana». No es posible regresar a la econaturaleza, y Schelling lo sabía.

Según Schelling, para descubrir que la mente y la naturaleza son movimientos diferentes del mismo Espíritu absoluto, un Espíritu que se manifiesta en los diferentes estadios sucesivos del desarrollo, hay que ir *más allá* de la razón. Como pronto diría

Hegel, colega de Schelling, el Espíritu no es Uno separado de los muchos sino *el mismo proceso* mediante el cual el Uno se expresa a través de los muchos -su actividad infinita manifestándose *en el mismo proceso de desarrollo-* o, como diríamos ahora, el Espíritu expresándose a sí mismo a lo largo de todo el proceso evolutivo.

La evolución: El despliegue en el tiempo de la Gran Holoarquía

P: De modo que el concepto de desarrollo o evolución no nació con Darwin.

KW: Así es. A partir de Leibniz, los teóricos de la Gran Cadena comenzaron a comprender que ésta no es una holoarquía que nos venga dada de una vez por todas, sino que, por el contrario, va desplegándose a lo largo de un tiempo histórico inmensamente largo, comenzando en la materia y prosiguiendo luego con la emergencia, en las formas vivas, de la sensación, la percepción, el impulso, la imagen, etcétera.

De este modo, un siglo, aproximadamente, antes de Darwin, se sabía, en los círculos ilustrados, que la Gran Cadena se desarrollaba a lo largo del tiempo. Y, puesto que la Gran Cadena no tiene «huecos» ni resquicios (porque la plenitud del Espíritu ocupa todos los espacios vacíos), la agenda de la investigación se ocupó de buscar los «eslabones perdidos» de la gran cadena evolutiva.

P: ¿De ahí es, pues, de donde procede la noción de «eslabón perdido»?

KW: En efecto. Y la Ilustración se aprestó a la búsqueda de cualquier «eslabón perdido» de la Cran Cadena del Ser, a la búsqueda de todos los «eslabones perdidos» entre las distintas especies. Y esta idea se hallaba tan difundida, era tan común y aceptada que hasta el conocido empresario circense P.T. Barnum aseguraba que en su zoológico podía verse «al ornitorrinco, el eslabón que vincula a la foca con el pato; dos diferentes especies de peces voladores que relacionan a los pájaros con los peces; la iguana, el eslabón que conecta los reptiles con los peces, y muchos otros animales que constituyen otros tantos eslabones de la Gran Cadena de la Naturaleza animada». ¡Y todo esto ocurría dos décadas antes de que Darwin publicara *El origen de las especies!*

P: ¡Resulta sorprendente!

KW: Y también es fascinante. ¡Todo el mundo dedicándose a la búsqueda de eslabones perdidos! La búsqueda del eslabón perdido, por ejemplo, también estaba detrás de la investigación de los microorganismos (cuya existencia había deducido Leibniz para llenar ciertas fisuras existentes en la Gran Cadena), y lo mismo ocurrió con la creencia en la vida en otros planetas (deducida por Giordano Bruno basándose también en la Gran Cadena del Ser). Así pues, la noción de eslabón perdido no se basaba tanto en los datos empíricos científicos como en la misma idea de la Gran Cadena del Ser.

P: Una idea, por cierto, neoplatónica.

KW: Sí, porque, de un modo u otro, todo esto se remonta a Plotino. El Espíritu, según Plotino, es tan pleno y completo que, cuando se vuelca en la creación, lo impregna absolutamente todo, sin dejar agujeros, fisuras ni eslabones perdidos. Y la Gran Holoarquía de Plotino es la forma en que esos eslabones, o niveles, se conectan, se incluyen y se engloban mutuamente a lo largo del camino que conduce desde la materia hasta Dios.

Ahora bien, si usted toma la Gran Holoarquía -tal y como nos la presenta Plotino (Figura 14. 1)- y comprende que se despliega a lo largo del tiempo -que va desarrollándose a lo largo de un período de tiempo extraordinariamente largo-, descubrirá los grandes estadios fundamentales de la evolución, la materia, la sensación, la percepción, el impulso, la imagen, el símbolo, etcétera.

La modernidad, sin embargo, atada a un marco de referencia exclusivamente descendente, nos ofrece una visión de la evolución que concluye en la razón y nos lleva también a interpretar toda la Gran Cadena en términos meramente empíricos y natura-

les que nos impiden llegar a comprender y explicar el impulso autotrascendente de esta evolución que, no obstante, ¡ha terminado convirtiéndose en el dios de nuestro tiempo!

Pero el hecho es que Plotino contemporizó con la idea de la evolución. Y todo esto funcionaba y era ampliamente aceptado un siglo antes de Darwin. Schelling escribió su filosofía trascendental en tomo a 1840 y Darwin publicó su obra en 1860, décadas después de que la gente visitara los museos para contemplar «eslabones perdidos».

Así pues, la contribución de Darwin y de Wallace no fue tanto la teoría de la evolución -una noción que, como acabamos de ver, ya había sido plenamente admitida-, como la teoría de la evolución por medio de la selección natural, ¡una teoría, por cierto, que en modo alguno podía explicar la macroevolución! Es por ello que Wallace insistía en que la selección natural no es la causa sino el *resultado* de «las formas y modalidades creativas del Espíritu» y que hasta el mismo Darwin se resistiera a eliminar al Espíritu de la naturaleza de la evolución.

Si tuviera que señalar a los dos filósofos que, en mi opinión, más han influido -después de Platón- en la mente occidental, diría que han sido Plotino y Schelling, puesto que el primero dio a la Gran Holoarquía su expresión más plena y el segundo ubicó a la Gran Holoarquía en la corriente del tiempo evolutivo, en la evolución. Y si hay una idea que domine la mente moderna y postmoderna ésa es, sin duda alguna, la idea de la evolución.

Hemos llegado así al momento histórico en que está comenzando a comprenderse que la Gran Holoarquía evoluciona a lo largo del tiempo. Y de pie, en medio de esa corriente, se halla Schelling.

La evolución: El Espíritu-en-acción

P: Entiendo que, según Schelling, el proceso evolutivo del desarrollo todavía era un movimiento espiritual.

KW: No hay otro modo de entenderlo y Schelling lo sabía. El Espíritu se halla presente en todos y cada uno de los estadios del proceso evolutivo *en forma del mismo proceso.* Como pronto diría Hegel, el Absoluto «es el proceso de su propio devenir, concretándose y actualizándose sólo mediante su propio desarrollo».

P: Quisiera leer, en este punto, una cita de Hegel que usted menciona en su libro: «La *única* idea que puede reconciliar al Espíritu con la historia del mundo es que la historia del mundo, con todos los cambiantes escenarios presentados en esta crónica, es *el mismo proceso* de desarrollo y actualización del Espíritu, algo que ha sucedido y sigue sucediendo día tras día y que no sólo no es "ajeno a Dios" sino que se trata, esencialmente, de la obra de Dios».

KW: Sí, y ése es también el motivo por el que el Zen dice que «Eso de lo que uno puede desviarse no es el verdadero Tao».

Para Schelling, la realidad esencial no es la naturaleza ni la mente; para él *la única realidad es el Espíritu.* Pero, para crear el mundo manifiesto, el Espíritu debe salir de sí y volcarse por completo en el mundo manifiesto. El Espíritu desciende en sus manifestaciones, pero éstas, no obstante, siguen siendo el Espíritu, la multiplicidad de las formas a través de las cuales se manifiesta el Espíritu.

De este modo, el Espíritu se enajena de sí mismo para crear la naturaleza, que es simplemente Espíritu *objetivo.* En este momento del proceso evolutivo, el Espíritu es todavía *inconsciente de sí mismo (y* por ello Schelling se refiere a la naturaleza como *el letargo del Espíritu).* La naturaleza no es, pues, el telón de fondo inerte al servicio de la mente que afirman las fuerzas del ego, sino un «sistema dinámico autoorganizado», *«la manifestación objetiva del Espíritu»,* «el Dios visible y sensible» de Platón, rescatado y ubicado ahora por Schelling en medio de la corriente de la evolución.

Para Schelling, la naturaleza no es una máquina estática y determinista sino «Dios-en-la-acción». Los mismos procesos de la naturaleza son *procesos espirituales* -que *luchan* por alcanzar

el despertar espiritual-, el Espíritu objetivo luchando para actualizarse a sí mismo (Eros).

Y aquí Schelling está reconociendo la afirmación fundamental de los ecorrománticos, la naturaleza *no es* un estúpido sustrato mecánico, *la naturaleza es esencialmente espiritual...* aunque ese Espíritu se halle todavía aletargado porque todavía no haya tomado conciencia de sí mismo y el Kosmos no haya empezando *a reflexionar conscientemente en sí mismo.*

Con la emergencia de la mente, no obstante, el Espíritu comienza a tomar conciencia de sí mismo, lo cual, entre otras cosas, introduce en el mundo la conciencia moral, una moral, por cierto, completamente ajena al mundo de la naturaleza. Y el surgimiento de la moral supone un gran paso hacia adelante con respecto al nivel de conciencia propio de la aletargada naturaleza (en este punto, Schelling está reconociendo a las fuerzas racionales del ego y sus innegables contribuciones).

El Espíritu está comenzando a despertar a sí mismo. El Espíritu busca conocerse a sí mismo a través de los símbolos y los conceptos y entonces es cuando el universo empieza a pensar sobre el universo, dando así origen al mundo de la razón y, en particular, al mundo de las morales conscientes. Así pues, como diría Schelling, la naturaleza es *Espíritu objetivo,* mientras que la mente es *Espíritu subjetivo.*

Pero, a diferencia de lo que afirman las fuerzas del ego, Schelling insiste en que el ego no es más que una fase en el arco de desarrollo global de autorrealización del Espíritu. Schelling, pues, no se detiene en el eco ni en el ego sino que aboga por lo no dual.

Según Schelling, en ese momento histórico -en el momento en que la mente y la naturaleza se diferenciaron-, el mundo parece escindirse en dos, la mente reflexiva y la naturaleza reflejada. Pero, a diferencia de lo que opinaban las fuerzas del eco o del ego, decantándose exclusivamente por la naturaleza o por la mente, respectivamente, Schelling consideraba que ambos eran momentos provisionalmente necesarios en el camino hacia el Espíritu, una Identidad Suprema que terminaría trascendiéndolos e incluyéndolos a ambos.

P: Pero la modernidad se halla temporalmente estancada en la batalla entre la mente y la naturaleza, entre el ego y el eco.

KW: En efecto. El doloroso nacimiento de la aguda autoconciencia propia de la modernidad constituye una parte necesaria del proceso de despertar del Espíritu. Y nosotros debemos atravesar ese angustioso período desconocido colectivamente por cualquier otro momento histórico. Si volviéramos atrás evitaríamos el dolor pero en modo alguno lo superaríamos.

Por ese motivo Schelling insistía en que, en lugar de tratar de regresar al momento anterior a la división, debemos seguir avanzando más allá de las pretensiones «absolutistas» del ego y del eco. Según Schelling, estos dos «aparentes absolutos», como él los llama, se *sintetizan* en el tercer gran movimiento del Espíritu, la trascendencia *tanto* de la naturaleza *como* de la mente y, en consecuencia, su unión radical.

P: Sin olvidar a Fichte y a Spinoza.

KW: Exactamente, sin olvidar al puro ego y al puro eco. En opinión de Schelling, esta síntesis *no dual* es también la identidad entre el sujeto y el objeto en un acto atemporal de autoconocimiento, el Espíritu *conociéndose directamente a sí mismo* como Espíritu, una intuición mística directa que, como él mismo decía, *no se ve mediada* por *ninguna forma,* ni las formas de los *sentimientos* de la naturaleza objetiva ni la forma de *los pensamientos* de la mente subjetiva.

Y éste es un vislumbre profundo e inequívoco del Sustrato no dual que carece de todo fundamento y toda forma, de la Vacuidad pura de Un Solo Sabor. En este sentido, Schelling solía referirse con frecuencia a la «indiferencia» y al «Abismo», en el mismo sentido que Eckhart, Boehme y Dionisio. «En el último oscuro Abismo del Ser divino, el Sustrato primordial -o Urgrund-, no hay diferenciación alguna sino sólo identidad pura.» Ésa, precisamente, es la Identidad Suprema.

Así pues, para Schelling -y también para su amigo y discí-

pulo Hegel- el Espíritu se enajena de sí mismo para dar lugar a la naturaleza objetiva, despierta a sí mismo en la mente subjetiva y termina retornando a sí en la pura conciencia inmediata no dual en la que sujeto y objeto son uno y la naturaleza y la mente se funden en la actualización del Espíritu.

Sintetizando, pues, el Espíritu se conoce a sí mismo objetivamente como *naturaleza,* se conoce subjetivamente como *mente y* se conoce absolutamente como *Espíritu* -la Fuente, la Cúspide y el Eros de todo el proceso evolutivo.

Vislumbres de lo no dual

P: Esos tres grandes momentos también son conocidos como subconsciente, consciente y supraconsciente.

KW: O, dicho de otro modo, prepersonal, personal y transpersonal; prerracional, racional y transracional; o biosfera, noosfera y teosfera.

P: ¿De qué modo, exactamente, esta visión integra, sin forzamientos, los hallazgos del ego y del eco?

KW: La intuición esencial de Schelling es que el Espíritu que *se actualiza* en forma consciente en la Suprema Identidad es, de hecho, el mismo Espíritu que ha estado *presente desde el comienzo* como *la totalidad del proceso* evolutivo. Todo el Espíritu, por así decirlo, se halla completamente presente en cada uno de los estadios, en forma del mismo proceso del desarrollo. En cada uno de los distintos estadios, el Espíritu va desplegándose más, va actualizándose más y, de ese modo, pasa del letargo en la naturaleza al despertar en la mente y a la actualización final como Espíritu. Pero el Espíritu que *se actualiza* se hallaba ya presente desde el mismo comienzo como la totalidad del proceso de su propio despertar.

Así, para responder concretamente a su pregunta, Schelling pudo integrar el ego y el eco -a Fichte y a Spinoza, la autonomía y la totalidad- porque cuando usted actualiza su Identidad

Suprema como Espíritu, deviene *autonomía* en el más pleno de los sentidos (porque nada hay que quede fuera de usted) y, al mismo tiempo, usted es también la más plena de las *unidades o totalidades* (porque nada hay que quede fuera de usted). En la Suprema Identidad, la autonomía plena y la totalidad plena son una y la misma cosa.

Así pues, los hombres y las mujeres no deben sacrificar su autonomía ni su voluntad porque, en última instancia, terminarán fundiéndose con la totalidad del Kosmos, una totalidad que es idéntica a todos los movimientos de su Yo más profundo. Usted *es,* en suma, la totalidad del Kosmos, la autonomía plena y la plena integridad.

Existe una profunda integración entre ego y eco, entre lo ascendente y lo descendente, entre la trascendencia y la inmanencia, entre el Espíritu *descendiendo* al más bajo de los estadios y *ascendiendo* de nuevo hacia sí. El Espíritu se halla completamente presente en todos y cada uno de los estadios en forma del mismo proceso de su autorrealización, un juego divino del Espíritu que se halla presente en cada uno de los movimientos del Kosmos y que va desplegándose cada vez más plenamente a lo largo del proceso, una danza divina en cada movimiento del universo, nunca realmente perdido y nunca realmente encontrado, presente desde el mismo comienzo, un guiño y un gesto de aprobación procedente del fondo del más resplandeciente de los Abismos.

Desde siempre

P: ¿Y qué es, entonces, exactamente, lo que diferencia a esta visión de la visión ecorromántica?

KW: Los románticos puros de ayer -al igual que los de hoy- nunca han admitido que la mente y el Espíritu trasciendan la naturaleza porque, desde su punto de vista, no hay nada que trascienda la naturaleza. La naturaleza es *lo único* que existe y la

mente y el Espíritu son, de algún modo, meras hebras en la gran red de la mononaturaleza.

Es por ello que los ecorrománticos no pueden comprender que «aquello de lo que uno puede desviarse no es el verdadero Tao». Los ecofilósofos no dejan de decirnos que nos hemos *desviado* de la naturaleza, con lo cual demuestran no ser conscientes de la Naturaleza sino sólo de la naturaleza. En el fondo, pues, no han comprendido el verdadero Tao, el Espíritu.

Según afirman los idealistas -y los sabios no duales de todo el mundo-, el extraordinario y paradójico secreto es que la liberación final está lograda *desde siempre.* El «último paso» consiste en salir del ciclo del tiempo y descubrir que lo atemporal ha estado totalmente presente *desde el mismo comienzo* y que *en ningún momento* nos hemos desviado un ápice de ello.

Según dice Hegel, «lo Bueno, el Bien absoluto, está eternamente presente en el mundo, y por ello no tiene que esperarnos a nosotros porque *ya está, en realidad, plenamente consumado.*

Aquí tengo una cita de Findlay, uno de los grandes intérpretes de Hegel, que ilustra perfectamente esta cuestión: «Este es precisamente el punto que distingue a los verdaderos hegelianos de los afamados eruditos que tan frecuentemente malinterpretan a Hegel anhelando un espectacular advenimiento del Absoluto... escoltado por una bandada de palomas, cuando, de hecho, consiste en el simple retorno a la más completa normalidad [cf. "la mente ordinaria" del Zen]. Cuando la observamos y aceptamos plenamente, la existencia finita y *limitada* en el aquí y en el ahora no se diferencia en absoluto, según Hegel, de la existencia infinita presente desde siempre en todo lugar. Cuando uno tiene la actitud correcta, vivir en la calle Mayor es residir en la Ciudad Santa».

Como Plotino sabía y Nagarjuna enseñaba, el «otro mundo» siempre es este mundo visto de la manera adecuada. Toda Forma es Vacuidad *tal y como es.* El secreto radical del Kosmos es que sólo existe Dios. Dios es lo único que existe en este Kosmos de Un Solo Sabor, siempre plenamente presente, siempre perfectamente consumado, siempre el sonido de una sola mano aplaudiendo. Y la creencia de que podemos alejarnos de Eso es la mayor de las presunciones de la ilusión egoica, la inquietante máscara del egoísmo divino regocijándose entre las humeantes ruinas de su propia contracción.

El desvanecimiento de la visión

P: La visión idealista se desvaneció casi por completo al cabo de unas pocas décadas.

KW: Sí. El marco de referencia descendente terminó devorando el idealismo y promulgando la salvación gaiacéntrica (ya sea en forma de marxismo, de ecocentrismo o de capitalismo), un marco de referencia descendente que, en todos los casos, oscilaba entre las dos únicas alternativas posibles: controlar la naturaleza (ego) o fundirse en ella (eco).

P: ¿De modo que la solución consiste en volver a alguna forma de idealismo?

KW: Eso, en realidad, es imposible porque no hay modo de detener el movimiento de la evolución, menos todavía de invertir su sentido. El fundamento tecnoeconómico de nuestra sociedad es distinto y hoy en día el idealismo, tal y como fue concebido, carecería de ajuste funcional. Quizás pudiéramos hablar de un nuevo tipo de idealismo porque el Buda venidero será digital. Pero eso, supongo, ya es otro tema.

El hecho es que no podemos quedarnos estancados en Schelling o en cualquiera de los otros idealistas. Suponiendo que mi visión del Espíritu-en-acción sea válida -y rotundamente creo que lo es-, ninguno de los idealistas comprendió realmente los cuatro cuadrantes y, en consecuencia, su visión de los estadios y pormenores de los dominios transpersonales era más que limitada. En mi opinión, es posible agrupar sus errores en dos puntos muy sencillos:

El primero de ellos fue el fracaso en desarrollar una *práctica auténticamente contemplativa,* un verdadero paradigma, un mo-

delo reproducible, una *práctica realmente espiritual.* Dicho en otras palabras, carecían de un yoga, de una disciplina meditativa, de una metodología experimental que les permitiera reproducir en la conciencia las intuiciones transpersonales de los fundadores del movimiento romántico.

Es precisamente por ello que los grandes sistemas idealistas fueron tomados erróneamente como metafísicas, filosofías de la misma «representación» carente de referente real que Kant había demolido. Carentes de una auténtica práctica espiritual, la mayor parte de las críticas de que fueron objeto eran completamente ciertas. De este modo, el idealismo tendió a degenerar en metafísica monológuica y sufrió el mismo destino de toda metafísica, el mismo destino de todos los sistemas que se dedican *a cartografiar* el mundo sin proporcionar la tecnología interior necesaria para transformar al cartógrafo.

P: Así pues, su primer error fue el de no haber desarrollado una especie de yoga, una práctica transpersonal que les permitiera reproducir sus intuiciones.

KW: Así es, carecían de un camino para reproducir la conciencia transpersonal en el seno de una comunidad de practicantes, carecían de un sistema que les permitiera desplegar un yo más profundo («yo» o Buda) en el seno de una comunidad más profunda («nosotros» o Sangha), que expresara una verdad más profunda («ello» o Dharma). Pero sí, dicho en pocas palabras, carecieron de una especie de yoga.

P: ¿Y cuál fue su segundo gran error?

KW: Aunque las intuiciones profundas de los dominios transpersonales fueron una de las principales, yo diría que *la principal* motivación del movimiento idealista, esas intuiciones y comprensiones se expresaron casi siempre en términos *visión-lógicos,* imponiendo de ese modo a la razón un objetivo que jamás podía llegar a alcanzar. Hegel, en particular, *identificó* al Espíritu transpersonal y transracional con el estadio visión-lógico, con la razón madura, condenando, de ese modo, a la razón a desplomarse bajo un peso que no pudo llegar a soportar.

«Lo real es racional y lo racional es real», decía Hegel, y por «racional» quería decir visión-lógico. Pero esto nunca puede funcionar porque la estructura visión-lógica no es más que la forma que asume el Espíritu en el estadio del centauro.

En 1796, Hegel escribió un poema para Hblderlin, que me gustaría reproducir ahora parcialmente: «Porque *el pensamiento no puede apresar el alma* que, olvidándose de sí, se sumerge fuera del espacio y del tiempo en un presentimiento de infinito y luego redespierta. Quien quiera hablar de esto a los demás, sentirá la pobreza de las palabras aunque se exprese con la lengua de los ángeles».

Y, a pesar de que Hegel sabía de la pobreza de las palabras, decidió, no obstante, que la razón podía y debía desarrollar el lenguaje de los ángeles.

Y esto no hubiera sido un error *en el caso de que* Hegel se hubiera ocupado de diseñar prácticas para el desarrollo evolutivo de los estadios transpersonales superiores. ¡A fin de cuentas, los maestros Zen no dejan de hablar de la Vacuidad! Pero ellos disponen de una práctica, de una metodología -zazen o meditación-, que les permite asentar sus intuiciones en criterios experimentales, públicos, reproducibles y falsables. ¡El Zen no es ninguna metafísica! ¡El Zen es mucho más que un simple proceso de cartografiado !

Los idealistas, sin embargo, no disponen de nada parecido. Por ello sus intuiciones no son fácilmente reproducibles y, en consecuencia, tampoco son falseables, con lo cual terminaron siendo despreciadas como «mera metafísica», perdiendo así Occidente la oportunidad más preciosa que ha tenido para albergar el futuro descenso del Alma del Mundo.

P: ¿No resulta sorprendente que los idealistas consiguieran tantas cosas?

KW: Así me lo parece. A veces pienso en la siguiente historia: Al acabar la Segunda Guerra Mundial, Jean-Paul Sartre visitó Stalingrado, donde tuvo lugar la extraordinaria batalla que, en muchos sentidos, significó el comienzo de la derrota alemana. Recuerde que la heroica defensa del sitio de Stalingrado acabó

con la vida de cerca de trescientos mil soldados alemanes. Después de acabar su visita, Sartre no dejaba de repetir: «Es realmente asombroso. Es realmente asombroso». Sartre, como usted sabe, era un simpatizante de la causa comunista, de modo que alguien terminó preguntándole: «¿Quiere usted decir que le sorprende la defensa de los rusos?». «No» respondió él. «Estoy sorprendido de que los alemanes *llevaran las cosas tan lejos.»*

Lo mismo me ocurre a mí. Cuando pienso en los idealismos siempre me sorprende que llevaran las cosas tan lejos.

El dominio de los descendentes

P: Aunque ellos también fueron derrotados. Hay una frase famosa que, después de Hegel, todo el mundo pronunciaba: «¡Volvamos a Kant!».

KW: Sí, queriendo decir con ello, volvamos a la razón y a su fundamento sensorial, volvamos a la mononaturaleza.

El fracaso del idealismo dejó a los descendentes el camino expedito para convertirse en los dueños absolutos de la modernidad. Después de algunos avances extraordinarios en las dimensiones de la Mano Izquierda en términos de conciencia y Espíritu transpersonal, el idealista corriente solía quedar atrapado dentro del marco de referencia industrial y terminaba asumiendo, vía Feuerbach y Marx, una visión fuertemente materialista y «naturalista», era casi imposible sustraerse al moderno marco de referencia descendente y, tras algunos intentos absolutamente heroicos, los idealistas terminaron siendo devorados por los trogloditas.

No tardó Feuerbach, discípulo de Hegel, en proclamar que *cualquier* tipo de espiritualidad, *cualquier* tipo de ascenso, era una proyección de los potenciales de los hombres y de las mujeres en un «ultramundo» absolutamente imaginario. Y, según Feuerbach, la causa de la invalidez y de la alienación del ser humano es precisamente esta proyección de los potenciales del ser humano en una esfera «divina».

Pero Feuerbach, obviamente, confundía la vieja mítica ultramundana con los potenciales auténticamente transpersonales, y esa misma ignorancia fue la que le llevó a abrazar el marco de referencia descendente que afirmaba que lo único real era la naturaleza.

Mientras tanto, Karl Marx y Friedrich Engels estaban muy atentos. *«No existe nada»,* escribiría más tarde Engels, *«ajeno a la naturaleza y a los seres humanos.* Los seres superiores creados por nuestra fantasía religiosa no son más que el fantástico reflejo de nuestra propia esencia. El entusiasmo era general y todos éramos, por el momento, seguidores de Feuerbach».

De hecho, todo el mundo moderno y postmoderno continúa tras los pasos de Feuerbach.

Internet

P: ¿Qué puede decir con respecto a Internet, la red informática que posibilita el intercambio de información entre unos treinta millones de personas? ¿Se trata de algo meramente descendente o, por el contrario, constituye una expresión de algo global? ¿No se halla, acaso, en el camino que nos conducirá hacia la conciencia global?

KW: ¿De qué serviría que los nazis poseyeran la Red? ¿Se da usted cuenta del problema? La Red es simplemente la estructura social *exterior,* el cuadrante inferior derecho. Lo que discurre a través de la Red, no obstante, sí que tiene que ver con la conciencia *interior, la* moral y los valores, algo de lo que no suelen hablar, ni tan sólo vagamente, quienes afirman que la Red es una conciencia global. Ésta es, en mi opinión, la visión chata del mundo en el peor, más descendente y posiblemente más destructivo sentido posible.

La Red simplemente forma parte de la nueva base tecno-económica (el cuadrante inferior derecho) y como tal es, en sí misma, *neutra* con respecto a la *conciencia* que la utiliza. En este

sentido, todas las estructuras de la Mano Derecha son neutras y carentes de valor. La tecnología informática (y la era informática, en general) implica la existencia de un fundamento tecnológico que, si bien puede *sostener* una perspectiva mundicéntrica, una conciencia global, *en modo alguno la garantiza*. Como ya hemos visto, los avances cognitivos son necesarios, pero no suficientes, para el desarrollo moral, y lo cognitivo suele ir muy por delante de la voluntad real de ascender la escalera del desarrollo de la conciencia. La Red, pues, nos brinda esa posibilidad pero en modo alguno la garantiza.

Así pues, no podemos equiparar la Red con la conciencia global. ¿De qué sirve que treinta millones de personas que se hallen en el estadio moral 1 tengan la posibilidad de difundir su moralidad egocéntrica? ¿De qué sirve que los nazis tengan la Red?

Y todo esto es, sin embargo, soslayado cuando prestamos una atención exclusiva a la red holística de la localización simple. De ese modo, focalizamos nuestra atención en el marco de referencia exterior e ignoramos las interioridades que discurren por esa red. La visión chata del mundo considera que Internet es global, de modo que la conciencia que la utiliza también debe ser global. ¡Ni por asomo!

¿Cómo podría la visión chata del mundo resolver un problema que ni siquiera puede advertir?

P: ¿Cuál sería, en este caso, el problema?

KW: La Red no es más que una estructura social exterior que no garantiza, en sí misma, la transformación interior, menos todavía la conciencia global. La Red no es más que una estructura monológuica que puede servir de cauce a diversos tipos de interioridad. Pero la cualidad de esas interioridades es otro asunto, un asunto que no depende, en modo alguno, de la estructura de la Red.

La Red, por otra parte, ha generado dos problemas inmediatos: está casi completamente ocupada por varones y alienta la individualidad arcaica y egocéntrica masculina. La Red ha sido construida por varones y sus usuarios son también mayoritariamente varones (el 95%, según afirma *Newsweek*). De hecho, esta

«gran conciencia global informática» amenaza con reinstaurar la mayor estratificación de géneros conocida desde el estadio agrario. Y las feministas no parecen haberse dado cuenta de este asunto y se ocupan de temas tan «profundos» como si la pornografía vulnera sus derechos civiles o si tal congresista debería ser encarcelado por haber manoseado a su secretaria, mientras la mayor transformación tecnológica de la historia del mundo desfila ante sus ojos.

Más inquietante resulta, sin embargo, el hecho de que muchos de los usuarios de la autopista de la información sean auténticos predadores digitales, guerreros informáticos egocéntricos completamente ajenos a la cooperación intersubjetiva y al reconocimiento mutuo. ¿De qué tipo de conciencia global estamos hablando?

La humanidad se halla globalmente todavía en las modalidades de conciencia preconvencionales egocéntricas y convencionales etnocéntricas. Y no existe ningún mapa sistémico, ninguna autopista de la información, que pueda cambiar automáticamente este estado de cosas. Los mapas holísticos globales e Internet no pueden, por sí mismos, provocar la transformación interior sino que, por el contrario, en la mayor parte de los casos, contribuyen al estancamiento e incluso a la franca regresión. Cuando los individuos que se hallan en un estadio menos que mundicéntrico disponen de métodos mundicéntricos, suelen utilizarlos (y, con demasiada frecuencia, también abusar de ellos) para llevar a cabo su agenda menos-que-mundicéntrica. Los nazis, en suma, hubieran estado muy contentos de disponer de la Red.

La religión de Gaia

P: ¿Qué opina respecto a problemas tales como la superpoblación, el agujero de ozono, etcétera, problemas que ponen en peligro inmediato la supervivencia de Gaia y, con ella, de todos nosotros? Ésa es una de las preocupaciones fundamentales de los ecorrománticos.

KW: Los principales problemas de Gaia *no son,* en mi opinión, la industrialización, el agujero de ozono, la superpoblación ni el agotamiento de los recursos del planeta. El principal problema de Gaia es *la falta de comprensión y de acuerdo mutuo en la noosfera* en cómo afrontar esos problemas. Mientras no podamos alcanzar una comprensión y un acuerdo mutuo que se base en una perspectiva moral mundicéntrica sobre los asuntos que nos preocupan a todos, mal podremos llegar a controlar el desarrollo industrial. El logro de esa visión moral mundicéntrica exige un lento y laborioso proceso de crecimiento y transformación interior y eso es algo que no puede hacer un mapa global, por más sistémico o ecológico que sea.

El hecho es que el marco de referencia descendente niega completamente la posibilidad de la trascendencia y, en consecuencia, nos despoja de la única posibilidad auténtica de salvar a Gaia. El *odio a la trascendencia* es la trampa que nos ha tendido el marco de referencia descendente, el modo en el que prolonga sus amoríos con la visión chata del mundo, la forma en que prosigue la colonización de los dominios del «yo» y del «nosotros» por parte de las fuerzas empíricas del «ello», la manera en que la modernidad se rinde al dolor, la tristeza y la autocompasión y se oculta avergonzada; la forma, en suma, en que la modernidad perpetúa la amarga fragmentación de lo Bueno, lo Verdadero y lo Bello y provoca el enfrentamiento entre la mente, la cultura y la naturaleza.

Es evidente que los intentos de las fuerzas del ego racional por controlar y dominar la naturaleza están contribuyendo al desvalijamiento de Gaia. Pero la paradoja de la modernidad es que la religión de Gala también se halla atrapada en el mismo marco de referencia descendente. A fin de cuentas, la fuerza destructiva fundamental es ese marco de referencia descendente, un marco de referencia que está destruyendo a Gaia y al que los seguidores de la religión de Gaia rinden, irónicamente, pleitesía.

La terrible verdad de la condición moderna, pues, es que el odio a la trascendencia es la forma a través de la cual el marco de referencia descendente se reproduce en la conciencia de aquello mismo que está destruyendo.

18. EL DESVELAMIENTO DE DIOS

P: Quisiera concluir estas conversaciones centrando ahora nuestra atención en tres tópicos, la interpretación de las intuiciones espirituales, la ética medioambiental y las posibles líneas de desarrollo de la futura evolución del mundo.

La escritura en la pared

P: Digamos, para comenzar, que, en su opinión, muchas personas tienen verdaderas intuiciones de los estadios transpersonales iniciales -es decir, intuiciones de la Sobrealma, del Alma del Mundo o del Yo eco-poético-, pero no suelen interpretarlas de la manera más adecuada.

KW: Así es, con mucha frecuencia esas intuiciones son genuinamente espirituales pero, a mi juicio, son *interpretadas* -es decir, son *descifradas*- de una forma muy inapropiada. Muchas personas tienen auténticas intuiciones espirituales, pero se hallan tan atrapadas en el moderno marco de referencia descendente y en su correspondiente *disociación* entre el yo, la cultura y la naturaleza, que lamentablemente terminan desaprovechándolas.

P: ¿Qué quiere usted decir exactamente?

KW: Supongamos que usted tenga una experiencia de la conciencia kósmica, una intuición del Alma Global del Mundo, pero que sólo pueda interpretarla en función de su Yo superior. En ese

caso, usted creerá que si descubre su Yo superior, su conciencia superior, todos los demás problemas desaparecerán como por arte de magia. Pero, de ese modo, hará lo mismo que hizo Fichte -concluir que el Yo puro lo resolverá todo- y tenderá a ignorar los componentes *conductuales, sociales y culturales* tan indispensables para la auténtica transformación. Y, si eso es lo que ocurre, usted correrá el peligro de quedar atrapado en una orientación muy narcisista según la cual bastará con encontrar a su verdadero Yo para que todos los demás problemas terminen resolviéndose.

También puede ocurrir que usted caiga en el otro extremo, que tenga una experiencia de la conciencia kósmica, del Alma del Mundo, que sienta que es uno con el mundo y luego concluya que ese mundo con el que se ha fundido es la simple naturaleza empírica, la mononaturaleza. En este caso, usted habrá experimentado realmente una unidad con la montaña, con el océano y con la totalidad de la vida pero, atrapado en el marco de referencia de la modernidad, terminará ignorando el mundo subjetivo e intersubjetivo que le permitieron desarrollarse hasta el punto de poder devenir uno con la montaña y concluirá que esa «unidad» depende exclusivamente de la naturaleza.

No es infrecuente que, en tal caso, llegue usted a la conclusión de que todos los problemas se resolverán cuando nos fundamos con Gaia, con el puro eco. Entonces es cuando pregonará por doquier su mapa sistémico del mundo afirmando que todos somos hebras de la Gran Red, obviando las profundas transformaciones de conciencia necesarias para llegar siquiera a comprender una visión sistémica. Pero, de ese modo, usted estará haciendo lo mismo que hizo Spinoza, concluir que la salvación consiste en fundirnos con el gran sistema inmanente, obviando por completo el hecho de que sólo es posible llegar a ser uno con la gran red inmanente a través de un laborioso proceso de transformación interior.

La disociación moderna se halla tan firmemente arraigada en el psiquismo colectivo que, cuando tiene lugar una auténtica intuición espiritual, suele ser interpretada dentro del fragmentario

marco de referencia de la modernidad. En tal caso, aunque la intuición espiritual original comporte una sensación de totalidad, cuando usted la interpreta exclusivamente en función de su cuadrante favorito, magnifica la importancia de ese cuadrante como si fuera el único que existiera.

P: De modo que puede ocurrir que la intuición sea genuina pero que la interpretación termine tergiversando completamente las cosas.

KW: Sí, ése es el punto. Como hemos dicho, las superficies deben ser vistas pero *las profundidades deben ser interpretadas*. Y la forma en que interpretemos la profundidad resulta decisiva para la posterior emergencia de esa misma profundidad, ya que las interpretaciones certeras favorecen el futuro descenso del Espíritu.

Así pues, las interpretaciones afortunadas de la intuición espiritual favorecen la emergencia de esa nueva profundidad, mientras que las interpretaciones desafortunadas, por el contrario, tienden a dificultarlas o incluso a abortarlas. Las interpretaciones inadecuadas, superficiales o fragmentarias entorpecen el proceso espiritual. Y esto suele ocurrir porque las interpretaciones son llevadas a cabo desde uno solo de los cuadrantes y no rinden tributo ni despliegan por igual los cuatro cuadrantes o, en otras palabras, no prestan atención ni integran el Gran Tres. El Espíritu se manifiesta en los cuatro cuadrantes -o, dicho de otro modo, lo hace como el Gran Tres-, por tanto, la negación o distorsión de cualquiera de sus distintas vertientes obstaculiza la evolución espiritual. Así es como terminamos negando lo Bueno, lo Verdadero o lo Bello, y fragmentando, en consecuencia, el pleno desarrollo del Espíritu.

El Yo superman

P: De modo que las interpretaciones realizadas desde la visión ego y eco suelen ser inadecuadas.

KW: Sí, con demasiada frecuencia. Como decíamos anteriormente, en el lado del ego hay muchos individuos que tienen una intuición del Alma del Mundo (o incluso superior) y la interpretan, la descifran, exclusivamente en función del Yo Superior, de la Voz Interna, de la psicología arquetípica, del gnosticismo. del vipassana, del cuidado del Alma, del Testigo interior, de la Mente Universal, de la Conciencia pura, de pautas eneagramáticas, de la Conciencia trascendental o de cualquier otro concepto similar propio del *cuadrante superior izquierdo*. Pero, por más cierta que sea esa visión, este tipo de interpretación pasa por alto y mutila seriamente las dimensiones del «yo» y del «nosotros». Ese tipo de interpretación, pues, jamás nos brindará una imagen adecuada de los tipos de comunidad, de servicio social y de actividad cultural propios de las formas intersubjetivas del Espíritu. Este tipo de interpretación ignora o niega los cambios en las infraestructuras tecnoeconómicas y en los sistemas sociales característicos de las formas objetivas del Espíritu. Se centra en lo intencional pero ignora y soslaya los cuadrantes relativos a lo conductual, lo cultural y lo social, relegándolos a un estatus muy inferior o secundario.

En tal caso, el campo del «Yo Superior» parece ajeno a los asuntos sociales y todo lo que ocurre parece ser consecuencia de la «propia decisión», una especie de Yo Superior hiperautónomo responsable de *todo* cuanto ocurre, un ego monológuíco y aislado completamente atrapado en fantasías omnipotentes. Pero, de ese modo, simplemente se *reprimen* las fecundas redes de relaciones sociales y culturales tan importantes como la individualidad para la plena manifestación del Espíritu.

Parece, desde ese punto de vista, como si el hecho de conectar con nuestro Yo Superior fuera a resolver todo tipo de problemas. Pero esa perspectiva no nos permite tomar conciencia de que el Espíritu se manifiesta siempre y simultáneamente *en los cuatro cuadrantes del Kosmos*. En cualquiera de los niveles, el Espíritu siempre se manifiesta como un yo inserto en una comunidad social y cultural que también tiene sus correlatos objetivos.

Así pues, cualquier *Yo Superior* implica necesariamente la existencia de una comunidad *más amplia y* de un estado de cosas objetivo *más profundo.* Conectar con el Yo Superior no es, pues, el fin de todos los problemas sino el comienzo de una nueva singladura en todos los cuadrantes.

P: Este enfoque sostiene que usted crea su propia realidad.

KW: El hecho es que no es usted quien crea su propia realidad, son los psicóticos quienes así lo hacen. A este respecto me viene a la mente una vieja historia del hinduismo vedanta.

Un hombre se dirige a un sabio iluminado y le pregunta por el significado de la vida. El sabio, entonces, le resume la visión vedantina, diciéndole que este mundo no es más que el supremo Brahman o la Divinidad, y que su propia conciencia testigo es una con Brahman, que su Yo profundo es uno con Dios. Y, dado que Brahman lo crea todo y que su Yo superior es uno con Brahman, su Yo superior lo crea todo. (Hasta el momento, esto suena como una más de las afirmaciones a que nos tiene acostumbrados la llamada Nueva Era.)

Luego el hombre vuelve a su casa, convencido de que ha comprendido el sentido último de la vida, de que su Yo profundo es realmente Dios y de que él es el creador de toda la realidad. Y, en el camino de regreso a su hogar, ve aproximarse a un elefante y decide verificar esa sorprendente noción quedándose de pie en mitad del camino, convencido de que, si es Dios, el elefante no le dañará, haciendo caso omiso de los gritos del conductor que le advertían que se apartara de su camino y permaneciendo impávido en medio del camino hasta que el elefante termina atropellándole.

Luego, renqueando, vuelve nuevamente a visitar al sabio y le recrimina que si realmente Brahman, o Dios, lo fuera todo, y que si su Yo fuera uno con Dios, el elefante no debería haberle herido. «Ciertamente, todo es Dios», le respondió, finalmente, el sabio, «pero ¿por qué no le hiciste caso cuando Dios te pedía que te apartaras de su camino?»

Es cierto que el Espíritu crea toda la realidad y también lo es que, en la medida en que usted sea uno con el Espíritu, usted es

esa misma actividad creativa. Pero la actividad creativa no sólo se manifiesta en su conciencia concreta sino *que lo hace en los cuatro cuadrantes.* En consecuencia, si usted interpreta el despertar espiritual *exclusivamente* en términos de un Yo Superior, ignorará a Dios en todos los demás cuadrantes -ignorará al elefante-, pensará que no es real, que no es importante y pasará por alto todo el trabajo conductual, cultural o social que necesariamente debe ser llevado a cabo en esos dominios para llegar a expresar *plenamente* el Espíritu que usted es.

Si usted ignora todo eso, más pronto o más tarde se verá arrollado por algún tipo de elefante -enfermará, perderá su trabajo o fracasará en alguna relación - y se sentirá culpable porque creerá que, si realmente hubiera estado en contacto con su verdadero Yo, el elefante no debería haberle herido. El problema, en cualquiera de estos casos, es que usted no ha escuchado la voz de Dios hablándole desde todos los cuadrantes.

P: Desde ese punto de vista, cuanto más en contacto se halle usted con la conciencia superior, o con el Yo Superior, menos deberá preocuparse por el mundo.

KW: ¡Así es! ¡Como si el Yo Real fuera Superman! ¡Y Superman nunca se preocupa! E, inversamente, desde ese punto de vista, la «preocupación» por la pobreza, la injusticia o el sufrimiento del mundo se interpreta erróneamente como una prueba de que usted no ha alcanzado todavía el Yo verdadero.

Cuando, de hecho, las cosas suceden exactamente al revés, ya que, cuanto más en contacto se halle con el Yo superior, *más* comprometido estará usted con el mundo y con los demás, como un componente de su auténtico Yo, el Yo en el que todos somos Uno. La Vacuidad es Forma y Brahman es el Mundo, por tanto, *establecer contacto* con Brahman significa, *en última instancia,* comprometerse con el Mundo. Una de las primeras cosas que querrá usted hacer cuando realmente conecte con su Yo Superior será alimentar al elefante, no ignorarlo. Tener en cuenta los cuatro cuadrantes ayuda a manifestar esta realización y a respetar a todos y cada uno de los holones como una manifestación de lo Divino.

Ciertamente, en la Suprema Identidad, uno está asentado en la Libertad, pero esa Libertad *se manifiesta* como actividad compasiva, como atención y como respeto. La Forma de la Libertad es la tristeza y la preocupación que manifiestan quienes luchan por despertar. Las lágrimas de los bodhisattvas se derraman a diario en todas las direcciones del Kosmos y su corazón se orienta hacia aquellos lugares en los que no se escucha la presencia del Espíritu; un quehacer apasionado y agónico, siempre pleno y, no obstante, nunca concluido.

Pero si usted sigue interpretando al Espíritu como un Yo superior, un Yo sagrado -ignorando el resto de los cuadrantes-, estará abortando su propia realización. En tal caso, no sólo dañará a los demás sino que también boicoteará su propio desarrollo espiritual, obstaculizando la posterior actualización de la omnipresencia del Espíritu, y se mantendrá encerrado en su propia conciencia, hasta llegar a secarse, despreciando un mundo que aparentemente le «aleja» de su yo «real».

Las interpretaciones más certeras, por su parte, favorecen la posterior emergencia de intuiciones más profundas relativas a los dominios del «yo», del «nosotros» y del «ello», no sólo en cuanto a la forma de *actualizar* el Yo superior sino también con respecto a la manera de *integrarlo* en la cultura, *encarnarlo* en la naturaleza e *impregnarlo* en las instituciones sociales.

Es necesaria, pues, una interpretación que nos permita contemplar al Espíritu actualizado, integrado, encarnado e impregnado, una interpretación que tenga en cuenta los cuatro dominios en los que se manifiesta el Espíritu. Porque el hecho es que las interpretaciones más adecuadas favorecen la emergencia del Espíritu, el alumbramiento del Espíritu, el descenso del Espíritu. Así pues, cuanto más adecuadamente pueda interpretar las intuiciones del Espíritu, más canales de comunicación estableceré con Él, más me hablará y más abierto me hallaré a la comunicación, la comunión, la unión y la identidad, la Suprema Identidad, en suma.

Interpretar al Espíritu exclusivamente como un Yo Superior no resulta, pues, a mi juicio, lo más adecuado.

El maravilloso yo de la Gran Red de Gaia

P: ¿El otro abordaje típico, el enfoque eco, tiende también a un tipo de interpretación disociada radicalmente opuesta?

KW: Lamentablemente sí. Hay mucha gente bondadosa que tienen una profunda intuición del Espíritu pero que sólo la interpreta en términos del «ello», reduciendo entonces al Espíritu a una especie de sumatoria de todos los fenómenos o procesos interrelacionados en un gran sistema, trama, red, orden implicado o campo unificado, en términos, en suma, del cuadrante inferior derecho.

Y, si bien todo eso es más o menos correcto, esta visión ignora por completo las dimensiones interiores del «yo» y del «nosotros». Por ese motivo esta interpretación es esencialmente monológuica y está basada en la misma visión chata del mundo.

Se trata, a fin de cuentas, del viejo movimiento de Spinoza, del polo exterior -el polo eco- del paradigma fundamental de la Ilustración, pero esta vez en forma de rebelión postromántica. Y dado que el enemigo es el atomismo y el mecanicismo, este enfoque trata simplemente de demostrar de una vez por todas que el universo es un gran sistema, orden o red holística unificada. Y para ello dirige todos sus esfuerzos a acopiar toda la evidencia científica que pueda -desde la física hasta la biología y las teorías sistémicas, ¡todas ellas ciencias monológuicas!-, y argumentar tratando de demostrar objetivamente la naturaleza holística del universo. Pero ese enfoque no llega a comprender que si tomamos un puñado de egos con conceptos atomísticos y les enseñamos que el universo es holístico, no tendremos otra cosa más que un puñado de egos con conceptos holísticos.

Es precisamente a causa de esta aproximación monológuica que la interpretación inadecuada de una intuición, por otra parte genuina, del Espíritu, ignora o niega las dimensiones del «yo» y del «nosotros», como si no comprendiera muy bien la naturaleza exacta de las transformaciones y de los estadios de desarrollo interno que tan imprescindibles resultan para el desarrollo de una

identidad que llegue a englobar la Totalidad. Mientras tanto, lo único que podremos hacer es *hablar* de la Totalidad, lo cual no cambia esencialmente nada.

Y no cambia esencialmente nada porque la «demostración» del «nuevo paradigma», del «gran sistema», sigue todavía formulándose en términos monológuicos y, en esas condiciones, cualquier tipo de dimensión interior se transforma automáticamente en un observable empírico de la gran red. En tal caso, todo lo que cae bajo su férula queda despojado de su interioridad y se ve desplegado sobre la losa de mármol de la *localización simple,* del mundo de la naturaleza empírica, del ajuste funcional, de los sistemas monológuicos y de las superficies sensoriales. En este sentido, la ecología profunda no es más que ecología amplia, el ecofeminismo es ecosentimentalismo y el mundo de la naturaleza empírica, al que ahora se llama Biosfera -con B mayúscula-, es su Dios o su Diosa, y su gran amada no es ya la Naturaleza sino la naturaleza.

Así pues, por más cierta que pueda ser la intuición original del Espíritu -y no me cabe la menor duda de que, en muchos casos, lo es-, las interpretaciones fragmentarias no favorecen el desarrollo y el posterior descenso de lo Divino, sino que terminan convirtiéndose en un *obstáculo* para el proceso de transformación que conduce al alumbramiento del Espíritu.

P: Impidiendo, de ese modo, posteriores actualizaciones del Espíritu.

KW: Si usted interpreta su experiencia de conciencia kósmica como una mera fusión con la mononaturaleza excluirá los otros tres cuadrantes del Espíritu y seguirá atrapado en el mismo mapa chato de Gaia. Tal vez entonces descubra que las personas adoptan su mapa pero no cambian nada realmente esencial y no experimentan ningún tipo de transformación, todo lo que hacen es convertirse en ideólogos que tratan de vender un mapa, traficantes de la visión chata del mundo.

De este modo, los adictos a la visión chata del mundo no tardan en convertirse en almas deprimidas y ojerosas que intentan

justificar su depresión aludiendo a la destrucción de Gaia, sin darse cuenta del papel que ellos mismos desempeñan en la espiral descendente. Su aceptación incondicional de la ontología industrial de la localización simple constituye un nuevo empujón al carro que está dirigiendo a Gaia hacia su sepultura.

Y el moderno marco de referencia descendente industrial está saliéndose con la suya con el consentimiento de los ecofilósofos -Goldsmith, Mander, Fox, Sessions, Diamond, Merchand y compañía-, convertidos así en meros adalides de la ontología industrial, los ejemplos más recientes de una tradición que tiene trescientos años de antigüedad de la disociación de Occidente.

Su recomendación, desde el punto de vista romántico de la catástrofe, es que debemos vivir en acuerdo estricto con la naturaleza, con el mundo de la localización simple, con el mundo brutal de la mirada monológuica. Pero, como ya hemos visto, este enfoque alienta la regresión, tanto la regresión individual a actitudes biocéntricas y egocéntricas como la regresión cultural al ideal tribal hortícola. Reducir el Kosmos a la chata naturaleza sensorial y tratar de fundirse biocéntricamente con ella aboca a una glorificación narcisista profundamente regresiva, preconvencional y atada al cuerpo. ¡Ésa es la lección que debemos aprender del error romántico! De hecho, cuanto más próximo se halle uno a la naturaleza mayor es su egocentrismo, ya que, cuanto menor es la diferenciación, mayor es el grado de narcisismo. Y eso no tiene absolutamente nada que ver con la compasión, esto es pura y simple regresión.

P: Usted ha dicho que la sabiduría ecológica no consiste en cómo vivir de acuerdo con la naturaleza sino en cómo llegar a ponernos de acuerdo en cómo vivir de acuerdo con la naturaleza. En otras palabras, cómo integrar el Gran Tres.

KW: Sí. Las personan no nacen queriendo cuidar de Gaia. Ese noble estado es el*producto* de un largo, laborioso y difícil proceso de crecimiento y *transformación.* Pero, al igual que ocurre con los multiculturalistas, el enfoque típico eco soslaya el camino real que conduce a ese estado.

Y esta actitud dificulta el acceso de otros a ese estado y les lleva a actualizar tan sólo sus posibilidades más bajas. Esto ya ha sucedido con los multiculturalistas y también con muchas aproximaciones eco, dos enfoques que, con demasiada frecuencia, suelen unir sus esfuerzos para promover la retribalización de la cultura americana.

P: Pero la idea fundamental de los multiculturalistas es la de respetar las diferencias individuales.

KW: Sí, pero eso sólo puede ser hecho al *amparo* de la actitud mundicéntrica proporcionada por el pluralismo universal que no aparece hasta los estadios postconvencionales (nivel 5, 6 y superiores). Pero, si no tenemos en cuenta las formas en que la gente evoluciona hasta esos estadios superiores, terminaremos alentándoles a asumir sus compromisos más superficiales y sofocaremos, en consecuencia, cualquier intento real de alcanzar la actitud mundicéntrica real que permite acceder a esa perspectiva.

La postura eco, por su parte, suele alentar la retribalización, la fragmentación y la superficialidad preconvencional, egocéntrica y etnocéntrica en nombre de una «diversidad» supuestamente mundicéntrica, cuando es ella misma la que dificulta y obstaculiza el desarrollo de esa actitud; nos lleva de la mano a compromisos cada vez más regresivos y a una política narcisista incompatible con cualquier actitud realmente mundicéntrica y pluralista. De ese modo, no haremos más que abrir las puertas a la opresión, las guerras etnocéntricas y la pesadilla imperialista, renunciando así, en el camino, a todos los movimientos de liberación que constituyeron la faceta esplendorosa de la auténtica tolerancia mundicéntrica proporcionada por la Ilustración.

Así sólo se alimenta la falta de crecimiento, de desarrollo, de trascendencia, de evolución; sólo se promueve la cultura de la regresión y la política del narcisismo. Entonces podrá decirse a sí mismo que finalmente se ha liberado de esa terrible opresión conocida como modernidad.

Más allá de la mente postmoderna

P: Usted sabe que la mayor parte de las grandes tradiciones de sabiduría se hallan, de modos muy diversos, en contra de la modernidad. Desde ese punto de vista, la modernidad es considerada como el gran movimiento antirreligioso, el gran movimiento de secularización racional que terminó «matando» a Dios.

KW: Y así es, pero el dios que mató era el dios mítico. No olvide que el Espíritu está presente en todos los momentos del proceso, no en una época, período, tiempo o lugar determinado. La razón es más profunda que el mito y, en este sentido, representa un desarrollo superior de las potencialidades del Espíritu. El mismo movimiento de la modernidad constituye un gran paso hacia adelante en la libertad del Espíritu, algo que evidencian, entre otras muchas cosas, los grandes movimientos de liberación característicos de la modernidad.

Así que usted puede invocar con nostalgia a los más gloriosos imperios mítico-agrarios de la Antigüedad, completamente inmersos en su dios mítico favorito, y puede adorar a ese Dios como el epítome de la libertad, la bondad y la misericordia. Pero eso sólo podrá hacerlo si ignora que los templos, las grandes pirámides y las catedrales de piedra se construyeron sobre las espaldas de los esclavos, de mujeres y de niños a los que se trataba como animales, y que los grandes monumentos a ese dios o diosa mítica están grabados en la carne torturada de millones de seres humanos.

El Espíritu como gran libertad es una cosa, pero el Espíritu tal y como realmente se manifiesta en las democracias políticas es otra completamente diferente. La razón libera la luz atrapada en el mito y la distribuye entre los oprimidos, liberándolos literalmente de sus cadenas en la Tierra y no en un supuesto cielo prometido.

Las alabanzas al pasado y el odio al presente suelen basarse en una comparación que confunde la modalidad promedio del presente con las modalidades más avanzadas de esas culturas,

una comparación entre las modalidades más avanzadas de épocas pasadas y los aspectos más siniestros de la modernidad.

P: La mayor parte de los pensadores religiosos tradicionales están apremiándonos constantemente a «ir más allá de la mente postmoderna», algo que, según ellos, pueden hacer las grandes tradiciones de sabiduría.

KW: Yo también creo realmente que el objetivo consiste en trascender finalmente la mente postmoderna, pero el hecho es que, antes de poder trascenderla, debe haberla alcanzado. Y dado que la mayor parte de los defensores de la tradición no parecen haber comprendido realmente la esencia de la modernidad y de la postmodernidad, no estoy muy seguro de que sus recomendaciones resulten, en este sentido, muy fiables.

Este es precisamente un ejemplo típico de lo que usted estaba diciendo, es decir, que la mayor parte de las grandes tradiciones religiosas están profundamente enojadas con la modernidad y la postmodernidad, a la que, en muchos casos, equiparan a Satán.

En mi opinión, sin embargo, esta idea está profundamente equivocada y se basa en una serie de errores concretos y de interpretaciones demasiado estrechas. Las mayor parte de los pensadores religiosos tradicionales no han *comprendido* siquiera la modernidad -menos todavía la postmodernidad-, de modo que sus consejos para trascenderlas son tan fiables como los consejos del Papa para llevar una vida sexual satisfactoria.

P: ¿En qué sentido, exactamente, dice usted que no han comprendido la modernidad?

KW: Cada gran época de la evolución humana parece girar en torno a una idea central, una idea que la domina y resume su visión del Espíritu y del Kosmos. Y cada una de estas ideas parece asentarse sobre su predecesora. Se trata de ideas tan simples y fundamentales, que podrían resumirse en una sola frase. Veamos:

Recolectora: *El Espíritu está integrado en el cuerpo de la tierra.* Ésta es la profunda verdad cantada por las culturas recolectoras de todo el mundo. La tierra es nuestra sangre, nuestros huesos y nuestra médula, todos nosotros somos hijos e hijas de la tierra, en la cual, y a través de la cual, fluye libremente el Espíritu.

Hortícola: *Pero el Espíritu exige sacrificio.* El sacrificio es el gran tema que subyace a todas las sociedades hortícolas (y no me estoy refiriendo con ello exclusivamente al sacrificio ritual concreto). La noción fundamental que impregna esta época es que ciertos pasos del desarrollo humano tienen que ver con el Espíritu y que la humanidad ordinaria o típica debe desaparecer para que el Espíritu pueda resplandecer con más claridad o, dicho en otras palabras, que la humanidad deberá ser sacrificada para el logro de una conciencia espiritual más plena.

Agraria: *Los distintos pasos del desarrollo del Espíritu están, de hecho, dispuestos según la Gran Cadena del Ser.* La Gran Cadena es el tema central, dominante e inexcusable de toda sociedad mítico-agraria del mundo entero, sin excepción alguna. Y dado que la mayor parte de la «historia civilizada» ha sido historia agraria, Lovejoy estaba en lo cierto al decir que la Gran Cadena del Ser ha sido la idea dominante de la mayor parte de las culturas civilizadas.

Modernidad: *La Gran Cadena se despliega en el tiempo evolutivo.* En otras palabras, evolución. El hecho de que el Espíritu haya quedado fuera de la ecuación no ha sido más que el desastre de la modernidad, no su dignidad ni tampoco su rasgo más distintivo. La evolución es el gran concepto que sustenta todo movimiento moderno, el dios de la modernidad. Y ésta es, de hecho, una extraordinaria realización espiritual porque, se la identifique o no conscientemente como algo espiritual, el hecho es que conecta directamente al ser humano con el Kosmos y apunta al hecho indiscutible -pero también aterrador- de que los seres humanos son co-creadores de su evolución, de su propia historia y de su propio mundo.

Postmodernidad: *Nada está dado, el mundo no es tanto una percepción como una interpretación.* Que esto haya terminado conduciendo a muchos postmodernistas a caer en la locura aperspectivista no es asunto nuestro. El gran descubrimiento de la

postmodernidad es que no existe nada dado de antemano, un descubrimiento que abre a los seres humanos al Kosmos plástico cocreado en el que el Espíritu deviene cada vez más agudamente consciente de sí mismo en la medida en que va recorriendo el camino que le conduce a despertar en la supraconciencia.

P: Éstas son las grandes ideas características de las distintas épocas por las que ha discurrido la historia de la humanidad. Y, en su opinión, los pensadores religiosos antimodernos...

KW: ... se hallan completamente atrapados en la visión agraria del mundo y no comprenden siquiera las modalidades moderna y postmoderna del Espíritu. Están tan avergonzados que no se dan siquiera cuenta de las maravillas de la modernidad y vuelven sus ojos hacia las maravillas del ayer. ¡De hecho, la mayor parte de ellos ni siquiera creen en la evolución!

Pero el hecho es que no parecen haber comprendido las manifestaciones modernas del Espíritu, no se han dado cuenta de que la evolución es, como dijo Wallace, «la forma y la modalidad de las creaciones del Espíritu», no parecen haber comprendido que la esencia de la modernidad consiste en la diferenciación del Gran Tres, y por ello menosprecian la importancia de los modernos movimientos de liberación (de la abolición de la esclavitud, del movimiento de liberación de la mujer, de las democracias liberales, etcétera), cada uno de las cuales permitió al Espíritu entonar una nueva canción de libertad que sus más preciadas fábulas mítico-agrarias no pueden siquiera llegar a soñar. También por ello centran exclusivamente su atención en las miserias de la modernidad e, incapaces de comprender la dialéctica del desarrollo, rechazan hasta la misma idea de evolución.

Y obviamente tampoco han comprendido las manifestaciones postmodernas del Espíritu, tampoco han comprendido que no existe nada dado de antemano, que no existe nada predado. Para la mentalidad agraria, por el contrario, todo está simple, estática y eternamente ahí, más allá de los cambios del tiempo y del despliegue del desarrollo. Para la mentalidad agraria, el mundo entero ha sido creado por el prodigioso Dios mítico y la salvación

consiste en la aceptación plena de ese mundo predado, predado sólo a aquellos profetas que, escamoteando sus visiones de las pruebas de validez, desafían el imposible orden preestablecido. Y no olvidemos que el desacuerdo con la visión agraria del mundo, una visión etnocéntrica, racista, sexista y patriarcal, revelada por un dios predado, es considerada como un pecado eterno.

Las «autoridades religiosas», ancladas en la visión agraria del mundo, desprecian la modernidad, desprecian la evolución, desprecian el mismo proceso que, de hecho, está operando para socavar su autoridad.

Y es precisamente la identificación del Espíritu con la visión agraria del mundo, estática y predada, la que impide el reconocimiento moderno y postmoderno del Espíritu, ya que la modernidad *nunca* aceptará el Espíritu si el Espíritu significa exclusivamente mítico-agrario.

Es irónico que las mismas autoridades religiosas -que no se encuentran más allá de la mentalidad postmoderna sino más acá de ella- se hayan convertido en uno de los principales obstáculos para la aceptación moderna y postmoderna del Espíritu. ¿Dónde reposará, mientras tanto -en esa negación provisional de la omnipresencia del Espíritu-, el Hijo del Hombre su fatigada cabeza?

La transformación del mundo y el abismo cultural

P: ¿Cree usted que, en la actualidad, hay alguna gran transformación del mundo en marcha?

KW: Una transformación que, por cierto, tiene lugar a trompicones, deteniéndose y poniéndose de nuevo en marcha. Como ya hemos visto, desde la Segunda Guerra Mundial, aproximadamente, ha tenido lugar el lento proceso de transformación de una sociedad racional-industrial a una sociedad informática visión-lógica. De ningún modo se trata, como afirman los portavoces de la Nueva Era, de una transformación espiritual -lejos de ello-,

lo cual no significa, no obstante, que no se trate de una transformación sumamente profunda.

Si, por el momento, prestamos atención al cuadrante inferior izquierdo, advertiremos la presencia de varias transformaciones profundas en el proceso evolutivo de la humanidad, las que condujeron del estadio recolector al estadio hortícola, al estadio agrario temprano, al agrario avanzado, al estadio industrial temprano, al industrial tardío y al estadio informático temprano. Así pues, la especie humana ha experimentado, a lo largo de su desarrollo, seis grandes y profundas transformaciones a escala mundial, seis transformaciones que suelen resumirse en tres -la agraria, la industrial y la informática-, de modo que ahora nos hallamos al comienzo de la llamada «tercera ola».

Pero recuerde que, si no queremos pasar por alto los factores realmente responsables de esta transformación, deberemos analizarla desde la perspectiva de los cuatro cuadrantes. Esta transformación está siendo impulsada por una nueva base tecnoeconómica (informática), que conlleva una nueva visión del mundo, una nueva modalidad de yo y nuevas pautas intencionales y conductuales, que se halla ubicada en un nuevo espacio cultural del mundo, que presenta nuevas instituciones y nuevos anclajes sociales. Y, como suele ocurrir, los individuos concretos pueden estar, o no, a la altura de las nuevas circunstancias.

P: De ese modo tenemos en cuenta a los cuatro cuadrantes.

KW: Lentamente está emergiendo un nuevo centro de gravedad sociocultural, la sociedad visión-lógico informática, una sociedad que posee una visión del mundo existencial o aperspectivista (inferior izquierdo), asentada en una base tecnoeconómica de transferencia de información digital (inferior derecho) y un yo centáurico (superior izquierdo) que debe integrar su materia, su cuerpo y su mente -integrar la fisiosfera, la biosfera y la noosfera- para ajustar funcionalmente su conducta (superior derecho) al nuevo espacio del mundo.

Pero esto corresponde a un orden muy elevado porque cualquier nueva transformación impone una nueva y terrible *carga* sobre el mundo. ¡Y no tengo claro que debamos celebrarlo! De hecho, cada nueva emergencia y transformación impone nuevas exigencias y nuevas responsabilidades, la necesidad de integrar lo superior con lo inferior, la necesidad de trascender y de incluir. *Y cuanto mayor es la profundidad de la trascendencia, mayor es la dificultad que conlleva la inclusión.*

P: Ése es realmente un gran problema.

KW: Efectivamente, ése es un gran problema. Y la pesadilla es que, aunque dispongamos de un nuevo y superior espacio del mundo, todo ser humano *debe comenzar su proceso de desarrollo partiendo de la primera casilla.* Todos, sin excepción, debemos comenzar en el fulcro 1 y crecer y evolucionar a través de todos los estadios inferiores hasta llegar a alcanzar el nuevo estadio superior.

De modo que, *por más que* una persona nazca en una cultura visión-lógica global, su singladura deberá comenzar en el nivel fisiocéntrico e ir superando, a partir de ahí, los estadios biocéntrico, egocéntrico y sociocéntrico. Ése es un proceso imposible de eludir o rodear. Por más que usted escriba una gruesa novela de tres volúmenes tendrá que seguir utilizando la mismas letras del alfabeto que aprendió cuando era niño ¡y no podrá escribirla sin los logros que adquirió en la infancia!

Y cuantos más niveles verticales de desarrollo tenga una determinada cultura, mayor es la probabilidad de que las cosas vayan mal. Como decía anteriormente, cuanto mayor es la profundidad de una sociedad, *mayores son también las cargas* ¡mpuestas sobre la educación y transformación de sus ciudadanos; cuanta mayor la profundidad, peor pueden ir las cosas; cuantos más niveles, más posibilidades para la gran mentira (la patología). En este sentido, nuestra sociedad puede enfermar en formas que resultarían inimaginables para las primitivas sociedades recolectoras.

P: De modo que las sociedades más profundas deben afrontar mayores riesgos.

KW: ¡Así es, riesgos en los cuatro cuadrantes! Por ello, cuando veo que ciertas personas comienzan a hablar extasiados sobre

las transformaciones que nos depara el porvenir, no puedo dejar de pensar que sobre nosotros se cierne la posibilidad de una nueva y aterradora pesadilla.

P: ¿Podría darnos algunos ejemplos?

KW: A veces se dice que uno de los mayores problemas de las sociedades occidentales es el abismo existente entre ricos y pobres. Y aunque eso sea cierto, se trata de una forma chata de verlo, como si la única diferencia fuera exclusivamente monetaria. Porque, en mi opinión, existe un abismo más alarmante todavía que el que separa a los ricos de los pobres, un abismo *interior,* un abismo cultural, un abismo de conciencia, un abismo, en suma, de profundidad.

Cuanto más peso soporta el centro de gravedad de una determinada sociedad -algo que ocurre en la medida en que más individuos pasan de lo egocéntrico a lo sociocéntrico y, desde ahí, a lo mundicéntrico (o incluso superior)-, mayores son sus dificultades para *integrar verticalmente* a individuos que presentan diferentes niveles de desarrollo. Y cuanto mayor es la profundidad del centro de gravedad de una determinada cultura, mayor es también la necesidad y la dificultad de esa integración vertical.

Así pues, el «abismo económico» existente entre ricos y pobres es terrible, pero mucho más acuciante -y también mucho más insidioso- es el *abismo cultural,* el «abismo de valores», el «abismo de profundidad», el abismo existente, en suma, entre la profundidad potencial que brinda esa cultura y la que realmente pueden alcanzar los individuos que viven en ella.

Porque el hecho es que, como siempre ocurre, un nuevo y superior centro de gravedad *posibilita pero no garantiza* que los individuos que integran esa cultura alcancen las estructuras más elevadas o, dicho de otro modo, más profundas. Cuanto mayor es el peso que soporta el centro de gravedad de una determinada sociedad, mayor es también el número de individuos que pueden quedar atrás, marginados, excluidos y rezagados en la más cruel de todas las formas, en su propia conciencia, en su valor, en su mérito interior.

Y esto crea una *tensión interna* en la misma cultura, una ten-

sión que puede llegar a ser demoledora. Y con cada nueva transformación cultural, este abismo cultural, este abismo de conciencia es cada vez *mayor.*

P: Esto me recuerda lo que usted señalaba anteriormente cuando hablaba de la patología individual.

KW: Así es, cuando hablaba del abismo o de la distancia existente entre el yo principal -o centro de gravedad del individuo- y los «pequeños yoes» que permanecen disociados y excluidos. Y la tensión interna, la guerra civil interna, propicia la patología individual.

Pero eso mismo ocurre con la sociedad y con la cultura en general. Cuanto mayor es la profundidad de una cultura, mayor es también el abismo cultural, el abismo que existe entre la profundidad promedio que ofrece esa cultura y el número de quienes realmente pueden alcanzarla. Y esto, genera también una tensión interna que puede propiciar la patología cultural.

P: Este es otro de los motivos por los que culturas como la recolectora, por ejemplo, tienen tan pocos problemas internos.

KW: Así es.

P: ¿Y se le ocurre alguna solución?

KW: Veamos. En cierto sentido, nuestro problema real tampoco es el abismo cultural, nuestro problema real es que ni siquiera podemos pensar en el abismo cultural. Y no podemos hacerlo porque vivimos en un mundo chato, un mundo que no reconoce la existencia de grados de conciencia, de profundidades, de valores y de méritos. En este mundo, todo tiene la misma profundidad, es decir, cero.

Y, puesto que nuestra chata visión del mundo ni siquiera reconoce la profundidad, tampoco puede reconocer el abismo profundo, el abismo cultural, el abismo de conciencia. En consecuencia, la explotación de los países desarrollados y «civilizados» proseguirá hasta el momento en que reconozcamos este problema y busquemos las formas de comenzar a resolverlo.

P: De modo que, antes de poder hablar de las soluciones, tenemos que reconocer, al menos, la existencia del problema.

KW: Así es. Y parece como si todo el mundo chato estuviera conspirando para impedir ese reconocimiento. Mientras sigamos sosteniendo la visión chata del mundo, el abismo cultural -el gran problema de la integración cultural vertical- no podrá ser resuelto, porque la visión chata del mundo niega de plano la existencia de la dimensión vertical, de la transformación interior, de la trascendencia.

P: ¿De qué modo se relaciona todo esto con la transformación todavía incipiente que se halla en marcha?

KW: Recuerde que, según mi hipótesis, la modernidad diferenció el Gran Tres y la postmodernidad debe descubrir el modo de integrarlo. En el caso de que esa integración no se produzca, los veinte principios no podrán desarrollarse, la evolución se estancará y necesariamente tendrá lugar algún tipo de reajuste masivo, algo que normalmente suele ser bastante desagradable.

El hecho es que, mientras sostengamos una visión chata del mundo, resultará imposible integrar el Gran Tres porque, dentro de ese marco de referencia, el Gran Tres permanecerá, en el mejor de los casos, disociado y, en el peor de ellos, colapsado. Y no conozco ningún sistema que haya podido entrar renqueante en el futuro con una disociación interna de tal magnitud. Si estas caóticas tensiones no conducen a la autotrascendencia terminarán provocando la autodisolución. Ésas son las dos terribles alternativas que la evolución ha brindado desde siempre a cada nuevo emergente.

Y si nuestra visión del mundo sigue sin permitirnos reconocer el problema, no está lejos el momento en que el abismo cultural termine provocando el colapso de nuestra cultura.

La ética medioambiental

P: ¿De modo que, en su opinión, el *abismo cultural* es un problema más urgente que la *crisis medioambiental?*

KW: No es eso lo que opino porque, a mi juicio, se trata, en ambos casos, de la misma cosa, del mismo problema.

Es imposible, desde un punto de vista egocéntrico o etnocéntrico, respetar las cuestiones globales, a menos que lo aliente el temor con algo que afecte su propia existencia narcisista (aunque, con esa táctica ecofascista, no habrá hecho nada más que *reforzar* las motivaciones egocéntricas causantes del problema).

El punto de vista global, postconvencional y mundicéntrico es el único que puede permitir el reconocimiento de las dimensiones reales de la crisis ecológica y, lo que es más importante todavía, proporcionar la visión y la fortaleza moral necesarias para tratar de modificarlas. Pero, para que esta acción sea significativa, es preciso que un número considerable de individuos alcancen el nivel de desarrollo postconvencional y mundicéntrico.

En otras palabras, sólo será posible solucionar la crisis ecológica salvando el abismo cultural, porque ambas son facetas diferentes del mismo problema.

P: Así pues ¿el abismo cultural y la crisis medioambiental están estrechamente ligadas a la visión chata del mundo?

KW: Sí, el abismo cultural y la crisis ecológica son los dos grandes problemas que nos ha legado la visión chata del mundo que reverencia a la mononaturaleza. La religión chata niega la existencia de grados de profundidad vertical y de transformación interior, lo único que podría ayudarnos a lograr un consenso global y mundicéntrico sobre cómo proceder para proteger la biosfera y los asuntos globales. La religión de Gaia, por su parte, también está destruyendo a Gaia y ése es otro de los motivos por los cuales cualquier posible transformación futura exige romper nuestra dependencia de la visión chata del mundo.

P: Tal vez pudiera usted volver ahora a un tema anterior en el que hablaba de la ética medioambiental que podría emerger en el caso de que rechazáramos la visión chata del mundo.

KW: Las discusiones sobre ética medioambiental suelen centrarse en lo que se conoce con el nombre de axiología, la teoría de los valores. Y, en este sentido, hay cuatro grandes escuelas de axiología medioambiental.

La primera de ellas es la escuela de la bioigualdad, una escuela según la cual todos los holones vivos -un gusano y un mono, por ejemplo- tienen el mismo valor, una visión muy frecuente entre los ecólogos profundos y algunas ecofeministas.

El segundo abordaje señala la existencia de diferencias en los derechos de los animales puesto que, si los animales muestran algún tipo de sentimientos -aunque sean rudimentarios-, también poseerán ciertos derechos. Esta escuela, en consecuencia, traza una línea divisoria entre las formas vivas que no poseen suficientes sentimientos, como los insectos, y los que sí, como, por ejemplo, los mamíferos. En este sentido, los distintos teóricos trazan esa línea en diferentes lugares, en función del punto a partir del cual puede hablarse razonablemente, en su opinión, de sentimientos o de sensaciones. El caso más extremo, en mi opinión, traza esta línea en los camarones y los moluscos. (Evidentemente, cuanto más abajo trace esta línea más se acercará a la bioigualdad, la visión en la que todos los holones vivos participan de los mismos derechos.)

La tercera escuela es jerárquica u holoárquica y suele basarse en la filosofía de Whitehead (Birch y Cobb, por ejemplo). Desde este punto de vista, la evolución constituye un desarrollo holoárquico en el que las entidades más complejas son las que más derechos poseen. En este sentido, los seres humanos son los más avanzados y, en consecuencia, también poseen más derechos, aunque éstos, obviamente, no incluyen el derecho a expoliar instrumentalmente a otras entidades vivas que, aunque más rudimentarias, no, por ello, son insignificantes.

La cuarta escuela engloba todas aquellas aproximaciones en las que se considera que el ser humano es el único que posee derechos, pero esos derechos incluyen el respeto y la gestión de la tierra y de todos los seres vivos. Muchos teóricos religiosos convencionales toman esta aproximación como una forma de asentar el respeto al medio ambiente en un imperativo moral (Max Oelschlaeger, por ejemplo).

Mi propia visión de la ética medioambiental no ha podido llegar a sintetizar esas distintas escuelas, aunque creo que incorpora lo fundamental de todas ellas.

P: Las escuelas que he mencionado están basadas en cuatro concepciones distintas de valor. ¿La suya también está basada en diferentes *tipos* de valor?

KW: Así es, el valor Sustrato, el valor intrínseco y el valor extrínseco.

Todos los holones poseen el mismo *valor Sustrato,* es decir, todos los holones, desde los átomos hasta los simios, son manifestaciones perfectas de la Vacuidad, del Espíritu y, en ese sentido, ninguno de ellos es superior, inferior, mejor o peor que los demás. Todo holón, tal y como es, constituye una expresión perfecta de la Vacuidad, un gesto resplandeciente de lo Divino. Así pues, en cuanto manifestación del Absoluto, todos los holones poseen el mismo valor Sustrato y toda Forma es, en última instancia, Vacuidad. Ése es el valor Sustrato.

Pero, además de ser una expresión del *absoluto,* todo holón es también una totalidad/parte *relativa y,* en este sentido, posee su propia *totalidad* relativa y su propia *parcialidad* relativa.

En cuanto *totalidad,* todo holón tiene un *valor intrínseco* (un valor en sí mismo), el valor de su propia totalidad, de su propia profundidad. Y, en consecuencia, cuanta mayor sea la totalidad -cuanta mayor sea la profundidad-, tanto *mayor será también su valor intrínseco.* La profundidad es valiosa porque cuanto mayor sea más aspectos del Kosmos *desplegará y,* en ese sentido, cuanto más Kosmos despliegue un determinado holón -es decir, cuanta mayor sea su profundidad-, tanto mayor será también su valor intrínseco. De esta forma, un simio contiene células, moléculas y átomos, los abraza en su propia constitución interna y, por ello, posee una gran profundidad, una gran totalidad, un gran valor intrínseco.

De modo que aunque un simio y un átomo sean, en sí mismos, manifestaciones perfectas del Espíritu (aunque tengan el mismo valor Sustrato), el simio tendrá una profundidad mayor, una totalidad mayor y, en consecuencia, un mayor valor intrínseco. Esto,

sin embargo, no significa que los átomos carezcan de todo valor intrínseco - ¡porque menor valor no significa ausencia de valor! -, sino sólo que éste es relativamente menor que el de un simio. Desde este punto de vista, cuanto mayor sea la profundidad de un holón, mayor será también su grado de conciencia, de modo que perfectamente podríamos decir que un simio es intrínsecamente más valioso que un átomo porque posee más conciencia.

Pero un holón no sólo es una totalidad sino que también es una *parte y,* como tal, forma parte de una totalidad necesaria para la existencia de otros holones y tiene *valor para otros.* Así, como parte, cada holón tiene *valor extrínseco,* valor instrumental, valor para los demás holones. Y cuanto más parcial sea un holón, mayor será también su valor extrínseco. Un átomo, en este sentido, tiene mayor valor extrínseco que un simio puesto que la destrucción de los simios no afectaría significativamente al universo pero la destrucción de los átomos acabaría con todo excepto las partículas subatómicas. Así pues, un átomo tiene un extraordinario valor extrínseco, un extraordinario valor instrumental, valor para otros holones, porque constituye una parte instrumental de muchos de ellos.

P: Usted ha relacionado todo esto con los derechos y las responsabilidades.

KW: Sí. Normalmente se habla de derechos y de responsabilidades sin terminar de comprender que se trata de conceptos estrechamente ligados, aspectos inherentes, en última instancia, al hecho de que todo holón es, al mismo tiempo, una parte y una totalidad.

Como *totalidad,* todo holón tiene derechos que expresan su autonomía relativa, derechos que *describen* las condiciones necesarias para mantener su integridad. Y si esos derechos no son tenidos en cuenta, la totalidad termina disolviéndose en sus subholones compositivos (si una planta, por ejemplo, no recibe suficiente agua termina disgregándose). Los *derechos* expresan las *condiciones* de existencia del *valor intrínseco* de un holón, las condiciones necesarias para mantener su integridad, para preservar su *individualidad y* para conservar su profundidad.

Pero, además, todo holón forma también parte de alguna(s) otra(s) totalidad(es) y, en ese sentido, también es *responsable* de la conservación de esa totalidad. Podríamos decir que la responsabilidad es simplemente una *descripción* de las condiciones que requiere todo holón para formar parte de una totalidad. Y, si esas responsabilidades no son tenidas en cuenta, el holón dejará de formar parte de la totalidad. Las *responsabilidades* expresan las *condiciones* de existencia del *valor extrínseco* de un holón, las condiciones necesarias para conservar su parcialidad, preservar *su comunión y* mantener su amplitud. Si un holón quiere formar parte de una totalidad deberá asumir ciertas responsabilidades. No estoy diciendo, con ello, que esté bien que un holón asuma sus responsabilidades, sino que si realmente quiere conservar sus relaciones, su ajuste cultural y su ajuste funcional estará necesariamente *obligado* a hacerlo.

P: De modo que individualidad y comunión, valor intrínseco y valor extrínseco, derechos y responsabilidades son las dos caras que presenta cada holón totalidad al mismo tiempo que parte.

KW: Así son las cosas en una holoarquía anidada de complejidad y profundidad creciente. Los seres humanos son relativamente más profundos que las amebas, pongamos por caso, y en ese mismo sentido, tenemos más *derechos* -las condiciones necesarias para conservar nuestra integridad-, pero también tenemos más *responsabilidades,* no sólo al nivel de la sociedad humana de la que formamos parte, sino también al nivel de las comunidades que engloban a los subholones que nos componen. Nosotros existimos en redes de relaciones holónicas en la fisiosfera, en la biosfera y en la noosfera, y nuestros derechos relativamente superiores también conllevan responsabilidades relativamente mayores en todas esas dimensiones. El fracaso en asumir esas responsabilidades implica el fracaso en establecer las condiciones necesarias de existencia de los holones y subholones que nos componen, lo cual conllevaría nuestra propia destrucción.

Insisto en lo dicho anteriormente, no es que sea adecuado que asumamos nuestras responsabilidades sino que ésa es una de las

condiciones absolutamente necesarias de nuestra existencia, algo imprescindible si no queremos que nuestras relaciones se disuelvan y que nosotros nos disgreguemos con ellas. Parece, no obstante, que insistamos en reivindicar nuestros derechos sin querer asumir nuestras responsabilidades. ¡Queremos ser una *totalidad* sin formar *parte* de nada! ¡Queremos ir a la nuestra!

P: Como usted decía anteriormente, la cultura del narcisismo.

KW: Sí, la cultura del narcisismo, la cultura de la regresión y de la retribalización. Queremos disfrutar de los derechos egoicos sin la necesaria contrapartida de las responsabilidades. Todo el mundo quiere ser una totalidad separada y reivindica los derechos necesarios para conservar su individualidad, pero nadie parece querer ser una parte y asumir las correspondientes responsabilidades en el mantenimiento de nuestras relaciones.

Pero, obviamente, una cosa no puede existir sin la otra. Nuestra frenética avidez de derechos no es más que un signo de la fragmentación en «totalidades» cada vez más egocéntricas que se niegan a asumir cualquier otra cosa que no sea sus propias necesidades.

P: ¿Y ése es un problema que no pueden resolver ni el ego ni el eco?

KW: Eso es lo que creo. Una de las grandes dificultades del moderno paradigma chato del mundo -tanto en su versión ego como en su versión eco- es que las nociones de derechos y de responsabilidades han terminado confundiéndose.

P: Póngame algún ejemplo.

KW: La versión ego-ilustrada de la visión chata del mundo nos habla de un ego separado y autónomo que sólo se atribuye autonomía a sí mismo. Desde esta perspectiva, la única totalidad independiente es el ego racional y, en consecuencia, sólo él tiene *valor intrínseco,* es decir, *derechos.* Desde este punto de vista, todos los demás holones son meras *partes* del gran orden interrelacionado y, en consecuencia, sólo tienen un valor parcial, un *valor extrínseco,* un valor instrumental que carece, por tanto, de todo tipo de derechos. Son meros instrumentos al servicio de los designios del ego. Desde ese punto de vista, el ego independiente

puede hacer lo que quiera y expoliar al medio ambiente como mejor le apetezca porque todo es un instrumento a su servicio.

Para la versión eco-romántica, en cambio, la única realidad esencial es la Gran Red interrelacionada, y a ella -y no al ego reflexivo- se le asigna autonomía. Y puesto que la Gran Red es la única realidad, sólo ella tiene valor de totalidad, *valor intrínseco, y* todos los demás holones (incluidos los seres humanos) son meros *instrumentos* de sus autopoyéticos designios. Es decir, todos los holones son meras partes o hebras de la Red y, en ese sentido, sólo poseen un valor extrínseco o instrumental, lo cual, dicho sea de paso, constituye una forma de ecofascismo. Desde este punto de vista, la Gran Red es la única que posee valor intrínseco, a ella: en última instancia, se hallan subordinadas todas las demás y sólo quien hable en su nombre puede decirnos qué es lo que debemos hacer.

Este ecofascismo, esta violencia característica de la visión chata del mundo es, si cabe, más compleja todavía que la propia de las fuerzas del ego-ilustrado porque los eco-románticos se hallaban motivados por la búsqueda de los valores espirituales y de la armonía. Pero, como ha ocurrido con todo gran movimiento de la modernidad y de la postmodernidad, sus intuiciones espirituales fueron interpretadas en función de la visión chata del mundo y, en consecuencia, se vieron reducidas a términos puramente descendentes.

Al confundir *valor Sustrato* con *valor intrínseco* llegaron a la confusión total propia de la «bioigualdad». Es decir, al confundir el valor Sustrato -todos los holones tienen el mismo valor absoluto (lo cual es cierto)- con valor intrínseco -todos los holones tienen el mismo valor relativo (lo cual es falso) - llegaron a concluir la «bioigualdad», en otras palabras, a afirmar que no existe ninguna diferencia de valor intrínseco entre una pulga y un ciervo. La ontología industrial, en suma, subyace a la mayor parte de las aproximaciones propias de la ecología profunda.

P: Y nosotros queremos prestar atención a los tres tipos de valores.

KW: Sí. Creo que es necesaria una ética medioambiental que respete los tres tipos de valores característicos de todos y cada uno de los holones (valor Sustrato, valor intrínseco y valor extrínseco), una ética medioambiental que, sin dejar de considerar a todos los holones sin excepción como manifestaciones perfectas del Espíritu, sea también capaz, al mismo tiempo, de establecer distinciones pragmáticas sobre las diferencias de valor intrínseco y comprender que es mucho mejor golpear a una roca que a un mono, comerse una zanahoria que una ternera y alimentarse de granos que de mamíferos.

En otras palabras, la primera regla pragmática de nuestra ética medioambiental sería la de que, para satisfacer nuestras necesidades vitales, deberíamos consumir o destruir la menor profundidad posible, es decir, deberíamos tratar de hacer el menor daño posible a la conciencia, deberíamos intentar destruir el menor valor intrínseco posible. O, formulado en términos positivos, deberíamos proteger y conservar tanta profundidad como fuera posible.

Pero este imperativo cubre la profundidad pero no la amplitud, la individualidad pero no la comunión, las totalidades pero no las partes. En este sentido, nosotros queremos proteger y promover *la mayor profundidad para la mayor amplitud posible. No* sólo conservar la mayor profundidad -lo cual sería fascista y antropocéntrico-, ni sólo la mayor amplitud -lo cual sería totalitario y ecofascista-, sino conservar la mayor profundidad para la mayor amplitud posible.

La intuición moral básica

P: Una fórmula a la que usted denomina la intuición moral básica.

KW: Así es. La intuición moral básica consiste en «conservar y promover la mayor profundidad para la mayor amplitud posible». Ésta es, en mi opinión, la forma actual, la estructura actual de la intuición espiritual.

En otras palabras, cuando nosotros intuimos al Espíritu, lo hacemos tal y como se manifiesta en los cuatro cuadrantes (porque el Espíritu se manifiesta en los cuatro cuadrantes o, dicho en forma abreviada, en los dominios del «yo», del «nosotros» y del «ello»). Así pues, cuando yo intuyo claramente al Espíritu, no sólo intuyo su resplandor en mí mismo, en mi propia profundidad, en el dominio de mi yo, sino que también lo intuyo en el dominio de los seres que comparten el Espíritu conmigo (en forma de su propia profundidad). Y es entonces cuando deseo proteger y promover ese Espíritu, no sólo en mí sino en todos los seres en los que se manifiesta. Pero además, si intuyo claramente al Espíritu, también me siento alentado *a implementar* ese despliegue espiritual en tantos seres como pueda, es decir, no sólo en los dominios del «yo» o del «nosotros», sino que también me siento movilizado a implementar esta realización como un estado objetivo de cosas (en los dominios del «ello», en el mundo).

El hecho de que el Espíritu se manifieste realmente en los cuatro cuadrantes (o, dicho de modo resumido, en los dominios del «yo», del «nosotros» y del «ello») supone también que la auténtica intuición espiritual es aprehendida como el deseo de expandir la profundidad del «yo» a la amplitud del «nosotros» y al estado objetivo de cosas del propio «ello» (Buda, Sangha y Dharma). En definitiva, proteger y promover la mayor profundidad a la mayor amplitud posible.

Ésta es, en mi opinión, la intuición moral básica de todos los holones, sean o no humanos, aunque, claro está, cuanta mayor es su profundidad, más claramente intuye ese Sustrato y más plenamente despliega esa intuición moral básica, extendiéndola cada vez a más holones a lo largo del proceso.

P: Difundir la mayor profundidad a la mayor amplitud posible.

KW: Sí. Pero el intento de promover la mayor profundidad para la mayor amplitud posible nos obliga a establecer juicios pragmáticos sobre las diferencias de valor intrínseco, sobre el grado de profundidad que debemos destruir para satisfacer nuestras necesidadexitales. En este sentido, es mejor, a mi juicio,

destruir una zanahoria que una vaca o, como respondió inequívocamente Alan Watts cuando alguien le preguntó por qué era vegetariano, «porque las vacas gritan más que las zanahorias».

Pero, para evitar la aparición de una jerarquía de dominio, *debernos llevar la mayor profundidad a la mayor amplitud posible.* Por dar un solo ejemplo en este sentido, si tuviera que decidir entre exterminar una docena de monos o matar a Al Capone, yo elegiría la última alternativa. No hay nada sacrosanto en ser un holón humano; eso, en sí mismo, carece de todo significado; eso, en sí mismo, es antropocéntrico en el peor de los sentidos.

Es evidente que las cosas son bastante más complicadas que lo que acabamos de comentar, y que si usted quisiera profundizar más en el tema, tendría que remitirle a la lectura de *Sexo, Ecología, Espiritualidad,* en donde todos estos tópicos son discutidos con más detalle. Mi única intención, en este libro, ha sido la de proporcionar la imagen global que podría presentar una ética holoárquica, preservar no sólo la profundidad sino la profundidad a la mayor amplitud posible, todo ello dentro del contexto de un Sustrato anterior. Descansando en la Vacuidad, promover la mayor profundidad para la mayor amplitud posible es, en mi opinión, el objetivo de las lágrimas derramadas por todos los bodhisattvas.

Adiós a la visión chata del mundo

P: Así que la solución a todos estos problemas -el abismo cultural, la integración vertical y la ética medioambiental- gira en torno al rechazo de la visión chata del mundo.

KW: Definitivamente. Hemos hablado de la posible transformación futura, una transformación que, en muchos sentidos, se halla ya en marcha. Pero yo no creo que esta nueva transformación pueda proseguir de un modo equilibrado si no logramos integrar el Gran Tres. La disociación del Gran Tres fue la profunda herida dejada en nuestra conciencia por los errores de la modernidad, y la nueva transformación postmoderna deberá integrar esos fragmentos o no podrá satisfacer los veinte principios, no trascenderá e incluirá, no diferenciará e integrará, no podrá seguir evolucionando, será una salida en falso y la evolución terminará estancándose. No podemos construir el mañana sobre las llagas del ayer.

Esto significa, entre otras muchas cosas, la necesaria emergencia de un nuevo tipo de sociedad que integre la conciencia, la cultura y la naturaleza, y abra paso al arte, la moral, la ciencia, los valores personales, la sabiduría colectiva y el conocimiento técnico.

Pero para ello deberemos emanciparnos de la cárcel de la visión chata del mundo. Sólo podremos integrar lo Bueno, lo Verdadero y lo Bello cuando nos liberemos del asfixiante abrazo de la visión chata del mundo. Sólo podremos establecer contacto con las resplandecientes manifestaciones del Espíritu cuando rechacemos la visión chata del mundo. Sólo podremos alumbrar una auténtica ética medioambiental y una comprensión respetuosa entre todos los seres, que tenga en consideración la perfección de cada uno de ellos, cuando rechacemos la visión chata del mundo. Sólo podremos salvar el abismo cultural y llegar a ser individuos libres que expresan sus posibilidades más profundas en el seno de una cultura realmente abierta cuando rechacemos la visión chata del mundo. Sólo podremos liberarnos de las garras de la mononaturaleza y, de ese modo, integrar a la naturaleza y respetarla de verdad en lugar de convertirla en un ídolo que paradójicamente contribuye a su propia destrucción cuando rechacemos la visión chata del mundo. Sólo podremos construir nuestros objetivos comunes en un intercambio libre de comunicación alejado del egocentrismo, del etnocentrismo y del imperialismo nacionalista que nos aboca a las guerras raciales, el derramamiento de sangre y el saqueo cuando rechacemos la visión chata del mundo. Sólo podremos actualizar los potenciales visión-lógicos que permiten integrar la fisiosfera, la biosfera y la noosfera en el radical despliegue de su propio goce intrínseco cuando rechace-

mos la visión chata del mundo. Sólo será posible que la autopista de la información escape a la anarquía digital y se ponga al servicio de la auténtica relación y, de ese modo, se convierta en el heraldo de una era de convergencia y no de fragmentación cuando rechacemos la visión chata del mundo. Sólo podrá realmente emerger una auténtica federación mundial, una verdadera familia de naciones en el seno de una convergencia holoárquica que gire en torno al Alma del Mundo y se halle decididamente comprometida con la protección del espacio mundicéntrico, la voz misma del Espíritu moderna, gloriosa en su compasivo abrazo, cuando rechacemos, en fin, la visión chata del mundo.

Sólo -por regresar ahora a tópicos específicamente espirituales y transpersonales- quienes se hallen interesados en la espiritualidad, podrán comenzar a integrar las corrientes ascendente y descendente cuando rechacemos la visión chata del mundo. En un mundo chato sólo disponemos de dos alternativas, ser ascendente y negar completamente la existencia de todo lo superficial o ser descendente y tratar, en cambio, de convertirlo en Dios.

P: Aquí cerramos, pues, el círculo, volviendo a la batalla arquetípica que tiene lugar en el mismo corazón de la tradición occidental, la lucha entre los ascendentes y los descendentes.

KW: Así es. El enfoque exclusivamente descendente desprecia todo camino ascendente y le acusa de ser el culpable de casi todos los problemas que aquejan a la humanidad y a Gaia. Pero el odio es recíproco, porque unos y otros se hallan atrapados en la misma ignorancia de dispersión y exterioridad que ha sido la auténtica causa de todos los problemas de la humanidad.

Desde hace unos dos mil años, los ascendentes y los descendentes se hallan enzarzados en la misma batalla, una batalla en la que cada bando reclama ser la Totalidad y acusa al otro de ser el Mal, fracturando así al mundo en una pesadilla de odio y rechazo. Después de tantos años de lucha, los ascendentes y los descendentes siguen atrapados en la misma locura.

P: Y la solución a esta contienda consiste en integrar y equilibrar las corrientes ascendentes y descendentes en el ser humano.

KW: Efectivamente. La solución consiste en llegar a unificar y armonizar, de algún modo, estas dos corrientes, de forma que la sabiduría y la compasión puedan aunar sus esfuerzos en la búsqueda de un Espíritu que trascienda e incluya este mundo, un Espíritu eternamente anterior y que, no obstante, englobe este mundo y todos sus seres con un amor, una compasión, un cuidado y un respeto infinitos, la más tierna de las misericordias y la más resplandeciente de las miradas.

Y, aunque la mayor parte de las actividades de las religiones descendentes nos ayude a reconocer y apreciar a Dios y a la Divinidad visible y sensible, están imponiendo sobre Gaia una carga infinita que la pobre Gaia finita no puede llegar a soportar. Lo que podría ser crecimiento sostenible se convierte así en espiritualidad insostenible. Y nosotros necesitamos desesperadamente de ambas facetas. Las corrientes ascendentes del ser humano también deben ser activadas y cultivadas porque sólo cuando seamos capaces de trascender nuestro ego mortal y limitado podremos llegar a descubrir la Fuente y el Sustrato común de todos los seres sensibles, una Fuente que otorga un nuevo esplendor a la puesta de sol e irradia la gracia en todos y cada uno de sus gestos.

Pero los ascendentes y los descendentes, al fragmentar el Kosmos, están alimentando la brutalidad de la contienda y no hacen más que tratar de contagiar al otro bando sus enfermedades. Pero no es en la lucha sino en la unión entre los ascendentes y los descendentes donde podremos encontrar la armonía, porque sólo podremos salvarnos, por así decirlo, cuando ambas facciones se reconcilien.

En el fondo de la caverna secreta del corazón se funden Dios y la Divinidad, la Vacuidad abraza toda Forma como su Amante perdido reencontrado, la Eternidad alaba gozosamente al noble Tiempo, Shiva se desvanece entre los brazos de la resplandeciente Shakti, los ascendentes y los descendentes se funden eróticamente en el sonido de una sola mano aplaudiendo, en el universo eterno de Un Solo Sabor, el Kosmos recobra su auténtica natura-

leza y se contempla a sí mismo en un reconocimiento tácito que ilumina toda alma.

¿Recuerda usted lo que decíamos anteriormente? En lo más profundo del corazón, donde la pareja finalmente se une, el juego finaliza, la pesadilla de la evolución concluye y usted se encuentra exactamente en el mismo punto en el que se hallaba antes de comenzar la representación. Con la súbita conmoción de lo absolutamente evidente, usted reconoce su propio Rostro Original, el rostro que tenía antes del Big Bang, el rostro de la completa Vacuidad que sonríe en toda criatura y que resplandece como la totalidad del Kosmos, y todo se desvanece en esa mirada primordial en la que lo único que perdura es la sonrisa y el reflejo de la luna en un estanque tranquilo, en medio de una noche transparente como el cristal.

SUMARIO